



**UNSAM**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE  
SAN MARTÍN

Universidad Nacional de San Martín  
Instituto de Altos Estudios Sociales  
Doctorado en Antropología Social

**Cuidar a la *gurisada*.**

**Etnografía sobre trabajo infantil y cuidado en la  
localidad de Colonia Wanda, Misiones**

**Nombre del Autor: Laura Frasco Zuker**

Tesis de Doctorado presentada a la Carrera de Antropología Social, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Antropología Social.

**Directora: Dra. Andrea Mastrangelo**

**Codirectora: Dra. Valeria Llobet**

**Buenos Aires  
Mayo 2019**

Frasco Zuker, Laura.

Cuidar a la *gurisada*. Etnografía sobre trabajo infantil y cuidado en la localidad de Colonia Wanda, Misiones. / Laura Frasco Zuker; directora: Andrea Mastrangelo; codirectora: Valeria Llobet. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2019.- 190 p.

Tesis de Doctorado, UNSAM, IDAES, Antropología Social, 2019.

1. Infancia. 2. Trabajo 3. Cuidado 4. Generaciones – Tesis.

I. Mastrangelo, Andrea (Directora); Llobet, Valeria (Codirectora). II. Universidad Nacional de San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales. III. Doctorado.

## RESUMEN

*Resumen* de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctor en Antropología Social.

Esta tesis analiza experiencias de trabajo durante la infancia en una zona periurbana del noroeste de Misiones, Argentina. Se trata de una investigación etnográfica realizada en la localidad de Colonia Wanda (Departamento de Iguazú), particularmente en dos barrios, durante el período 2013-2016. A partir de una muestra de selección intencional, compuesta por unidades domésticas integradas por niños vendedores de piedras preciosas en la calle, se indaga cuál es la perspectiva de los sujetos sobre su propia experiencia de trabajo en la infancia así como la de sus padres, madres (entre otros/as miembros de las unidades domésticas) y qué particularidades adquieren tales experiencias según las relaciones sociales en que tienen lugar, según el género y según las generaciones. La presencia prolongada en el terreno y el uso de técnicas no directivas constituyen herramientas claves para mostrar la irreductibilidad del trabajo infantil a la esfera meramente económica y/o cultural, como plantean las políticas públicas que proponen su erradicación. Inclusive la propia categoría normativa trabajo infantil es desafiada desde este estudio de caso al mostrar que no solamente resulta compatible con la educación formal, la salud y la recreación, derechos que se verían vulnerados desde esa lógica, sino que además no implica pérdida de niñez. En diálogo con estudios antropológicos sobre la construcción social de las edades y con estudios feministas sobre infancia y cuidado esta tesis plantea que las experiencias de trabajo durante la infancia en distintas generaciones articulan dimensiones económicas, emocionales, morales y de cuidado. En un contexto de desigualdad social persistente, enseñar a trabajar desde la niñez constituye una forma de cuidado desde la perspectiva de las madres, fundamentalmente, y padres. La preferencia por tenerlos cerca y brindar herramientas para el futuro resulta indisociable de un contexto de precariedad laboral y de las condiciones de vida en general. Por su parte, las niñas y niños no son meros receptores de cuidado sino que se apropian de las actividades productivas de las cuales participan, entre ellas el cuidado, mostrando su capacidad de agencia. Así, en los vínculos familiares analizados se producen autonomía, subjetividad y cuidado de modo recíproco, afectivo y reflexivo. A su vez, la tesis analiza cómo estos vínculos familiares en los que hay niños que trabajan son regulados por diversas agencias estatales que moralizan los comportamientos de los adultos e intervienen con un marcado sesgo penal sobre la presencia de niños vendedores en las calles por las que transitan turistas.

En tiempos donde el cuidado y la infancia han ganado peso en la agenda de las políticas públicas y la academia, el trabajo infantil merece ser (re)pensado desde situaciones concretas, teniendo en cuenta los aportes teóricos del feminismo y, fundamentalmente, la perspectiva de quienes lo viven y valoran desde configuraciones sociales y económicas singulares. La tesis procura avanzar en esa dirección a través del análisis de experiencias de trabajo infantil en una zona periférica territorial, al margen de la principal actividad económica de la región del Alto Paraná -la foresto industria- y en un margen del Estado.

**Palabras-clave:** 1. Infancia 2. Trabajo 3. Cuidado 4. Generaciones

## ABSTRACT

*Abstract* of the doctoral thesis submitted in partial fulfilment of the requirements for the degree of Doctor in Social Anthropology, Institute of High Social Studies of the San Martin National University - UNSAM.

This thesis analyzes work experiences during childhood in a peri-urban area in the Northwest of Misiones Province, Argentina. It is based on ethnographic research carried out from 2013 to 2016 in two neighborhoods of Colonia Wanda, a town in the Iguazú Department. By intentionally selecting a sample composed of domestic units integrated by child street sellers of gemstones, this thesis inquires into the subject's perspective regarding their own work experience during childhood as well as their parents and other members of the domestic unit. Additionally, it explores the distinctive features acquired through these experiences, based on their social relationships, the differences of gender and generation. A continued presence in the field and the use of non-directive techniques are significant tools in demonstrating the irreducibility of child labor to a mere economic and/or cultural sphere, as claimed by many public policies designed to eradicate it. This case study challenges the normative category of "child labor" as well. It shows that this experience is not only compatible with formal education, health and recreation rights -violated according to this perspective-, but it also does not imply a loss of childhood. In dialogue with anthropological studies on the social construction of age and with feminist works on childhood and care, this thesis suggests that work experiences during childhood in different generations articulate economic, emotional, moral and care dimensions. In a context of persistent social inequality, teaching how to work since childhood is perceived by mothers and fathers as a form of care. The preference of keeping children close by and providing them with tools for their future is inseparable from a context of precarious labor and living conditions. In turn, girls and boys are not mere care recipients, but they show their capability for agency by appropriating those productive activities in which they are involved, such as care. Thus, autonomy, subjectivity and care are produced in a reciprocal, affective and reflexive way. At the same time, this work analyzes how these family bonds, which include working children, are regulated by different State agencies which moralize adult behaviour, intervening with a marked criminal bias on the presence of child vendors in touristic streets.

At a time when care and childhood have gained presence in the public policy agenda and Academia, child labor deserves to be (re)thought based on concrete situations, taking into consideration theoretical contributions of feminism and the perspective of those who live and value it from unique social and economic configurations. This thesis aims to advance in this direction, through the analysis of child labor experiences in a peripheral territorial area, outside the main economic activity of the Alto Paraná region -the forest industry- and at the margin of the State.

**Key words:** 1. Childhood 2. Labor 3. Care 4. Generations

*Para Vera y Fran*

## **Agradecimientos**

La realización y la investigación etnográfica y la tesis que tuvo como resultado fueron posibles gracias a la articulación entre una serie de instituciones, grupos, personas.

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas por el financiamiento de la investigación.

A la Universidad de Buenos Aires por formarme, por la educación pública, de calidad, gratuita y laica.

Al Instituto de Altos Estudios Sociales por formarme en el nivel de posgrado. Personalizo en el agradecimiento en sus excelentes docentes y en la Coordinación del Doctorado en Antropología Social por asesorarme y acompañarme en este último tramo. Gracias por el financiamiento de la estadía de investigación en la UFRGS. Una de las experiencias más enriquecedoras de estos años.

A las familias de Wanda que aceptaron participar de la investigación especialmente. Sin ellas y su inconmensurable buena predisposición esto no hubiera existido.

Al grupo Niñez Plural, a todes por las tardes de trabajo, las lecturas compartidas y las interesantes discusiones.

Al Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud, por las mañanas de trabajo, las lecturas compartidas y las interesantes discusiones.

Al Programa Salud, Ambiente y Trabajo, por las mañanas/tardes de trabajo, las lecturas compartidas y las interesantes discusiones rodeadas de biólogos en el Centro Nacional de Diagnóstico e Investigación en Endemo-Epidemas. Gracias Pau y Celes por la paciencia del último tiempo y por el compañerismo. Personalizo el agradecimiento en su directora, Soledad Santini, gracias por darme un lugar para escribir en estos meses y la compañía de todes en este proceso.

A mi directora de beca y de tesis, Andrea Mastrangelo. Gracias por la continua orientación durante todos estos años, gracias por proponerme Misiones y por las miserias preciosas. Llegamos.

A mi co-directora de tesis, Valeria Llobet, por la constante orientación durante estos últimos meses y por correr cuando hubo que hacerlo.

A mis amigos, gracias por estar de las maneras más lindas y necesarias.

A mi familia, a todes, por estar ahí siempre desde siempre, aguantando los trapos. Gracias especialmente a quienes dieron una mano estos últimos meses.

A Francisco, por la confianza, los tan necesarios “aprovechá, ponete a laburar”, por el cuidado (en sus múltiples dimensiones) de estos últimos meses. Sin todo esto la tesis hubiese sido literalmente imposible. Gracias por hacer de mis días algo fantástico y bailable

## Lista de imágenes

Foto 1. Niños vendedores en avenida.....	22
Foto 2. Artesanías .....	22
Foto 3. Mapa del lugar de estudio .....	41
Foto 4. Calle barrio Las Minas .....	51
Foto 5. Vivienda barrio Las Minas .....	51
Foto 6. Niños jugando .....	60
Foto 7. Niños vendiendo en la calle .....	60
Foto 8. José.....	85
Foto 9. Molino eléctrico .....	103
Foto 10. Vidrio molido .....	104
Foto 11. Puesto de venta.....	107
Foto 12. Niño en el <i>pedral</i> .....	148
Foto 13. Niñas y niños en el <i>pedral</i> .....	149
Foto 14. Cuaderno promotora de salud .....	154
Foto 15. Consultorio móvil.....	155
Foto 16. Centro de Atención Primaria de la Salud provisorio .....	156



## **Lista de tablas y gráficos**

Gráfico 1. Brechas de desarrollo regional .....	6
Gráfico 2. Especies utilizadas en plantaciones forestales.....	48
Gráfico 3. Porcentaje de especies cultivadas en Misiones .....	48
Gráfico 4. Población y hogares con al menos un indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas por Municipios del Dpto. de Iguazú .....	51
Gráfico 5. Esquema de parentesco de Florencia.....	58
Gráfico 6. Esquema de parentesco de Romina .....	69
Gráfico 7. Esquema de parentesco de Isabela .....	75
Gráfico 8. Esquema de parentesco de Patricia .....	90
Gráfico 9. Esquema de parentesco de Mirta.....	125

## **Lista de siglas**

APS - Atención Primaria de la Salud

AUH - Asignación Universal por Hijo

CABA - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

CAPS - Centro de Atención Primaria de la Salud

CBA - Canasta Básica de Alimentos

CBT - Canasta Básica Total

CDN - Convención de Derechos del Niño

CONAETI - Comisión Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil

CONICET - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

DNT - Departamento Nacional del Trabajo

EANNA - Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes

FAO - Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura

IFEJANT - Instituto de Formación para Educadores de Jóvenes, Adolescentes y Niños Trabajadores de América Latina y el Caribe

INDEC - Instituto Nacional de Estadística y Censos

IPEC - Instituto Provincial de Estadísticas y Censos

MTEySS - Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social

NBI - Necesidades Básicas Insatisfechas

NEA - Noreste Argentino

OIT - Organización Internacional del Trabajo

UNaM - Universidad Nacional de Misiones

UNICEF - Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia

# Índice

INTRODUCCIÓN.....	1
1. Problematicación y cuidado de la infancia.....	8
1.1 Infancia.....	9
1.2 Cuidado.....	12
1.3 Trabajo.....	15
2. Experiencias de trabajo infantil.....	17
3. Organización de la tesis.....	18
CAPÍTULO 1. TRABAJO INFANTIL INTERROGADO.....	20
1. Llegar al problema de investigación en una etnografía.....	21
1.1 El campo.....	24
1.2 La bibliografía.....	25
1.3 El problema.....	26
2. Precisiones metodológicas.....	28
3. Disputas en torno al trabajo infantil.....	31
3.1 La mirada normativa.....	32
3.2 La mirada contextual.....	35
4. Trabajo infantil híbrido.....	38
5. Caracterización de la zona de estudio: desde el mpoblamiento moderno hasta el arrinconamiento actual.....	41
5.1 Poblamiento moderno y colonización de la provincia de Misiones.....	42
5.2 Actividad forestal en el Alto Paraná.....	45
5.3 Arrinconamiento, migraciones y ocupaciones periurbanas.....	49
5.4 Los barrios: Las Minas y Sarmiento.....	51
6. Abriendo la caja negra del trabajo infantil minero.....	53
CAPÍTULO 2. LOS LÍMITES DE LA IDENTIDAD “NIÑO VENDEDOR”: VALOR ECONÓMICO, VALOR MORAL Y TRABAJO RELACIONAL EN LAS ECONOMÍAS DOMÉSTICAS.....	55
1. Introducción.....	55
2. Vender y jugar en el ámbito familiar: una forma de experiencia infantil.....	56
3. “No lo necesitan”: el trabajo infantil desde la perspectiva estatal local.....	60
4. Vínculos familiares, dinero y capital moral: el trabajo relacional en la economía familiar.....	67
4.1 La circulación del dinero en el hogar.....	68
4.2 “No tan duro, pero así sí”: La diferenciación del modo de participación de niños/as en actividades productivas desde su propia perspectiva.....	71
4.3 “No le vamos a abrir las puertas de casa”: el valor moral de “hacer algo” ....	73
5. Algunas consideraciones sobre la lógica del don en las relaciones familiares locales.....	78
6. Palabras finales.....	80
CAPÍTULO 3. “ASÍ NOS ENSEÑARON Y ASÍ CRECIMOS, TRABAJANDO”. EXPERIENCIAS DE INFANCIA Y TRABAJO A TRAVÉS DE LAS GENERACIONES.....	85
1. Memorias de experiencias infantiles.....	86
2. Unidades domésticas revisitadas.....	88
3. “Ya no da”: La vergüenza como pasaje etario y generizado.....	94

4. Trayectorias juveniles.....	100
4.1 Ser <i>pedrero</i> .....	102
5. 2° generación: En aquellos tiempos todo era monte .....	109
6. La memoria como horizonte de expectativas .....	114
7. Palabras finales .....	116
CAPÍTULO 4. CUIDAR A LA GURISADA .....	120
1. El trabajo infantil como forma de cuidado .....	121
1.2 Actos performativos de buenas madres .....	122
1.3 Más allá del amor maternal .....	129
1.3.1 El deber femenino de cuidar .....	133
1.3.1.1 Salir del encierro.....	134
1.3.1.2 La centralidad del trabajo simple y afectivo en la producción familiar ..	142
2. Niñas y niños que cuidan.....	146
2.1 Fuera del hogar .....	147
2.2 En el hogar.....	150
3. Cuidado inapropiado: El estilo de vida como factor de riesgo.....	152
4. Conclusiones.....	160
CONCLUSIONES.....	165
REFERENCIAS CITADAS .....	171



## Introducción

Se trata de (...) recordar la necesidad de que los antropólogos e historiadores piensen en lo intolerable no como un valor ético que ya estaría allí, sino como un trabajo político para construir en cada momento y en cada lugar el significado (Fassin y Bourdelais, 2005:15. Mi traducción).

El trabajo realizado por niñas y niños<sup>1</sup> es uno de los fenómenos sociales ligados a la infancia que causan mayor preocupación en el mundo. Existe un amplio consenso acerca del perjuicio que implica para el proceso de crecimiento y desarrollo psicofísico infantil y se lo considera un determinante social que vulnera derechos básicos tales como la salud, la educación y la recreación. Más aún, el trabajo infantil es definido globalmente como aquel que priva a los niños de su niñez (OIT, 2013) y es equiparado a la explotación (Nieuwenhuys, 2005). En esta línea, las políticas sociales (mediante convenios, programas y demás instrumentos de gobierno de alcance global) se orientan a su prevención y erradicación, y de manera urgente si se trata de sus peores formas.

No obstante, la acepción del trabajo infantil como categoría que implica un problema social, connota malestar social (Macri, 2012) y además define y ordena comportamientos para intervenir por medio de políticas públicas no ha existido siempre. Tampoco han existido siempre, ni han sido los mismos a lo largo de la historia, los sentimientos de horror y conmiseración que despiertan en las sociedades contemporáneas. Más bien, el trabajo infantil como lo conocemos se ha construido histórica y globalmente como un intolerable (Fassin y Bourdelais, 2005). Es decir, siguiendo a los autores, aquello que trasciende las fronteras de nuestro espacio moral porque atenta contra la integridad del cuerpo individual y colectivo. La emergencia del trabajo infantil como un intolerable se vincula precisamente al peligro que dicha actividad suponía para los cuerpos individuales (sobre todo al poner en riesgo su salud) y para la integridad de las sociedades (al poner en peligro el desarrollo de las naciones que necesitaban formar mano de obra calificada).

En el contexto argentino -así como en la mayoría de países latinoamericanos (Liebel, 2013), Europa Occidental (Bourdelais, 2005) y Estados Unidos (Zelizer, 1985)- el trabajo infantil ha sido objeto de controversias y regulación estatal desde las primeras

---

<sup>1</sup> Siguiendo la recomendación que estipula la Guía para el Uso de un Lenguaje No Sexista e Igualitario de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación utilizada por la Universidad Nacional de San Martín, me referiré en la tesis a niñas y niños. Eventualmente usaré la barra, /, para evitar la sobrecarga gráfica. Quisiera destacar que en lo personal no comparto la visión binaria de los géneros.

décadas del siglo XX<sup>2</sup> (Lobato, 2007), período caracterizado por la consolidación de un nuevo modo de producción y la conformación de los Estados modernos. La expansión de actividades productivas y comerciales que requería de mano de obra de forma creciente, la masividad del movimiento inmigratorio, la consecuente concentración poblacional en grandes ciudades y las precarias condiciones de vida y trabajo fueron las principales características de una época en la cual el trabajo realizado por niñas y niños<sup>3</sup> emerge como un problema social sobre el cual intervenir. Mientras que por un lado las múltiples actividades laborales realizadas en el espacio público fueron condenadas por su asociación directa con el delito y la degradación moral, sobre todo en el caso de las niñas, el trabajo en las fábricas era aceptado por las elites porteñas por su carácter disciplinador. Más aún, esta última modalidad se concebía como una solución al “problema de la vagancia y delincuencia infantil” (Suriano, 1990) al integrar a la estructura productiva la mano de obra necesaria para el desarrollo industrial y agrícola nacional. Así, la figura del niño trabajador fue trazada desde sus inicios con un perfil bifronte (Zapiola, 2009) que da cuenta de la coexistencia de diferentes éticas sobre el trabajo infanto-adolescente en una misma época (Macri et al., 2005).

En este marco, las primeras leyes el trabajo infantil fueron conformadas en sintonía con estas representaciones hegemónicas sobre la infancia y “estuvieron orientadas hacia la moralización, la protección y el control social de los niños trabajadores” (Macri, 2012:9). A lo largo del siglo XX las normativas internacionales se dirigieron a “garantizar una infancia en la cual la familia, la educación y el juego ocuparan un lugar prioritario para todos los niños sin excepción” (Macri, et al., 2005:70). En este sentido fueron centrales los diversos convenios de edad mínima de admisión al empleo<sup>4</sup> (que a lo largo de los años elevaron cada vez más la edad mínima), la incorporación de la Convención Internacional

---

<sup>2</sup> Las condiciones de trabajo precarias en las cuales se desarrollaba el trabajo infantil y de los asalariados en general entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX fueron denunciadas por distintas organizaciones gremiales de la época. En este sentido, si bien las primeras investigaciones oficiales sobre las condiciones laborales y de vida de los trabajadores argentinos datan de principios del siglo XX -época en la que se crea el Departamento Nacional del Trabajo (DNT), en el año 1907, para recolectar, coordinar y publicar “todos los datos relativos al trabajo para contribuir a las reformas legislativas y administrativas capaces de mejorar la situación social, intelectual y moral de los trabajadores.” (Lobato, 2007:146)- no deben perderse de vista que fueron propiciadas por las demandas previas de las trabajadoras y trabajadores así como por militantes socialistas y anarquistas. Para profundizar sobre este aspecto ver: Frasco Zuker, 2018.

<sup>3</sup> Las principales fuentes históricas que detallan las condiciones de trabajo y el infantil en particular son los informes elaborados por los inspectores de trabajo del DNT en fábricas y talleres fundamentalmente de Buenos Aires. No obstante, el trabajo infantil también se encontraba en las calles de Buenos Aires, en zonas rurales y en el servicio doméstico, una de las ocupaciones más representativas de ese período, según Allemandi (2017). La particular invisibilización del trabajo doméstico y su subregistro se debe a que a principios del siglo XX no se percibía como un problema social, por lo que no formó parte de la agenda pública.

<sup>4</sup> Se hará referencia a los convenios en el próximo capítulo.

sobre los Derechos del Niño<sup>5</sup> a la Constitución Nacional (año 1994) y la sanción de Ley de Educación n° 26.206 (año 2006) que implicó la obligatoriedad de la educación secundaria en todo el país. Este sucinto panorama sobre la normativa da la pauta del creciente interés gubernamental de separar a los niños del trabajo y garantizar sus derechos y cuidados especiales en general.

En sintonía con esta perspectiva hegemónica sobre el trabajo infantil, comúnmente llamada abolicionista (Rausky, 2009), en ocasión del Día Mundial contra el Trabajo Infantil<sup>6</sup> celebrado en Buenos Aires en el año 2017, el entonces Ministro de Trabajo (que actualmente no existe como tal pues el propio Ministerio fue convertido en Secretaría de Estado<sup>7</sup>) afirmó: “Cuidar a nuestros niños es asegurar su derecho a tener una niñez plena, en la que puedan estar jugando y aprendiendo. No trabajando” (El Economista, 2017<sup>8</sup>).

Este tipo de formulación sobre el trabajo infantil establece fronteras fijas entre esferas de la vida social (Williams, 1980) que no se corresponden con los hallazgos de numerosas investigaciones en distintos contextos de estudio (Szulc, 2002; Gorbán, 2004; Pedraza Gómez, 2007; Zelizer, 2009; Padawer, 2010; Noceti, 2011; Rausky, 2011; Leyra Fatou, 2012; Liebel, 2013) que han puesto en tensión la premisa según la cual si los niños participan de actividades productivas se pierde su niñez, se vulneran sus derechos y se ven sometidos a la explotación económica. Esta tesis dialoga con ambos campos de interlocución al colocar la mirada en el hiato entre las miradas globales y hegemónicas en torno al trabajo infantil y las experiencias de infancia y trabajo en una localidad del noroeste de Misiones. Específicamente, se analiza el trabajo de extracción y venta callejera de piedras preciosas a turistas que van a visitar los yacimientos mineros formalizados de Colonia Wanda. La venta de las piedras se realiza asimismo en las calles de Puerto Iguazú, ciudad fronteriza (entre Paraguay y Brasil) en la que se concentran los turistas que van a

---

<sup>5</sup> El artículo 32 de la Convención hace referencia explícita al trabajo infantil: -los Estados Partes reconocen el derecho del niño a estar protegido contra la explotación económica y contra el desempeño de cualquier trabajo que pueda ser peligroso o entorpecer su educación, o que sea nocivo para su salud o para su desarrollo físico, mental, espiritual, moral o social. Asimismo se insta a los Estados Partes a fijar edades mínimas para trabajar; reglamentar horarios y condiciones de trabajo y por último estipular penalidades que aseguren la aplicación del artículo.

<sup>6</sup> El Día Mundial contra el trabajo infantil es el 12 de Junio y cuenta con el apoyo general de los gobiernos, las organizaciones de empleadores y de trabajadores, los organismos de las Naciones Unidas y otros interesados en la lucha contra el trabajo infantil.

<sup>7</sup> En Septiembre del año 2018 una serie de Ministerios fueron disueltos como tales y convertidos en Secretarías de Estado, con excepción del Ministerio de Modernización que fue directamente eliminado. De un total de 20 Ministerios que había en Diciembre del año 2015 (fecha de asunción del Presidente Mauricio Macri y su gabinete) quedaron solamente diez. Mediante la Resolución 9/2018 se resolvió convertir en Secretarías a los siguientes a los siguientes ex Ministerios: Salud, Trabajo, Agroindustria, Ciencia, Tecnología, Ambiente y Desarrollo Sustentable, Energía, Turismo y Cultura.

<sup>8</sup> Diario El Economista, 2017.



visitar las Cataratas del Iguazú. Este tipo de trabajo infantil es el más visible de la zona por el ámbito público en que tiene lugar y por la presencia permanente de turistas, pero no es el único. La participación infantil en actividades productivas excede esta forma y se conecta con otras -prácticas de cuidado y cosecha de yerba mate fundamentalmente- porque también se desarrollan en el marco de relaciones familiares.

En parte es debido a ello que, desde la perspectiva estatal, las familias emergen como las principales responsables de exponer a sus hijos a los efectos nocivos del trabajo y descuidarlos. En un nivel más abstracto, se alude recurrentemente a “la cultura de las familias” para explicar la persistencia del trabajo infantil, como si funcionara por una suerte de transmisión hereditaria (Hacking, 2013). Esta referencia a la cultura como patrimonio permanente y fijo o como “episteme cristalizada” (Segato, 2014:49) supone una racialización de los sectores subalternos en la medida en que “su” cultura es entendida como un “determinante del comportamiento un grupo o un individuo de la misma forma que se había recurrido al [concepto] de raza” (Restrepo, 2014:14). Más aún, dicha comprensión de la cultura presupone una dicotomía entre salvaje-civilizado que justifica la histórica “misión civilizadora del Estado” (Das, 2008:205) de enseñar, corregir o “direccionar” comportamientos de grupos subalternos considerados ilegales, ilegítimos e inmorales.

En este marco de discursos que interpelan a niñas y niños como víctimas del comportamiento irresponsable de sus madres y padres (Berlant, 2012; Fassin, 2016), los interrogantes orientadores de la investigación etnográfica (de la cual se desprende esta tesis) giraron en torno a: la comprensión de las lógicas familiares en las cuales el trabajo infantil tiene lugar; las circunstancias históricas, sociales y económicas en las cuales se inscriben experiencias de trabajo infantil según distintas generaciones de una misma unidad doméstica; los sentidos atribuidos por los propios sujetos a la experiencia de trabajar durante la infancia (propia y la de sus hijos o nietos); las formas particulares en que se articulan los supuestos “mundos hostiles” (Zelizer, 2009) de la intimidad y la economía; y, en particular, las maneras en que se conectan las prácticas de cuidado infantil llevadas a cabo por madres y padres de los niños y su incorporación a actividades productivas.

El trabajo de campo etnográfico fue realizado en la localidad de Colonia Wanda durante el período 2013-2016 con el objetivo general de caracterizar experiencias de trabajo infantil considerando las trayectorias familiares, las infancias y las relaciones de género según las generaciones de las unidades domésticas.

Wanda resulta un escenario privilegiado para analizar cómo se entrecruzan discursos, sentidos y prácticas en torno al trabajo infantil por la visibilidad que adquirió el fenómeno de la venta de piedras en la calle. Imágenes mediáticas “impactantes” (Fassin, 2016) de niños descalzos corriendo autos de turistas, donaciones posteriores de ropa y alimentos por parte de turistas que se conmovieron al verlos, programas estatales focalizados en este tipo de trabajo infantil forman parte de una mirada que hipervisibiliza una característica singular de la zona de estudio. No obstante, los sentimientos de conmiseración que provoca y las acciones que moviliza dicho fenómeno no pueden escindirse de procesos económicos y sociales que en parte explican el por qué de dicha actividad laboral y de las condiciones de vida precarias en que habitan las familias en su conjunto. Fundamentalmente la intensificación del uso forestal del suelo (centrado en la reforestación con monocultivo de pinos) que aumentó la demanda de tierra para uso agrícola y residencial generando ocupaciones periurbanas de peones y colonos descapitalizados que encontraron en la minería de gemas una alternativa económica frente al arrinconamiento territorial y el desempleo. Los barrios periurbanos de Wanda que componen la unidad territorial de la tesis se inscriben en este proceso de ocupaciones de alcance departamental. Esto se refleja en el alto porcentaje de hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas en el departamento Iguazú (21.3%) con relación a la media provincial (15.6%), regional (Noreste Argentino<sup>9</sup> -en adelante NEA-, 16.8%) y nacional (9.1%) (INDEC, 2010).

La foresto industria es preponderante en el Departamento Iguazú (que contiene al municipio de Colonia Wanda), a la vez que es el, sector más importante de las exportaciones provinciales. El incremento de la productividad en el sector durante la última década -y el aumento del valor de las exportaciones de celulosa, madera y derivados- ha ido en detrimento de puestos de trabajo. La modernización productiva mantiene una relación sostenida con la precarización de las condiciones laborales, tal como advierten diversos estudios sobre empleo rural (Ortiz, 2000; Cavalcanti y Neiman, 2005. *apud* Mastrangelo y Trpin, 2016). En la zona de estudio, la precariedad laboral, informalidad, tercerización a través de empresas de servicios forestales y subcontratación son parte de la dinámica social del empleo “aún en la vanguardia tecnológica del capitalismo agrario” (Mastrangelo y Trpin, 2016:4). Siguiendo a las autoras, me interesa destacar cómo las formas de contratación, las modalidades de pago y los sistemas de

---

<sup>9</sup> La región del Noreste argentino comprende las provincias de Misiones, Corrientes, Chaco y Formosa.

remuneración, descargan sobre los trabajadores las inestabilidades que afectan a la actividad y cómo a través de estos procedimientos empresariales se administra estratégicamente la legalidad vigente. En este sentido, “para crear puestos de trabajo decente en agricultura no basta con que exista una legislación sectorial garantista (Lara Flores, 2008), pues su real vigencia y las capacidades de control fiscal son presa de desequilibrios estructurales.” (Mastrangelo y Trpin, 2016:13). En efecto, aunque actualmente esté prohibido por ley el trabajo infantil y aunque en últimas décadas haya disminuido su incidencia tanto a nivel global como nacional (EANNA, 2018), su persistencia en ámbitos en ciertos ámbitos como el de la cosecha de yerba mate en Misiones se explica especialmente por la articulación entre el sistema de pago y la complicidad de los productores (Traglia, 2015; Re, 2017).

Esta dinámica social del empleo descripta se articula con las “brechas negativas en casi todas las áreas del desarrollo a fines de los años 2000” (Niembro, 2013:33) en la región del NEA en materia de educación, salud, vivienda, empleo/ingresos e infraestructura<sup>10</sup>. Si se tienen en cuenta este conjunto de indicadores, el lugar de estudio puede caracterizarse como un núcleo de exclusión estructural (Kessler, 2014), noción que agrupa a quienes

permanecen excluidos o expulsados del sistema escolar; los que sufren ciertas ‘enfermedades catastróficas’ u otras sin adecuada cobertura o sin acceso a los servicios, quienes tienen las mayores dificultades de vivienda, los expulsados de sus tierras, los que sufren mayor violencia de distinto tipo y quienes viven en zonas relegadas, donde carencias de infraestructura y de oportunidades se retroalimentan” (Kessler, 2014:340)

---

<sup>10</sup> Si bien en los últimos años se redujeron los índices de pobreza e indigencia heredados de la crisis de 2001-2002 y desde el gobierno nacional se implementaron medidas de gran impacto (especialmente la Asignación Universal por Hijo), “los niveles actuales continúan siendo elevados para la media histórica” (Niembro 2013:34).

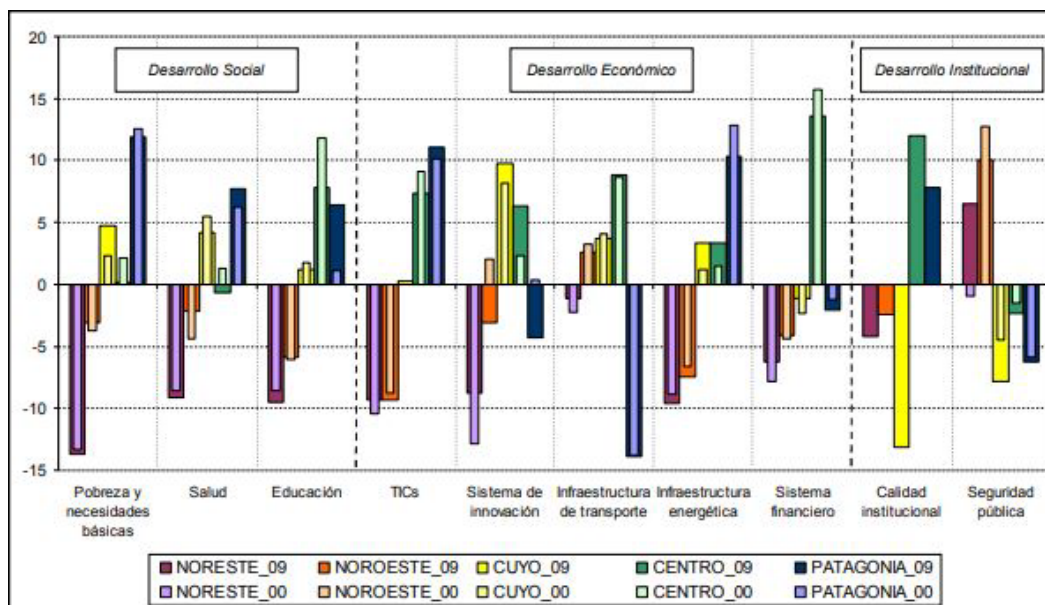


Gráfico n°1: Brechas de desarrollo regional (circa 2000 vs. circa 2009). Fuente: Niembro, 2013.

Por su parte, los datos oficiales más recientes sobre trabajo infantil y adolescente (relevados por medio de la Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes<sup>11</sup> en los años 2016 y 2017) también revelan que la región del NEA, junto al Noroeste argentino, es una de las que mayor incidencia tiene: mientras que el porcentaje nacional de niñas y niños entre 5 y 15 años que realizan al menos una actividad productiva es del 10%, en el NEA es de 13.1%; por su parte, el porcentaje nacional de adolescentes de 16 y 17 años que realizan al menos una actividad productiva es del 31.9% y en el NEA 33.4% (EANNA, 2018). Estos porcentajes aumentan en todas las regiones y en todas las franjas etarias en las áreas rurales.

Inscribir el análisis de las experiencias de trabajo durante la infancia en estos procesos y a la luz de estos indicadores se vincula con una mirada relacional sobre la infancia y la desigualdad social<sup>12</sup> que guió el proceso de investigación propio. Instrumentado en la tesis, implica que la mirada está puesta sobre las relaciones sociales que producen la infancia (así como el género, la maternidad, la familia, el cuidado) y sobre aquellas que reproducen e intensifican la desigualdad persistente (social, territorial,

<sup>11</sup> La última información oficial disponible sobre las actividades laborales de niños y adolescentes se remontaba a la EANNA 2004 y se limitaba a algunas regiones de Argentina, por lo que los resultados no tenían alcance nacional, a diferencia del caso de la última encuesta realizada tanto en áreas urbanas como rurales entre los años 2016 y 2017 (EANNA, 2018).

<sup>12</sup> La desigualdad en tanto noción relacional permite superar las limitaciones de conceptos como pobreza o exclusión social en la medida en que los reinscribe dentro de una dinámica social y los entiende como un subproducto de inequidades más que como características de un grupo (Kessler, 2014).

ambiental). Esto se funda en una posición propia “más analítica que normativa” (Fassin, 2016:8) acerca del objeto de estudio y de las categorías que supone.

## **1. Problematicación de la infancia, el cuidado y el trabajo**

Adoptar una posición más analítica que normativa sobre fenómenos moralmente condenados como el trabajo infantil requiere necesariamente problematizarlo. Es decir, situarlo social e históricamente y dar cuenta de las transformaciones en el modo de entenderlo e intervenir sobre éste. Al hacerlo, como he mostrado a través del somero repaso por el cambio en las legislaciones y sobre todo al explicitar su historicidad en tanto intolerable global y contemporáneo, quedó evidenciado que hablar sobre trabajo infantil supone una determinada idea de infancia, cuidado y trabajo. Viviana Zelizer (1994) argumenta, en este sentido, que la expulsión de niñas y niños de la esfera económica si bien estuvo inducida por los cambios profundos en las estructuras económicas y laborales, también formaba parte de un proceso cultural de sacralización de la infancia. Por ello sostiene que el trabajo infantil constituye una vía privilegiada para comprender la transformación del valor económico al valor sentimental asignado a los niños en las primeras décadas del siglo XX. Su interpretación sobre la posición de quienes estaban en contra del trabajo infantil explicita la imbricación entre infancia, familia y cuidado: para ellos, “Si los niños eran útiles y producían dinero, no eran amados adecuadamente” (Zelizer, 1994:72. Mi traducción). En definitiva, siguiendo a Zelizer, las controversias en torno al trabajo infantil no pueden reducirse a la estipulación de tipos de trabajo, edades mínimas de admisión al empleo o cantidad de horas de trabajo permitidas sino que son sobre todo una “disputa moral” en torno al valor otorgado a la infancia y si ese valor tiene o no equivalencia monetaria.

La problematización del mundo social no refiere a la representación de un objeto preexistente ni a la creación de uno que no existe sino al “conjunto de prácticas discursivas y no discursivas que hacen entrar algo en el juego de lo verdadero y lo falso y lo constituye en objeto para el pensamiento” (Foucault, 1994:669-970). La condena moral hacia el trabajo infantil no permite volverlo objeto para el pensamiento sino que más bien constituye un obstáculo epistemológico (Bachelard, 1987). Reforzada por el carácter ilegal del fenómeno, no permite dar cuenta de aspectos sustantivos sobre este fenómeno.

Con el fin de analizar al trabajo infantil en el sentido que propone Foucault (1994), a continuación mencionaré una serie de estudios de distintos campos disciplinares que

comparten el interés por problematizar nociones hegemónicas sobre infancia, cuidado y trabajo resultando por ello insoslayables para esta tesis.

## 1.1 Infancia

El carácter social e históricamente construido de la infancia ha sido señalado por casi la totalidad de la bibliografía de ciencias sociales que la toma por objeto de estudio. Los estudios sobre historia de la infancia, desarrollados y consolidados como corriente historiográfica a partir de la obra de Philippe Ariès (1987), muestran que la idea de infancia como una etapa de la vida separada de la adultez es una “invención”. Es decir, el resultado de un proceso histórico vinculado a los cambios en las sociedades europeas del Antiguo Régimen durante el siglo XVIII (Carli, 1999, 2006) que construye una infancia vulnerable, inocente, necesitada de protección, afecto y dirección. De este modo, la emergencia de la infancia “no se confunde con el afecto por los niños sino que corresponde a la conciencia de la particularidad infantil que distingue esencialmente al niño del adulto” (Ariès, 1987:178).

El progresivo interés en la formación moral de los niños se va institucionalizando a lo largo de los siglos XIX y XX. Especialmente la familia nuclear, *nurseries* y escuelas son las principales instituciones que delimitan las fronteras de la infancia en el sentido que emergen como los espacios apropiados para garantizar su adecuado crecimiento y desarrollo (Rabello de Castro, 2002). En este marco, se institucionalizan especialidades profesionales dedicadas específicamente a la atención de la infancia como la pediatría, la puericultura y la psicología evolutiva. La crianza infantil fue, de este modo, guiada por saberes expertos que establecieron un patrón de normalidad presentado como natural y universal (Jenks, 1996). Articulado a ello, en los discursos médicos y los saberes “psi” hay una idea de crianza correcta (Colangelo, 2006) según la cual hay formas socialmente adecuadas de cuidar un niño y espacios adecuados que aparecen ligados a la idea de normalidad y la salud infantil. Los trabajos de Adelaida Colangelo (2008; 2012) y Carolina Remorini (2010; 2013) muestran cómo desde los parámetros de la pediatría y la psicología evolutiva se configura una idea normalizadora del niño, a través de la determinación de estadios de crecimiento y desarrollo que garantizan una evolución normal y esperable. Más aún, Colangelo (2008) sostiene que crecimiento y desarrollo constituyen las dos grandes metáforas a partir de las cuales las sociedades modernas han comprendido y explicado la niñez.

Ahora bien, las investigaciones antropológicas muestran que no existe tal cosa como “la niñez” pues los sistemas de clasificación de las edades y sus significados son socioculturales y por tanto contextuales (Feixa, 1996; Mead, [1935]2006; Colángelo, 2003; Cohn, 2005; Szulc, 2008; Villalta, 2010; Kropff, 2011). Estos estudios se han abocado a problematizar la niñez (Szulc, 2006), esto es, a dar cuenta de su carácter histórico, sociocultural y diverso, al mismo tiempo proponen un cuestionamiento a las visiones hegemónicas que suponen modos normales ser niño (Remorini, 2013). Por visión hegemónica occidental (Szulc, 2006) se hace referencia a los niños en tanto personas diferentes de otras, como un conjunto aún no integrado a la vida social, definidos por la negativa y desde el punto de vista de los adultos como quienes carecen de atributos tales como madurez sexual, autonomía, responsabilidad por sus actos, algunas facultades cognitivas y capacidad de acción social. Esta concepción de la infancia montada sobre una “ficción universalizante” (Rabello de Castro, 2002) subyace a las “políticas destinadas a los llamados países en vías de desarrollo ocasionando el menosprecio de las infancias (muchas relacionadas con el trabajo) que estos niños viven” (Liebel, 2016:259). Es por ello que no contribuye a la comprensión de las formas de vida y valores de otras infancias (Hecht, 1998).

Aquello que es definido como lo esperable en las distintas etapas de la vida, lejos de ser universal y/o natural, forma parte de un procesamiento sociocultural de las edades, fruto de un proceso histórico a lo largo del que se sedimentan sus sentidos (Kropff, 2011). Dicho procesamiento condiciona modos de ser, establece expectativas y define prácticas asociadas a cada una de las edades para aquellos que las transitan. Por ello desde la antropología de la niñez se destaca especialmente la potencialidad del enfoque etnográfico para dar cuenta de los múltiples aspectos de la realidad que posibilitan y condicionan las experiencias de ser niño y en particular para conocer su propia perspectiva. Este último aspecto constituye una aproximación alternativa a las miradas adultocéntricas propias de las etnografías clásicas, en las que los niños aparecen invisibilizados o presentes desde las voces de los adultos (Dolto, 1986; Szulc, 2006). En esta línea se inscribe la línea de trabajo conocida como nueva sociología de la niñez (James y Prout, 1990) que entre sus principales puntos plantea: que la niñez no constituye un fenómeno universal ni natural; que su análisis no puede aislarse de otras variables como clase, género, religión, etnicidad; que los niños son activos en la construcción y determinación de su vida social, la de quienes los rodean y la de las sociedades en las que viven; que sus relaciones, prácticas y representaciones merecen ser estudiadas; y que la etnografía –al indagar la perspectiva de

los sujetos y posibilitar su participación en la producción de conocimientos- constituye una vía adecuada para hacerlo<sup>13</sup>.

El abordaje etnográfico de la infancia no se agota en su problematización y contextualización sociohistórica sino que involucra, además, a la intervención del Estado. Las nuevas generaciones no solamente inspiraron afecto y disposición al cuidado sino también temor y aversión (Ariès, 1987). Por ello, el tratamiento institucional de las mismas fue (y va) desde el gobierno y la guía de las conductas, a la disposición soberana de los cuerpos (Donzelot, 1990). De modo que, “los aparentemente pares contradictorios cuidado-control, educación-castigo, gobierno-soberanía, no son oposiciones excluyentes sino dos caras de la misma moneda.” (Llobet, 2015:39). En tal sentido retomaré los aportes de otro conjunto de estudios centrados en los modos de gobierno de ciertas infancias. Su foco de análisis está puesto en dispositivos jurídicos y burocráticos que intervienen sobre sectores específicos de la infancia (Villalta, 2010). Menores, niños adoptados, niños trabajadores, niños judicializados, entre otras, son clasificaciones requeridas y producidas por la acción estatal para intervenir diferencialmente sobre determinado tipo de niños y familias, principalmente de sectores populares.

Las investigaciones latinoamericanas que analizan las formas de regulación de la infancia (Fonseca, 1999; Santillán, 2009; Villalta, 2010; Barna, 2012; Magistris, 2013; Llobet, 2015) sostienen que éstas ponen en juego valores morales que principalmente culpabilizan y/o consideran negligentes a los padres por la situación en la que se encuentran sus hijos. Es decir que el Estado a la vez que busca garantizar el interés superior de la infancia (legitimado por compromiso moral de proteger a los niños, que no pueden cuidarse por sí mismos) simultáneamente opera con definiciones y categorías que suponen una visión moral sobre relaciones familiares esperables que se traducen en prescripciones sobre modos adecuados de crianza. Estas investigaciones procuran desentrañar los modos en que el gobierno, entendiendo por ello a los mecanismos ritualizados y procedimientos prácticos de orientación de las conductas, es ejercido en un contexto de racionalidades políticas heterogéneas, atravesadas por el discurso de derechos (Llobet, 2015).

---

<sup>13</sup> Ahora bien, la consideración de los niños como interlocutores válidos no ha obstado al reconocimiento de los desafíos teórico-metodológicos que supone su incorporación en las investigaciones. Así, se han incluido algunas herramientas específicas en etnografías sobre y con niños tales como talleres, obras de teatro, dibujos, juegos y conversaciones grupales (Milstein, 2008; Enriz, 2008; Mastrangelo, 2006; Szulc, 2002).



Asimismo, permiten dar cuenta del carácter relacional de la infancia, particularmente en el sentido de que la regulación de la infancia implica también la regulación de la familia y la maternidad (Llobet, 2013). Por eso, lejos de pensar en términos de una cultura infantil aislada (Szulc, 2006) o bien esta desde una óptica que presupone un niño sujeto de derechos como noción abstracta sin hacer referencia al contexto, la presente tesis dialoga con un abordaje que permite pensar a la edad como una dimensión articulada con diferentes clivajes (de clase, de género, étnico) (Kropff, 2009). La concepción relacional de infancia (Mayall, 2002 *apud* Gaitán, 2006) resulta particularmente adecuada a los fines de esta investigación pues enfatiza las relaciones con otros (niños, adultos, instituciones) y permite considerar las dinámicas (familiares, institucionales, comunitarias) de las que los niños son partícipes activos.

## **1.2 Cuidado**

Ligado al proceso de emergencia de la infancia y la consolidación de un modo de vida centrado en la familia nuclear, se erige el mito del amor maternal (Badinter, 1981) que exaltaba a la maternidad como valor natural y social de las mujeres en el marco de un nuevo mandato: garantizar la supervivencia de los/as niños/as inocentes y frágiles. Entre los siglos XVII y XVIII diversos estudios científicos se orientaron a educar a las mujeres para la “noble tarea” de mantener a sus hijos junto a ellas y ocuparse de su crianza con la candidez de los vínculos afectivos en el ámbito doméstico. El proceso simultáneo de glorificación de la maternidad y subordinación a las mujeres sintetiza la manera que la sociedad llamada occidental se articuló a las transformaciones producidas en los modos de vida (Darré, 2013) que acentuaron la contraposición entre el hogar como lugar femeneizado, maternal y cálido y el mundo exterior asociado a la figura del varón proveedor. Por un lado, la justificación de tal división territorial en términos de género se fundamentaba en la naturaleza, más precisamente en la capacidad biológica reproductiva de las mujeres que les otorgaba una superioridad moral para cuidar de otros. Por otro lado, la diferenciación de roles configuraba -y se apoyaba en- un orden valorativo que configuraba al espacio doméstico y privado como el apropiado para las mujeres.

Tales diferenciaciones en esferas fueron profundizadas por el proceso de industrialización en las sociedades postcoloniales que disoció asimismo la función productiva de la reproductiva y acentuó el confinamiento de las mujeres a la esfera doméstica así como su maternalización (Nari, 2004). Este sistema de subordinación de las mujeres en la comunidad doméstica descansaba en el modelo de hogar del desarrollo

capitalista nuclear y patriarcal (Jelin, 2010) según el cual los varones trabajan y con su salario aportan los recursos monetarios requeridos para el mantenimiento de la familia y las mujeres realizan diversas actividades de cuidado y se encargan de la socialización temprana de sus hijos, transmitiendo patrones de conducta esperados.

No obstante, esa maternidad que se pretendía como un don natural se configuró como un asunto público sobre el cual los Estados debían intervenir. Lejos de quedar librada al arbitrio privado de las mujeres, se desarrollaron múltiples acciones estatales y saberes tendientes a regular los comportamientos de las mujeres de manera de encauzarlas hacia el camino maternal, fenómeno que Marcela Nari (2004) analiza en Argentina bajo la categoría de maternalismo político. Se trata de las políticas públicas orientadas a determinar modos de cuidado y crianza correctos para los futuros ciudadanos. La categoría de cuidado en sus orígenes fue entonces articulada a la dimensión privada, femenina y caracterizada como un no trabajo.

Esta “matríz de responsabilidades de provisión y cuidado según género<sup>14</sup>” (Faur, 2006:129) sostenida por diversas instituciones públicas así como por una ideología maternalista muy arraigada socialmente y reproducida desde el Estado, fue objeto de cuestionamiento por parte del movimiento feminista. Particularmente durante la década de 1960 (Faur, 2014) se empezó a focalizar en la necesidad de visibilizar y reconocer como un trabajo<sup>15</sup> el cuidado que las mujeres desarrollaban en sus hogares. Pero, ¿qué se entiende por cuidado? Fisher y Tronto (1990) proponen definir sus “límites” al comprenderlo como una actividad que incluye “todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro ‘mundo’ de tal forma que podamos vivir en él lo mejor posible. Ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestros seres y nuestro entorno, todo lo cual buscamos para entretejerlo en una red compleja que sustenta la vida” (Fisher y Tronto, 1990:40).

Partiendo de esta noción amplia en 1990 se produce un punto de inflexión en los estudios de políticas sociales cuando Gøsta Esping-Andersen postula la noción de régimen de bienestar resaltando que el cuidado se produce en la articulación de distintos “pilares”: Estado, mercado y familia. Shahra Razavi (2007) propone años más tarde incluir a este esquema un pilar más, la comunidad, teniendo en cuenta el crecimiento y la participación activa de organizaciones sociales y comunitarias en la provisión del cuidado a partir de las

---

<sup>14</sup> Siguiendo a Scott (1991) el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos y es una forma primaria de relaciones significativas de poder.

<sup>15</sup> Sobre este aspecto me detendré en el próximo apartado.

décadas de 1980 y 1990. Eleonor Faur (2014), por su parte, sostiene que para el caso específico de las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por diversas desigualdades, es necesario pensar en modelos de cuidado que den cuenta del “régimen híbrido, compuesto por modelos superpuestos que se reproducen por la oferta segmentada de políticas públicas y la diversa calidad de servicios de cuidado según cada clase social” (Faur, 2014:41). Estas aproximaciones resultan relevantes para la presente tesis porque permiten explorar la articulación entre dimensiones que habitualmente aparecen separadas, específicamente las estrategias familiares de cuidado infantil y las regulaciones del mundo laboral a través de la provisión de servicios de cuidado. Así, abren la posibilidad de pensar la presencia de niños en actividades laborales realizadas junto a madres y sus padres como una estrategia de cuidado infantil desplegada por (sobre todo) sus madres.

Por otra parte, resulta asimismo relevante considerar otro conjunto de estudios que echan luz sobre aquello que las personas entienden como cuidado a través del análisis de prácticas de cuidado (Mol, Moser, Pols, 2010; Epele, 2012; Llobet y Milanich, 2014) en contextos específicos. Este conjunto de estudios pone de relieve las distintas dimensiones que comprende el cuidado sin limitarse al análisis de la “relación vertical” entre las instituciones y las mujeres (Llobet y Milanich, 2014). En esta línea, Teresa Palomo (2008) sostiene que el cuidado posee distintas dimensiones que no son adecuadamente captadas por estudios que se focalizan fundamentalmente en “la denuncia y el análisis de la exclusión, la discriminación y la subordinación” (p. 20). Propone por ello una herramienta teórica a la que denomina la “domesticación del trabajo” que apunte a dar cuenta asimismo de su valor social y de los aspectos materiales, morales y afectivos que comporta. Así, entiende al cuidado como un trabajo contingente que participa directamente en el mantenimiento de la vida del otro, de asistir a sus necesidades básicas o de promover su autonomía (Molinier, 2005 *apud* Palomo, 2008).

En el contexto de estudio, promover la autonomía de los niños implica entre otras cosas que sean ellos quienes cuiden a otros y no solamente sean destinatarios del cuidado adulto y fundamentalmente femenino. Tal como sostienen Palomo y Terrón (2015), la dependencia y vulnerabilidad no son atribuibles a ciertas personas o grupos de edad *per se* sino que se trata de rasgos inherentes al vivir humano exigen un análisis más amplio de las relaciones sociales y una revisión de la concepción asimétrica de la relación de cuidado (Paperman, 2004 *apud* Palomo y Terrón, 2015). Estas observaciones dialogan especialmente con los estudios antropológicos que hacen una crítica a la visión hegemónica de la infancia, la cual suele ser reproducida en estudios de cuidado. Como se

verá en la tesis, la imagen estereotipada de un cuidado unidireccional (alguien cuida activamente a alguien, que pasivamente recibe cuidado) se difumina cuando se la analiza desde esta perspectiva Y aparece, en cambio, la idea de una interdependencia de todos los seres humanos en el cuidar/se” (Palomo y Terrón 2015:214). Pensar al cuidado llevado a cabo por los niños resulta desafiante en la medida en que son sujetos “preciados”, dado su valor sentimental (Zelizer, 1994). Sin embargo, niñas y niños participan de actividades productivas no sólo como mero “recurso didáctico” (Zelizer, 2009:263). En este sentido, el cuidado constituye una vía de acceso privilegiada para explorar los procesos de construcción de la niñez en diferentes situaciones y contextos, en tanto ilumina de manera particular las relaciones intra e intergeneracionales.

### **1.3 Trabajo**

Como señalé en el apartado anterior, históricamente se atribuyó a la esfera del trabajo aquello que se producía por los hombres fuera del ámbito doméstico y que suponía un ingreso monetario. Este modelo patriarcal invisibiliza como trabajo aquello que se produce al interior de los hogares que transforma ese ingreso monetario en los bienes y servicios que permiten el mantenimiento y reproducción social (Jelin, 2010). Así, la división entre lo productivo de lo reproductivo ha sido objeto de críticas por parte diversos estudios feministas (Meillassoux, 1977 *apud* Faur, 2014; Rosaldo, 1980; Moore, 1991 *apud* Esteban, 2017) que buscaron resaltar que el trabajo reproductivo que venían desarrollando las mujeres era el “motor indispensable para el sostén generacional y cotidiano de la mano de obra laboral y el sistema económico” (Faur, 2014:29). Pues en el ámbito doméstico se producen (no meramente reproducen) diversas tareas que permiten el mantenimiento y la subsistencia de los miembros de la familia que, en tanto trabajadores asalariados reponen sus fuerzas y capacidades. Asimismo, se produce el cuidado y socialización de niñas y niños.

Estas consideraciones del feminismo académico pusieron en tensión la propia categoría hegemónica de trabajo, según la cual se lo asocia a ingreso monetario o percepción de un salario, al destacar el tiempo que lleva, las competencias que implican y la utilidad social que comprenden las actividades llamadas reproductivas. Teniendo en cuenta estos aportes, en la tesis no utilizaré la expresión actividades reproductivas pues considero que en los hogares se produce. Además, dichas consideraciones permiten echar luz sobre las formas de producción económica de las cuales los niños son activos partícipes sin necesidad de

percibir dinero por hacerlo. De otro modo supondría una doble discriminación hacia los niños: se les niega el reconocimiento social de su esfuerzo como trabajo y como no llegaron a una determinada edad –de acuerdo a los criterios de los adultos- se los confina a actividades que “no tienen valor”, que quedan circunscriptas a la esfera de la ayuda (Liebel, 2003, 2013).

También otro tipo de estudios, no encuadrados en el feminismo académico, han tematizado sobre la necesidad de utilizar conceptos ampliados de trabajo que integren formas generadoras de valor no necesariamente monetario. Entre ellos, los Nuevos Estudios del Trabajo Latinoamericanos que estructuran el campo de debate contemporáneo de la sociología del trabajo en la región. Este colectivo de autores señalan que en los mercados de trabajo conviven una multiplicidad de formas de trabajo no clásico (no industrial, no asalariado, no formal, no protegido) y ello no es excepcional. Más bien, las formas laborales no clásicas han sido parte de la estructuración histórica de los trabajadores rurales en América Latina y aún hoy, en el contexto de la intensificación capitalista de la producción orientada a la exportación (sojización, forestoindustria, fruticultura), se combinan formas de contratación y condiciones de trabajo clásicas y no clásicas (migración estacional, tercerización como servicio a la producción, pago por tarea, en especie). Es entonces la centralidad de todas estas formas no industriales, no asalariadas, no formales, la que conduce a este conjunto de autores a conceptualizar al trabajo en un sentido ampliado y al sujeto laboral como no adherido estructuralmente a la identidad que le otorga el trabajo -sujeto laboral ampliado- (De la Garza Toledo, 2009). Operacionalizados en la presente investigación estos planteos suponen reconocer como trabajo a aquellas formas no clásicas y precarias que han caracterizado y caracterizan la dinámica social del empleo en la región del Alto Paraná, específicamente la extracción y venta de piedras preciosas y las tareas de cuidado -entre otras que se irán mencionando a lo largo de los capítulos.

Por su parte, el análisis del trabajo de los niños enfrenta dos obstáculos significativos, producto de concepciones generales respecto de las intersecciones entre los mundos de la moralidad y la actividad económica: la de los “mundos hostiles”<sup>16</sup> y la del

---

<sup>16</sup> La teoría de los mundos hostiles desarrollada por Zelizer (2009) plantea que para buena parte de los especialistas en ciencias sociales existe una “franca brecha entre las relaciones sociales de intimidad y las transacciones económicas. Por un parte, descubrimos una esfera de sentimientos y solidaridad; por otra, una esfera de cálculos y eficiencia. Abandonadas a sí mismas (...) cada una de estas esferas funciona de manera automática y satisfactoria. Pero las dos siguen siendo hostiles entre sí. El contacto entre ambas trae aparejada una contaminación moral (...). La intimidad sólo prospera, según esta teoría, si la gente erige barreras efectivas a su alrededor. Así surge la visión de las esferas separadas como mundos peligrosamente hostiles

“trabajo mercantilizado” (Zelizer, 2009). En relación con el primer punto Zelizer pone en cuestión la tan extendida idea de que la existencia social está separada en dos esferas, una ligada al interés personal y a la racionalidad y otra a la solidaridad y el afecto, las cuales al mezclarse originarían una contaminación moral. En su visión sobre lo infantil, este supuesto de los mundos hostiles, hace que se sienta temor por el hecho de que los niños se expongan a la lógica del mercado y destruyan su infancia virtuosa, como que actores económicos poco confiables -o sea los niños- se introduzcan en el mundo de los negocios. En relación con el segundo punto, la doctrina del trabajo mercantilizado, sostiene que solamente el trabajo que tiene una compensación monetaria es el genuino. Desde esta forma de entender el trabajo, las actividades domésticas, las tareas de cuidado, el trabajo familiar, y la mayor parte de los esfuerzos que hacen los niños, no serían conceptualizados como trabajo.

Qué es trabajo y qué no es trabajo se vincula además, con “las formas en que los agentes se inscriben en una red de obligaciones y derechos. Obligándonos a interrogar, resituar y definir una y otra vez la categoría de trabajo” (Gorbán, 2004:231). En este punto, la perspectiva del actor (Guber, 2004) constituye una herramienta valiosa para comprender los sentidos otorgados por quienes forman parte de esas redes.

## **2. Experiencias de trabajo infantil**

Si bien el trabajo infantil se encuentra presente en distintas clases sociales y articula gran parte de las preocupaciones sobre la infancia en la región (Llobet, 2012), la mayoría de los estudios sobre el tema focalizan el análisis en los sectores sociales signados por la desigualdad social y referidos como vulnerables, bajos, populares, excluidos, pobres (Vitola, 2016). Desde los medios de comunicación también se asocia este fenómeno con elementos de orden estructural como la clase social y, sobre todo, con la pobreza (Rausky, 2012). Así, como mencioné en párrafos anteriores, el problema social del trabajo infantil (Macri, 2012) es homologado a un problema de cierta infancia, la de sectores subalternos, aunque no se limite a estos sectores.

Existe un extenso desarrollo teórico en torno a la clase social, sectores populares y/o pobres (Fonseca, 2005; Vitola, 2016) sobre el cual no profundizaré en la tesis; pero sí me interesa destacar algunas características de su incorporación en estudios etnográficos.

---

entre sí, dominios que deben permanecer apartados (...) En la versión normativa, la perspectiva de los mundos hostiles, fija rígidos límites morales entre los dominios de los negocios y la intimidad. (Zelizer, 2009:45-46)

Particularmente, los desafíos que implica la clase social y que muy minuciosamente analizó Claudia Fonseca (2005). Se propone dar cuenta de las experiencias cotidianas de los grupos subalternos, lo que el método etnográfico capta especialmente, y así evita caer en un individualismo metodológico o en una perspectiva que sólo explique comportamientos sociales por determinaciones tales como neoliberalismo o violencia estructural. Cabe mencionar que la subalternidad expresa algún atributo de subordinación social que incluye a la clase pero la excede, pues también hace referencia al género, la edad, la etnia, la nacionalidad. Como sostiene Fonseca, es necesario “mantener abierta la hipótesis de clase como uno de los organizadores significativos de ideas y comportamientos en la sociedad contemporánea, junto con sexo, etnia y generación” (Fonseca, 2005:134).

A lo largo de la tesis procuraré hacer un ejercicio como el que propone la autora pues dialoga con los objetivos y enfoques teóricos recientemente expuestos. La pregunta por las formas en que se produce la infancia en relaciones sociales cotidianas implica una pregunta por la experiencia de la subalternidad pero también por la capacidad de agencia de las personas y los grupos. Justamente, dimensiones que pueden ser descritas por el método etnográfico.

### **3. Organización de la tesis**

En el siguiente capítulo explico el proceso de delimitación del problema de investigación que dio lugar a esta tesis. Para ello realizo un recorrido por los primeros interrogantes que orientaron el trabajo de campo etnográfico así como por algunos hallazgos de los primeros viajes al lugar de estudio que fueron claves para redefinir el tema planteado en el proyecto de tesis doctoral. Asimismo, presento el lugar de estudio en su densidad histórica e inscribo el surgimiento del trabajo infantil analizado como parte de procesos sociales y productivos que resultan claves para situar las experiencias de las unidades domésticas que compusieron la muestra de la investigación.

En el Capítulo 2 ingreso al mundo de los hogares, parafraseando a Zelizer (2005), en los que hay niñas y niños que trabajan actualmente con el objetivo de situar tales experiencias en el marco de las relaciones sociales familiares en que tienen lugar. También incorporo la perspectiva estatal sobre el fenómeno del trabajo infantil minero, fundamentalmente a través del análisis de un programa de erradicación del trabajo infantil aplicado a nivel municipal.

En el Capítulo 3 analizo las experiencias de infancia y trabajo en distintas generaciones, por lo cual incorporo la dimensión histórica a través de las memorias de quienes son actualmente adultas y adultos así como de quienes vendieron piedras preciosas durante su niñez, hace una década.

En el Capítulo 4 profundizo sobre el cuidado de la *gurisada*, un aspecto derivado del capítulo anterior que resulta central para comprender el por qué -y el cómo- de la incorporación de niñas y niños a actividades productivas.

Finalmente, en las Conclusiones se condensan los principales hallazgos de la tesis y se plantean interrogantes para futuras líneas de investigación.



# Capítulo 1

## Trabajo infantil interrogado

La primera vez que fui al campo no llegué. Le pedí al chofer del colectivo que por favor me avisara cuando lleguemos a las minas de Wanda, donde esperaba encontrarme con muchas niñas y niños vendiendo piedras preciosas y con ellos comenzaría a hacer una etnografía. Me bajé donde el chofer me dijo, vi un cartel enorme que decía “Entrada a la mina” pero no había ningún niño vendiendo, no había nadie. Sabía que estaba en el lugar correcto geográficamente pero no exactamente donde buscaba. Me acerqué al único local que había sobre la ruta<sup>17</sup>, un restaurante, y vi a dos guías turísticos que a la vez caminaron hacia mí. Les comenté que yo quería ir al barrio donde había niños que vendían piedras y me dijeron que eso era muy lejos, que tenía que tomarme otro colectivo, y que por qué mejor no entraba a hacer una visita guiada a la mina, que ahí iba a ver muchas piedras preciosas mejores que las andan vendiendo los niños, “a esos los mandan los padres a mendigar” (Nota de campo, 9/11/2013).

Aquella fue la primera vez que fui a hacer trabajo de campo en el marco del proyecto de investigación que dio lugar a esta tesis. Debido al desconcierto por estar “lejos” de un lugar al que supuestamente llegaba el colectivo que tomé, y además por el temor que me producía cada bocinazo que me tocaban desde los camiones que pasaban por la ruta (en la cual no había nadie más que yo caminando), decidí volver al hotel y buscar indicaciones más precisas para la próxima vez que fuera. Cuando volví a Wanda, esta vez sí al barrio que buscaba, la avenida en la que supuestamente habría niñas y niños vendiendo piedras estaba vacía. No había nadie. Solamente cuando empecé a caminar y me aproximaba a la entrada de las dos empresas mineras de la zona vi un par de vendedores junto a mesas que exhibían piedras y artesanías hechas a base de ellas, y un grupo de 3 niños sentados en la vereda con piedras en la mano. Cuando pasé al lado de ellos me dijeron: -“Señorita a \$10 la piedra”.

En este capítulo describo cómo fue el proceso de construcción del objeto de estudio haciendo hincapié en los movimientos que se produjeron para “llegar” a hacerlo. Así como la llegada a Wanda implicó una búsqueda, y no fue algo directo como tomarse un colectivo y llegar a destino (tal como mostré en el fragmento de nota de campo citado), la delimitación del problema de investigación también lo fue. El ir y venir entre Capital Federal y Misiones, entre el centro de Wanda y los barrios del Puerto, atravesado por las lecturas y nuevos interrogantes desprendidos de ellas, fueron movimientos claves para comprender las experiencias de infancias que serán analizadas aquí.

---

<sup>17</sup> Me bajé en la parada de Wanda que está sobre la Ruta Nacional n° 12, antes de que el colectivo entre al centro de la ciudad.

## 1. Llegar al problema de investigación en una etnografía

El trabajo infantil minero es el más característico y visible de la localidad de Wanda, Misiones. Debido a la cercanía del Parque Nacional Iguazú<sup>18</sup>, 45 kilómetros -que equivalen a media hora de viaje en ómnibus-, muchos de los visitantes de las cataratas<sup>19</sup> aprovechan para pasar el día en Wanda y conocer su principal atractivo turístico, las minas de piedras preciosas. La vía de acceso a las dos empresas mineras<sup>20</sup> de la zona es una avenida por la que los turistas llegan en autos propios, remises o micros de agencias de viajes que salen desde distintos hoteles de Puerto Iguazú. Justamente por tratarse de uno de los puntos más importantes de turismo receptivo (Núñez, 2009) de Argentina, todos estos medios transportes forman parte del entramado de una ciudad cuya principal actividad económica radica en el turismo.

El itinerario que siguen siempre es el mismo: entrar en alguno de estos vehículos directamente a alguna de las minas, hacer una visita guiada por los yacimientos (recorrida por los túneles, por los pozos mineros a cielo abierto) y culminar la visita en el salón de ventas<sup>21</sup> donde se ofrecen distintos tipos de artesanías elaboradas con varios materiales: piedras talladas, madera, plástico, metal, etc. Pero no solamente en estos locales se venden artesanías sino también en las calles, más precisamente a la vera de la avenida por la que pasan los turistas. Allí es frecuente encontrarse con adultos, niñas y niños, sobre todo en época de vacaciones y durante fines de semana largos, que venden piedras sueltas y también *arbolitos*<sup>22</sup> hechos con alambre, adhesivo de contacto, porcelana fría y *granel*<sup>23</sup>.

---

<sup>18</sup> El Parque Nacional Iguazú fue creado formalmente en octubre del año 1934 a través de la Ley N° 12.103. Su creación, junto con la finalización de la construcción de la Ruta Nacional N°12, la construcción de un aeropuerto, y la nacionalización del transporte fluvial, elevaron notablemente el turismo en la zona (Ferrero y Pyke, 2015). Durante los años en que se realizó trabajo de campo (2013-2016), el ingreso de visitantes al Parque Nacional Iguazú fue de 1.226.621 en el año 2013; 1.188.565 en el año 2014; 1.381.737 en el año 2015 y 1.272.028 en el año 2016. (Anuario estadístico de Turismo, 2016).

<sup>19</sup> Las Cataratas del Iguazú constituyen el principal atractivo turístico de la provincia de Misiones y de Argentina. En el año 2011 fueron elegidas como una de las siete maravillas naturales del mundo.

<sup>20</sup> Son yacimientos con explotaciones formalizadas (tenencia del suelo y derechos del subsuelo regularizados) que extraen piedras regularmente desde hace más de dos décadas. La Compañía Minera Wanda S.R.L. comienza sus actividades en el año 1994, adquiriendo el yacimiento denominado Selva Irupé (descubierto en el año 1976) conformando así el primer yacimiento de piedras preciosas de la Provincia de Misiones.

<sup>21</sup> Estos locales de venta de artesanías elaboradas con distintos tipos de piedras preciosas se encuentran tanto en la ciudad de Puerto Iguazú como en su aeropuerto y también en aeropuertos de distintos países de Latinoamérica. Es decir, en no-lugares (Augé, 1993) por donde pasan individuos transitoriamente.

<sup>22</sup> Se utiliza la cursiva para hacer referencia a categorías nativas. Las comillas se usan para designar frases o expresiones textuales usadas en el marco de conversaciones y/o entrevistas.



Foto n° 1: Niños vendiendo piedras en la avenida por la que pasan los turistas para acceder a las minas<sup>24</sup>.



Foto n° 2: *Arbolitos* exhibidos en la avenida de acceso a las minas.

Aquellos niños/as, y sus familiares, constituyen la unidad de análisis de esta etnografía y los lugares trabajo y residencia conforman la unidad de estudio<sup>25</sup>. De acuerdo

---

<sup>23</sup> Término nativo para designar pequeños pedazos de piedra. Éstos pueden encontrarse en los yacimientos (generalmente son restos de piedras desprendidas de las que fueron extraídas) o son partidos intencionalmente con un martillo y colocados luego en el *arbolito*.

<sup>24</sup> Las fotos que no tengan referencia a una fuente son propias y fueron tomadas en las distintas estancias en el campo.

al plan de investigación primigenio, elaborado antes de hacer trabajo de campo, el objetivo general era caracterizar los padecimientos en las trayectorias laborales de los niños mineros y analizar si tenían alta prevalencia de geohelminthos dado el contacto sistemático con la tierra que supone la extracción de piedras en el monte<sup>26</sup>. Para ello se elaboró un proyecto interdisciplinario que buscaba dar cuenta de la relación entre trabajo infantil minero, cuerpo y salud a través de la combinación entre metodología antropológica y biológica. Se estipulaba realizar trabajo de campo etnográfico en una muestra de selección intencional compuesta por unidades domésticas que extraen sus propias gemas y, para la indagación biomédica, se haría (en la misma muestra) una toma de muestras seriadas de heces humanas, caninas, felinas y suelo que pudieran determinar si había prevalencia de geohelminthiasis. Tres motivos principales se conjugaron para definir ese tema de estudio. En primer lugar, gracias a una investigación en la zona de estudio que caracterizó los riesgos para la salud de los niños vinculados a la minería informal (Mastrangelo, 2006; 2009), se contaba con evidencia local sobre la relación entre trabajo infantil y salud que era pasible de ser profundizada indagando sobre alguna enfermedad o riesgo en particular.

En segundo lugar, debido a que la alta prevalencia de las geohelminthiasis es explicada en gran medida por su asociación al clima subtropical, característico de Misiones, resultaba una enfermedad infecciosa adecuada a ser estudiada pues es endémica en la zona de estudio. En tercer lugar, debido a que la Organización Internacional del Trabajo (OIT) considera que aquellos trabajos que afecten la salud de los niños son considerados como peores formas<sup>27</sup> de trabajo infantil y, por otro lado, a que esta

---

<sup>25</sup> La unidad de estudio comprende el acotamiento territorial donde se realiza la investigación de campo. Su delimitación obedece a “razones de campo” (Guber, 2013, p. 107) y no se da de una vez y para el resto de la investigación sino que en este proceso el etnógrafo va descubriendo conexiones no previstas (p. 118)

<sup>26</sup> La acepción de aquello que los nativos llaman monte ha variado a lo largo del tiempo en función de su aprovechamiento y de los significados que le fueron otorgados. Es decir que se trata de un espacio socialmente construido. Fuente de recursos de una economía extractiva (madera y yerba mate en sus comienzos) (Manzanal, Arzeno, Ponce, 2011) o lugar de plantaciones pequeñas y medianas en el caso de los colonos productores de yerba mate, de tung o naranjas, o bien latifundios de monocultivo en el caso de la forestoindustria contemporánea. Al momento del trabajo de campo muchos de los espacios con selva en la periferia entre Wanda y Libertad no están cercados y, si bien no están afectados a áreas de reserva estatal, son de uso común: se extraen maderas, plantas medicinales y las piedras preciosas. La zona de estudio es borde de pinar y de selva (vegetación primaria y secundaria remanente de la Selva Paranaense) y se caracteriza por vegetación abundante organizada en estratos.

<sup>27</sup> El Convenio n° 182 establece las peores formas de trabajo infantil. Entre ellas se encuentran: La esclavitud y prácticas análogas como la trata infantil, la servidumbre por deudas, la condición de siervo, los niños en conflictos armados; La explotación sexual infantil (prostitución, pornografía y actuaciones pornográficas); La participación de niños en actividades ilícitas, por ejemplo, la producción y el tráfico de estupefacientes; El trabajo que puede dañar la salud, la seguridad o la moralidad de los niños. Recuperado de: <http://www.ilo.org/ipecc/facts/WorstFormsofChildLabour/lang--es/index.htm>.

enfermedad alcanza su máximo nivel de prevalencia en niños<sup>28</sup>, su análisis constituía una vía adecuada para profundizar sobre la relación entre trabajo infantil y riesgos para la salud que Mastrángelo advirtió. Se buscaba discutir, a partir de un estudio de caso interdisciplinario, la manera en la que la biomedicina conceptualiza al ambiente y al comportamiento de las personas. Es decir, aludir al ambiente en términos de clima, falta de infraestructura, condiciones habitacionales precarias y con hacinamiento, y entender al comportamiento de las personas desde el riesgo de hábitos poco saludables que conducen a contraer parásitos: geofagia, ingesta de agua y consumo de hortalizas, verduras y frutas crudas contaminadas con huevos de geohelminthos, lavado inadecuado de manos.

Sin embargo, cuestiones de diversa índole imposibilitaron desarrollar ese proyecto tal como estaba planteado. Entre ellas, la falta de financiamiento<sup>29</sup> para poder llevar a cabo la toma de muestras y el trabajo de campo, y la dificultad para consensuar un diseño metodológico que fuera estadísticamente relevante en términos biológicos (lo que comprendía la toma de centenares de muestras) pero también teóricamente significativo en términos etnográficos (lo que de ninguna manera podía comprender cientos de unidades domésticas como número de muestra en una investigación de cinco años). En parte por estos motivos se hizo necesaria una revisión crítica propia sobre el enfoque ya expuesto.

## 1.1 El campo

Dicha revisión fue propiciada además, y fundamentalmente, por “estar allí”<sup>30</sup>, en el campo. Desde los primeros viajes a Wanda observé que no había tantos niños en las calles vendiendo piedras y que tampoco era tan frecuente que fueran al monte a buscarlas. Así, el contacto sistemático con la tierra que supondría extraerlas no era tal, más bien la tierra se encontraba por todos lados: en las propias viviendas, en las calles, en las chacras. En este

---

<sup>28</sup> Según la Organización Mundial de la Salud, la prevalencia e intensidad de infección por *A. lumbricoides* y *T. trichiura* comúnmente alcanza los máximos niveles entre los niños de 5 a 14 años. Recuperado de: [https://www.paho.org/hq/index.php?option=com\\_content&view=article&id=5747%3A2011-informacion-general-geohelminthiasis&catid=3940%3Anid-content-general&Itemid=4138&lang=es](https://www.paho.org/hq/index.php?option=com_content&view=article&id=5747%3A2011-informacion-general-geohelminthiasis&catid=3940%3Anid-content-general&Itemid=4138&lang=es)

<sup>29</sup> Se postuló el proyecto al Ministerio de Salud y no se obtuvo el financiamiento público solicitado. Informalmente una funcionaria del Ministerio le aclaró a la directora del proyecto que el problema era irrelevante y que la metodología resultaba adecuada pero que al Estado le implicaba un conflicto de intereses hacer visible el trabajo infantil y específicamente los riesgos que supone para la salud, de allí que no haya sido aprobado ni financiado.

<sup>30</sup> Es en el campo, “estando allí”, donde el investigador pone en relación su propio marco de referencia con el de los sujetos de investigación y, siguiendo a Guber (2001), en esa interacción se va construyendo el objeto de conocimiento.

sentido, el campo mostraba que el binomio trabajo infantil y geohelmintiasis<sup>31</sup> no resultaba un problema particularmente relevante en la actualidad. Evidentemente, una diferencia de diez años<sup>32</sup> resultó también una diferencia en las dinámicas de trabajo locales, más aún teniendo en cuenta el impacto que tiene el paso del tiempo sobre un recurso natural no renovable (gemas).

Aunque en menor medida que años anteriores, aún persistía ese tipo de trabajo infantil. Los niños vendedores que vi en aquellos viajes nunca estaban solos (salvo alguna excepción) sino junto a otros niños o bien adultos, en general sus madres, padres o vecinos.

Que eran vendedores resultaba obvio porque estaban al lado de alguna mesa, tronco de árbol o plato donde se exhibían las piedras y/o arbolitos y, además, por el lugar donde estaban, en las avenidas de acceso a las minas. Sin embargo, no eran los típicos vendedores de puestos de una feria de artesanías que están quietos junto a sus productos. Por el contrario, se los veía jugando, trepando a un árbol, corriendo, etc. Si pasaba algún turista se acercaban al auto a vender, pero fuera de ese momento específico, hacían otras cosas que incluían también la confección de las artesanías.

Así, el trabajo de campo exploratorio fue fundamental para conocer características del tema de investigación que se priorizaron en el análisis. Por un lado, resultó relevante indagar sobre el ambiente de trabajo de esos niños sin circunscribirse exclusivamente al monte. La calle y el interior de sus viviendas constituían también ambientes donde se desarrollaban actividades productivas. Por otro lado, comprender cómo se articulaban esferas que comúnmente se piensan como separadas, trabajo y juego, trabajo y aprendizaje, trabajo infantil y cuidado (entre otras que se irán detallando a lo largo de la tesis) emergió como un aspecto distintivo de este tipo de trabajo infantil.

## 1.2 La bibliografía

Además de observar en el campo la superposición de esas “áreas”<sup>33</sup> (Williams, 1980), diversos estudios antropológicos sobre trabajo infantil han advertido que no es excluyente

---

<sup>31</sup> De todos modos, este tipo de parasitosis constituyen uno de los problemas de salud infantil más importantes de la zona de estudio, tal como refirieron los médicos entrevistados de los centros de atención primaria de la salud de la zona y tal como señala la bibliografía específica del tema (Crivos, Teves, Sy, 2003; Navone et. al, 2006; Sy, 2009).

<sup>32</sup> La investigación etnográfica posdoctoral de Mastrangelo se desarrolló entre los años 2004 y 2006.

<sup>33</sup> Raymond Williams sostiene que el pensamiento social moderno separa en “áreas” la vida social y las refiere no solamente como categorías analíticas sino como entidades concretas u órdenes de la realidad. El problema radica en este último aspecto, según el autor, porque al suponer la autonomía de las áreas, se

de prácticas como el juego o el aprendizaje como pretenden las definiciones oficiales (Szulc, 2002; Da Silva, 2003; Padawer, 2010; Rasuky, 2011). Influenciado por estos planteos, el proyecto de investigación doctoral se proponía poner en tensión las clasificaciones que sustentan la mirada hegemónica de la OIT estableciendo un contrapunto con la etnografía. En este sentido, el trabajo de campo fue planteado como una vía para generar evidencia de un caso particular de trabajo infantil a la vez que un modo de señalar las limitaciones de discursos universalizantes. Esto moldeó mi mirada y el tipo de preguntas que hice inicialmente, ambas muy dirigidas a dar cuenta de que los niños no necesariamente dejan de ir a la escuela, ni se exponen a riesgos para su salud y tampoco dejan de jugar por el hecho de trabajar. En suma, apuntaba a mostrar que el trabajo infantil (*per se*) bajo estudio no implica necesariamente vulneración de derechos básicos. Sin embargo, como desarrollaré en el último apartado del capítulo, en el proceso de ampliación de la mirada (Rockwell, 1980) que toda investigación supone fui incorporando otros aspectos de la experiencia infantil que permiten comprender mejor, entre otras cosas, por qué persiste el trabajo infantil.

La literatura sobre trabajo infantil puede agruparse en dos grandes conjuntos a fines analíticos, aunque no deben tomarse como dos campos completamente opuestos pues muchas veces se asientan sobre diagnósticos compartidos o incorporan hallazgos empíricos mutuamente. Al ser objeto de investigación del ámbito académico y también objeto de intervención de las políticas públicas, se encuentran por un lado informes oficiales y por otro lado estudios de caso con metodologías fundamentalmente cualitativas. Considerando la salvedad hecha sobre la porosidad existente entre ambos conjuntos diré esquemáticamente que mientras que en el primer caso aparecen definiciones universales sobre trabajo infantil -por ejemplo las de niñez o tipos de trabajo publicadas en convenios de la OIT-, en el segundo caso se ponen en tensión al reponer la diversidad de sentidos y prácticas que adquieren en contextos particulares. En esta última línea se enmarcó el plan de trabajo<sup>34</sup> que dio origen a la presente tesis.

### 1.3 El problema

---

pierden de vista los “procesos específicos e insolubles” (p. 101) dentro de los cuales se expresan las relaciones entre esas partes. Si bien Williams se centra en temas que exceden la discusión de esta tesis, fundamentalmente el problema de la determinación de la estructura sobre la superestructura, interesa recuperar su pretensión de reponer el proceso social total como algo integral, contradictorio y dinámico.

<sup>34</sup> Desarrollado en el marco de una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)



Dos tensiones fundamentales definen el problema de investigación que se formula en la tesis. Por un lado, aquella que se encuentra entre el discurso oficial y lo observado en el campo. Algunas de las preguntas surgidas de esta tensión fueron: ¿Por qué esos niños son interpelados en tanto mendigos o por su identidad de trabajadores y sus familias como las únicas responsables de esa situación? ¿Cómo y en qué circunstancias el trabajo infantil emerge como una posibilidad? ¿En qué contexto histórico-social? ¿En el marco de qué relaciones sociales particulares? ¿Qué modalidades específicas implica dicha participación en el marco de unidades domésticas? ¿Cómo es el circuito del dinero ganado por niños? ¿Qué sentidos le otorgan los sujetos a la participación de niños en actividades productivas? ¿Qué transformaciones y continuidades presenta según las generaciones y géneros?

Por otro lado, el problema de investigación contiene un dilema vinculado a los posibles efectos del presente escrito: ¿Cómo dar cuenta de la singularidad del objeto de estudio y explicitar sus ambivalencias sin por ello contribuir a justificarlo, romantizarlo, moralizarlo o endilgarlo a la esfera de la cultura en pos de señalar las limitaciones de enfoques universalistas? Es decir, ¿Cómo evitar que se genere un nuevo estereotipo del niño trabajador y su familia? Una forma de “resolver”<sup>35</sup> esas tensiones fue hacer una investigación etnográfica debido a su potencialidad en tanto enfoque y método. Al incorporar las perspectivas nativas como una parte de la descripción etnográfica, lo que supone un proceso de confrontación (Peirano, 1992) entre éstas y el punto de vista del etnógrafo, se evita la imposición de preconceptos de este último así como la adopción acrítica de las perspectivas nativas. En otras palabras, la etnografía no busca dar cuenta de los fenómenos analizados desde las perspectivas de los actores -ni desde la del investigador-. Siguiendo a Balbi,

(...) de lo que se trata es de colocar reiteradamente en tensión esos diferentes puntos de vista, asumiendo siempre que el nuestro no será adecuado hasta tanto no llegue a ser capaz de aprehender plenamente a las perspectivas nativas tornándolas, así, en partes integrales del análisis etnográfico, en piezas necesarias de la descripción analítica que, a la vez, resulten inteligibles por virtud de su integración en dicho contexto (Balbi, 2012:492)

Por otra parte, una serie de “principios metodológicos” (Fonseca, 1999a) permitieron correrse de miradas dicotómicas sobre el problema de estudio y fueron orientadores tanto de la investigación como de la forma de escribir la presente tesis. Uno de ellos radica en definir y entender las diferencias a través del conocimiento de lógicas no

---

<sup>35</sup> Nunca se pueden resolver completamente pues los efectos que produce un escrito y los posibles usos que se le den no derivan exclusivamente de la intención del autor. Patricia Fasano (2014) proporciona un interesante ejemplo sobre este tema. La autora hace un análisis reflexivo acerca de los problemas suscitados con sus nativos por la publicación de su etnografía sobre el chisme.



hegemónicas sobre trabajo infantil, infancia, familia y cuidado. Por otro lado, reconocer que las propias percepciones sobre dichos tópicos son históricas y socialmente construidas por lo que “aceptar cuestionarlas abren al diálogo” (Fonseca, 1999a:14). Y, por último, entender que las diferentes lógicas y percepciones son partes interrelacionadas de una misma configuración cultural<sup>36</sup>, por lo que sólo pueden ser plenamente comprendidos considerando esa totalidad. Tomando como punto de partida estos principios, procuro: 1) no reproducir una mirada normativa que obture la capacidad de mostrar y analizar que hay infancias que no se ajustan al sentido moderno que, entre otras cosas, condena su imbricación con la esfera económica y 2) no adoptar una óptica relativista extrema de aceptación de las diferencias como si fueran parte de un orden natural. Sino más bien comprender la lógica del fenómeno en estudio más que hacer una lectura moral del mismo. No obstante, esa búsqueda por comprender una porción de la realidad social no implica una omisión de mi posicionamiento ético-político en tanto persona-investigadora en contra de las desigualdades sociales persistentes que afectan a la población protagonista de la tesis.

## **2. Precisiones metodológicas**

Teniendo en cuenta que el objetivo general de la tesis es caracterizar y analizar las experiencias de trabajo infantil en una zona periurbana del noroeste de Misiones, considerando las trayectorias familiares, las infancias y las relaciones de género se optó por hacer una etnografía, entendida e instrumentada en su triple acepción de enfoque, teoría y texto. En primer lugar porque dado el carácter ilegal del trabajo infantil -y la invisibilización que eso supone en estadísticas oficiales- constituye una vía adecuada para hacer visible lo “no documentado” de la realidad social (Rockwell, 2009). Cabe señalar que por “no documentado” se alude a la dimensión cotidiana de la vida, a lo familiar, lo oculto, y también al “(...) entramado real de los intereses y poderes de quienes dominan, aquella parte de su propia realidad que nunca ponen por escrito” (p. 21).

La ventaja que brinda la etnografía, comparada a otros métodos cualitativos, para comprender fenómenos ilegales y condenados social y moralmente es que contribuye a

---

<sup>36</sup> La configuración cultural es entendida en los términos que propone Grimson (2011), para quien se trata de una herramienta heurística que supone una totalidad o contexto en el que se interrelacionan partes bajo una lógica específica y un régimen de significado sedimentado. Las configuraciones culturales implican negociaciones, conflicto entre grupos y disputa por los sentidos clasificatorios. Son espacios sociales en los que siempre están presentes la desigualdad, el poder, el conflicto y la historicidad.

revelar sus formas y comprender la importancia que adquieren para los nativos (Renoldi, 2014a). ¿Se podría acceder a estas dimensiones con información recolectada a través de métodos cuantitativos o bien por medio de encuestas, entrevistas semiestructuradas o grupos focales? Aquí recobra importancia una de las acepciones mencionadas de la etnografía que es su aspecto metodológico, en particular la relación que se establece con los interlocutores por permanecer un tiempo prolongado compartiendo la intimidad y cotidianidad. Dicho en otros términos, lograr el *rapport* entendido no meramente como una forma de ganar confianza basada en cualidades personales o en términos de llegar a tener una relación “armónica, cordial y empática” (Guber, 2013:246) sino más bien como una alternativa metodológica (Gravano, 1987 *apud* Guber, 2013). Esto es, una instancia de esa relación que permita comprender que se trata de una relación coproducida socialmente en la cual

investigador e informantes (...) han construido un sentido compartido de la investigación y en que el investigador va realizando el pasaje de un modelo formulado en sus términos a otro modelo en términos del informante, entonces el *rapport* adquiere la imagen del proceso de conocimiento sobre la población estudiada y su logro es el logro de la investigación misma (p. 249)

Sin que esto suponga un solapamiento de la relación jerárquica entre investigador y sujetos<sup>37</sup>, se trata de señalar qué vínculo que se va forjando es clave para no quedar atrapados, como oportunamente señaló Malinoswki (1973), en lo que los nativos dicen que hacen. Más bien, se trata de ver cómo es la relación entre lo que se dice, lo que se debe hacer y lo que se hace en los “imponderables de la vida real”.

Dicho esto, las principales técnicas que utilicé para la construcción de datos fueron: 1) Entrevistas abiertas, no directivas, en profundidad y semiestructuradas con distintos tipos de actores sociales; 2) Historias de vida; 3) Observación participante; 4) Datos secundarios de tipo estadístico aportados por el último Censo Nacional de Población y Vivienda (INDEC, 2010) y por la última Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes (EANNA, 2016/2017) realizada a nivel nacional y; 5) Datos secundarios proporcionados por agentes estatales municipales de diversas áreas. El uso de información estadística me permitió comprender las condiciones materiales de existencia en las cuales tienen lugar las experiencias de clase y en particular de infancia que se analizan en la tesis. Este tipo de información fue analizado a la luz de la historia de Misiones, en particular el

---

<sup>37</sup> Tal como señala Fonseca (2008) el encuentro etnográfico se caracteriza por una inevitable asimetría política, entre quien describe y quien es descripto. El texto escrito, resultado de ese encuentro, materializa esa asimetría y “supone cierta violencia en relación con lo que implica fijar en el código del lenguaje escrito aquello que es propio de la oralidad y el dinamismo de la vida social” (Wolf, 1992. En: Fasano, 2014:170).

Alto Paraná, destacando las transformaciones de su estructura agraria que impactaron de modos singulares en las condiciones de vida y trabajo de los interlocutores de esta tesis. Las historias de vida y las entrevistas han permitido profundizar en esas experiencias y destacar su diversidad y contingencia, destacando las formas en que los sujetos habitan y despliegan creativamente estrategias en el marco de condicionamientos estructurales. La observación participante posibilitó acceder a dichas dimensiones desde las prácticas concretas e interacciones, haciendo emerger temas relevantes que no fueron mencionados discursivamente. Los espacios en los que concretamente se realizó observación participante fueron: las calles donde se venden piedras y artesanías, las viviendas, el monte del que se extraen piedras, los centros de atención primaria de la salud locales y la escuela a la que asisten los niños que venden piedras.

Considerando los objetivos de la investigación y el carácter familiar de las experiencias de trabajo infantil bajo estudio, fueron objeto de observación: las prácticas de extracción y venta de piedras preciosas, las prácticas de cuidado dentro y fuera del hogar, las actividades familiares, con especial atención en modos de organizar el trabajo y el cuidado, las interacciones entre agentes estatales y la población local y las recorridas por los barrios del Puerto Wanda que hacen las promotoras de salud como parte de su trabajo en el Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS). Asimismo, fueron objeto de indagación: los circuitos y usos del dinero familiar, focalizando en aquel proveniente de las ventas hechas por los niños; los sentidos, habilidades, padecimientos y efectos del trabajo infantil; los sentidos y prácticas vinculados al cuidado y al cuidado infantil en particular. Los interlocutores fueron: integrantes de distintas generaciones y géneros de unidades domésticas seleccionadas intencionalmente, maestras y directivos de la escuela a la que asisten los niños, profesionales y agentes sanitarias del centro de salud local y agentes estatales de la municipalidad. En la mayoría de los casos realicé entrevistas en reiteradas oportunidades a lo largo del proceso de investigación, conforme iban surgiendo temas emergentes u otros que hubiera que profundizar. Sobre todo en el caso de las historias de vida, que de por sí comprenden varias conversaciones, encuentros y entrevistas con la persona. En sintonía con el interés de esta tesis por las experiencias colectivas de infancia y trabajo, he recurrido a las historias de vida no solamente como instrumentos para acceder a información de un sujeto individual sino para expresar “problemáticas y temas de la sociedad, o de un sector de esta” (Malimacci y Giménez Béliveau, 2006:177).

En relación con ello, la muestra de esta tesis está compuesta por 18 unidades domésticas que considero como casos. Entiendo a los casos en el sentido que propone

Fonseca, quien recupera su particularidad pero sin considerarlos “excepcionales” como postularía una perspectiva centrada en el individualismo metodológico. Así, la autora invita a destacar las regularidades que presentan, aquello que “revelan sobre los valores de un grupo así como los múltiples actos de la cotidianeidad” (Fonseca, 1999c:63. Mi traducción). Atendiendo a la importancia de dar cuenta de las experiencias diversas pero no excepcionales, la muestra fue seleccionada intencionalmente a partir del criterio de saturación teórica de la información. Es decir, no se añaden más casos cuando la información recogida no aporta nada nuevo o relevante (en relación con los objetivos de la investigación) a lo ya conocido. De acuerdo a la teoría fundamentada (Glaser y Strauss, 1967) la fijación de la muestra se encuentra vinculada, a su vez, al proceso constante de ida y vuelta entre teoría y datos que toda investigación comprende. Al respecto, Sautu señala que

El sostén de una investigación, el andamiaje sobre el cual se construye, son las teorías, modelos de análisis y conceptos que estructuran un área de conocimiento aportándole ideas, planteándole dudas, sugiriendo hipótesis y preguntas que eventualmente constituirán el objetivo de investigación. La construcción de la evidencia empírica tiene como propósito responder a esos objetivos. La producción sistemática y descripción de hechos, fenómenos o procesos y las inferencias acerca de sus relaciones y significados involucra el uso de la medición, observación y/o registro. (Sautu, 2001:2-3)

Conviene aclarar que si bien se han utilizado las técnicas recientemente mencionadas, esta tesis no es producto de su aplicación mecánica. Este escrito (tercera acepción de la etnografía) es, como toda etnografía, el resultado de un proceso que en este caso involucró el replanteo del tema y de las primeras preguntas elaboradas buscando producir -se espera- un diálogo entre concepciones teóricas y nativas. Este texto pretende recuperar ese diálogo y enfatizar el tono “vívido” (Quirós, 2014) del mundo social al describirlo detalladamente -y analizarlo al mismo tiempo.

### **3. Disputas en torno al trabajo infantil**

La propuesta teórico metodológica etnográfica apunta a dar cuenta de experiencias de trabajo infantil poniendo el foco en las modalidades que adquiere en el marco de relaciones sociales particulares, sobre todo familiares, así como en las transformaciones y continuidades según las generaciones así como en las especificidades vinculadas al género. Para el caso de niños que trabajan en la actualidad se adoptó una escala microsial que consistió en observar y describir detalladamente las prácticas cotidianas. Mientras que para

el análisis de experiencias de infancia de adultos y jóvenes se utilizaron entrevistas en profundidad e historias de vida. En ambos casos se articuló lo específico de esas experiencias con el contexto en el que tienen y tuvieron lugar. En ese sentido se encontrará mucho detalle que apunta a mostrar la singularidad de los casos pero a su vez éstos serán recuperados a través de configuraciones sociales en las que acontecen.

Numerosas investigaciones del campo de las ciencias sociales han mostrado las formas particulares que adquiere el trabajo infantil según los contextos específicos en que ocurre (Szulc, 2002; Pedraza Gómez, 2007; Aparicio, 2009; Zelizer, 2009; Padawer, 2010; Noceti, 2011; Rausky, 2011; Leyra Fatou, 2012; Liebel, 2013; Re, 2015) Muchas de ellas señalan los límites que la propia definición normativa de trabajo infantil plantea para comprender aquellos contextos particulares y plantean una serie de interrogantes que ponen en tensión el modo en que son entendidas categorías tales como infancia, familia, trabajo, perspectiva del actor, etc. En su conjunto, estos estudios plantean interrogantes que tienden a no tomar como dadas estas categorías y subrayar su carácter socialmente construido. Entre ellos se encuentran los siguientes: ¿Qué se entiende por trabajo infantil? ¿Qué concepciones sobre infancia subyacen a tales definiciones? ¿Qué lugar ocupa la perspectiva del actor en dichas conceptualizaciones? ¿Cómo es interpelada la familia de los niños que trabajan? ¿Cuál es el vínculo que se establece entre el trabajo infantil y la mentada vulneración de derechos?

Estas categorías forman parte tanto del vocabulario de las políticas públicas como de las investigaciones académicas de ciencias sociales por lo que el ejercicio de problematizarlas resulta central para no reificarlas. Ahora bien, no se trata solamente de un lenguaje compartido pues al ser comprendidas en distintos sentidos se habilita, asimismo, diferentes modos de actuar sobre esa problemática común. Con fines analíticos se han agrupado en dos grandes conjuntos: la mirada normativa y la mirada contextual. No obstante, asumo que hay diferencias al interior de cada uno de ellos (históricas, por países, por tipos de actividad económica, por el ámbito en que se desarrollan, etc.) así como también similitudes (crítica a las formas de desigualdad, preocupación por dar cuenta de la diversidad de infancias y trabajos, diálogo con el contexto en que el trabajo infantil acontece, entre otros temas).

### **3.1 La mirada normativa**

Tal como ha sido anticipado, la bibliografía sobre el tema está compuesta -además de los estudios de caso- por documentos e informes oficiales que cuentan con corpus de datos

organizados en “mapas de trabajo infantil”, “manuales”, “guías” (con niveles de desagregación internacional, nacional y provincial) que apuntan a orientar acciones de prevención y erradicación. Este conjunto de documentos se alinean al enfoque de la OIT, es decir el adoptado por las políticas argentinas, que representa la mirada hegemónica<sup>38</sup> sobre el trabajo infantil. Rausky (2009a) hizo un valioso aporte en ese sentido en un artículo en el que sintetizó la posición de dicho organismo y la comparó con la del Instituto de Formación para Educadores de Jóvenes, Adolescentes y Niños Trabajadores de América Latina y el Caribe (IFEJANT)<sup>39</sup>. En el primer caso, para organismos como la OIT y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF)<sup>40</sup>

lo que es claro (...) es que el lugar del niño o niña es la escuela, y que el trabajo los perpetúa bajo condiciones de pobreza, situándolos en un círculo perverso: cuando los chicos y chicas trabajan, en el corto plazo comienzan a presentar signos de rezago escolar y/o deserción; luego, en un futuro, tienen acceso a ocupaciones poco calificadas y mal pagas que los continúa ubicando en situaciones de pobreza familiar; este es uno de los motivos fundamentales para apuntar a su eliminación (Rausky, 2009a:696).

La OIT aboga por la abolición del trabajo infantil y desde su creación plasmó esta posición en la elaboración de diferentes programas e instrumentos jurídicos como los convenios, firmados con los Estados Miembro, de edad mínima de admisión al empleo<sup>41</sup> y de eliminación de las peores formas de trabajo infantil. Entre los principales argumentos esgrimidos para erradicarlo, hemos encontrado (Frasco Zuker y Rausky, 2017) los siguientes: 1) Profundiza la inequidad social, privando a niños y adolescentes de la educación y capacitación indispensables para su propio desarrollo y el progreso de su familia y comunidad; 2) Agudiza las vulnerabilidades económicas y sociales de las familias de bajos recursos; 3) Ahonda la discriminación en las niñas, -vulnerables a la

---

<sup>38</sup> Conjuntamente con el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) que coadyuva en la hegemonización de esa mirada sobre el trabajo infantil (y la infancia) que resulta replicada en programas sanitarios, educativos, recreativos.

<sup>39</sup> Desde esta perspectiva se apoya y promueve el derecho de los niños a trabajar. Liebel (2016), uno de sus referentes, plantea que este derecho tiene que ver con otra visión de la infancia a la que supone la modernidad occidental que, entre otras cosas, opone trabajo y niñez. El trabajo infantil es parte de la forma de vida de muchos países, por lo que en vez de buscar erradicarlo se debe legislar para garantizar condiciones dignas.

<sup>40</sup> UNICEF también promueve la erradicación del trabajo infantil, por lo que Rausky (2009a), cuando se refiere a la perspectiva hegemónica de la OIT también lo incorpora.

<sup>41</sup> Es particularmente importante el peso que han tenido estos convenios en Argentina, el país latinoamericano que más elevó la edad mínima de admisión al empleo. Según la Ley 26.390, sancionada en el año 2008, se prohíbe el trabajo infantil y se establecen modalidades de protección del trabajo adolescente. Fija la edad mínima de admisión al empleo en los 16 años prohibiendo el trabajo de las personas menores de esa edad en todas sus formas, exista o no relación de empleo contractual, y sea el empleo remunerado o no (Artículo 2). La ley prescribe también un máximo de 3 horas para la jornada laboral y 15 horas semanales, en el caso de los mayores de 14 años y menores de 16 que realicen tareas en empresas de la familia y siempre que no se trate de tareas penosas, peligrosas y/o insalubres, y que cumplan con la asistencia a la escuela. (Artículo 8). Y prohíbe el trabajo de menores de 18 años en jornadas nocturnas (Artículo 9).

explotación, los malos tratos y la privación de sus derechos-. Entre los efectos que supondría su eliminación se plantea que: 4) Materializa los derechos fundamentales de los niños, niñas y adolescentes de América Latina y el Caribe que están consagrados en la Convención de los Derechos del Niño. 5) Es una forma de lograr los Objetivos de Desarrollo Sostenible<sup>42</sup>, entre otros. Además, el trabajo infantil supone un obstáculo para la consecución del trabajo decente que se promueve desde las políticas públicas. Su existencia plantea consecuencias negativas para las distintas etapas del curso de la vida (OIT, 2013), motivo por el cual se nombra como “efecto mariposa” a los efectos que produce durante las distintas generaciones. Más concretamente, en la niñez produce la limitación el desarrollo de capacidades y la posibilidad de llevar una vida sana, reduce la asistencia a la escuela y el aprovechamiento de aprendizajes, amenazando el desarrollo físico, mental y emocional. En la adolescencia pone en riesgo la escolarización obligatoria y la transición escuela-trabajo. En la juventud y adultez, representa mayores probabilidades de inserciones informales y precarias. En la tercera edad, produce escasas chances de acceder a la seguridad social y da mayor dependencia de la familia extensa (OIT, 2016).

Ahora bien, ¿De qué manera es conceptualizado el trabajo infantil desde esta perspectiva? Se trata de “cualquier trabajo que es física, mental, social o moralmente perjudicial para el niño, afecta su escolaridad y le impide jugar. Se les niega la oportunidad de ser niños”<sup>43</sup>. Desde esta lógica, los niños son interpelados en tanto “víctimas” del trabajo infantil (IPEC, 2013). Si bien se reconoce que su existencia obedece a muchas causas, la pobreza es la que mayor peso tiene, junto con los “valores culturales” de las familias que lo naturalizan o lo consideran algo positivo. Este último aspecto es particularmente asociado al ámbito rural debido a que los tipos de trabajo disponibles implican mano de obra de todos los integrantes de las unidades domésticas. Acerca de los valores culturales, se mencionan: el privilegio del ingreso temprano al trabajo en detrimento de la educación formal; la discriminación de género que induce a la incorporación de las niñas al servicio doméstico; el poco valor asignado por las familias a la escolaridad formal y su relación con el proyecto de vida para los hijos; entre otros (OIT Argentina, s.f.)<sup>44</sup>. En suma, se trata de valores que impedirían tratar como un problema social al trabajo infantil.

Estas creencias y valoraciones indican la existencia de **condicionantes culturales que justifican el trabajo infantil y que impiden visualizarlo como un problema que debe**

---

<sup>42</sup> Expresión textual recuperada de: <http://www.iniciativa2025alc.org/es/info/trabajoinfantil>

<sup>43</sup> Expresión textual recuperada de <http://www.ilo.org/buenosaires/temas/trabajo-infantil/lang-es/index.htm>

<sup>44</sup> Recuperadode: [http://www.trabajo.gob.ar/downloads/domestico/explora\\_fasciculo\\_02\\_Trabajo\\_Infantil.pdf](http://www.trabajo.gob.ar/downloads/domestico/explora_fasciculo_02_Trabajo_Infantil.pdf)

**ser resuelto.** Por otro lado, la presión por obtener éxito económico y reconocimiento social hace que algunos padres incentiven a sus niños y adolescentes a trabajar en actividades artísticas y deportivas, priorizando el trabajo sobre su educación, salud y bienestar (MTEySS, CONAETI y UNICEF, s/f). Asimismo, entre los aspectos culturales, debemos considerar el desconocimiento acerca de los efectos nocivos del trabajo en la salud y la educación de los niños, muchas veces reforzado por la creencia de que el trabajo contribuye a su crecimiento y fortaleza (OIT Argentina, s.f.:7. Énfasis propio).

Por último, haciendo una lectura comparativa de los documentos que se enmarcan en esta línea (producidos desde la década de 1990 hasta la actualidad), cabe señalar que se encuentra una continuidad para pensar el problema fundamentalmente la caracterización del fenómeno y los efectos que produce. No obstante se han detectado (Frasco Zuker y Rausky, 2017) algunos cambios que radican en la incorporación de temas tales como la desigualdad social (ya no solamente la pobreza) que debe ser combatida; la inclusión de la inequidad de género (fundamentalmente ligada al trabajo doméstico) y la alusión a las etapas del curso de vida para caracterizar los efectos del trabajo infantil en momentos específicos.

### **3.2 La mirada contextual**

La producción académica sobre el tema en ciencias sociales (antropología, sociología, economía y psicología sobre todo) recupera la perspectiva recientemente expuesta para ponerla en tensión con estudios de caso que desafían los planteos normativos. Una forma habitual de organizarla es agruparla en torno a dos posiciones opuestas sobre el fenómeno del trabajo infantil: abolicionistas y regulacionistas (Novick y Campos, 2007; Silva, 2011). Sin embargo, la literatura revisada excede ampliamente este recorte aunque haya investigadores y/o instituciones que se autoadscriban a una u otra posición. Si bien se encuentran enfoques muy variados, éstos se asientan en los temas más recurrentes de la literatura latinoamericana sobre infancia, derechos de niño y discusiones sobre políticas sociales y desigualdad (Llobet, 2012). En el ámbito nacional, aunque ha sido un tema históricamente poco estudiado<sup>45</sup>, el marco interpretativo predominante de los estudios sobre trabajo infanto-adolescente es el de estrategias familiares de subsistencia (Macri, 2012). Los aspectos más frecuentemente analizados son: el análisis de causas y consecuencias del trabajo infantil, la comprensión de la perspectiva de los actores y la

---

<sup>45</sup> Este señalamiento puede leerse en clave de una omisión histórica a los temas de niñez en general en los estudios clásicos de las ciencias sociales (Szulc, 2006). Pero a la vez en términos del desafío que su estudio supone por las limitaciones de fuentes históricas (Suriano, 1990) y por el subregistro en general, sobre todo de ciertos tipos de trabajos como el doméstico (Allemandi, 2015).



relación con la educación y el género (Rausky, 2009). Es habitual encontrar estos temas juntos en investigaciones que recortan el problema privilegiando el ámbito donde ocurre -trabajo infantil rural, urbano, doméstico-, según escalas de análisis -macro o microsociológicas- o según la dimensión temporal -abordado en perspectiva histórica o como fenómeno del presente (Halperín, 2012). Una de las características que tienen en común es la reivindicación de metodologías cualitativas (Szulc, 2002; Macri, 2005; Mastrangelo, 2006; Rausky, 2009, 2011; Noceti, 2011) porque permiten comprender aspectos que los enfoques estadísticos invisibilizan. Sobre todo, apuntan a conocer los sentidos que los sujetos le otorgan a sus prácticas y las cuestiones que les preocupan, les parecen riesgosas, peligrosas o valiosas. Tal como ha sido anticipado, la propia acepción normativa del trabajo infantil es puesta en cuestión desde estos abordajes. Por ejemplo, Padawer (2010) advierte que es preciso diferenciar entre la categoría trabajo infantil e incorporación de niños a actividades productivas del grupo doméstico<sup>46</sup> porque mientras que el primer caso supone aprendizaje escaso o nulo, el último puede ser entendido como experiencia formativa. A partir de una investigación etnográfica con niños *mbyà* en Misiones, en un espacio social rural en transformación, muestra cómo la participación de los niños en la producción familiar doméstica constituye una experiencia formativa en la medida en que implica la transmisión y generación de conocimiento. Es importante resaltar que la autora articula las transformaciones en el uso del territorio, principalmente la intensificación de la producción forestal y la consecuente concentración de tierra con deterioro de la economía campesina, con las distintas formas de participación infantil en la reproducción familiar según las generaciones. Es decir que las experiencias formativas y el tipo de conocimiento que implican, varían junto con esos cambios: mientras que las generaciones de quienes son actualmente adultos tienen conocimientos específicos sobre caza y recolección, los niños actuales tienen conocimientos ligados a actividades menos tradicionales pero más contemporáneas como la confección de artesanías ligada al incremento del turismo.

Noceti (2011) también discute la definición de trabajo infantil y propone para ello una distinción conceptual que busca visibilizar las limitaciones de las políticas de erradicación del mismo. La autora considera que el concepto de explotación laboral infantil

---

<sup>46</sup> La incorporación de los niños a las actividades productivas del grupo doméstico “es condición para la transmisión de un patrimonio de saberes y la construcción de sucesores en la actividad desarrollada por los adultos del grupo doméstico, y se vincula con las expectativas de formación para la vida laboral de las unidades familiares”, mientras que el trabajo infantil “implica la venta de la fuerza de trabajo y la consecuente extracción de un plusvalor por parte del adulto, situaciones de riesgo y escasas o nulas situaciones de aprendizaje de un oficio o habilidades” (Padawer, 2010:363).

es más adecuado para designar las estrategias de supervivencia familiar ante la ausencia de políticas frente a la pobreza. En este marco, la vulneración de derechos del niño debe comprenderse como una consecuencia de la explotación y no del trabajo infantil<sup>47</sup>. A través de un estudio de caso en una localidad de Bahía Blanca evidencia la alta presencia de niños que trabajan en la producción frutihortícola junto con sus familias y caracteriza asimismo las condiciones de pobreza en que viven los trabajadores rurales en general. En este marco, el trabajo infantil resulta clave para la reproducción familiar y es a la vez una forma de socialización y aprendizaje esperable que no interfiere con la asistencia regular a las escuelas públicas de la zona. Por ello, advierte que las políticas no deben dirigirse a las personas ni centrarse solamente en los niños que en teoría no van a la escuela por trabajar sino más bien a los hogares. Lo que debe erradicarse, sostiene, son las “formas de vida entrampadas en la pobreza” (Noceti, 2011:18) más que el trabajo infantil.

En definitiva, estos casos evidencian los límites de definiciones duras<sup>48</sup> de trabajo infantil, las cuales no permiten echar luz sobre formas de participación económica de los niños que no necesariamente implican explotación o vulneración de derechos -dos aspectos que vuelven al trabajo infantil inaceptables desde el punto de vista normativo. Zelizer (2009) advierte que lo que vuelve al trabajo infantil aceptable o inaceptable no debe buscarse en una cualidad intrínseca del tipo de trabajo sino en la red de relaciones en que tiene lugar. Desde luego reconoce que hay formas extremas de trabajo -caso del servicio militar, prostitución, tráfico de drogas y minería, entre otras- “dañinas” tanto para niños como para adultos que son condenables sin importar demasiado en qué red de relaciones acontecen. Pero, más allá de esos casos extremos sostiene que

no podemos sopesar efectivamente bondades y perjuicios del trabajo infantil sin una seria consideración de las relaciones sociales en las cuales ocurre. Que el mismo tipo de esfuerzo constituya explotación o una experiencia valiosa depende en gran medida del contexto social. (...) cualquier posición moral o política que imponga clasificaciones absolutas sólo sobre los esfuerzos del trabajo infantil omite distinciones cruciales, por ejemplo, entre ayudar a los padres en un negocio o hacer el mismo trabajo para extraños (Zelizer, 2005. En: Llobet, 2012:323).

En suma, estos enfoques teóricos disputan con otros saberes, fundamentalmente las políticas públicas, cómo es y qué implicancias tiene la producción de valor por parte de los

---

<sup>47</sup> Noceti (2011) parte de la definición de trabajo infantil que refiere a aquellas actividades y/o estrategias de supervivencia remuneradas o no, realizadas por personas menores de 16 años de edad "visibles, invisibles y también ocultas, donde el 'sustento logrado' o el 'beneficio' del servicio puede servir para sí mismo y/o contribuir al mantenimiento del grupo familiar de pertenencia y/o de la apropiación de terceros explotadores" (p. 4).

<sup>48</sup> Se alude a la expresión acuñada por Brubaker y Cooper (1997) para referirse a las versiones *hard* y *soft* de identidad.

niños. En diálogo con los objetivos de esta tesis, no se trata meramente demostrar las limitaciones de la categoría trabajo infantil sino de examinar las relaciones sociales en las que está inmerso. Entendemos por ello las relaciones familiares, vecinales en que se inscribe y también, en un nivel más general, las condiciones de extrema precariedad en las que viven las familias. Así, analizar el trabajo infantil en esta clave contribuye a recuperar las condiciones de vida de la población infantil y sus familias y a su vez a reponer dimensiones de nivel microsocial que le dan especificidad al fenómeno.

En vistas de problematizar al trabajo infantil como una categoría universal y explicitar su especificidad, es preciso dar cuenta de las características que plantean los mercados de trabajo en ámbitos rurales ya que esta etnografía alude a éstos, sobre todo cuando se habla de las experiencias de trabajo infantil de quienes son hoy adultos. Para ello, se evocan una serie de estudios que plantean que abordan en mayor o menor medida el tema trabajo infantil y sostienen que la inclusión de niños como mano de obra de las familias se asocia principalmente a la forma de pago a destajo (Aparicio, 2007; Noceti, 2011; Neiman, 2013; Roa, 2013; Traglia, 2014; Re, 2015; Liebel, 2016). Precisamente, entre los trabajos más representativos del lugar de estudio se encuentra la cosecha de yerba mate o *tarefa*<sup>49</sup>, que se caracteriza por dicha forma de pago. Así, es frecuente que el tarefero reciba ayuda de su familia -incluidos los niños- para cosechar en menor tiempo mayor cantidad de yerba y así incrementar la cantidad de dinero recibido (Roa, 2013). Lo que muestran estas investigaciones es que resulta conveniente que las unidades de análisis sean las familias en su conjunto y no solamente los niños, pues la economía doméstica depende de la participación de todos sus miembros.

#### **4. Trabajo infantil híbrido**

Ahora bien, considerando que la zona de estudio es caracterizada tanto zona rural (Mastrangelo, 2006; Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, 2019<sup>50</sup>) como urbana (Ministerio de Cultura, Educación, Ciencia y Tecnología de la Provincia de Misiones, 2019<sup>51</sup>) cabe preguntarse ¿qué es lo que define a cada uno de esos espacios?

---

<sup>49</sup> Tarefa es una palabra del idioma portugués que se utiliza para designar la tarea de tarefeare, es decir, de cosechar manualmente la yerba mate.

<sup>50</sup> Según el Padrón de Establecimientos 2019 del Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología la zona de Puerto Wanda es definida como rural.

<sup>51</sup> Según el Ministerio de Cultura, Educación, Ciencia y Tecnología de la Provincia de Misiones la zona de Puerto Wanda es definida como urbana.

Aprovechando esta doble localización asignada a Puerto Wanda voy a retomar ese interrogante para marcar una de las singularidades del trabajo infantil observado ¿Se trata de trabajo rural, urbano, periurbano?

Las transformaciones sociales y productivas vinculadas a la aplicación de políticas neoliberales en el agro argentino y en América Latina han llevado a replantear el valor heurístico de categorías dicotómicas como rural<sup>52</sup> y urbano (Matijasevic y Ruiz Silva, 2013). Más concretamente, debido a la constante interrelación entre la industria y la producción agraria, la conformación de cadenas y complejos agroindustriales, la importancia de la innovación tecnológica, la creciente incidencia de la mano de obra urbana en el campo, el empleo rural no agrícola y la multiocupación entre los productores agrarios (Castro y Reboratti, 2007) se han propuesto nuevos conceptos que apuntan a dar cuenta de las conexiones entre ambos espacios. Precisamente, conceptos como rururbano, periurbano e interfase periurbana<sup>53</sup> apuntan a destacar la existencia de un continuum de situaciones, espacios intermedios o escala de gradientes en un mundo cada vez más globalizado e interconectado (Castro y Reboratti, 2007). Los conceptos de Nueva Ruralidad (Giarraca, 2001) y de capitalismo cognitivo (Hernández, 2007) trataron que captar otras dimensiones de este cambio, haciendo hincapié en que la inversión de capital financiero en el agronegocio recompuso las nociones de aislamiento, primitivismo y tradición asociando el campo y la ruralidad con la innovación y emprendedurismo.

Teniendo en cuenta este debate así como las características propias de la zona de estudio, optaré por definirla como un espacio periurbano. Siguiendo el criterio oficial vigente en Argentina, establecido por el INDEC, no se trata de población rural porque es una localidad de más de 2.000 habitantes pero esto no la convierte en urbana porque el Puerto Wanda es una periferia de la ciudad, espacial y socioeconómica (Allen, 2003), entre tantas otras que se encuentran en la provincia de Misiones (Rau, 2005). Las características de la vida en los barrios donde realicé el trabajo de campo, al margen de la ciudad y, asimismo, en el borde de plantaciones forestales de pino suponen (entre otras cosas que serán detalladas en el siguiente apartado) relaciones sociales de producción y movimientos poblacionales que refuerzan el uso de estas categorías más amplias. Es decir, se trata de

---

<sup>52</sup> Lo rural ha sido históricamente definido como “residuo” (Matijasevic y Ruiz Silva, 2013) de lo urbano tanto por la carencia de equipamiento e infraestructura típicamente urbana (trazado de calles, equipamiento básico, infraestructura, servicios públicos, escuelas en zonas favorables, etc.) como por el atraso que todo ello supondría frente al carácter moderno de “lo urbano” (Allen, 2003).

<sup>53</sup> Los conceptos no son equivalentes entre sí aunque a grandes rasgos todos apuntan a superar miradas dicotómicas sobre lo rural y lo urbano. Las corrientes teóricas en que dichos conceptos surgen pueden encontrarse detalladas en Allen, 2003; Barros, 2005; Kay, 2007.

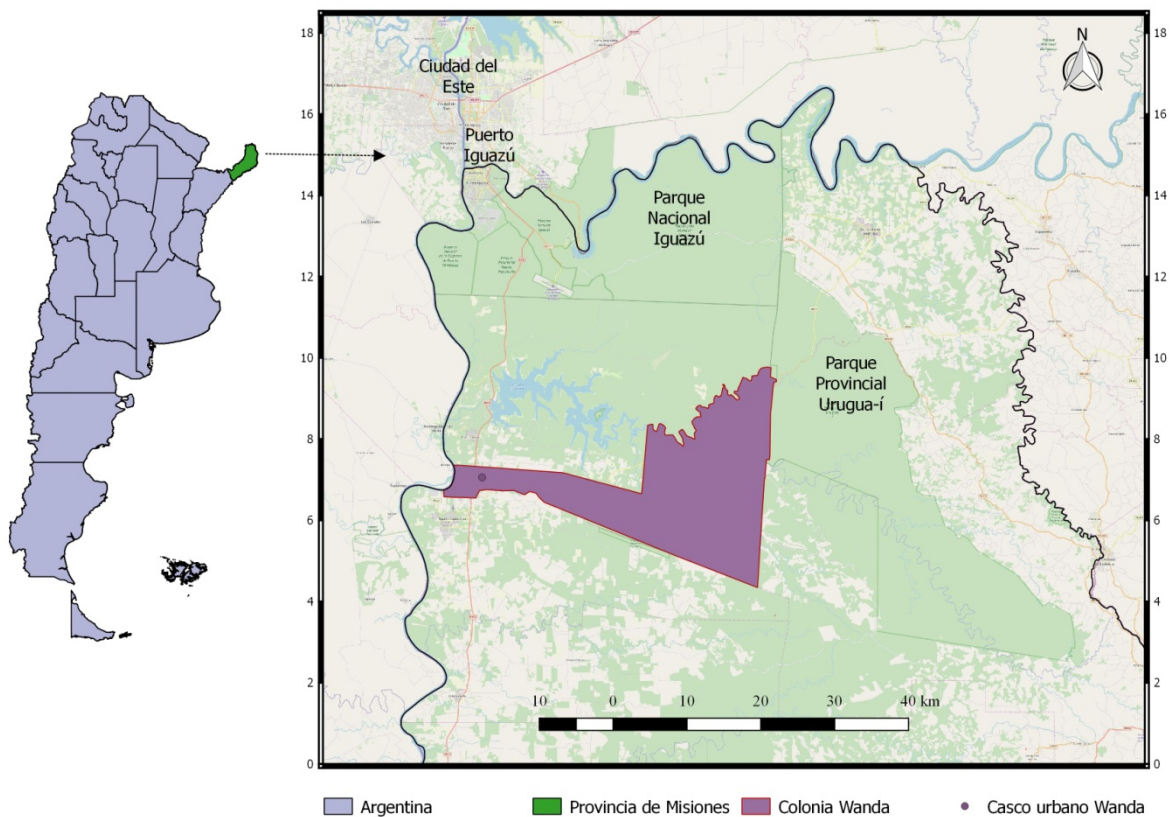
población residente en un entorno marginal a plantaciones monocultivo de árboles, un tipo de economía extractivista por Inversión Extranjera Directa en Argentina. Asimismo, este margen tiene la particularidad de constituir una zona de turismo receptivo con el principal atractivo de las Cataratas del Iguazú, por lo que el trabajo infantil bajo análisis está especialmente ligado a ello. Más precisamente, el trabajo infantil de extracción y venta de piedras preciosas conecta lo rural y lo urbano: implica trabajo con la tierra en el monte y a la vez tiene lugar en avenidas asfaltadas por las que pasan turistas produciendo allí dinámicas típicamente urbanas, desde controles policiales hasta interacciones, en el marco de una relación de compra-venta, típicas de ciudades turísticas y de zonas de frontera internacional (Campoamor, 2016; Enríz, 2018).

Esta doble inscripción rural y urbana tiene implicancias en cómo se piensan e implementan las políticas locales de erradicación del trabajo infantil de venta callejera de piedras y artesanías. Por un lado, son elaboradas desde la lógica del trabajo infantil rural en tanto destacan la tradición campesina de inserción temprana a la actividad laboral en el grupo familiar; su valoración positiva y naturalización que impide verlo como problema e, incluso, se ve como un aprendizaje; el impacto en la salud como consecuencia de muertes prematuras, accidentes o trabajar muchas horas; y, por todo lo expuesto, el abandono escolar (Aparicio, 2009; Re, 2015). En este sentido, como se mostrará en el próximo capítulo, los programas locales apuntan a “direccionar”, “concientizar” y a la vez a ofrecer talleres para que realicen otro tipo de actividades que no sea vender en la calle. En contraparte con la propuesta de OIT que considera al trabajo infantil minero como una de las peores formas de trabajo infantil, para el gobierno local el problema es que los niños deambulan como mendigos. Esa es una problemática típica del trabajo infantil urbano, que en este caso invisibiliza la participación de los niños en el proceso de extracción de piedras preciosas y construcción de arbolitos de vidrio quebrado. Lo que pasa en Wanda no es ajeno a lo que acontece con el trabajo infantil en el resto del país, de hecho Halperín (2012) señala, en un estudio sobre trabajo infantil en Argentina, que “no se encontraron investigaciones sobre actividades de trabajo infantil urbano que se desarrollen fuera del ámbito callejero” (p. 54). A propósito de ello, he observado situaciones de control municipal en períodos de vacaciones y/o feriados largos en los cuales agentes de tránsito impedían que los niños estén en la calle vendiendo. Es decir que, también, el problema del trabajo infantil local es abordado desde una lógica contravencional, de uso indebido del espacio público. En este sentido lo llamo híbrido pues mezcla características de lo rural

con ámbitos típicamente urbanos en los que tiene lugar y, además, se desarrolla en una importante zona turística del país.

En el próximo apartado, describiré los procesos de transformación en la estructura agraria misionera (Baranger, 2008) que permiten comprender las particularidades de la zona de estudio, compuesta a grandes rasgos por tres tipos sociales agrarios: las áreas de reserva natural (que incluyen a la población originaria mbyá), las grandes superficies de extracción de maderas que luego fueron reforestadas con monocultivo y las pequeñas parcelas entregadas a la colonización privada. Comenzaré la descripción por el proceso de poblamiento moderno y colonización de la provincia de Misiones, focalizando en la zona del Alto Paraná, señalaré las características y consecuencias del avance del agronegocio forestal y en este marco situaré tanto la emergencia como las condiciones de vida de los barrios periurbanos del Puerto Wanda, en los que viven los interlocutores de esta tesis.

## 5. Caracterización de la zona de estudio: desde el poblamiento moderno hasta el arrinconamiento actual



Mapa n°3: Ubicación de la Localidad Colonia Wanda en el Departamento Iguazú, Provincia de Misiones.  
Fuente: Elaboración propia<sup>54</sup>

## 5.1 Poblamiento moderno y colonización de la provincia de Misiones

El poblamiento moderno de Misiones es el resultado de diferentes procesos de mercantilización de la tierra que comenzaron a fines del siglo XIX y se extendieron a lo largo del siglo XX. La configuración fundiaria del territorio nacional (1881<sup>55</sup>-1953), y de la ulterior provincia, resultaron de tres factores: 1) la política estatal de distribución de tierra; 2) el desempeño de las empresas de colonización y explotación de monte nativo; 3) y la ocupación no planificada de extensiones fiscales y privadas (Schiavoni y Gallero, 2017).

Desde su federalización como territorio nacional (año 1881), Misiones tuvo la mayor parte de su superficie en manos privadas. Como consecuencia de la venta de tierras a particulares por parte del gobierno de Corrientes, el gobierno nacional obtuvo la jurisdicción político-administrativa del territorio misionero pero la propiedad de la tierra continuó en manos privadas. De modo que la colonización oficial se concentró en los antiguos pueblos jesuíticos, mientras que los nuevos frentes pioneros ocuparon el espacio que permanecía fiscal en la faja central del territorio (Corpus, San Ignacio, Loreto, Santa Ana, Mártires, Candelaria, Cerro Corá, San José, San Javier, Apóstoles y Concepción). (Gallero y Krautstofi, 2009).

El fenómeno colonizador se produjo en el marco del proyecto de construcción de una Nación moderna, en consonancia con la expansión de la frontera agrícola argentina motorizada por los cultivos industriales (Bartolomé, 1975). Durante la primera mitad del siglo XX, Misiones recibió a colonos de casi todas las regiones de Europa (polacos, ucranianos, alemanes, suizos, franceses, ingleses, suecos, noruegos, italianos, españoles, etc.) hasta conformar una estructura agraria caracterizada por el predominio de explotaciones familiares dedicadas a cultivos industriales de tabaco, yerba mate, tung y té (Baranger, 2008) y dio lugar a una “configuración étnica sumamente heterogénea” (Bartolomé, 1975:246). Por su doble condición de frontera<sup>56</sup>, nacional y agraria, es usual

---

<sup>54</sup> La elaboración de este mapa fue realizada con el Software QGIS 2.18.21 con asistencia de la Licenciada en Información Ambiental Micaela Fanucce, a quien agradezco especialmente por su excelente predisposición y el tiempo dedicado.

<sup>55</sup> Desde 1870 hasta 1881 el territorio misionero estuvo bajo el dominio de la provincia de Corrientes.

<sup>56</sup> Schiavoni (1991) señala que la ideología de frontera, aquella que la asocia a un espacio vacío, fue ampliamente usada en América Latina debido a las condiciones favorables que presentó para la expansión de la sociedad capitalista en grandes extensiones. Su comprensión de la frontera excede el espacio físico e incluye una dimensión sociológica, particularmente aquella que alude al proceso de incorporación de un

que “en las fuentes históricas abunde su mención como un espacio vacío, en el que, sin embargo, siempre aparecen sujetos de los que se da noticia anecdóticamente (obrajeros, fugitivos, asentamientos indígenas abandonados, puertos de uso esporádico).” (Mastrangelo, 2012:11). Hasta fines del siglo XIX, Misiones constituía un área marginal del país cuyos pocos habitantes eran de origen paraguayo y brasilero<sup>57</sup>, agricultores y ganaderos correntinos (Bartolomé, 1975) y población *mbyá* guaraní y criolla. Aún así, las políticas estatales la dieron por deshabitada sin considerar a la población preexistente (Bertoni, 1922. *apud* Mastrangelo, 2012), de allí la concepción de “vacío poblacional” acuñada por la dirigencia de la época para referirse a las zonas de frontera “desérticas”. La inmigración europea fue vista, desde esta lógica, como la llave que abriría la puerta del progreso (Gallero y Krautstoftl, 2009).

En la etapa de territorio nacional,

el Estado sentó las bases para la creación de un mercado de tierra agrícola, subdividiendo la escasa tierra pública en parcelas pequeñas y medianas, e hizo que Misiones funcionara como una frontera agraria, atrayendo pequeños agricultores y legitimando la ocupación preexistente (Schiavoni y Gallero, 2017:78).

En este sentido, la Ley Avellaneda<sup>58</sup> posibilitó que inmigración y colonización se implementaran como unidad. En dicha ley la colonización se entiende como la ocupación planificada de la tierra, “donde el Estado administra los terrenos, ubica los colonos<sup>59</sup> y fomenta las colonias nacionales y además, prevé la posibilidad de desarrollar la colonización por empresas particulares” (Gallero y Krautstoftl, 2009:248). Ahora bien, ¿qué se entiende por poblamiento y por colonización? Tal como sostienen las autoras conviene diferenciar ambos términos, sobre todo porque en varios estudios se usan de modo indistinto pero, en rigor, remiten a procesos que no son equivalentes. El

---

espacio relativamente indiferenciado a la formación de clases nacional. A la vez, apunta que en una frontera pueden distinguirse fases y modos de ocupación. En sintonía con este planteo de la frontera que trasciende su acepción de borde o línea de un espacio, Benedetti (2018) hace un interesante aporte desde la geografía para “para pensar las fronteras” en relación con el concepto de región.

<sup>57</sup> La afluencia de pobladores provenientes de Paraguay y Brasil (sobre todo del Estado de Rio Grande do Sul) fue significativa luego de la Guerra de la Triple Alianza.

<sup>58</sup> La Ley n° 817/1876, constaba de dos partes: la primera dedicada a la inmigración y la segunda dedicada a la colonización

<sup>59</sup> Bartolomé precisa que en Misiones el término colono denota “no solamente un tipo social agrario predominante, sino también una serie de referentes culturales que hacen al *ethos* regional y que contribuyen a destacarlo dentro del país. El colono misionero es típicamente un productor agrícola de origen inmigratorio europeo relativamente reciente. En un porcentaje alto son propietarios de la tierra que trabajan, y a cuya propiedad accedieron recibiendo de padres o a lo sumo abuelos a los que les fue otorgada bajo planes de colonización oficiales o privados. A diferencia de lo sucedido en las zonas de colonización agrícola más antigua, la gran mayoría de estos colonos se originaron en el norte y este de Europa. Si bien el predominio numérico corresponde a alemanes, polacos y ucranios, existen importantes núcleos de origen escandinavo, suizo, francés, etcétera, que dan lugar a un verdadero mosaico étnico” (Bartolomé, 1975:239-240).



poblamiento, a diferencia de la colonización, es un proceso no planificado. Se trata de asentamientos de grupos humanos en un lugar o región para habitar y/o trabajar en él. Así, “un territorio dado puede ser poblado, ya sea por una acción colonizadora o por una ocupación espontánea, pero ésta última no debe confundirse con la primera porque son diferentes formas de apropiación del territorio” (p. 248).

Partiendo de estos señalamientos y a grandes rasgos, mientras que el proceso de colonización del sur de Misiones fue por medio de la entrega de minifundios a colonos inmigrantes, en el norte se dio por medio de permisos de extracción de madera nativa que el Estado otorgó a empresarios particulares, en grandes superficies sin mensura rigurosa o mediante la extracción no planificada y clandestina (Bernárdez, 1901; Spegazzini, 1907; Antonini, 1920. *apud* Mastrangelo, 2012). La colonización oficial, emprendida por el Gobernador Lanusse (1896-1905), se caracterizó por asentamientos espontáneos en tierras fiscales, legitimados por la administración pública. Debido al éxito obtenido, así como a la coyuntura socioeconómica de la primera posguerra, empresarios particulares iniciaron la etapa de la colonización privada en el Alto Paraná. La especificidad de esta colonización consiste en que se estructuró desde proyectos empresariales de compañías privadas que planificaron la misma a partir de la compra y administración de tierras. En el Departamento Iguazú (donde se ubica Colonia Wanda) se fundó Puerto Bemberg (en el año 1925) y durante la década de 1930 la Compañía Colonizadora del Norte<sup>60</sup> compró tierras dando inicio a la inmigración polaca<sup>61</sup> en las colonias de Wanda<sup>62</sup>, situada sobre el Río Paraná y Gobernador Juan J. Lanusse (a partir del año 1935), a 40 km. de distancia hacia el oeste. Pese al origen compartido, el desarrollo de ambas colonias ha sido marcadamente diferente. Wanda se constituyó desde sus inicios en un centro de importancia en la zona debido al establecimiento de redes de comercialización y distribución de la producción facilitado por su ubicación sobre el Río Paraná y más tarde por el trazado de la Ruta Nacional n°12. Lanusse, por su parte, mientras que en sus inicios

---

<sup>60</sup> Empresa colonizadora conformada bajo la figura de una Sociedad Anónima compuesta por capitales argentinos y polacos. Como la colonización estuvo en manos esa empresa de origen polaco se denominó al emprendimiento “colonización polaca” sin tener en cuenta la diversidad de nacionalidades entre polacos, ucranianos, minoría de checos y una familia de bielorrusos sumados a las colonias ya constituidas (Krautstofil, 2005).

<sup>61</sup> Para profundizar sobre la situación particular que atravesaban los polacos en su país de origen ver Krautstofil, 2005.

<sup>62</sup> “Las denominaciones de las colonias fueron impuestas por la empresa Colonizadora: Wanda, haciendo alusión a un nombre de suma familiaridad para los polacos cuyos orígenes serán mitificados (circulan dos versiones, una referida al nombre de una princesa polaca con una trágica historia y otra que refiere al nombre de una de las hijas del Mariscal Pildsuski) y Lannuse, en homenaje al que fuera gobernador del Territorio Nacional entre los años 1895 y 1905, reconocido como el impulsor del proyecto de colonización en ‘tierras ausentes de labradores’” (Krautstofil, 2014:23).

fue una colonia yerbatera y contaba con aserraderos y laminadoras en plena producción (hasta fines de la década de 1960) fue despoblándose a consecuencia de la caída de las políticas de promoción del mercado interno que llevaron al cierre de la laminadora por endeudamiento y al encarecimiento de la yerba por el flete, lo que redundó en que “la colonia fue languideciendo hasta casi desaparecer<sup>63</sup>” (Krautstofil, 2005:5).

## 5.2 Actividad forestal en el Alto Paraná

A modo de síntesis y de acuerdo a lo expuesto, el poblamiento agrícola del Alto Paraná fue gestionado por empresas titulares de grandes dominios que “encararon la puesta en valor de la tierra explotando el monte nativo y subdividiendo las extensiones en lotes agrícolas, vendidos a plazos a familias de agricultores (Schiavoni y Gallero, 2017:84). El aprovechamiento de recursos forestales del Alto Paraná presenta tres etapas que dan cuenta de cambios en las formas de trabajo y la organización productiva de esta zona y permiten articular la historia forestal de Misiones con “la historia de la formación y transformación de los procesos capitalistas en Argentina” (Ramírez, 2017:31). Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa (2011) llaman a dichas etapas: 1) Extractivista con mínima elaboración local (1874-1920); 2) Extractivista con elaboración mecánica (1930-1960) y 3) Centrada en la reforestación con transformación mecánica y química (1970-presente). Me detendré especialmente en la tercera etapa porque en ese marco tienen lugar los procesos que serán analizados a lo largo de la tesis, ocupación de tierras periurbanas, migraciones internas en la provincia, surgimiento de la alternativa económica de venta de piedras preciosas frente al fenómeno de desocupación rural, entre otros.

Tal como fue señalado en el apartado anterior, la actividad forestal estuvo asociada (desde los tiempos de la colonización) en una primera etapa a la deforestación de selva nativa (Albízano, 1985 *apud* Ramírez, 2017). Más precisamente, la extracción de madera estaba vinculada a los yerbales pues se la usaba como leña para *sapecado*<sup>64</sup> y secado, para abrigo y elaboración de alimento local y para la comercialización fuera de la provincia, transportando maderas en jangadas (balsas) por vía fluvial. La segunda etapa se caracteriza por el “comienzo de la industrialización de las llamadas maderas blancas en fábricas en el campo, con villas obreras y población campesina que abastece en su entorno” (Mastrangelo, 2012:18) así como por la persistencia del transporte de maderas por vía

---

<sup>63</sup> Su población fue considerada rural dispersa (INDEC, 2001).

<sup>64</sup> El sapecado es la exposición breve de las hojas verdes de la yerba mate al fuego intenso para reducir la humedad y detener el proceso natural de oxidación de la materia prima.

fluvial que progresivamente irá cambiando a la vía terrestre. La explotación forestal generó, en estas décadas, dos núcleos de trabajo en el monte: “los obrajes -donde se extraía en sus inicios madera nativa y luego, entre 1940 y 1979, Araucaria reforestada- y aserraderos, fábricas de laminados y terciados con su villa obrera” (p. 22). En el Capítulo 3 retomaré algunas características de esta etapa a través de las experiencias de infancia de quienes son adultos en la actualidad. Y, por último, la tercera etapa se caracteriza por la reforestación con especies de rápido crecimiento aptas para la producción de celulosa, la inversión transnacional, la orientación exportadora, el pasaje al monocultivo y la concentración de la renta y propiedad agraria (Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa, 2011). Este proceso, comenzó a ser discutido como alternativa regional hacia 1930 pero será 35 años después cuando comience a consolidarse. En 1996 se afianza la organización empresaria que lo promueve en el Alto Paraná y en 1998 la Ley Nacional 25.080 legitima su carácter hegemónico. Desde la década de 1990, se produjo un continuo crecimiento de las plantaciones forestales con destino industrial modificando sustancialmente el paisaje altoparanaense.

A lo largo de estas tres etapas históricas, las producciones predominantes pasaron de ser la madera nativa (1874-1920), a la pasta de celulosa orientada a la producción de papel (1930-1960 incluyendo madera reforestada de Araucaria y otras especies nativas) para recaer finalmente en el monocultivo forestal<sup>65</sup> orientado a la producción de celulosa de cosmética y farmacia, tableros de aserrados y resina sintética (MDF, OSB) y melamina (1970- actualidad) (Mastrangelo, 2012). Según Ramírez (2017) debido a las características que adquirió la actividad forestal en Misiones es pertinente entenderla como parte del agronegocio (Gras y Hernández, 2014) que se desarrolla en Argentina en un contexto capitalista de globalización de la agricultura desde la década de 1990. A través de cambios institucionales, tecnológicos, productivos y financieros se afianzó la producción agroforestal en pocos cultivos exportables (que tienden al monocultivo) aumentando la superficie cultivada y desplazando otros usos del suelo (Gras, 2013 *apud* Ramírez, 2017). Esta nueva dinámica de acumulación se basó en procesos de concentración empresarial, desplazamiento de la agricultura familiar y arrinconamiento del campesinado.

---

<sup>65</sup> Mastrangelo (2012) sostiene que llamar a las plantaciones forestales monocultivo del modo en que lo hace la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), es decir, como bosque implantado, encubre su impacto social en la concentración de la propiedad de la tierra, la riqueza y la reducción de la biodiversidad. La disputa por el sentido, así, “es relevante en términos de la ecología política del territorio forestal” (Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa, 2011:135).

La empresa multinacional Arauco S.A.<sup>66</sup> tuvo un papel preponderante en el desarrollo de dicho proceso en Misiones en general y en el Alto Paraná en particular. La producción de árboles de rápido crecimiento, cuyas especies predominantes en la provincia son el *Pinus Elliotis* y *Taeda*, para la obtención de derivados mecánicos y químicos de la madera (los tableros, la melamina) y pasta celulósica (*commodities*<sup>67</sup>) que cumplen con certificaciones del mercado internacional (Mastrangelo 2009, 2012; Ramírez, 2017). Para mantener estándares de rentabilidad, el manejo de las plantaciones requiere de extensiones contiguas que rondan las 100 has. Un análisis de Mastrangelo (2006) ha mostrado que la pérdida de pequeñas propiedades entre los Censos Agropecuarios de 2001 y 2010 está asociada a la intensificación del monocultivo de pino. Sin embargo, la extensión de los pinares no se explica solo por latifundios, ya que debido a los reintegros de la Ley 25.080 a los plantadores forestales, aun los pequeños propietarios han considerado plantar pino como una actividad económica. Esto explica el incremento de plantaciones forestales a un ritmo vertiginoso y que ha convertido a Misiones en una de las principales provincias forestales del país<sup>68</sup> (concentrando en los departamentos de la costa del río Paraná -San Ignacio, San Martín, Montecarlo, Eldorado e Iguazú, donde se ubica el municipio de Colonia Wanda-, más del 60% de las plantaciones de Misiones). En este marco, el arribo de Arauco S.A. “fue determinante para la evolución del sector forestal” (Ramírez, 2017: 42): en el lapso de una década (1996-2006) obtuvo la propiedad de 232.000 hectáreas en la provincia a través de la compra de empresas (Alto Paraná S.A, Celulosa Argentina y Pérez Companc) y, a la vez, del aprovechamiento de la disponibilidad de tierras como resultado del desplazamiento de pequeñas y medianas explotaciones, fundamentalmente durante la década de 1990. En este período, debido a la caída de precios de los cultivos industriales de Misiones (yerba, te, tung), el incremento de costos generados por el Plan de Convertibilidad<sup>69</sup> y la importación desde Brasil de productos alimenticios “destruyeron la capacidad de producción de los agricultores familiares” (p. 40).

---

<sup>66</sup> La empresa multinacional Arauco S.A., nombrada hasta hoy como Alto Paraná (creada en 1975) pues así se llamaba hasta que el grupo Arauco la compró en 1996, es la principal empresa del agronegocio forestal en la provincia de Misiones (Ramírez, 2017). La fábrica de pasta celulósica está en localidad de Puerto Esperanza y además la empresa maneja dos aserraderos, dos viveros, y una planta de remanufactura y una fábrica de tableros de mediana densidad (MDF), el mayor aserradero de la Argentina, con sede en Puerto Piray.

<sup>67</sup> Bienes con bajo nivel de diferenciación y valor agregado.

<sup>68</sup> Según Ferrero (2006) concentra el 25% de la superficie total de plantaciones, seguida por Corrientes y Entre Ríos. *apud* Ramírez, 2017.

<sup>69</sup> Estableció la paridad entre el peso argentino y el dólar y estuvo vigente entre los años 1991 y 2002.

Tipo de especie	Especie	Total	Zona Sur	Zona Centro	Zona Norte
CULTIVADA	pino	2.951.917	674.244	651.053	1.626.620
	eucalipto	287.517	99.343	102.701	85.473
	araucaria	81.835		5.867	75.968
	kiri	28.461	292	11.191	16.978
	paraiso	27.469	5.251	16.886	5.332
	toona	9.668		902	8.766
	otras cultivadas	85	50	35	
	<b>Subtotal</b>	<b>3.386.952</b>	<b>779.180</b>	<b>788.635</b>	<b>1.819.137</b>
NATIVAS	nativas varias	237.082	10.030	120.657	106.395
	anchico	8.925		4.924	4.001
	guayubira	8.496	1.240	3.964	3.292
	laurel	8.246	40	1.322	6.884
	guatambú	7.984		3.721	4.263
	peteribí	6.859		1.560	5.299
	azota caballo	3.397		439	2.958
	cedro misionero	2.906		440	2.466
	marmelero	1.870		322	1.548
	grapia	1.089		300	789
	incienso	1.027		500	527
	rabo	764		284	480
	persiguero	406		83	323
	mora amarilla	211		158	53
	canela	12		12	
	<b>Subtotal</b>	<b>289.274</b>	<b>11.310</b>	<b>138.686</b>	<b>139.278</b>
	<b>Total general</b>	<b>3.676.226</b>	<b>790.490</b>	<b>927.321</b>	<b>1.958.415</b>

Cuadro n° 2: Especies utilizadas (m<sup>3</sup>) en las plantaciones forestales de la provincia de Misiones por zona<sup>70</sup>.  
Fuente: Ministerio de Agroindustria (2018).

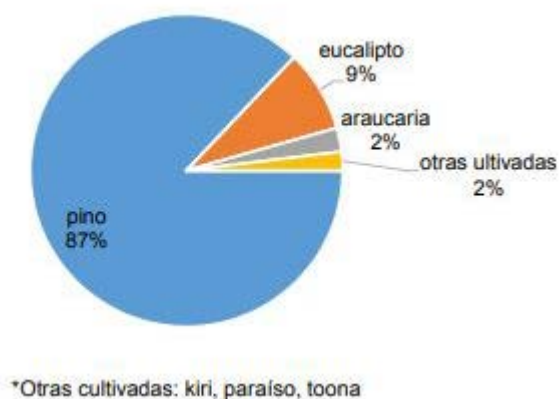


Gráfico n°3: Porcentajes de especies cultivadas en la provincia de Misiones. Fuente: Ministerio de Agroindustria (2018).

<sup>70</sup> Colonia Wanda forma parte de la Zona Norte, compuesta por los departamentos de Iguazú, Montecarlo, Guaraní, Eldorado, San Pedro y Gral. Manuel Belgrano.

### 5.3 Arrinconamiento, migraciones y ocupaciones periurbanas

En el contexto de la llamada “crisis del agro”<sup>71</sup> se produjeron migraciones internas (dentro de la provincia) desde las áreas rurales hacia las zonas urbanas. Las chacras abandonadas o vendidas fueron destinadas a la forestación y las plantaciones avanzaron incluso hasta cercar ciudades, caso de Colonia Wanda entre otras localidades del Departamento de Iguazú como Puerto Libertad y Puerto Esperanza que son epicentros de la foresto industria (Mastrangelo, 2006). Así, las poblaciones quedaron arrinconadas en el marco de un proceso de desposesión que supone mecanismos de ajuste espacio temporales que operan en la reasignación de excedentes de capital y trabajo (Harvey, 2005) y a la vez incluye la cooptación de estructuras preexistentes y represión violenta en caso de ser incompatibles con las necesidades del capital (Biocca, 2016 *apud* Ramírez, 2017).

La expulsión de mano de obra residente en el campo, fenómeno demográfico característico del desarrollo capitalista, produjo una creciente concentración y estancamiento de esta población proveniente de colonias rurales en la periferia de distintas ciudades intermedias de Misiones. Así, la expansión de “barriadas obreras, verdaderos reservorios periurbanos de mano de obra agrícola pauperizada, resulta perceptible a lo largo de todo el territorio provincial pero ha asumido una dinámica ‘explosiva’, a partir de mediados de la década de los ‘90” (Rau, 2005:190). Como se mostrará a lo largo de la tesis, fue precisamente durante este período que muchos de los abuelos y padres de los niños vendedores de piedras preciosas vendieron sus chacras y migraron a los barrios periurbanos de Wanda. Este segmento de población subordinado de la estructura social agraria misionera (Baranger, 2008), es decir los ocupantes<sup>72</sup> “semiproletarios” (p. 46) se ven forzados a asalariarse en empresas de servicios forestales como peones, hacer *changas*<sup>73</sup>, *carpidas*<sup>74</sup>, cosechar yerba mate, las mujeres a tomar empleos domésticos y, en

---

<sup>71</sup> Así se denomina al proceso de concentración agrícola misionero generado a partir de la desregulación del mercado consignatario yerbatero y el cambio en la matriz productiva imperante hasta entonces en la provincia. El fuerte ajuste estructural aplicado en Argentina durante la década de 1990, en el marco de políticas neoliberales, modificaron la economía nacional, la estructura agropecuaria argentina y consolidaron un nuevo poder económico (Rodríguez y Teubal, 2001 *apud* Roa, 2015).

<sup>72</sup> La categoría ocupantes no debe entenderse como un grupo homogéneo. Siguiendo a Baranger (2008), además del grupo descripto (semiproletarios que combinan el trabajo asalariado con una mínima agricultura de subsistencia) hay otros (la minoría) que disponen de cierta acumulación de capital, y comparten así las características de los colonos, y también están quienes pueden ser considerados como campesinos, por la producción de subsistencia y escasa integración al sistema económico.

<sup>73</sup> Bajo este término se reconocen los trabajos transitorios y por cuenta propia, en general, ligados con la albañilería, plomería y arreglos en general.

<sup>74</sup> El término nativo *carpir* designa el trabajo de mantenimiento, eliminar malezas y remover la tierra, de jardines y chacras.

el área de estudio en particular, a la venta de piedras. Como señaló un interlocutor durante el trabajo de campo, lo cual fue reiterado sistemáticamente por otros, a propósito de la mayor fuente de trabajo en el área de estudio: “Acá todos trabajan directa o indirectamente para Alto Paraná [Arauco S.A.]”. En suma, los barrios se extienden porque los trabajadores rurales –forestales- residen en áreas urbanas, a consecuencia de lo cual la oferta de empleo también se urbaniza, apareciendo la oferta para trabajar en servicio doméstico, de cuidado, peluqueros, carpidores, jardineros. Como señalé a propósito del trabajo infantil híbrido, a través del proceso recién descrito puede observarse asimismo una imbricación entre la localización e hibridación de los mercados de trabajo (Roa, 2015). Este proceso se ha incrementado a tal punto que del total de habitantes del Municipio Colonia Wanda casi el 90% es población urbana. De un total de 15.529 habitantes (INDEC, 2010), 13.901 viven en áreas urbanas. Esto es, un 18% más respecto del censo poblacional anterior (INDEC, 2001). Del mismo modo, también se ha incrementado la superficie de plantaciones forestales, concentrando aún más la propiedad de la tierra: actualmente, casi la mitad de las tierras del municipio, que tiene una superficie de 465 km<sup>2</sup>, están “cubiertas por masas boscosas reforestadas” (Administración de Parques Nacionales, 2018:98). Algunos de los barrios periurbanos que compusieron el acotamiento territorial de la muestra de esta tesis, cuyas características serán detalladas a continuación, están justamente al borde de estas plantaciones.

Si bien el fenómeno de las ocupaciones de tierra se produjo en toda la provincia, ha adquirido particularidades según la zona. En el caso de Wanda, particularmente en el área del Puerto, fue resultado de la ocupación de “tierras fiscales o grandes extensiones de propietarios ausentistas o en litigio por la tenencia” (Mastrangelo, 2009:349) para subsistencia y residencia, dando lugar a asentamientos que constituyen loteos informales periurbanos<sup>75</sup>. Estos barrios del Puerto Wanda, área ribereña del municipio situada entre Río Paraná y la Ruta Nacional n° 12, presentan rasgos generalizables a otros barrios de la provincia (UNaM, 2012 *apud* Roa, 2015) entre los que se encuentran: calles de tierra sin veredas y/o desagües, sin trazado circulatorio ordenado y déficit de servicios públicos. Con relación a las características habitacionales, las viviendas son casas construidas con madera y, en menor medida, se encuentran algunas de ladrillo o mampostería. Los techos son de chapa de metal o fibrocemento y los pisos son de cemento alisado, de tabla o madera y aún los hay de tierra (una minoría). Varias de estas casas tienen características típicas de zona

---

<sup>75</sup> Los asentamientos resultantes de las ocupaciones conformaron también pequeñas “unidades de agricultura familiar que mantiene características rurales (v. gr. Nueva Argentina en Tirica)” (Mastrangelo, 2009:349).

rural: tienen huertas y animales de corral y las viviendas poseen letrina. Por otro lado, los servicios de agua y electricidad cubren gran parte del área urbanizada mientras que cloacas y gas están prácticamente ausentes. A propósito del gas natural, cabe aclarar que no está disponible “en ningún sector de la localidad ni de la Provincia” (Plan de ordenamiento urbano del Municipio de Puerto Esperanza, 2009:54).

	Total de Población	Población		Total de Hogares	Hogares	
		Sin NBI	Con NBI		Hogares sin NBI	Hogares con NBI
Total Provincia	1.091.733	883.242	208.491	302.953	255.609	47.344
Depto. Iguazú	79.478	59.748	19.730	21.466	16.891	4.575
Puerto Esperanza	17.088	13.086	4.002	4.316	3.477	839
Puerto Iguazú	40.238	30.378	9.860	11.386	8.912	2.474
Puerto Libertad	6.661	4.841	1.820	1.760	1.371	389
Colonia Wanda	15.491	11.443	4.048	4.004	3.131	873

Tabla n° 4: Población y Hogares con al menos un indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas por Municipios del Departamento de Iguazú (Misiones). Fuente: Elaboración propia en base a datos del INDEC (2010).



Foto n° 4: Calles de tierra sin vereda, Barrio Las Minas (Puerto Wanda)  
Foto n°5: Interior de una vivienda de madera con animal de corral, Barrio Las Minas (Puerto Wanda)

#### 5.4 Los barrios: Las minas y Sarmiento<sup>76</sup>

En el marco de estos procesos económico sociales se descubren los yacimientos de geodas y surge la minería a pequeña escala (fines de la década de 1990) como una alternativa económica para los colonos descapitalizados migrantes de áreas rurales y ocupantes

<sup>76</sup> Los nombres de los barrios, así como el de todas las personas que aparecen a lo largo de la tesis, fueron modificados con el objetivo de preservar el anonimato.



proletarizados en general que residen en dos de los barrios recién caracterizados, Las Minas y Sarmiento. Como señaló Mastrangelo (2009), “la razón de ser de esta oferta de piedras preciosas es la visita de 70.000 turistas/mes que recibe el Parque Nacional Iguazú” (p. 348). En Wanda hay dos yacimientos con explotaciones formalizadas con tenencia del suelo y derechos del subsuelo regularizados que extraen piedras contratando personal asalariado y vendiendo visitas guiadas a las minas. Por otro lado, hay un conjunto de pozos a cielo abierto en tierras de propietarios ausentes sin permiso del propietario de la tierra ni derecho sobre el subsuelo, de los cuales se extraen piedras preciosas con herramientas de uso corriente tales como barretas y palas. Las unidades domésticas que comercializan piedras en la calle las extraen de estas canteras y “las gemas que se extraen son calcedonias con y sin cristales, amatista, cuarzo hialino, cuarzo ahumado, cuarzo rosado y citrino (falso topacio)” (Mastrangelo, 2006:137).

A principios de la década del 2000, Mastrangelo (2009) contabilizó que 30 unidades domésticas realizaban dicha actividad de manera informal, como parte de un esquema de pluriempleo. Actualmente, según un relevamiento hecho por el Área de Acción Social municipal (con el fin de implementar un proyecto de erradicación del trabajo infantil<sup>77</sup>) el número asciende a 50. No obstante, de acuerdo a lo observado en el trabajo de campo y según las entrevistas realizadas ha disminuido considerablemente respecto al primer conteo. Principalmente se debe a que en los yacimientos ya no se encuentran piedras tan fácilmente, pues en el lapso de una década se han ido haciendo cada vez más pozos, y más profundos, que obligan a cavar más. Como me dijo un interlocutor, “antes con cavar pozos de un metro ya alcanzaba y ahora hay que hace de dos, tres metros o más”. Por otro lado, y en parte debido a ello, tal disminución se vincula a que las dinámicas barriales se han visto modificadas también: en vez de ir al monte a extraer piedras, es frecuente que quienes venden (de manera permanente o estacional) le compren piedras a un tercero justamente debido al mayor esfuerzo que implica ir al monte.

Por otra parte, resulta asimismo llamativo ese incremento del número de familias que comercializan piedras preciosas porque el municipio no cuenta siquiera con datos sobre la cantidad de familias, entre otras cosas, que viven en cada uno de los barrios de Puerto Wanda. Al explicitar esto no busco meramente entrar en una polémica acerca de si es verdadero o falso sino mostrar cómo una política pública se implementa sobre diagnósticos inadecuados o sobre cierto desconocimiento de cuestiones básicas como

---

<sup>77</sup> Este tema será profundizado en el próximo capítulo.

cantidad de población que se dedica a una actividad económica sobre la cual se procura incidir. En varias oportunidades fui a la Municipalidad, a distintas áreas, a buscar datos estadísticos que me permitieran contextualizar y caracterizar los barrios en los que haría trabajo de campo y nadie contaba con esa información básica. Hasta que me sugirieron en la propia Municipalidad: “Andá a hablar con las promotoras de salud, ellas seguramente saben porque andan recorriendo siempre los barrios”. Efectivamente, así supe que el total de habitantes del Puerto Wanda, o como me dijo una de las promotoras graficando el límite que separa social y espacialmente lo rural de lo urbano, “del asfalto<sup>78</sup> al Río”, es de 5.000. Y que en los barrios Las Minas y Sarmiento viven 300 familias, respectivamente. Además de proporcionarme estas cifras, las promotoras de salud fueron quienes me dieron un panorama sobre las principales problemáticas de estos barrios<sup>79</sup>.

## **6. Abriendo la caja negra del trabajo infantil minero**

Bruno Latour (1998) utiliza la metáfora de abrir la caja negra para proponer una forma particular de estudiar la ciencia, “en acción”, en el proceso mismo que genera el conocimiento. Retomo esta metáfora en el sentido otorgado por Latour a modo de guía teórico metodológica en esta tesis. Esto es, no se trata de develar algo oculto, falso o incorrecto sino de un modo de acercarse a las relaciones sociales “en acción” que conforman un universo social plural, el de niñas y niños que venden piedras preciosas. En relación con ello, también resultó orientador el enfoque de la simetría de la acción (Latour, 2008) en tanto que precisamente plantea no ordenar, jerarquizar ni reducir *a priori* los diferentes tipos de acción según su peso ontológico o según una cadena causa-efecto. A la vez, incorporé en el análisis la pluralidad de formas de participación de niños en actividades productivas que no se reducen a aquella vinculada a la extracción y venta de piedras preciosas. En parte guiada por dicho enfoque pero también por el proceso de modificación del tema de investigación (vinculado a los motivos señalados en el comienzo del capítulo) y por el de ampliación de la mirada (Rockwell, 2009) que toda experiencia de investigación supone.

Siguiendo estos señalamientos reconstruí la pluralidad de narraciones, sentidos y prácticas que se producen en torno al trabajo infantil minero en los barrios Sarmiento y Las Minas de Puerto Wanda. En el próximo capítulo me dedicaré a analizar cómo se lo entiende desde la perspectiva del Estado municipal así como procuraré dar cuenta de los

---

<sup>78</sup> Es decir, desde la Ruta 12 hasta el Río Paraná.

<sup>79</sup> Retomaré este aspecto en el Capítulo 4

sentidos que adquiere (esta y otras formas de participación de niños en actividades productivas observadas) para quienes lo practican, poniendo el foco en la red de relaciones familiares. Para ello específicamente, siguiendo a Zelizer, la propuesta teórica metodológica supone ingresar al mundo de los hogares como una vía para romper “la ficción victoriana que mantiene la separación sagrada de la vida privada, preservándola del mundo social y las relaciones económicas” (Zelizer, 1994 *apud* Llobet, 2012a:xiii.).

## Capítulo 2

### Los límites de la identidad “niño vendedor”. Valor económico, valor moral y trabajo relacional en las economías domésticas.

#### 1. Introducción

En este capítulo se profundiza sobre el trabajo relacional implicado en las actividades productivas desarrolladas por los niños debido a su potencialidad para destacar las conexiones entre transacciones económicas y lazos íntimos. Trabajo relacional (Zelizer, 2009) es el esfuerzo por el cual se negocian los significados de las relaciones sociales y se establecen sus límites. Entender al trabajo infantil desde este marco permitirá describir cómo son utilizadas las actividades económicas, y en ese marco el dinero, para crear, diferenciar y reforzar vínculos con otras personas, en especial vínculos familiares.

A través de la presentación de una serie de situaciones etnográficas se muestra cuán insuficiente es comprender al trabajo infantil como acción social con arreglo a fines económicos o bien como una práctica cultural adquirida. Más bien excede esas dimensiones e involucra relaciones morales, afectivas, económicas y supone formas de infancia específicas que se despliegan en el trabajo de *la gurisada*<sup>80</sup>.

El objetivo de analizar el carácter heterogéneo de niñas niños vendedores obedece a dos propósitos. En primer lugar, hay una intención teórica de incluir la diversidad como parte de la presente descripción etnográfica. Intención que procura mostrar los límites de categorías normalizadoras de infancia a través del análisis de experiencias que no se ajustan a lo que se espera desde esos parámetros. En segundo lugar, se pretende dar cuenta cómo la experiencia infantil no se agota en su identidad de trabajadores. Si bien el trabajo tiene un lugar central en su cotidianeidad, no resulta adecuado ni viable interpelarlos sólo (o fundamentalmente) en calidad de “niños trabajadores o mendigos”<sup>81</sup>. Estas dos últimas formas de caracterizarlos corresponden a la mirada que los programas locales de erradicación del trabajo infantil, los medios de comunicación y también muchos *criollos*<sup>82</sup>

---

<sup>80</sup> Palabra nativa para designar a los/as niños/as genéricamente.

<sup>81</sup> Dichos términos aparecen en nota de campo del capítulo I y volverán a aparecer en este capítulo cuando se haga referencia al programa local de erradicación del trabajo infantil.

<sup>82</sup> *Criollo* es una categoría nativa que se define por oposición a *colono*. Tal como sostiene Mastrangelo (2006), la segmentación étnica de la sociedad misionera se expresa localmente en la oposición “colonos/gringos” y “criollos, argentinos o negros” –donde los paraguayos se integran como un subtipo- y brasileros. El primer grupo alude a los descendientes de polacos que llegaron de Varsovia o desde el Sur de Brasil entre fines de la década de 1920 y principios de la de 1940. Mientras que el segundo grupo refiere a “todos aquellos que no pueden demostrar por su fenotipo o linaje la pertenencia al primero” (p. 143).

de la zona tienen sobre los niños que venden amatistas<sup>83</sup>. Más aún, según los propios términos de organismos multilaterales (ya presentados en el capítulo anterior), la figura del niño trabajador equivale a la de una “víctima” (IPEC, 2013) cuyos derechos son vulnerados ya que se “priva a los niños de su niñez”<sup>84</sup>.

En este capítulo veremos por un lado cuán variada -y distante de imágenes estereotipadas- es esa experiencia de trabajar y cómo se pone en juego con otras categorías (clase, género, edad) en relaciones sociales específicas. Para ello, se hará foco en las formas en que se conectan esferas que aún se conciben como si fueran excluyentes (infancia y trabajo, infancia y dinero, relaciones económicas y vínculos familiares) en las economías domésticas.

## **2. Vender y jugar en el ámbito familiar: una forma de experiencia infantil**

Llovía muchísimo pero cada vez que pasaba un auto con turistas y Abel gritaba “¡Turistas!”, Julio salía corriendo desde la casa con las piedras en mano para venderlas. Estaba en remera y short, todo el resto con algo de abrigo porque estaba fresco. En un momento, Florencia y Leo se empezaron a reír a carcajadas. Fue cuando vieron que Julio aceptó unas galletitas que le ofreció una pareja de turistas desde su auto.

“-Miraló, este ya está comiendo

-Sí, jajaja, siempre comiendo”

(NC1, 19/8/2016)

Si la escena recién relatada se sintetizara en una imagen, ésta bien podría ser usada en afiches, entre otros materiales de divulgación, que pregonan la “lucha” y/o “combate” contra el trabajo infantil. Allí aparecen algunos aspectos que componen la figura hegemónica del niño-trabajador-víctima: Desde las condiciones climáticas adversas en que se desarrolla el trabajo, la aceptación de las galletitas como significación del hambre que probablemente tiene producto de una inadecuada nutrición hasta la presencia de los padres de ese niño que no solamente no hacen nada para impedir esa situación sino que se ríen de ella, mientras toman mate.

Sin embargo, al contextualizar la escena relatada en la vida cotidiana de esa familia se verán los límites que plantea la imagen construida socialmente sobre los niños trabajadores que provoca tanta conmiseración por ellos como sospecha sobre sus padres. Sobre este aspecto se hará un análisis más detallado en el próximo apartado.

---

<sup>83</sup> La amatista es una variedad macrocristalina violeta del cuarzo. El color puede ser más o menos intenso, según la cantidad de hierro que contenga.

<sup>84</sup> Recuperado de: <http://www.ilo.org/ipec/facts/lang--es/index.htm>

Mi primer contacto con la familia de Julio (7 años), más precisamente con su madre, fue en la calle. Era época de vacaciones de invierno y Florencia (24 años) estaba junto a su hermano (Julián, 14 años) en la vereda de la avenida que conduce a las minas por la que pasan los turistas que van a visitarlas. Tenían una mesita de plástico y sobre ella algunas piedras sueltas, otras en un plato de metal y también algunos arbolitos. Me contó que vivían cerquita de ahí, en el barrio Sarmiento, y que si iba por el *trillo*<sup>85</sup> era muy fácil llegar a su casa cuando quisiera ir. Al año siguiente se mudó a una casa sobre la avenida principal del Puerto, donde están ubicados el CAPS y la Escuela primaria, y desde entonces vende ahí mismo ya que los autos o micros que van a las minas pasan también por allí. En el transcurso de esas semanas de vacaciones siempre vi a Florencia vendiendo junto con Julio y algunas veces con su hijo menor, Abel (3 años). Dado el lugar estratégico en el que viven, en vez de estar en la vereda (como hacían antes) ahora dejan allí solamente la mesa con piedras y arbolitos y ellos se sientan en la galería de la casa, pues desde allí también se ven los autos que paran a comprarles. Pero si no paran, Florencia y Julio van corriendo hacia el auto con algunas piedras u arbolitos en la mano hasta quedar apenas a unos centímetros de las ventanillas, situación que lleva al conductor a disminuir la velocidad o bien detener el auto. Cuando esto ocurre, comienza el proceso de ofrecer los productos a un determinado precio, la duda de los turistas sobre si comprar o no, el regateo, una nueva oferta y finalmente la compra o una repentina aceleración del auto que equivale a que no se compró nada. Se propone caracterizarlo como un proceso la medida en que supone interacciones entre personas, lugares, performances, significados y cosas (Wherry, 2006) en las que se entremezcla lo económico y lo social. En otras palabras, no se trata simplemente de vender una piedra *auténtica*<sup>86</sup> a un precio inamovible sino de obtener algo como consecuencia de la interacción con los turistas. Principalmente se busca obtener un determinado monto de dinero (siempre negociado, pues se comienza diciendo un precio y si el turista no está convencido se baja rápidamente ese monto, incluso ofreciendo alguna piedra de regalo si compra otra) por la venta de una piedra o arbolito. Pero si no se logra concretar la venta, algunos niños retienen al conductor del auto pidiendo comida -como se verá a continuación- o bien se quedan conversando algunos minutos sobre cómo viven ellos, fundamentalmente. En relación con ello, resultan

---

<sup>85</sup> Camino más angosto que una calle. En este caso era usado como un atajo en un pastizal que permitía llegar al barrio Sarmiento mucho más rápido, y con menos distancia, que si se tomaba el camino de las calles o avenidas.

<sup>86</sup> El carácter auténtico de las piedras es esgrimido por los vendedores como una cualidad distintiva de lo que ofrecen, pues son “ellos mismos” quienes las extraen del *pedral*.

sugeres las observaciones de Sinervo (2011) con niños vendedores de postales (Cusco) y turistas pues ponen en juego mecanismos análogos a los mencionados. Según la autora, la mayoría de los niños aprovechan su estatus y afectividad (en tanto niños y por lo tanto inocentes) para hablar de sus necesidades económicas y al mismo tiempo para aprender del intercambio cultural con los turistas.

Veamos el caso de un niño que pone en juego estas estrategias que no se reducen a vender. Florencia, su madre, vende piedras “sólo para vacaciones” (lo cual incluye fines de semana largos como Semana Santa o feriado de carnaval, es decir, momentos del año en los que muchos turistas<sup>87</sup> van a la zona) y durante el resto de los meses trabaja en “casas ajenas” o bien cuidando a sus hijos. Hasta que “se acompañó” estuvo a cargo del cuidado de sus hermanos/as porque su madre “se fue” de la casa y su padre trabajaba muchas horas afuera. Por ser “la mayor” tuvo que quedarse en la casa y eso no le permitió continuar asistiendo a la escuela, que dejó en 6° grado del nivel primario. A partir de ese momento, siempre tuvo trabajos de “ama de casa”, que hace unos tres años atrás comenzó a complementar con la venta de piedras y arbolitos.

El fragmento de la nota de campo refiere a uno de los tantos días que estuve con aquella familia.

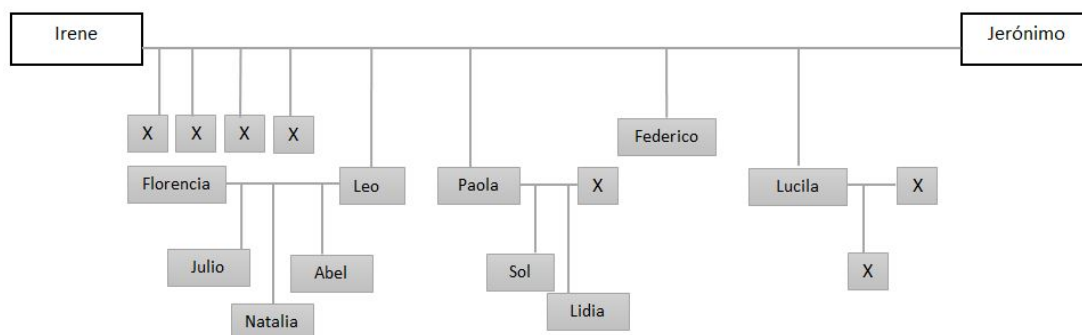


Gráfico n° 5. Esquema de parentesco de la unidad doméstica de Leo y Florencia.

Ése en particular fue un día de semana por la tarde en el que estaba el padre de Julio (Leo, 28 años) en la casa, cosa que no ocurre nunca excepto los fines de semana. Como llovía, el único motivo por el que se suspende su trabajo de “volteo de pino”<sup>88</sup>, aprovechó para quedarse en casa. Cuando llegué a la mañana, Florencia estaba en la parte

<sup>87</sup> Generalmente son turistas argentinos y brasileros. Dependiendo del tipo cambio de moneda, la inflación y las devaluaciones se encontrarán más argentinos o brasileros.

<sup>88</sup> El volteo de los pinos, cosecha o tala rasa se realiza con una motosierra y está en proceso creciente de mecanización. Corresponde a la etapa del ciclo productivo del cultivo de árboles en la que se cortan los ejemplares de un máximo de 10 años, “para dejar el terreno raso y posteriormente reiniciar el ciclo de plantación” (Ramírez, 2017:40).

trasera de la casa *limpiando*<sup>89</sup> piedras en una pileta, Leo conversaba al lado suyo con un amigo que había pasado a saludar y los hijos más pequeños, Natalia (5 años) y Abel, veían televisión mientras comían “cheetos”<sup>TM90</sup>. A medida que terminaba de *limpiar* las piedras, frotándolas con un cepillo para retirar los restos de tierra colorada que tenían, las colocaba sobre un trapo puesto en el piso del comedor. Había piedras por todos lados -en el piso, sobre la mesa, sobre el mueble aparador- porque Florencia había comprado más temprano “un cajón de piedras”<sup>91</sup>. Al mediodía llegó Julio de la escuela y luego de almorzar, “cambiarse y lavarse los brazos antes de ir a vender”, como le indicó su papá, ocurrió la escena comentada. Si bien Florencia y Leo se rieron al verlo comer galletitas, luego le señalaron que eso no favorecería la venta, que entonces mejor no lo haga más. Sobre todo fue Leo quien hizo ese tipo de comentarios. Como se mencionó, debido a que no tuvo que trabajar, ese día estuvo en la casa e intervino en reiteradas oportunidades indicándole a Florencia diversas cosas: desde ir a ver a cuánto estaba vendiendo piedras Julio hasta, incluso adelante mío, pedirle que me ofrezca tomar algo de comer. Con relación a esta dinámica particular observada, en mis notas de campo escribí: “Cuando está Leo la dinámica cambia. Él dirige la batuta ahí” (Nota de campo, 19/8/2016).

Eventualmente Julio va al *pedral*<sup>92</sup> con su padre, aunque cada vez con menor frecuencia. Por un lado porque si llueve o está muy resbaladizo el monte, Leo prefiere ir solo ya que es *peligroso* para su hijo. Pero sobre todo porque desde que trabaja como volteador de pinos<sup>93</sup> (hace dos años aproximadamente) no tiene tiempo para ir, de allí que hayan comenzado a comprar a terceros los cajones de piedras. Es decir que en las actividades que permiten la reproducción familiar de las cuales Julio participa, nunca está solo; excepto cuando tiene que quedarse a cargo de sus dos hermanos menores, lo que

---

<sup>89</sup> Limpiar las piedras consiste en retirarles los restos de tierra colorada, sea frotándolas con un cepillo o bien tirándoles agua con una manguera. Hay quienes además las dejan en un balde con jabón de lavar ropa o detergente y luego las enjuagan para que “brillen más”.

<sup>90</sup> Marca de un aperitivo creado a base de maíz inflado y cubierto con una mezcla de queso o un polvo con sabor a queso. Ingredientes: harina de maíz, aceite de girasol, aromatizante, resaltadores de sabor (glutamato monosódico), colorante y derivados lácteos.

<sup>91</sup> Algunos varones que van al *pedral* a extraer piedras en gran cantidad, luego se las venden a las familias que se dedican a la venta de piedras en un cajón de verdulería lleno que cobran \$200 (precio vigente al momento de hacer trabajo de campo cuyo equivalente en dólares fue –considerando la cotización del día en que transcurrió esa escena- US\$13). Cada familia vende esas piedras a turistas por unidad o bien varias a \$50.

<sup>92</sup> Término nativo para designar la parte del monte en la que se encuentran pozos a cielo abierto de los que aún se pueden extraer piedras semipreciosas.

<sup>93</sup> Al momento de escribir esta tesis, Leo ya había dejado ese trabajo como consecuencia de un accidente laboral en la plantación forestal (el monte) que le lesionó un ojo. Desde entonces, y continúa, “se puso un kiosquito” en el espacio físico de su casa en el que vende bebidas gaseosas y productos varios como galletitas, fideos, entre otros.



sucede muy esporádicamente. Florencia y Leo solo salen ambos de la casa por algún motivo puntual, como cuando tuvieron que irse unas horas a la chacra en la que vivían la madre, el padre y los hermanos de Leo porque les habían robado y necesitaban su ayuda.

En el transcurso de aquella tarde, cuando ya había parado de llover, llegaron unos vecinos del barrio amigos de Julio. Uno de ellos, Juan, trajo algunas piedras en su mochila porque, como usualmente hace, iba a vender también. Otros dos llegaron en bicicleta y todos jugaron a pasar con la bici sobre un banco de madera roto puesto en el suelo a 45°. El que no se caía le dejaba el turno al próximo y el que se caía podía reintentar hacerlo. Y si pasaba algún auto con turistas, Julio y Juan corrían a agarrar las piedras, las vendían, y volvían a jugar con sus amigos, tal como muestra la siguiente secuencia de fotos.



Foto n°6: Julio y Carlos, uno de sus vecinos, jugando con el banco roto y la bicicleta. Barrio Sarmiento.

Foto n° 7: Juan vendiendo, esa misma tarde. Barrio Sarmiento.

### **3. “No lo necesitan”: el trabajo infantil desde la perspectiva estatal local**

Considerar la dinámica familiar cotidiana permite ver cómo el caso de la familia de Julio, entre tantas otras de la zona, desafía la identidad imputada de niño trabajador-mendigo. Contrariamente a lo que la definición “dura” de trabajo infantil<sup>94</sup> -y de la identidad- plantea, en la escena relatada se mostró que Julio fue a la escuela (como siempre), vendió, jugó con sus vecinos y todo ello con la presencia de su madre, su padre y hermanos.

Ahora bien, focalizar solamente en que los/as niños/as que trabajan van a la escuela, juegan y no son explotados por sus padres también tiene sus límites si lo que se procura es comprender la experiencia infantil (uno de los temas principales de esta tesis). Pues sería ubicar a los derechos, sean éstos garantizados o vulnerados, como epicentro del

---

<sup>94</sup> Ver Capítulo 1, apartado la mirada normativa.

ser niño. Esto es, si se garantizan hay niñez y si se vulneran, “se pierde”, como postula la OIT. Este discurso institucionalizado (Llobet, 2011) de la retórica de derechos, que constituye a la vez un frente discursivo<sup>95</sup> (Fonseca y Cardarello, 2005), es el que orienta las políticas públicas a nivel mundial<sup>96</sup> (así como regional y nacional) orientadas a la infancia, en gran medida debido a la ratificación de la Convención de Derechos del Niño (CDN)<sup>97</sup>. En este marco, las intervenciones estatales locales no pueden verse por fuera de este proceso más amplio ni pensarse por fuera de los lineamientos que “bajan”, como dicen los/as agentes estatales, desde ministerios nacionales y/o provinciales. De hecho, en todas las entrevistas realizadas a trabajadores/as del estado, involucrados/as en distinto grado y forma con temas de infancia, se hizo mención permanentemente a “los derechos de los niños” antes que a otras problemáticas locales que afectan al conjunto de las familias de esos niños, a las tierras y al ambiente.

Sin embargo, las implementaciones locales de las políticas destinadas a proteger la infancia no son meros reflejos de lo que “baja de Nación” sino que adquieren sus particularidades en función de las trayectorias y pertenencia de clase de esos/as agentes estatales, los recursos disponibles para llevarlas a cabo y la relación específica que traman con los/as destinatarios/as (Grinberg, 2013; Magistris, 2013; Barna, 2015; Villalta y Llobet, 2015). Tal como sostiene Llobet (2011), el ejercicio analítico de “mirar derechos” en contexto permite ver, entre otras cosas, que “las formas de regulación estatal, de

---

<sup>95</sup> Fonseca y Cardarello (2005) proponen pensar en los derechos humanos, en particular los de la infancia, como un frente discursivo. Esto es, como el fruto de la negociación entre diferentes grupos de interés que trabajan en torno a un mismo tema y en ese proceso producen sujetos políticos, definen problemas sociales y modos de intervención. Si bien destacan la capacidad de estos frentes para movilizar acciones políticas puestas al servicio de la justicia social, advierten que se trata de un arma de doble filo en la medida en que también tienden a reificar a los derechos y a los propios niños, desconectándose así de los contextos sociales específicos.

<sup>96</sup> Casi todos los países ratificaron su adscripción a la Convención de Derechos del Niño, exceptuando unos pocos casos como Estados Unidos, Somalia y Timor Oriental (Barna, 2015), lo que implica -debido a su carácter vinculante- adecuar la legislación nacional y los dispositivos de gestión de la infancia a los parámetros de la Convención.

<sup>97</sup> A nivel legislativo, Argentina ratifica la CDN en 1990 mediante la ley 23.849 y en 1994 le otorga jerarquía constitucional al momento de reformar la Constitución Nacional. Sin embargo, hasta el año 2005 solamente tiene un alcance declamatorio debido a que hasta entonces continuaba vigente la Ley 10.903 de Patronato de Menores. Con la sanción de la Ley Nacional 26.061 de la Protección Integral de los Derechos de Niños, niñas y adolescentes en el año 2005 (y el consecuente reemplazo de la Ley de Patronato) se comienzan a aplicar una serie de políticas públicas que colocan en su centro a los niños pero ya no como “menores” a ser tutelados debido a su “situación de abandono moral y/o material”, sino como titulares y sujetos de derechos. A nivel de producción teórica latinoamericana, la CDN ha sido objeto de análisis de distinto tipo, entre los cuales se destacan aquellos que dan cuenta de las negociaciones políticas en torno a su sanción (ver Llobet, 2011), los que señalan las tensiones en torno a su implementación en contextos de desigualdad social (ver Vianna; 2002; Fonseca y Cardarello, 2005; Schuch, 2009 y para el caso argentino en particular (ver Grinberg, 2013; Magistris, 2013; Barna, 2015; Villalta y Llobet, 2015) y en particular los que marcan las limitaciones de pensar el “ineditismo” (Villalta y Llobet, 2015) dado a la protección integral (en contraposición al esquema de tutela de menores) en tanto no permite ver las continuidades entre ambos paradigmas.

acuerdo a las condiciones sociales e institucionales locales, se articularán de maneras diversas con el lenguaje de derechos dando lugar a modalidades más o menos restrictivas de interpretación del bienestar” (Llobet, 2011:453). La forma en que son interpretados los derechos, la niñez y los modos de resolver lo que son considerados problemas sociales desde la perspectiva estatal local abonaron el planteo de las investigaciones que destacan las variadas formas que adquiere el gobierno de la infancia, fundamentalmente a través de intervenciones “territorializadas”<sup>98</sup> en contextos de desigualdad social. En el marco de una entrevista semiestructurada realizada, la entonces Directora del Área de Acción Social Municipal<sup>99</sup> definió como la principal “línea de acción” la “asistencia de familias vulnerables”, a través de garantizar derechos básicos, con los “escasos recursos”<sup>100</sup> de los que disponen “por el tema de la descentralización del gobierno”<sup>101</sup>. Por familias vulnerables definió a aquellas que

están por debajo de la línea de Necesidades Básicas Insatisfechas, tienen múltiples problemas, no solamente uno. Por ejemplo, hay familias que tienen la necesidad de una vivienda, la necesidad de acceder a los beneficios, la necesidad de salud. O sea, que tengan varias necesidades que no están cubiertas (Entrevista, 20/7/2015).

La pobreza, y la pobreza infantil, han pasado a ser el centro de los programas de protección social a partir de la década de 1990. Los “niños pobres” y “la pobreza de los niños” han sido temas estratégicamente movilizados para dar cuenta de la gravedad de las

---

<sup>98</sup> En el marco de un proceso más amplio de “desmantelamiento del Estado social” analizado por Rose (1999) en el cual el gobierno ha sido delegado, descentralizado y diversificado, el Estado argentino tendió a delegar la gestión de los programas sociales a actores y organizaciones no gubernamentales durante la década de 1990. Durante este período las políticas públicas fueron signadas por su carácter territorializado involucrando en su implementación las relaciones de ayuda mutua, lazos de vecindad y diversos actores de la sociedad civil (ver Santillán, 2011).

<sup>99</sup> En las elecciones de octubre del año 2015 fue elegido gobernador de la provincia de Misiones el candidato del Frente Renovador de la Concordia, Hugo Passalacqua. Con el cambio de gestión provincial y de intendentes de diversos municipios de la provincia muchos empleados estatales cambiaron también. En el caso de Wanda, con la asunción del nuevo intendente (Felipe Jeleñ) también cambió la directora del Área de Acción Social, entre otros cargos.

<sup>100</sup> Si bien esta expresión busca destacar la falta de financiamiento de niveles estatales nacional y provincial, para resaltar el esfuerzo que debe hacer el municipio para administrar sus escasos fondos también puede verlo reflejado en cuestiones que forman parte del trabajo cotidiano en la oficina donde tuvo lugar la entrevista. Por ejemplo, cuando le pedí algún informe que indique cuánta población reside en el municipio, cuántos cuentan con agua potable, entre otras cosas, me dijo que eso estaba en una computadora que se quemó hace un tiempo y no tienen otra. De modo que no podía darme esos datos porque con ese accidente “se perdieron”.

<sup>101</sup> Durante la década de 1990 Argentina se erigió como un modelo de transformación del Estado en el sentido dictaminado por el Consenso de Washington que, entre otras cosas, supuso la adopción de políticas estatales descentralizadas y focalizadas, guiadas por organismos transnacionales de crédito. Una tendencia importante de este proceso derivó en la mercantilización de prestaciones anteriormente consideradas universales y de acceso masivo, y por ende un incremento de las cargas a las familias, en particular en los sectores populares. De este modo “la localización derivó en la coexistencia de una multiplicidad de programas y proyectos en diferentes áreas geográficas –en general con fondos de distintas fuentes– que produjo superposiciones y dio lugar al tratamiento segmentado de los problemas, excluyendo un abordaje integral que abarcara las múltiples dimensiones de las demandas” (Varela, 2008:20).” (Barna, 2015:62)

crisis económicas desde la recuperación democrática, y a la vez para señalar su carácter inmoral, garantizando una legitimidad mínima a las intervenciones públicas o a su reclamo. Ello conllevó una discusión sobre su conceptualización y sus estrategias de medición. Según INDEC el concepto de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI)

permite la delimitación de grupos de pobreza estructural y representa una alternativa a la identificación de la pobreza considerada únicamente como insuficiencia de ingresos. Por medio de este abordaje se identifican dimensiones de privación absoluta y se enfoca la pobreza como el resultado de un cúmulo de privaciones materiales esenciales”<sup>102</sup> (INDEC).

Por otro lado hay una forma de medir la pobreza más dinámica, como menciona la Directora de Acción Social:

La medición de la pobreza con el método de Línea de Pobreza (LP)<sup>103</sup> consiste en establecer, a partir de los ingresos de los hogares, si éstos tienen capacidad de satisfacer -por medio de la compra de bienes y servicios- un conjunto de necesidades alimentarias y no alimentarias consideradas esenciales (INDEC).

Luego de referirse al tipo de necesidades que tienen dichas familias, puntualizó sobre un subconjunto más vulnerable que requiere especial atención por parte de Acción Social: “las familias más desfavorecidas del municipio”, es decir, aquellas que viven en los barrios San Cayetano<sup>104</sup>, Las Minas y Sarmiento. Los dos últimos barrios se caracterizan por tener “uno de los mayores problemas a afrontar”, esto es, el “trabajo infantil de venta de piedras preciosas”. En el transcurso de la entrevista fuimos conversando sobre cuestiones más generales de la población hasta adentrarnos en temas de infancia y trabajo infantil en particular. A propósito de ellos, mencionó:

Acá todos están cubiertos con el salario universal<sup>105</sup> y las familias cobran pensiones no contributivas o madre de siete hijos<sup>106</sup> entonces no es que el chico tiene que salir a trabajar

---

<sup>102</sup> Se consideran hogares con NBI aquellos en los cuales está presente al menos uno de los siguientes indicadores de privación: Hogares que habitan viviendas con más de 3 personas por cuarto (hacinamiento crítico); Hogares que habitan en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo); Hogares que habitan en viviendas que no tienen retrete o tienen retrete sin descarga de agua; Hogares que tienen algún niño en edad escolar que no asiste a la escuela; Hogares que tienen 4 ó más personas por miembro ocupado y en los cuales el jefe tiene bajo nivel de educación (sólo asistió dos años o menos al nivel primario).

<sup>103</sup> El procedimiento parte de utilizar una Canasta Básica de Alimentos (CBA) y ampliarla con la inclusión de bienes y servicios no alimentarios (vestimenta, transporte, educación, salud, etc.) con el fin de obtener el valor de la Canasta Básica Total (CBT). Para calcular la incidencia de la pobreza se analiza la proporción de hogares cuyo ingreso no supera el valor de la CBT; para el caso de la indigencia, la proporción cuyo ingreso no superan la CBA.

<sup>104</sup> Se trata de un barrio está emplazado sobre lo que fue el basural municipal a cielo abierto (fundado durante la década de 1980) que ya no funciona más allí. La mayoría de las familias vivían de recolectar la basura y venderla aunque también la usaban para su propia subsistencia. En la actualidad, casi todos viven de la cosecha de yerba mate. Esta información fue proporcionada por el Director de la Escuela que se ubica en dicho barrio.

<sup>105</sup> En Misiones la expresión *el salario* es utilizada para referirse al dinero de la asignación mensual que reciben los beneficiarios de la Asignación Universal por Hijo (AUH).

sí o sí para llevar la plata a la casa, esa es una razón cultural, una forma de vida adquirida que ya está naturalizada desde hace muchos años. No es que si vos sacás al chico de la venta no tienen para comer esas familias, no lo necesitan. Y vos les decís que el mayor es el que tiene producir, salir a vender y no el chico (Entrevista, 20/7/2015)

Esta cita condensa no solamente la manera en que es comprendido el fenómeno del trabajo infantil sino también lo que son considerados problemas y necesidades de las familias en cuestión. Así, se evidencia la capacidad interpretativa del Estado para definir lo que será considerado como necesidades sociales legítimas (Fraser, 1991). La agente estatal hace una interpretación sobre cierta clase de infancia y familias pues, como señaló, todas las acciones y programas que ejecuta desde su área están destinados a “los más carentes”. Por eso, y en consonancia con la mirada relacional de la infancia que atraviesa el análisis de la tesis, resulta indispensable pensar a las intervenciones estatales sobre la infancia como regulaciones comportamentales sobre sus familias.

No sólo porque la propia noción de infancia –o la de “menores”– presupone la existencia de adultos o “mayores”, sino también porque (...) aun cuando esa intervención tenga por foco a los niños y las niñas, y actualmente se dirija a garantizar su “interés superior”, no puede comprenderse sin tener en cuenta las regulaciones sobre las relaciones familiares, los discursos sobre la moralidad familiar, las prescripciones en torno a las pautas adecuadas de crianza y, por tanto, los valores asociados a la paternidad y fundamentalmente a la maternidad. Se trata de discursos que conllevan mensajes coercitivos y prescriptivos que, lejos de ser producciones fantasmagóricas de organismos burocráticos y abstractos, deben ser vistos como “representaciones sociales que forman parte del sentido social que tiene la institución en cada época; resultado, a su vez, de los procesos de hegemonización en el campo cultural. De ahí que tales acciones e intervenciones resulten legítimas (Grassi, 1998, p. 105). (Villalta, 2010:11-12).

En efecto, el programa local sobre erradicación de trabajo infantil que se estaba desarrollando en los Barrios Las Minas y Sarmiento, durante el período de trabajo de campo, planteaba explícitamente una serie de encuentros con “los padres de los chicos para hacer talleres de autogestión de la economía doméstica y ver qué se gasta primero, qué no, como para ir direccionando” (Entrevista, 20/7/2015). Supe de este programa por una nota

---

<sup>106</sup> Se trata de una pensión no contributiva, de prestación mensual, inembargable y vitalicia está destinada a las madres que tengan o hayan tenido siete o más hijos, de cualquier edad, estado civil y nacionalidad, que cumplan con los siguientes requisitos: 1. Ser argentina o naturalizada, en este último caso con una residencia mínima y continuada en el país de un año anterior a la solicitud. 2. Si es extranjera, deberá tener una residencia mínima y continua de 15 años en el país, anterior a la fecha de solicitud de la prestación. 3. No ser titular de una jubilación, pensión o retiro, de carácter contributivo o no contributivo, otorgado por cualquier régimen de previsión. 4. No poseer bienes, ingresos ni recursos de otra naturaleza que permitan su subsistencia y la de su grupo familiar conviviente, ni parientes obligados a prestar alimentos. 5. Para tener derecho a la prestación, el cónyuge o concubino de la solicitante, si bien puede ser beneficiario de un Régimen Previsional, no puede ser titular de una Pensión por vejez o de una Pensión por Invalidez de carácter no contributivo.

que leí en un diario provincial<sup>107</sup> unas semanas antes de viajar a Wanda. Antes de contactarme con el Área de Acción Social municipal hablé con otros/as agentes estatales de instituciones que, según indicaba la nota, trabajaban de manera intersectorial en la implementación de este programa. Sin embargo, cuando pregunté de qué manera estaban articulando acciones conjuntamente para llevar a cabo ese programa me encontré con que nadie sabía de su existencia. Ni las maestras, ni las promotoras de salud.

El programa, redactado por la propia agente estatal, consistía en una “adaptación” de un proyecto de erradicación del trabajo infantil en la *tarifa*. Tenía una duración de cinco meses, se destinaba a las familias residentes de los barrios Las Minas y Sarmiento y consistía en la oferta de talleres (de educación física y artes plásticas) a contraturno del horario escolar para los/as niños, buscando evitar que vayan a vender en ese momento y jueguen o hagan deporte. Porque, como ella misma reconoció, “no dejan la escuela por vender, la matrícula de la 416<sup>108</sup> está completa, el tema es cuando salen”.

Cabe destacar que al finalizar la entrevista, realizada en una oficina compartida<sup>109</sup> entre una radio local y Acción Social (que sólo pude identificar porque había un cartel que decía “Plan Progresar”<sup>110</sup> pero nada que indique que allí funcionaba esa área), relativizó algunas de las afirmaciones que había hecho antes, mostrándose más comprensiva de situaciones que involucran la ilegalidad. Concretamente, hizo alusión al problema de la ocupación de los *espacios verdes*<sup>111</sup> por parte de algunas familias que comienzan a construir viviendas allí en los siguientes términos: “Claro que no pueden ocuparlos pero si no tienen adónde ir, ¿qué van a hacer?” (Nota de campo, 20/7/2015). Por su parte, los

---

<sup>107</sup> <https://misionesonline.net/2015/07/07/wanda-a-traves-de-talleres-y-deportes-el-area-social-quiere-erradicar-la-venta-callejera-de-los-ninos/> (Acceso Enero 2019)

<sup>108</sup> Así le dicen localmente a la Escuela Provincial N° 416, Dr. Moisés Bertoni, situada en Puerto Wanda. Tiene nivel de enseñanza primaria y sólo una sala de nivel inicial a la que asisten niños de 5 años de edad.

<sup>109</sup> La Municipalidad de Wanda está ubicada en un edificio del centro que era una antigua casa familiar. Debido a las limitaciones de espacio, las oficinas de las diferentes áreas municipales no están ubicadas en su totalidad allí. Ese es el caso del Área de Acción Social, que funciona en una oficina compartida con una radio local, localizada a unas pocas cuadras del edificio de la Municipalidad.

<sup>110</sup> Las becas Progresar se crearon en 2014 por un decreto de la entonces presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner. Su finalidad es que los alumnos que las reciben “puedan terminar sus estudios primarios y secundarios, continuar en la educación superior o formarse profesionalmente” (Ministerio de Educación). Hasta el final de su mandato en diciembre del año 2015, podían solicitar la beca aquellos estudiantes menores de 24 años, el monto de la beca era fijo y se actualizaba anualmente.

<sup>111</sup> Los “espacios verdes” son extensiones de tierras de dominio municipal “destinados a la recreación de recreación de un barrio o reserva fiscal, para su uso institucional”, en palabras de la Subsecretaria de Tierras y Colonización de la Provincia de Misiones. Recuperado de <https://meridiano55.com/economia-politica/sonia-melo-la-gran-mayoria-de-las-ocupaciones-se-dan-en-espacios-verdes-que-son-de-dominio-municipal/>

tres<sup>112</sup> jóvenes que impartían talleres también oscilaron, durante la entrevista, entre posiciones más moralistas respecto a las familias de los niños y otras más “comprensivas”.

En palabras de una de las *talleristas*:

Nos costó muchísimo hacer que las familias participen de los talleres, los padres siempre esperaban algo, algo material. Yo me di cuenta que era un intercambio el que ellos querían y no les interesaba superar la situación de sus hijos. Ninguno le decía a sus hijos, quedate acá en el taller, no los apoyaban. Vos fijate que en la primera clase eran un montón, como quince, y cuando vieron que no entregábamos mercadería empezaron a faltar. Las últimas clases ya eran solamente dos chicos en el SUM [Salón de usos múltiples]” (Entrevista, 21/4/2016)

El SUM, perteneciente al municipio y ubicado en el barrio Las Minas, era el espacio en el que se impartían los talleres de artes plásticas<sup>113</sup> y tampoco quedó exento de las críticas: “Yo también comprendo que no es el mejor espacio. A veces no había luz, en invierno era muy frío y no es que había afiches en las paredes o cosas que a los chicos le llamen la atención” (Entrevista, 21/4/2016)

En suma, lo que fue denominado como “la perspectiva estatal sobre el trabajo infantil” debe considerarse teniendo en cuenta su carácter híbrido, heterogéneo y contradictorio (Haney, 2002; 2010). En este marco, la precariedad y corta duración de los contratos de trabajo de los *talleristas*, la escasez de financiamiento, recursos así como el involucramiento de distintos niveles estatales para el pago de cuestiones específicas del programa (los insumos, por ejemplo, los pagaba el municipio mientras que los sueldos de los *talleristas* eran cubiertos por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación) dan cuenta de la descentralización estatal<sup>114</sup>.

Por otro lado, los trabajadores estatales también contribuyen a hacer de las intervenciones estatales procesos que, lejos de ser la aplicación de contenidos meramente formales, son mediados, reinterpretados y actualizados por ellos. En los relatos de la Directora de Acción Social así como los de los *talleristas* puede apreciarse cómo los trabajadores “dan vida” (Pozzio, 2011:8) a las políticas<sup>115</sup>. Por ejemplo, a través de la puesta en juego de su carácter reflexivo (esto es, no son meros engranajes de control social,

---

<sup>112</sup> Eran cuatro en total, pero solamente entrevisté a tres porque una de ellas no quiso hablar de esa experiencia. Dos mujeres que dictaban talleres de artes plásticas (incluía hacer dibujos, armar títeres, maquetas, etc.) y dos varones que hacían distintas actividades deportivas (hacían correr a los niños, jugar al fútbol o al vóley en las canchas municipales).

<sup>113</sup> Eventualmente también se realizaban allí los talleres de actividad física, si llovía y no podían usarse las canchas descubiertas, por ejemplo.

<sup>114</sup> Si bien se suele hacer referencia a la descentralización estatal, esto se trata más bien de desconcentración porque los niveles locales no tienen autonomía política ni presupuestaria. Ver: <http://www.fao.org/3/ad724s/ad724s01.htm>

<sup>115</sup> Pozzio se focaliza en la forma que en que los actores sociales (agentes estatales y destinatarias) interpretan y hasta modifican las políticas de género específicamente.

como postularía una teoría del Estado más clásica) y la propia explicitación de tensiones y dilemas que se les presentan en las relaciones con los destinatarios y hasta empleadores. Tener en cuenta estas características no niega la existencia de algunos rasgos comunes que componen la perspectiva estatal local. Sobre todo, las formas de referirse a las familias de estos niños que básicamente presuponen incapacidad para “manejo de la economía doméstica”, el “interés sólo por cosas materiales” y “costumbres arraigadas”, como el trabajo infantil, que vuelven “complicado hacerles entender que no lo necesitan”. Finalmente, para los agentes estatales -y probablemente para muchos otros actores- la explicación se busca en una “razón cultural” que homogeniza los comportamientos de las familias en un mismo anacronismo. Por ello, las respuestas adecuadas serán aquellas que “enseñen” las modernas formas de cuidado y crianza.

#### **4. Vínculos familiares, dinero y capital moral: El trabajo relacional en la economía familiar**

Considerando las limitaciones de pensar la vida social en “esferas” (Williams, 1980), se propone una aproximación al tema más relacional que escindida la medida en que dialoga mejor con los datos resultantes del trabajo de campo y es más potente para mirar las conexiones que de hecho se recrean permanentemente. El concepto trabajo relacional (Zelizer, 2009) emerge, así, como un buen articulador teórico metodológico para mostrar que la participación de los niños en actividades productivas excede ampliamente lo económico o cultural. Antes bien, se trata de mirar cómo estas actividades productivas, e inclusive el dinero, son usadas para crear, diferenciar, sustentar y renegociar vínculos con otros/as.

A través de la presentación de una serie de situaciones etnográficas se muestra cuán insuficiente resulta comprender al trabajo infantil como acción social con arreglo a fines económicos sino que involucra además dimensiones morales, afectivas y hasta formas de infancia específicas que se producen en relaciones sociales particulares. Se procura, así, ampliar la mirada y “salir” del trabajo infantil (en tanto categoría normativa) para abordarlo desde el trabajo relacional, esto es, al esfuerzo por el cual se negocian los significados de las relaciones sociales y se establecen sus límites. Sobre todo “cuando esas relaciones involucran tanto la intimidad como las transacciones económicas” (Zelizer, 2009:234). Y, ¿no es acaso la familia, por antonomasia, la institución social en que se entrelazan constantemente lazos de intimidad y relaciones económicas? Considerando que



la participación de niños en actividades productivas se da en el marco de vínculos familiares<sup>116</sup> (Jelin, 2010) resulta indispensable mirar cómo se pone en juego el trabajo relacional en dichos vínculos en especial.

Para ello, se presta particular atención al papel del dinero “ganado” por los niños como un elemento clave de esta mezcla de lo íntimo y lo económico. Y además porque la forma en que se ha entendido a la familia históricamente, desde la racionalidad occidental y moderna, ha destacado lo privado, secreto, amoroso e íntimo separando las “las leyes ordinarias del mundo económico” (Bourdieu, 1998 *apud* Gesteira, 2015) por ideales de contaminación y pureza (Gesteira, 2015). Esta representación sobre la familia le confiere específicamente a los niños un valor sentimental que presupone su incompatibilidad con su valor productivo o de utilidad (Zelizer, 1985). Así, el dinero en manos de niños, o más generalmente cualquier actividad económica desplegada por ellos, contamina o contradice esta perspectiva de la familia. Esto se manifiesta, por ejemplo y entre otras cosas, cuando la agente estatal refiere que los que deben trabajar son los adultos, actualizando así la idea de los mundos hostiles (Zelizer, 2009). Estos mundos que se han construido sociohistóricamente como tales, serán analizados aquí empíricamente en su articulación, sentidos y efectos más que presuponiendo su incompatibilidad. A continuación, se mostrarán las formas particulares que dichas articulaciones adquieren en el marco de economías familiares y vecinales.

#### **4.1 La circulación del dinero en el hogar**

Las formas en que circula el dinero permiten ver no solamente cómo se producen dichas articulaciones o, en otras palabras, los mundos que conecta, sino también cómo se refuerzan o transforman relaciones de poder intrafamiliares, particularmente las de género e intergeneracionales.

El dinero no es entendido como mero soporte material o mediador universal sino de modo contextual. Siguiendo a Zelizer (1994; 2009), los sentidos del dinero son plurales y constantemente redefinidos en el marco de relaciones monetarias, relaciones sociales y universos culturales particulares. En sintonía con esta forma de caracterizarlo se presta atención a los sentidos asociados a su circulación ratificando que

---

<sup>116</sup> Dadas las múltiples transformaciones por las cuales pasó la familia, que condujeron a que deje de ser una institución social total, Jelin (2010) propone este término porque a pesar de los cambios siguen permaneciendo los vínculos familiares.

(...) éste no es un dato homogéneo sino que las prácticas monetarias están simbólica y socialmente diferenciadas. Analizar las circulaciones monetarias para comprender los vínculos sociales que ellas permiten sostener implica dejar de lado tanto las tesis disolventes del dinero como aquellas que le atribuyen un sentido unívoco (Wilkis y Partenio, 2010:180).

Otra de las tantas tardes que Julio vendió piedras a turistas, Florencia me contó que “hizo” \$300. Cuando pregunté en qué habían gastado ese dinero me respondió ella: “compramos prepizza, queso y cebolla y nos juntamos a cenar con Romina y sus hijos”. Es muy poco habitual ver prepizzas en las comidas de las familias de la zona, a tal punto que Florencia se refirió a esa cena como “darse un gusto”. Pero no solamente decidió qué comprar sino que cada vez que vende junto a su hijo, Florencia guarda ese dinero en algún bolsillo de su ropa. Incluso algunas veces guarda también el dinero de otros niños que venden junto con (o muy cerca de) Julio, sobre todo cuando están más concentrados en algún juego colectivo que en la venta misma. Le dicen, entre cada venta y vuelta al juego: “guardame estos 50 pesos”, “guardame esto que es mío por favor”, y antes de volver a su casa le piden el dinero y ella se los devuelve.

Cuando presencié esta escena, los que le pedían esto a Florencia eran los vecinos con quienes habían cenado la prepizza, Juan (10 años) y Carlos (13 años). Su mamá, Romina (37 años), jefa de hogar monoparental, extrae piedras del *monte* y las vende junto a sus hijos hace más de diez años.

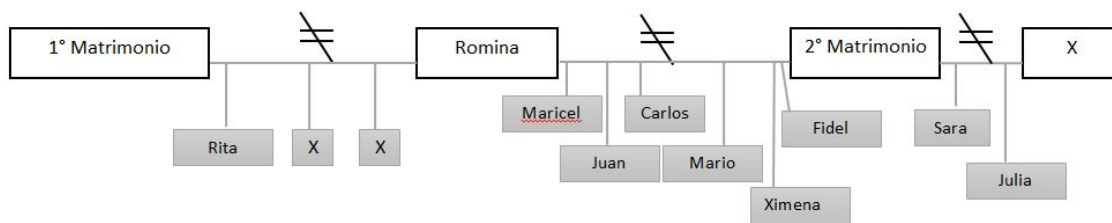


Gráfico n° 6. Esquema de parentesco, unidad doméstica de Romina.

Actualmente, el único que vende de forma regular es Juan, y algunas veces Carlos. Durante una de las primeras conversaciones que mantuve con ella, en presencia de siete de sus nueve<sup>117</sup> hijos que estaban afuera de la casa en ronda tomando tereré, mencionó el importante aporte del dinero de la venta de piedras para la economía doméstica:

Romina: Nosotros vivimos de eso, si nosotros no vendemos las piedras una semana hasta que yo cobre mi sueldo<sup>118</sup> ya nos falta algo, sí o sí tiene que vender.

<sup>117</sup> Al momento de escribir esta tesis, Romina tuvo dos hijas más, mellizas. El padre (un “viejo de otro barrio”, como lo caracterizó ella) dijo que se haría cargo pero al momento de pasarle dinero “empezó a dar vueltas” y Romina decidió “hacerse cargo sola”.

<sup>118</sup> Por sueldo Romina hace referencia al cobro de la pensión no contributiva Madre de 7 hijos.

Laura: ¿Ustedes van al piedral o solamente venden?

Romina: Noo, nosotros vamos al piedral. Y ahí te cuesta un montón porque vos tenés que ir a la mañana sí o sí y si no llevás nada de comer venís ya mareado de hambre, tenés que llevar sí o sí algo para comer. Y si uno va a la mañanita mismo por ahí a las 3 uno está volviendo en casa. Tenés que dejar alguien para que haga... Entonces si uno va a comprar una caja de piedras tenés que pagar más o menos 200<sup>119</sup>, 300 pesos la caja y ahí entonces no compensa porque nosotros tenemos que comprar, lavar y cuando uno va a lavar por ahí se rompe todito y ahí ya es todo otro gasto otra vez. Pero igual uno sobrevive porque cuando no teníamos nada que hacer y era tiempo de cosecha de naranja nosotros vendíamos naranjas, frutas, así. Por ejemplo cuando es tiempo de mango viene el señor de Paraguay y me deja una caja y ahí me dice mirá este vale tanto. Por ejemplo este año nosotros vendimos a un valor de 200 pesos cada caja.

Laura: ¿Vos la pagabas 200 al señor o la vendías a 200?

Romina: Yo tenía que vender todo y después pasarle la plata para él y si sobraba fruta convenía porque ellos [los hijos] comían, vos no podés dejar la fruta muchos días porque se pudre. Y bueno, sobrevivís porque [entre risas, dijo irónicamente] si no tenés un hombre responsable que va a hacer las cosas por uno. (Entrevista, 28/4/2016).

Esta diferencia trazada por Romina, entre “sobrevivir” vs. “tener un hombre responsable”, me llevó a indagar más acerca de cómo eran las relaciones intrafamiliares cuando había un hombre en la casa:

Laura: ¿Y cómo era cuando vivías con el papá de ellos? [El padre de algunos de los hijos de Romina]

Romina: Ahí era diferente. Yo tenía que salir para afuera, fregaba ropa, salía a tarefear con él, yo trabajaba para él. Por ejemplo la plata que era para los chicos, para comprar algo para ellos yo nunca lo podía comprar porque él lo derrochaba en el auto que tenía... Repuestos de un lado, de otro. Y ahí yo tenía que bancarlo. Por ejemplo yo iba y vendía \$600 en Iguazú [de piedras semipreciosas y arbolitos] él decía: mirá estos 500 son para tal cosa y estos 100 para comprar para mañana. Y si nosotros no lo hacíamos quizás te agarraba a garrotazos a uno. Cuando era tiempo de sol caliente y vendíamos fruta ajena ellos [sus hijos] tenían que vender todo y no traer nada. Y ahora que estamos solos, por ejemplo si vamos a vender o no, no nos falta qué comer porque nosotros sabemos llevar lo que es para comer (Entrevista, 28/4/2016).

A través de este relato se aprecia cómo varían los sentidos del trabajo y los circuitos del dinero en dos momentos, en dos tipos de dinámicas familiares sumamente diferentes, de la vida de Romina y la de sus hijos. Pero más aún, manifiesta al trabajo relacional en su dimensión de renegociación de vínculos “cuando surgen nuevas oportunidades, amenazas o problemas” (Zelizer, 2009:58)

Ahora por ejemplo con la plata de mi sueldo, ese viene 4000<sup>120</sup> y algo, entonces cuando yo tenía que arreglar la casa saqué un préstamo personal y se me fue descontando de ahí. Por ejemplo yo en la mueblería estaba pagando televisor, ahora estoy pagando colchón, cocina, juego de sillón... Todo eso yo compré después de que quedé sola. Y entonces voy pagando eso y si me falta nosotros reponemos con la plata de la venta de piedras. Como te decía si uno vende, de hambre uno no muere. (Entrevista, 28/4/2016).

---

<sup>119</sup> El equivalente en dólares fue –considerando la cotización del día en que transcurrió esa escena- US\$14.

<sup>120</sup> El equivalente en dólares fue, considerando la cotización del día en que transcurrió esa escena, US\$278.

A su vez, estos relatos evidencian cómo el control del dinero constituye un “elemento de dominio masculino” (Stølen, 2004:188). Del mismo modo que las mujeres de Santa Cecilia (una colonia agrícola de la provincia de Santa Fe en la que Stølen hizo trabajo de campo), Romina se vio restringida para moverse por fuera de la esfera doméstica porque, en parte, no tuvo “acceso directo” al dinero. Ahora bien, el “poder masculino” opera por medio del control del dinero pero no se circunscribe sólo a ello. Su posesión está asociada además a la “masculinidad, en una cultura donde el rol del hombre es mantener a la mujer” (p. 189). Ligado a ello, Federici (2004) señala que del mismo modo en que “los señores que dominaban en las plantaciones tenían a los supervisores que controlaban el trabajo de los empleados, se puede decir que los hombres controlan a las mujeres a través del patriarcado del salario” (2004:45).

#### **4.2 “No tan duro, pero así sí”: la diferenciación del modo de participación de niños/as en actividades productivas desde su propia perspectiva**

Juan también me contó cómo era trabajar cuando vivían con su padre y cómo es ahora. No se sumó al relato de su madre en la conversación grupal a la que corresponde el fragmento citado, sino que hablé con él en un momento que quedamos solos cuando volvíamos del *pedral*. Estábamos caminando hacia a su casa junto con su hermano Carlos, su hermana Ximena (5 años) y Abel, y me ofrecí a llevar la mochila que tenía puesta Carlos porque estaba muy pesada, llena de las piedras que habían conseguido sacar de los pozos. “Estoy acostumbrado”, me respondió bajando la cabeza y comenzó a caminar un poco más rápido hasta adelantarse y quedar unos metros alejado del resto. En ese momento, Juan y yo quedamos atrás de todos y él me empezó a contar “cómo era antes”, es decir, cuando vivían con su padre: “teníamos que cargar carros mucho más pesados y no podíamos volver a casa hasta terminar, y si no vendíamos todo ponía nuestra bici en venta”. Cuando él “se fue”, todos continuaron con la venta de piedras pero ya no más “obligados”, ya “no tan *duro*”.

La caracterización que hizo Juan acerca del pasado de su familia y de las evidentes relaciones de explotación a las que estaban expuestos sus hermanos y su madre a través de la expresión “no tan *duro*”, nuclea varios aspectos que conviene desarrollar en detalle. Por un lado, él marca una distinción fundamental entre dos formas de hacer la misma actividad laboral, venta de piedras semipreciosas, que se explica según el contexto: una forma “dura”, que implicaba la explotación (así como amenazas y castigos de diversa índole,

incluyendo el físico) por parte de un adulto y una forma a la que se refirió con la expresión “así sí”, que implica la posibilidad de elegir si hacerlo –cómo, cuándo- o no. Por otro lado, da cuenta de su carácter reflexivo en tanto que pondera, en sus propios términos y palabras, el trabajo del pasado como un padecimiento. Lejos de naturalizar los riesgos de ciertas formas de trabajo infantil, Juan lo percibe y lo expresa. Por último, resulta explicativo del por qué antes debían trabajar todos sus hermanos y en la actualidad hay posibilidad de elegir si hacerlo o no. En otras palabras, “así sí” es lo que hace que Juan elija continuar vendiendo piedras regularmente y que Carlos no lo haga porque “no le gusta”.

Detenerse a desmenuzar qué significa “no tan *duro*” nos coloca frente a dos cuestiones centrales para una investigación etnográfica sobre y con niños. En primer lugar, que la incorporación de la perspectiva de los niños contribuye a iluminar el objeto de estudio e incluso puede hacer que “emerja una realidad que se distancia y, a veces, desafía la visión convencional establecida” (Milstein, 2006:51). Juan da cuenta de ello a través de una interpretación propia (Ridge, 2002) de su experiencia, pasada y presente, que es expuesta en un momento muy particular: cuando quedamos momentáneamente solos y por fuera del relato de una adulta, su madre. En este sentido la figura de Juan refuerza el planteo que la antropología de la niñez viene sosteniendo hace décadas acerca del carácter de interlocutores válidos que tienen los niños en las investigaciones (Milstein, 2006; Szulc, 2006; Pires, 2010). En segundo lugar, pone de relieve la capacidad de agencia infantil, frecuentemente invisibilizada y sobre todo cuando se abordan temas como la participación de niños en actividades productivas. “Así sí” da cuenta de una forma de participación económica en la que no hay pérdida de autonomía (Llobet, 2017), lo que no implica que bajo esta nueva configuración familiar -que habilita la autonomía de los niños- no haya nuevos condicionantes hacia la misma. Así, la autonomía infantil no se da en un vacío sino que, en este caso, tiene como condición previa una figura de adulta responsable que cuida y a su vez establece sus límites.

Una de las regularidades encontradas en diferentes familias fue la centralización del dinero (en particular se hace referencia a aquel obtenido por los niños en la venta de piedras) por parte de un adulto, la madre (sobre todo), el padre o adulto responsable que estuviera a cargo de la crianza del niño, como por ejemplo una tía, abuela, vecina etc. Aquí, resulta adecuado seguir la circulación monetaria en tanto estrategia metodológica (Wilkis y Partenio, 2010) porque permite ver cómo se ponen en juego relaciones de poder intergeneracionales: son los adultos hacia quienes se dirige ese dinero y a su vez quienes lo guardan. Tal como advirtió Roig (2009) en su investigación sobre prácticas de ahorro

domésticas en sectores populares urbanos argentinos, el dinero de los hijos es separado para financiar determinados gastos. Y en este acto de marcar ese dinero se refuerza quiénes deciden en qué se gasta. Además, por ser la madre -en la mayoría de los casos- la que guarda el dinero obtenido por los niños cabe afirmar que este circuito monetario da cuenta de la existencia de responsabilidades generalizadas en la organización de la economía doméstica.

Volviendo a Juan, aunque él elige vender piedras a contraturno de la escuela y durante los fines de semana porque no le gusta “vagar, estar al pedo”, eso no equivale a que tenga control total sobre el dinero que gana. En más de una ocasión le pidió a Romina algo de dinero para ir al kiosco a comprar alguna golosina y ella le dio. Pero en varias oportunidades, como la que se recupera a continuación, se lo negó aunque se tratara del dinero que él mismo había obtenido por vender piedras.

Una mañana, Romina le dijo a Juan que fuera a la casa de una vecina a buscar algo para la fiebre porque Ximena estaba muy calentita. Cuando volvió con un jarabe, Juan le pidió plata para ir a comprar algo en el kiosco. Romina le respondió que no tenía, pues con los 300 pesos que había hecho [Juan] ayer, ella compró harina y jabón. Y además no quiere que compre en ese kiosco para no deberle más plata a ése. Se refería al vendedor, con quien ya tenían una deuda de 175 pesos que según Romina era una cifra muy dudosa (Nota de campo, 19/8/2016).

Juan y su familia no constituyen un caso aislado. Siguiendo el planteo de Fonseca (1999c), la perspectiva antropológica procura comprender el aspecto social de comportamientos que tienen lugar en grupos particulares. A través de un estudio etnográfico sobre circulación de niños en grupos populares de Porto Alegre (Brasil), la autora ilustra cómo los datos empíricos resultantes del trabajo de campo permiten formular hipótesis generales pasibles de ser contrastadas en otros contextos. En esta clave se procura mostrar que además del caso de la familia de Juan, muchas otras familias “del puerto”<sup>121</sup> presentan en común –tal como fue anticipado- ciertas lógicas y prácticas. Concretamente, se hace alusión a las diversas tareas productivas (tengan o no ganancia monetaria) que son llevadas a cabo por niños y adolescentes que permiten la reproducción familiar. Pero también a las rupturas que se generan en los vínculos familiares cuando estas actividades no son realizadas.

#### **4.3 “No le vamos a abrir las puertas de casa”: el valor moral de “hacer algo”**

El trabajo relacional no solamente mantiene o reformula lazos sociales sino que puede

---

<sup>121</sup> Forma local de denominar a los habitantes del Puerto de Wanda.

marcar también su “finalización” (Zelizer, 2009:58). El caso de la familia de Isabela da cuenta de los efectos que se generan cuando sus hijos no cumplen con determinadas tareas reproductivas que, como veremos, constituyen obligaciones esperadas.

Conocí a Isabela (36 años) por medio de su hijo Francisco (14 años), con quien conversé por primera vez en un micro que iba desde Puerto Iguazú a Wanda. Era un día de semana de temporada alta (Semana Santa) y él volvía a su casa luego de una jornada de venta de piedras en el centro de Iguazú, donde circulan los turistas nacionales e internacionales que visitan las Cataratas del Iguazú. Comenzamos a hablar porque él estaba esperando el mismo *cole*<sup>122</sup> que yo, el de las 22:30 hs., junto a un niño (Julián) que yo conocía de anteriores viajes al campo y casualmente ambos eran vecinos. Me contó que en temporada alta va mucho más seguido a Iguazú porque “se vende más que en Wanda” y quedamos en que pasaría a conocer a su familia los próximos días. Por la descripción que hizo de dónde se localizaba su casa ubiqué que era cerca de una familia con la que había tenido contacto años anteriores pero dejé de visitarlos porque me sentí amenazada<sup>123</sup> por la vuelta del ex marido (quien tenía una denuncia por violencia doméstica hacia su esposa y sus hijas y una orden de restricción perimetral) la última vez que fui. Le pregunté si su casa estaba cerca de lo de Fátima, una de las niñas, y me respondió, bajando la cabeza y con tono de preocupación:

Sí, es mi vecina pero en el barrio nadie quiere a los padres de ella porque son muy malos. Están todo el día tomando y no se ocupan de las hijas, no les importa, pobrecitas. La de trece años ya está embarazada (Nota de campo, 18/4/2016).

En la casa de Isabela y Raúl (su marido) viven 3 de sus 5 hijos (Diego -17 años-, Denise -15 años-, Francisco -14 años-, Nicolás -11 años- y Lucio -22 años).

---

<sup>122</sup> Forma local de denominar los ómnibus, en este caso el que va a Posadas (desde y hacia) y tiene paradas intermedias, entre ellas Puerto Wanda, Puerto Libertad, Puerto Esperanza, etc.

<sup>123</sup> Conocí a Mari y sus hijas en el año 2014. Las vi a las tres juntas vendiendo piedras y una vez que me acerqué a hablarles fuimos hacia su casa a tomar unos mates. En esa oportunidad me contó que estaba pasando un momento muy difícil (económico y emocional) porque se había separado de su marido, quien les pegaba “duro” a ella y sus hijas. Razón por la cual lo denunció y él, Federico, recibió una orden de restricción perimetral que hasta el momento cumplía. Al año siguiente volví a visitarlas y estaba él en la casa. La conversación que mantuve con ellos fue casi toda con él y negó todo lo que yo había visto, por ejemplo que sus hijas vendían piedras, entre otras cosas. Mari no habló, solamente asentía incómoda cada cosa que él decía y sus hijas tampoco hablaron. A los pocos días lo vi frente al lugar donde yo me alojaba y, sumado a algunos comentarios de sus vecinos, “es malo”, y de las promotoras de salud de centro de salud, decidí no volver a verlos.

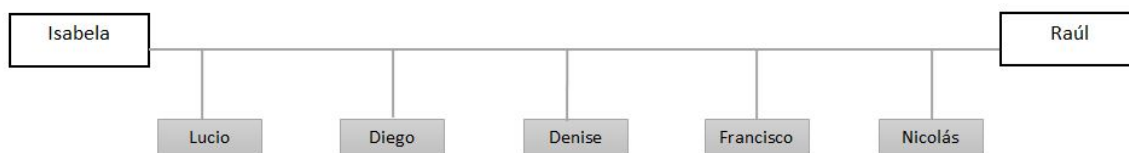


Gráfico n° 7. Esquema de parentesco de la unidad doméstica de Isabela y Raúl.

Isabela se dedica a la venta de piedras desde que Raúl tuvo un accidente (lo atropelló un auto en el mes de Julio del año 2011) que le provocó paraplejía. Hasta ese momento, Isabela cuidaba a sus hijos y Raúl trabajaba como empleado de un restaurante, aunque hacía diversas tareas para la familia del dueño:

Yo era un multicarga. Estaba todo el día en el restaurant pero hacía todo tipo de trabajos: le daba de comer a las gallinas, a los perros, limpiaba la pileta, pintaba la casa. Todo lo hacía por un plato de comida y vivienda, yo no salía ni veía plata (Entrevista, 21/4/2016).

Con el accidente, y la “falta de ayuda del patrón, que ni para pagar los medicamentos apareció”, Isabel cuenta que ella y sus hijos se vieron “obligados por las circunstancias” a salir a vender. Sobre las características de la inserción de Isabela al trabajo remunerado se hará un análisis en detalle en el Capítulo 4. Aquí se mencionarán específicamente los efectos que ese accidente tuvo sobre la organización de la economía doméstica y el modo en que fueron ponderados y evaluados determinados actos de integrantes de la familia. En este punto, el concepto de capital moral<sup>124</sup> resulta una buena lente para ver cómo opera el reconocimiento hacia quienes “hicieron algo” en un momento de extrema carencia y cómo fueron juzgados a quienes “no se pusieron las pilas”. A propósito del concepto de capital moral, Wilkis (2015) sostiene que:

<sup>124</sup> Wilkis considera que la noción de capital moral resulta más útil que la de economía moral y la distingue de ella a través de cuatro argumentos principales: “E. P. Thompson contrapone la economía paternalista y economía mercantil en relación con la presencia o ausencia de valores morales en cada una de ellas y contraponiéndose a partir de esta diferencia. El concepto de capital moral trata de ser flexible para no quedar enrolado en una Gran División (Duffy y Weber, 2007) entre economías morales y no morales, tradicionales y modernas, precapitalistas y capitalistas. El segundo punto, E. P. Thompson trabaja el concepto ubicando a la “multitud” como un bloque homogéneo enfrentado a los poderosos, pero no permite los clivajes internos o los procesos de diferenciación. Prevalece en él la noción de “consenso”, mientras que el de capital moral prevalece el de competencia e incluso conflicto. La noción de capital moral permite explorar el mundo moral de los dominados buscando diferencias, antagonismos, competencias y jerarquizaciones. La noción de economía moral implica un set de valores compactos que obstaculizan la comprensión de las presiones hacia el antagonismo moral entre las clases populares. implica un set de valores compactos que obstaculizan la comprensión de las presiones hacia el antagonismo moral entre las clases populares. El tercer punto la noción de economía moral no es una categoría procesual. Impide observar las temporalidades o los ciclos que sí ayuda a analizar la idea de acumulación o desacumulación de capital moral. El cuarto punto, ¿qué realidades económicas describen Thompson y Scott con el concepto de economía moral? Situaciones de subsistencia. En cambio, el concepto de capital moral no necesariamente tiene que ser usado en ese marco. Ni en economía de escasez ni en relaciones económicas. En este punto se asemeja a la crítica que propone el nuevo uso del concepto dado por Didier Fassin (2009), quien subraya la necesidad de desconectar la economía moral de la economía.” (Wilki, 2014:174- 175).



Las personas miden, comparan y evalúan todo el tiempo sus virtudes morales. Poseer capital moral es ser reconocido a través de estas virtudes. Por ejemplo, el cumplimiento de obligaciones puede ser una fuente de estos reconocimientos (Mauss, 1971). El concepto de capital moral identifica este tipo de reconocimiento y sus efectos para jerarquizar a las personas en relación con los beneficios de un orden social. Por lo tanto, la acumulación de capital moral es una vía para acceder a recursos y poder. El concepto de capital moral también recoge la exigencia de analizar las disputas de significados morales sobre las personas y sus acciones en marcos contextuales específicos. El capital moral remite a los esquemas de percepción y apreciación que reconocen propiedades pertinentes como virtudes. Los usos sociales de los juicios y evaluaciones morales sacan de la indiferencia moral a las personas y sus actos para ponderarlos y valorizarlos. La acumulación de capital moral está ligada a la competencia por imponer esos esquemas de apreciación y evaluación; los desacuerdos y controversias sobre las virtudes valoradas en cada contexto son expresiones de esta dinámica conflictiva. (Wilkis, 2015:560)

Este concepto permitirá, así, adentrarse en las evaluaciones morales que se hicieron sobre sucesos, acciones y personas en el contexto familiar mencionado. Isabela me contó que en ese momento de angustia y de no tener “ni para comprar un pan dulce en Navidad” (porque la plata que ganaba limpiando casas ajenas no alcanzaba, \$150 por día), su hermana le propuso que la acompañe a vender piedras a Iguazú. Fueron juntas un día y ganó \$300 pesos vendiendo las piedras que habían sacado Isabela, su hermana y Diego (que en ese entonces tenía 12 años). “¿Por qué no probás y empezás a vender?, me dijo mi hermana. Y ahí probé y fui la primera vez con la *wayna*<sup>125</sup> y con Diego, y después la segunda vez y así hasta que hice mi puestito acá en la calle” (Entrevista, 21/4/2016). La figura de Diego fue destacada por Isabela, en relación con el resto de sus hijos, porque “siempre quiso ayudar” (cuestión que él mismo me lo dijo a mí y en los mismos términos). “Él era un pendejito y tuvo que hacerse responsable por su familia y salir a trabajar” (Entrevista, 21/4/2016). Si bien Nicolás y Francisco también salían a vender con ella, en el relato de sus Isabela y Raúl hay una diferencia trazada con relación a Diego: mientras que a los primeros “les encantaba salir” (y además tenían menos de 8 años), para Diego implicó una decisión propia que lo hizo “crecer de golpe”. En este mismo sentido Isabela interpreta el hecho de que su única hija mujer (Denise) haya comenzado a cuidar de su propio padre: “La *wayna* tuvo que cuidar al papá en vez de él cuidarla a ella, como sería lo lógico” (Entrevista, 21/4/2016). Cuando salieron de esa situación económica tan crítica, sin embargo, todos siguieron trabajando y, quienes reciben una remuneración por ello, aportando una parte del dinero para gastos comunes. Por ejemplo, actualmente Diego aporta \$300 pesos mensuales para el pago de la televisión por cable, con la plata que gana Federico este año compró “roperitos y sillas” y con el *salario*, mientras tanto, se compra la

---

<sup>125</sup> A las niñas se les suele decir la *wayna* o *waynita*.

comida y cosas para la escuela. Si están “apretados”, la compra de mercadería se hace con el dinero de la venta de arbolitos. Y aunque Nahuel ya no vende más porque “no le gusta”, continúa, al menos

Él lava su ropa, sus zapatillas, limpia la casa, su cama y tiene su ropero bien prolijito. Le gusta ver todo en orden, los otros no. Por ejemplo Diego y Francisco dejan todo desordenado y yo tengo que arreglar. Y con el más grande tengo que pelearme hasta que se bañe. (Entrevista, 27/4/2016).

La primera vez que se mencionó al hijo mayor fue de este modo y en el marco de la segunda entrevista que mantuve con Isabela. Lucio fue presentado por oposición a sus hermanos y básicamente en términos de lo que no hace. Cuando supe de su existencia, comencé a preguntar más sobre él y las respuestas en un principio fueron bastante evasivas o con un grado de generalidad tal que no terminaba de entender, por ejemplo, si vivía con la familia en esa casa o no. Luego, Isabela se largó a hablar sin parar mientras Francisco y yo, y por momentos Nicolás cuando se sumaba a la charla de a ratitos, escuchábamos.

Y bueno Lucio no vive acá, él se casó hace unos años y se fue a Andresito a trabajar en la *tarefa*. Pero a veces vuelve, y vos lo ves que nada más tiene puesto un shortcito. Él viene cuando está mal, a veces vende las zapatillas que yo le compro para poder tomar. Pero cuando está sano y gordito se va. Yo no sé dónde se va, si a Andresito, si se va a Iguazú... Uno siempre como padre les tiene lástima a los hijos pero no le gusta trabajar y le dijimos que es la última oportunidad que le demos un lugar acá en casa. Le dijimos que si no se pone las pilas, si no trabaja, si no junta plata para comprarse sus cosas no le vamos a abrir más las puertas porque él ya es un hombre... Uno se cansa de insistir y que la persona nunca cambie. Es dolorido no abrirle las puertas a un hijo pero no se quiere bañar, no arregla su cama, no se arregla. Y si él y su novia, que es una pendejita de 14, quieren que yo les dé de comer, que ayuden en la casa por lo menos. Que plante una verdura ahí atrás, que lave unas piedras para mí, que barra. Algo hay que hacer. A veces parece una criatura aunque sea el mayor. Pero gracias a Dios Diego y los otros son re diferentes (E5, 27/4/2016).

Aquí aparecen varias cuestiones vinculadas al aporte económico de la participación de los niños en actividades productivas en el contexto familiar así como a los conflictos que se presentan cuando aquello que se espera de otros/as no solamente no acontece sino que opera como un límite de determinados vínculos. El final de la cita marca un reconocimiento de Isabela a algunos de sus hijos a través de sus virtudes, que son singulares y diversas: en el caso de Francisco es vender y hacer arbolitos junto con ella, en el caso de Diego es haber vendido en pos de ayudarla en un momento crítico, en el caso de Nicolás es limpiar y ordenar y en el caso de Denise fue cuidar a su padre. En otras palabras, ellos poseen capital moral porque son reconocidos a través de virtudes propias. Sin embargo, y por oposición, Lucio no es reconocido precisamente porque no cumple esas obligaciones esperadas. A tal punto que no ajustarse a ellas implica, además del no

reconocimiento, la imposibilidad de volver a esa casa.

Asimismo, según este relato lo que se espera tiene marcas etarias y de género. Por un lado, la frustración vinculada a que Lucio “no haga nada” parece incrementada porque se trata del hermano “mayor”. En consonancia con los hallazgos de otras investigaciones de la provincia de Misiones que estudiaron el aporte de los hijos e hijas a las estrategias de vida familiar (Schiavoni, 2003), las tareas que realizan los niños se van especializando a medida que crecen y comienzan a ser valoradas diferencialmente, como las de los adultos. Desde esta óptica se explica también la diferenciación por género mencionada antes. Al momento del accidente de Raúl, quien se encargó de cuidarlo fue la única hija mujer. En ese sentido, resulta pertinente el señalamiento de Schiavoni (2003) a propósito de cómo la división del trabajo al interior de las familias con niñas y niños reproduce la división sexual del trabajo predominante en las generaciones de adultos. Más aún, esta división se fundamenta en parte en una supuesta “naturaleza femenina” que supone a la mujer como cuidadora ideal y siempre confinada a la esfera doméstica y privada<sup>126</sup> (Nari, 2004).

## **5. Algunas consideraciones sobre la lógica del don en las relaciones familiares locales**

Los casos expuestos dan cuenta de cómo la participación infantil en actividades productivas está inmersa en lógicas y relaciones que dotan de sentido y valor no solamente a niñas y niños sino a todas las personas y las acciones. De acuerdo a cada contexto se estipulan comportamientos esperables y su incumplimiento puede marcar, en su caso más extremo, el fin del propio vínculo familiar. Asimismo, estos casos dan pistas sobre modos de organización y dinámicas familiares que no se ajustan a lo que se espera socialmente de “la” familia. En el caso particular de los/as niños/as, por ejemplo, no solamente no es esperable que trabajen sino que es visto como inadecuado y como algo que precisa ser modificado, “direccionado”. En efecto, el modelo hegemónico de familia heteronormativa<sup>127</sup> o familia nuclear arquetípica<sup>128</sup> ha sido idealizado como modelo normal por las instituciones educativas, de salud y políticas sociales en general. La familia

---

<sup>126</sup> Retomaré este tema en el Capítulo 4.

<sup>127</sup> Se alude a un tipo de familia y pareja que distingue sujetos y responsabilidades asentándose en un modelo heteronormativo que “presupone la heterosexualidad como pauta común y extendida (Lind and Share, 2003), y en América Latina se encontró en la base de la creación de los estados nacionales (Pecheny y de la Dehesa, 2010)”. (Faur, 2018:48-49)

<sup>128</sup> Jelin se refiere al modelo hegemónico que se ha construido en la historia social de Occidente en particular.

nuclear y neolocal “de mamá, papá y los hijos e hijas se combina con una fuerte ideología familista, en la cual la consanguinidad y el parentesco han sido criterios básicos para definir las responsabilidades y obligaciones hacia los/as otros/as.” (Jelin, 2012:67). Más específicamente, marca expectativas para varones y mujeres (considerando a los primeros como “jefes de familia” que trabajan fuera de la casa y las segundas como responsables de lo doméstico) así como diferencias por edad (catalogando a niños y ancianos como seres “dependientes”). En suma, este tipo de familia se “trata de una organización social patriarcal” (Jelin, 2010:23).

A través de las notas de campo queda en evidencia que no solamente las familias “del puerto” no encajan fácilmente en este modelo arquetípico sino que además pueden observarse algunas características comunes entre ellas. En primer lugar, pueden distinguirse por el “carácter familiar de la organización de la producción” (Ringuelet, Schiavoni y Jaume, 2014). Dada esta especificidad, y teniendo en cuenta la impronta hegemónica que acarrea el concepto de familia, el concepto de unidad doméstica explica mejor ese carácter familiar. González de la Rocha<sup>129</sup> lo define como un “grupo de gente que vive bajo el mismo techo, organiza sus recursos colectivamente y pone en acción estrategias de generación de ingresos y actividades de consumo” (1986:16). En este sentido, sostiene, debe considerarse un “concepto de ingreso familiar amplio, cuyas fuentes son múltiples, tanto porque pueden involucrar a más de un miembro de la familia como porque pueden originarse en un conjunto de actividades que no se limita necesariamente a las remuneradas: a) los salarios por trabajo en empresas; b) los bienes consumibles producidos en el hogar (o actividades de subsistencia); c) el ingreso por la venta de bienes en el mercado (producción para el comercio callejero); d) la renta por el uso de tierra, animales, etcétera; e) los regalos, subsidios recibidos sin un intercambio recíproco inmediato” (González de la Rocha, 1986 *apud* Acosta, 2003:29).

No obstante, este tipo de organización colectiva no se agota en su dimensión económica. Las relaciones interpersonales en las unidades domésticas no están dominadas por un cálculo económico sino que se rigen por medio de la lógica del don<sup>130</sup> (Mauss, 1979). Como señaló Fonseca (2005), quien también prefirió optar por otras expresiones no

---

<sup>129</sup> La autora describe en particular la dinámica de organización interna de unidades domésticas obreras urbanas de Guadalajara (México) en contextos de condicionamientos o restricciones a las mimas por parte del mercado de trabajo.

<sup>130</sup> Al donar algo a un otro se establece una relación de solidaridad pero también de superioridad o deuda (Godelier, 1996) pues la persona que recibe se ve obligada a re-donar (sea algo material o simbólico), de modo que así se van produciendo y reproduciendo ciertas relaciones sociales.

tan restrictivas e idealizadas como familia, en los grupos populares brasileros las dinámicas familiares están marcadas por lazos entre personas que reconocen derechos y obligaciones mutuas. Es decir, implican relaciones de reciprocidad que, contrariamente a las relaciones contractuales, suponen un retorno a largo plazo por aquello que fue dado originalmente.

Siguiendo el planteo de la economía del don de Mauss Schiavoni (2001) caracterizó a las explotaciones agrícolas de la frontera agraria de Misiones. Según la autora, las obligaciones familiares “ponen en juego un formato que, si bien incluye la explicitación de intereses económicos en la familia, se mantiene dentro de la economía del don, explicando la preferencia por las transacciones entre amigos y parientes” (Schiavoni, 2001:19).

Ahora bien, como se desprende del análisis de los casos expuestos en el presente capítulo, estos vínculos familiares no siempre persiguen un mismo interés ni están exentos de conflictos y relaciones de poder. Este aspecto es recuperado por González de la Rocha cuando define a la unidad doméstica como

Unidad contradictoria que incluye el afecto y la solidaridad, junto con el conflicto y las relaciones de poder. Tampoco (...) puede ser considerada como una entidad homogénea igualitaria, en relación con la asignación de responsabilidades y la distribución de los recursos entre los diferentes miembros que la componen, pues en su organización interna prevalece una estructura jerárquica en la que la edad y el género determinan quien ejerce el poder y el control sobre los recursos familiares y quien debe subordinarse a ese poder (González de la Rocha, 1986 *apud* Acosta, 2003:29).

Por último, cuando se hace referencia a unidades domésticas no debe suponerse que se trata de un grupo unido solamente por vínculos consanguíneos sino que también hay relaciones marcadas por una identificación común con, a modo de ejemplo, actividades comunes como compartir el cuidado de una persona. Es por ello que, siguiendo este ejemplo, puede haber hijos de abuelos (parafraseando a Mastrángelo 2011) en tanto las actitudes de una y otra parte “respondan al uso social que siguen en el comportamiento recíproco las personas emparentadas con ese vínculo” (Mastrangelo, 2001:23).

## **6. Palabras finales**

A lo largo del capítulo se ha analizado las diversas formas, sentidos y efectos que asume la participación de niños en actividades productivas en distintos contextos familiares. Se mostró en un primer momento cómo la figura “niño vendedor” simplifica una experiencia de infancia que no se agota en el trabajo de venta de piedras, actividad por medio de la cual son interpelados por el estado local los niños que la realizan. Más aún, se repasaron una serie de supuestos sobre los que se interpreta dicha figura como un problema para el estado

municipal. A través de los relatos de distintos agentes estatales se mostró cómo esos niños emergen como uno de los principales problemas por la visibilidad que adquieren en el ámbito público por antonomasia, las calles. Pero además los relatos dan cuenta de las interpretaciones y valoraciones morales que hay sobre las familias de esos niños. Son los adultos quienes parecen no comprender que “no necesitan” el dinero de la venta de piedras porque tienen otros ingresos que, si son bien administrados, debieran alcanzar para satisfacer sus necesidades básicas. Considerando esto, la única política pública vigente destinada a erradicar el trabajo infantil en la venta de piedras se orientaba no solamente a brindar distinto tipo de talleres para que los niños hagan otras cosas que no sean vender a contraturno de la escuela sino a regular<sup>131</sup> comportamientos de sus madres y padres. Desde este enfoque se entiende que los talleres protegen el derecho al juego, que es lo que se espera que hagan los niños, en este sentido se ofrecen exactamente en el momento en que estarían vendiendo. Sin embargo, los fragmentos de las notas de campo muestran que el juego no está separado de la venta sino que sucede simultáneamente, como también fue señalado por la investigación de Mastrangelo (2006, 2015). O bien porque en ese tiempo que no pasan turistas se arman juegos colectivos específicos entre niños, como el de la bicicleta, o bien porque el acto de vender es algunas veces un juego, como cuando piden galletitas a los turistas a modo de provocación y no por hambre. Es decir, en la práctica los “mundos hostiles” (Zelizer, 2009) se articulan.

Asimismo, a través del análisis de la circulación monetaria al interior de las unidades domésticas se observó que hay una lógica de organización económica, en la que incluso hay dinero marcado para la compra de determinados productos o pago de ciertos servicios. El dinero ganado por la venta de piedras se destina para “darse un gusto” y comprar alimentos poco habituales como una prepizza, o bien para la compra de muebles. Aunque en casos en los que se está “apretado” puede usarse para la compra de mercadería. Así pues, hay una clase de dinero (Zelizer, 2011) distinguido por género y edad destinado a cosas específicas.

Pero a la vez se evocaron notas de campo que no se destacan nada más que por su capacidad de recusar lo que la identidad del niño vendedor supone. No solamente hay

---

<sup>131</sup> El taller propuesto para “direccionar” a madres y padres de los niños constituye un modo de regulación estatal sobre su propia conducta (Rose, 1999). Precisamente porque consiste en brindar herramientas para que ellos mismos manejen mejor la economía doméstica es un ejemplo de gobierno que se realiza por medio de la activación de compromisos individuales y que concibe al “sujeto como un agente activo y responsable en el aseguramiento de la propia seguridad y de la de quienes están o deberían estar afiliados” (Rose, 2007:123).

juego mientras se vende ni es todo armonía en los vínculos familiares y en particular en su organización económica. Las “familias del puerto” no deben ser homogeneizadas ni romantizadas porque eso sería hacer la misma operación simplificadora que plantea el estado pero a la inversa. En este sentido, observar la participación de los niños en actividades productivas en el marco de un trabajo relacional que refuerza, sostiene, transforma o bien plantea límites a los lazos de intimidad permitió comprender que los niños que “hacen algo” acumulan un capital moral y quienes no pueden perder el reconocimiento de otros/as. Hacer algo excede la venta de piedras e incluso al dinero precisamente porque aquello que es valorado como una virtud no se restringe a la esfera económica sino que es ponderado “sobre todo en virtud de valores morales y el trabajo emocional, implica el esfuerzo relacional de la producción de experiencia infantil y a su vez, su vinculación con la producción de las relaciones familiares” (Llobet, 2017:12).

Ahora bien, considerando el carácter contradictorio de las unidades domésticas, en tanto articulan relaciones de solidaridad pero también de poder, puede advertirse cómo el carácter colectivo de la economía y el ingreso destinado a gastos comunes no obsta a que haya relaciones jerárquicas. En el caso específico de las relaciones de poder intergeneracionales, son sobre todo las madres quienes guardan el dinero y quienes deciden en qué se gasta, incluso el dinero ganado por los niños. Y si eso no coincide con la voluntad del niño, como sucedió con Juan cuando quiso ir a comprar algo al kiosco, en todo caso se producen negociaciones. En los casos más extremos se ha dado cuenta también de cuando no hay margen para la negociación. La configuración familiar anterior de Romina y sus hijos estuvo signada por relaciones de explotación y violencia de género que imprimían un circuito muy particular en la circulación del dinero así como en la modalidad de trabajo para todos los integrantes de la unidad doméstica. Había que trabajar incluso bajo el sol caliente hasta “vender todo” y lo que se ganaba iba para la compra de repuestos del auto de la ex pareja de Romina. Sobre este momento particular de la vida de sus hijos Juan dio brindo su propia interpretación (Ridge, 2002), en sus propios términos, demostrando su carácter reflexivo no solamente sobre la modalidad de trabajo diferente en un caso y otro (cómo era hacerlo cuando vivía con su papá y cómo es ahora) sino sobre los vínculos familiares en general. El caso de Diego también da cuenta no solamente del carácter reflexivo de los niños sino también de su capacidad para desplegar estrategias que se orientan a enfrentar situaciones vinculadas a la pobreza (Ridge, 2002). El querer ayudar en un momento donde su familia no tenía nada va en ese sentido.

Para sintetizar y finalizar, la tesis del capítulo sostiene que en estas economías domésticas caracterizadas por la lógica del don, la participación de niños en actividades productivas no son ponderadas sólo por el dinero que aportan sino sobre todo por su valor moral y emocional. Es por ello que las explicaciones economicistas o culturalistas (“son así”) por sí mismas no permiten dar cuenta de estos universos estudiados. Apelar a las razones culturales esencializa comportamientos y, por ello, no resulta eficaz para ver las tramas relacionales cambiantes de las cuales los niños son parte. Allí se ponen en juego no solamente cuestiones “culturales” sino también económicas, valores morales particulares y obligaciones esperables.

Tanto los niños como sus familias portan categorías de clasificación que son actualizadas en relaciones sociales particulares. Sostenemos que estos niños no pierden la infancia por trabajar sino que producen una experiencia de infancia particular en el marco de estas redes de reciprocidad que marcan qué se espera de ellos. Es por ello que otro aspecto que se desprende del análisis del capítulo y contribuye a profundizar su idea central es que nunca se termina de configurar la identidad del niño vendedor en el contexto de estudio porque en la experiencia de esos niños la venta se articula constantemente con otras actividades: juego, pedir comida, interrumpir la venta porque pasó algún vecino, etc. En todo caso, es más acertado decir que son vendedores en momentos muy específicos, por lo que cabe incluirlos entre las relaciones laborales no clásicas (De la Garza Toledo, 2009) entendiendo que éstas incluyen elementos relacionales y también emocionales tanto al interior de las unidades domésticas como con relación a los turistas y en las interacciones con agentes estatales. En este punto resulta particularmente esclarecedor el planteo de Campoamor (2016), quien propone el término de “trabajadores afectivos” para apuntar que los niños vendedores producen a la vez valor monetario y moral tanto en las relaciones emocionales de intercambio establecidas en las calles de Lima con turistas como en relaciones de cuidado en sus hogares. Así, trabajo afectivo permite trascender el reduccionismo de las categorizaciones dominantes sobre trabajo infantil en tanto permite elucidar las formas en que se imbrican trabajos en ámbitos públicos y privados en el marco del sistema capitalista.

Un concepto ampliado de trabajo (De la Garza Toledo, 2009; Neffa, 2001; Tilly y Tilly, 1998 *apud* Zelizer, 2015) da cuenta más acabadamente de las diversas formas de participación de niños en actividades productivas. Esto implica trascender al entendimiento del trabajo en términos mercantiles, asociado al salario y restringido a espacios clásicamente laborales como fábricas y ver que hay formas de producción de valor en



relaciones no necesariamente mercantiles. Si se entiende al trabajo como un esfuerzo que produce valor de uso transferible (Tilly y Tilly, 1998 *apud* Zelizer, 2015), sean esfuerzos que produzcan bienes y servicios transferibles o esfuerzos que suman al capital existente - físico, financiero, humano, social y cultural- se puede afirmar que los niños “del puerto” contribuyen a acrecentar ambas dimensiones.

Así, los límites que plantea la figura del niño vendedor se comprenden mejor si se considera que no se trata, ni en el caso de ellos ni sus madres, padres o adultos cuidadores, de trabajadores clásicos (en el sentido de identidad estructural otorgada por el trabajo clásico) sino más bien de sujetos laborales ampliados que ponen en tensión las definiciones “duras” y/o hegemónicas de infancia, familia, trabajo e identidad. En tal sentido, analizar las experiencias de los actores en el territorio, tanto en el presente como en la densidad histórica que es acarreada por lo intergeneracional y la memoria biográfica, será sustantivo para poder avanzar en la comprensión de los sentidos del trabajo y la producción de infancia trabajadora en el contexto misionero. A ello me abocaré en el próximo capítulo.

## Capítulo 3

### **“Así nos enseñaron y así crecimos, trabajando”. Experiencias de infancia y trabajo a través de las generaciones**



Foto n° 8. José

En este capítulo se analizan las dimensiones etarias y generacionales en la producción de experiencias de infancias rurales. A través de la indagación sobre las memorias de esas experiencias de infancia rural, se busca dar cuenta de la conexión entre el aspecto subjetivo y autobiográfico con procesos más amplios entre los que se incluye la transformación del espacio social agrario -fundamentalmente la concentración de la propiedad de la tierra- del norte de Misiones (Baranger, 2008).

Colocar la mirada en las generaciones supone una pregunta por las continuidades y transformaciones, de aquellos fenómenos particulares que serán analizados, a través del tiempo. Así, este capítulo asume el desafío de pensar la infancia en plural (Cosse, 2012) en el marco de experiencias de una misma clase social que, no obstante, presenta especificidades vinculadas a las generaciones, los géneros y a procesos sociales más

amplios que influyen en las formas y sentidos de la participación infantil en actividades productivas. Se procura contribuir a restituir el carácter histórico y diverso (Remorini, 2013) de las etapas de la vida y pautas de crianza, así como visibilizar el carácter activo de los niños en las relaciones sociales con el ambiente, con adultos y con otros niños (Cohn, 2005).

## **1. Memorias de experiencias infantiles**

Las memorias de experiencias infantiles en distintas generaciones son recuperadas aquí para indagar la relación entre infancia, trabajo y subalternidad en un ambiente rural. Al hablar de generaciones no se hace referencia a tipos ideales representantes de una cohorte definida por año de nacimiento. Entendida así, produce un efecto homogeneizante que subsumiría en la categoría generación otro tipo de clivajes relevantes tales como género, el parentesco, la clase y el ambiente. Es por ello que si bien la edad será incluida como una variable de las generaciones que se abordarán en este capítulo, ésta no sustituirá otros componentes como los anteriormente mencionados.

Mannheim (1991) resulta un autor ineludible si se habla de este tema pues especificó las limitaciones del uso de la categoría generacional desde los enfoques biologicistas y romántico historicistas. Centralmente por el determinismo etario que suponen, es decir, por explicar “el dinamismo del acontecer histórico a partir de un único factor” (Seia, 2014:120). Si bien no se profundizará sobre estos aspectos, que están desarrollados en su clásico libro “El problema de las generaciones”, se sintetizará su propuesta teórica para luego especificar el uso que se le dará en los próximos apartados. Desde su perspectiva,

El principio de una nueva generación está marcado por importantes discontinuidades del mundo histórico e institucional dominante del momento. De nuevo, es el tiempo histórico-social con sus ritmos el que se encuentra en el núcleo de la definición de nuevas generaciones e identidades sociales. Más concretamente, son los procesos de cambio los que las producen a ambas. En esta línea, las generaciones son el medio a través del cual dos calendarios distintos —el del curso de la vida y el de la experiencia histórica— se sincronizan. El tiempo biográfico y el tiempo histórico se funden y se transforman mutuamente dando origen a una generación social. (Leccardi y Feixa, 2011:19)

Parafraseando al autor, quienes experimentan los mismos problemas históricos concretos forman parte de una misma generación. Es en este sentido que se usará la categoría, en términos de una experiencia histórica (de clase social y ambiente rural)

compartida por una cohorte. Así, serán incluidos en la primera generación los niños que vendieron piedras cuando tenían entre 7 y 15 años. Este límite etario es establecido en base a datos de campo, pues en ese momento se produce un cambio relevante de pasaje a otra etapa. La segunda generación a la que se hará mención es a la de los padres de esos niños. En este caso hay mucha más variación etaria porque el momento en que estos adultos fueron madres y padres no responde a un criterio fácilmente identificable como en el caso anterior. Sin embargo, en todos los casos se trata de adultos de al menos 50 años de edad y no más de 65 años. En casos puntuales que no correspondan a esa franja etaria se hará la aclaración correspondiente.

La pregunta general que orientó tanto las entrevistas realizadas como los fragmentos de las mismas y notas de campo que serán recuperadas aquí es acerca de los sentidos que tuvo la experiencia de trabajar siendo niños. En este punto, la principal fuente del capítulo son narrativas personales sobre la infancia. Siguiendo a Maynes (2008) estas narrativas proporcionan una herramienta singular en la que se encuentran lo autobiográfico y lo histórico social en tanto que las prácticas individuales se producen en el marco de relaciones sociales, en instituciones y en la historia. De modo que las narrativas sobre la infancia que se retoman aquí serán usadas “no como evidencia directa de la experiencia de los niños, por supuesto, sino como fuentes de información sobre el impacto y los significados de la infancia, y de la infancia como una fase de la construcción de agencia y subjetividad” (Maynes, 2008:119. Mi traducción).

Considerando las definiciones de generación y narrativas de infancia propuestas, la experiencia emerge como un aspecto central en ambas. Si bien la noción de experiencia infantil, específicamente, “remite a un campo de debates no saldados respecto al concepto de experiencia” (Llobet, 2017:10), es posible afirmar que se trata una noción “no reductiva” (McNay, 2004). Pues une las presiones de las influencias externas con los sentimientos subjetivos (Thompson, 1978 *apud* Scott, 1991). Se constituye materialmente pero sin reducirse a ello. La experiencia es elaborada a partir de formas particulares de habitar diferentes posiciones de sujeto (de clase, edad, género, parentesco, etnia, u otras).

Al indagar sobre experiencias de infancia a través de las memorias de sus protagonistas es necesario aclarar qué se entiende por memoria. Lejos de ser una representación transparente de la experiencia del pasado, atraviesa la construcción que los sujetos hacen de su pasado en función de la situación de enunciación, el género discursivo y el interlocutor. Como señala Arfuch: “no hay un ‘sujeto’ o ‘una vida’ que el relato vendría a representar -con la evanescencia y el capricho de la memoria-, sino que ambos -

el sujeto, la vida-, en tanto unidad inteligible, serán un resultado de la narración” (Arfuch, 2013:75). En sintonía con el planteo de Vezzetti (2007), quien sostiene que

(...) no recoge los acontecimientos crudos (eso que Todorov llama “memoria literal”) sino que toma forma en relatos y escenas que condensan un sentido; e incluye valores. Ahora bien, la memoria no es un registro espontáneo del pasado sino que requiere de un marco de recuperación y de sentido en el presente y un horizonte de expectativa hacia el futuro (Vezzetti, 2007:3).

Partiendo de estos posicionamientos teóricos, en las próximas páginas profundizaremos sobre las memorias de experiencias colectivas de infancia y trabajo según distintas generaciones.

## **2. Unidades domésticas revisitadas**

La zona donde se realizó trabajo de campo y las primeras personas con quienes tuve contacto están directamente relacionadas con la etnografía que desarrolló Mastrángelo en Wanda hace más de una década. Buscando establecer un diálogo entre ambas investigaciones (cuyos temas específicos fueron ya desarrollados en el Capítulo 1) orientado a dar cuenta de las continuidades y cambios a través del tiempo así como de los sentidos otorgados por los sujetos a su experiencia infantil relacionada con el trabajo, uno de los objetivos primigenios fue volver a contactar a quienes eran niños vendedores hace diez años atrás. Así, la tarea específica de mi primer viaje a Puerto Wanda fue encontrar a tres familias con las que Mastrangelo (2006; 2015) había coproducido una obra de teatro<sup>132</sup>, en el marco de su investigación sobre forestación y minería artesanal, e indagar sobre las memorias de esa experiencia. Más específicamente, debía localizar a los protagonistas de esa obra, niños que vendían piedras semipreciosas en ese entonces (cuando tenían entre 6 y 12 años) y que al momento de mi llegada, la mayoría, ya tenían 18 años. Así, mi “acceso al campo”, como se llama coloquialmente en antropología a esos primeros vínculos que se forjan con quienes serán los interlocutores de una investigación, se caracterizó por una búsqueda muy delimitada<sup>133</sup>. Explicitar estas cuestiones no apunta a destacar lo anecdótico sino a reflexionar sobre mi particular lugar en el campo, entendido

---

<sup>132</sup> Se trató de una obra que recrea los conflictos del barrio a través de siete personajes, representados por títeres de marote creados junto con niñas y niños (Mastrangelo, 2006).

<sup>133</sup> Las características del proceso de modificación y ampliación del tema de investigación fueron detalladas en el Capítulo 1.

como proceso relacional<sup>134</sup> (Fava, 2014): si bien nunca me habían visto, preguntar sobre esa experiencia compartida con otra antropóloga a quien ambas partes conocíamos me colocó en un lugar de complicidad inmediata con esas personas, a juzgar por el estilo de esas primeras interacciones. A tal punto que nunca me preguntaron quién era yo, qué quería, por qué les hacía preguntas sobre su vida sino que me abrieron las puertas de su casa, me invitaron a pasar, a comer, a volver. Lo cual por un lado era una muestra de confianza y buena predisposición pero a su vez me producía dilemas éticos. No quería entablar conversaciones cuya dinámica -básicamente- era que yo preguntaba cosas sobre su vida, su historia, su lugar, entre otras cosas, sin explicar antes quién era yo, por qué me había acercado a ellos, cuáles eran los objetivos de la investigación y, luego, solicitar su consentimiento<sup>135</sup> para participar o no. Esa preocupación me llevó a aclarar eso<sup>136</sup> una y otra vez, incluso de maneras muy forzadas sobre todo cuando contactaba a alguien por primera vez. Cabe señalar que, excepto pocos casos puntuales<sup>137</sup>, esta predisposición para hablar sobre temas de historia familiar y experiencias de infancia y trabajo se encontró en las unidades domésticas en general, no solamente en las revisitadas.

## 1° generación: “Era divertido”

David y Ricardo integran una de esas unidades domésticas. Tienen 19 y 17 años respectivamente y siguen viviendo en Wanda, por lo que pude entrevistarlos y conocer su propia perspectiva al respecto. En el año 2002 comenzaron a vender piedras junto a su madre, Patricia (60 años) y su padre, Rubén (65 años).

---

<sup>134</sup> La acepción de campo como relación y no meramente como lugar geográfico no es nueva, tal como sostiene Fava. Esta idea emerge, en el marco de un debate en la última década del siglo pasado, unida a la reducción del campo al texto (Atkinson 1992; Lederman 1990 *apud* Fava, 2014).

<sup>135</sup> No hago referencia al documento en papel necesariamente sino al proceso de explicar en qué consiste la investigación. Esto es: brindar toda la información disponible de manera clara, explicitar el carácter voluntario de la participación, señalar riesgos, beneficios y tratamientos alternativos (esto es específicamente relevante para estudios biomédicos) y la consecuente decisión del paciente o interlocutor sobre si participar o no. En general, y sobre todo en investigaciones que implican uso de fármacos (Faden y Beauchamp, 1989; Luna y Salles, 2008), esto se reduce a la solicitud de una firma, transformando así lo que debería ser un proceso en una cuestión meramente burocrática.

<sup>136</sup> Sobre todo cuando usé grabador para las entrevistas.

<sup>137</sup> Del total de las unidades domésticas contactadas hubo tres casos donde no solamente no se dio tal apertura sino que se mostró desinterés, vergüenza o bien rechazo. Entendiendo que se trataba de distintos modos de no consentir, no volví a contactarlos.

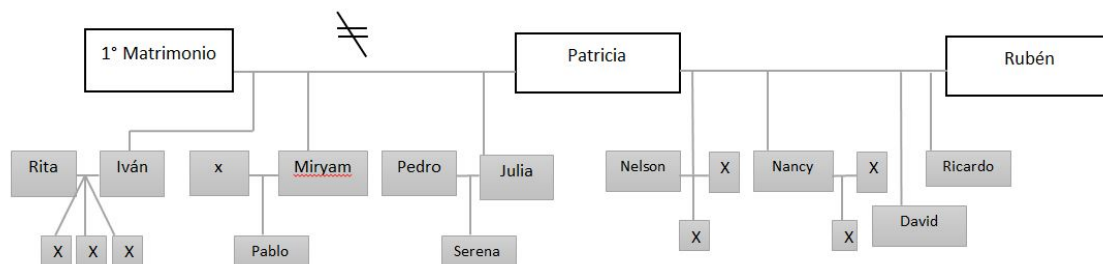


Gráfico n° 8. Esquema de parentesco de la unidad doméstica de Patricia y Rubén.

Como me dijeron muchas personas a las que entrevisté, ellos “probaron con las piedras” por recomendación de algún conocido. En este caso, fue el hermano<sup>138</sup> de Rubén quien los incentivó alegando que iban a “ganar plata”. Justamente lo que necesitaban en ese momento, pues con el dinero que ganaba Patricia limpiando en “casa ajena” no alcanzaba para mantener a todos<sup>139</sup> y Rubén estaba sin trabajo. Él no estaba convencido porque le parecía “miserable” y Patricia tampoco, no les “gustaba” esa idea. Pero la “necesidad” se impuso y terminaron participando todos los miembros de la unidad doméstica en ese trabajo durante unos años (hasta que Rubén consiguió un empleo estable en la Municipalidad). El caso de esta familia se inscribe en lo que Mastrángelo (2006) denominó como el mundo de trabajo de Wanda, en el que impera “la lógica neoliberal de la etapa postmoderna del capitalismo, cuya principal característica es la flexibilización. Entendemos por flexibilización laboral el hecho que se emplean cada vez menos trabajadores de tiempo completo, vulnerando legalmente sus derechos y deteriorando sus condiciones de reproducción.” (p. 141). Precisamente la falta de empleo de Rubén se explica por este proceso, pues él trabajaba como albañil de manera informal y en ese momento “no surgían trabajos” por lo que estaba desocupado.

Cuando “empezaron con las piedras”, la división de tareas comenzó siendo muy marcada al interior de la unidad doméstica: Rubén iba al *pedral*, en la costa del Río Paraná, y Patricia salía a vender las piedras junto con sus hijos. Al poco tiempo (no recuerdan cuánto) los varones acompañaban al padre al *pedral* y cavaban pozos con él. En temporada alta (turística) pasaban todo el día en la avenida y “vendían lindo” y durante el año sólo iban a contraturno del horario escolar, pues todos sus hijos asistían a distintos grados de nivel primario.

<sup>138</sup> Recientemente se había conformado una cooperativa de productores mineros entre unos pocos vecinos del barrio con el fin de comprar maquinaria destinada a explotación de las minas, tambor para pulir piedras y luego venderlas. Por falta de fondos y conflictos internos entre los gestores del subsidio y los miembros asociados, dejó de funcionar ese mismo año (Mastrángelo, 2006).

<sup>139</sup> En ese momento vivían en la misma casa los 4 hijos Rubén y Patricia más una hija del primer matrimonio de ella y un nieto suyo (en términos biológicos) que considera su hijo porque lo crió desde que era un bebé.

El relato de David y Ricardo sobre la dimensión cotidiana de su infancia es muy similar al de otros niños que vendían y tenían edades como las de ellos (7 y 5 años<sup>140</sup>): para ellos “era divertido”. “Joder en la calle”, “ir al arroyo”, “jugar al fútbol”, “estar en la calle sin que nadie te grite, te diga qué hacer”, “jugar a ver quién vendía más, -¡la pucha que era lindo!”, fueron expresiones recurrentes que caracterizan cómo era ese momento para ellos. Incluso en esos mismos términos recuerda su infancia Jorge (21 años), un vecino que también vendía piedras para “pasar tiempo con amigos”, pues en su caso no se trató de una estrategia de trabajo familiar.

Es decir, hablaban más del estar con amigos que de los pormenores de una actividad laboral. Pero todo eso sucedía simultáneamente: así como en el capítulo anterior se describió una escena actual de venta y juego entre vecinos (incluso algunos no vendedores), en estos relatos del pasado se cuenta lo mismo. Socialización<sup>141</sup> (entre vecinos, con turistas), juego, venta y “cavar pozos de dos o tres metros” son parte indisoluble de una infancia que aparece muy vinculada a ciertos espacios: el *monte*, el arroyo y la calle (Frasco Zuker, 2016).

Así, la dimensión espacial de la experiencia emerge como un aspecto central en la cotidianeidad de esta generación de niños. Este tema ha sido analizado por Segura (2013), para mostrar la segregación espacial en ámbitos urbanos, desde una perspectiva que resulta enriquecedora para nuestro objeto de estudio por el modo en que entiende la “experiencia del espacio”. Partiendo de la definición de espacio (y tiempo) como producto social, “resultado de las prácticas y procesos materiales vinculados con la reproducción de la vida social (Harvey, 1998)” (p. 149), Segura sostiene que constituye un marco relevante para la experiencia en tanto la condiciona pero a la vez es susceptible de ser transformado por ella. La experiencia hace referencia a los modos de simbolizar y habitar el espacio así como a las operaciones de marcación de límites que separan, distinguen y aíslan ámbitos y prácticas pero también a aquellas que establecen puentes.

Leída en esta clave, la experiencia infantil que nos ocupa se produce en espacios diferenciados, incluso al interior de Puerto Wanda, que involucran prácticas y valoraciones

---

<sup>140</sup> David y Ricardo tenían estas edades, respectivamente, el año en que la unidad doméstica que integran comenzó a dedicarse a la venta de piedras para subsistencia. Tanto en ese momento como en la actualidad, aunque con mucha menos frecuencia como ya se ha descrito, las edades son las mismas: desde los 7 años hasta los 13 aproximadamente.

<sup>141</sup> A propósito de ello, además de los relatos en primera persona sobre ese pasado está la experiencia vivida por Mastrangelo con esos niños. En este sentido, para caracterizar a esta generación en especial hay dos vías (discurso de interlocutores e investigación etnográfica sobre y con ellos) que destacan la importancia de la socialización.



específicas. Así como las calles del puerto establecieron relaciones entre los niños que vendían piedras y aquellos que no, constituyendo un ámbito de juego en común, el *pedral* fue (y continúa siendo) un espacio eminentemente masculino, de jóvenes y adultos, y asociado a la “miseria”.

Ahora bien, la calle aparece como un lugar de socialización diferente al resto, según el relato de los entonces niños. También como una calle “diferente”, “más tranquila” a la actual, que entre otras cosas recibe más control municipal hacia los niños que venden. Este último aspecto ha sido mencionado a la vez por integrantes de otras generaciones. En efecto, durante el trabajo de campo he podido constatar dos episodios en los cuales policías de la municipalidad les pedían a los niños que no estén vendiendo solos (es decir sin adultos porque en rigor no estaban solos sino que se trataba de varios niños juntos) o bien que se alejen de la esquina en la que se intersectan dos avenidas por la peligrosidad que implican los autos que doblan. Los episodios a los que aludo sucedieron ambos en períodos de temporada alta de turismo (semana santa y vacaciones de invierno, respectivamente). Así, en sintonía con los hallazgos de Szulc y Enríz (2016), el Estado se hace presente de forma “pronta, firme y consistente” (p. 208) para garantizar el control sobre el espacio público y moralizar el comportamiento de quienes los crían pero no se manifiestan de modo tan activo e inmediato cuando se trata de resolver conflictos vinculados al confinamiento territorial, contaminación ambiental o necesidades básicas insatisfechas.

Estas situaciones etnográficas en las cuales la calle aparece como un ámbito problemático para los niños revelan asimismo que la infancia es una construcción espacial. Históricamente, la calle (fundamentalmente la urbana) habitada o transitada por niños ha sido objeto de control estatal con sesgo penal por considerarse un espacio inadecuado, peligroso y escenario de múltiples violencias. Más aún, los propios niños eran considerados “menores” peligrosos (García Méndez, 1993) por la estrechez que se establecía entre estar en la calle y delinquir o vagabundear (Macri, 2005). Tal como fue expuesto en la introducción, la construcción social y espacial de la infancia moderna supone espacios (y actividades) adecuados para los niños como el hogar familiar y la escuela. Mientras que otros espacios se han erigido como particularmente inapropiados, como la calle (Gentile, 2005).

Ahora bien, a diferencia de la asociación lineal que se estableció históricamente entre delincuencia y circulación de niños por las calles, en los relatos de estos jóvenes la calle del barrio además de ser recordada en términos de juego entre amigos también lo fue como lugar de interacción con “gente distinta”, los turistas. Gente de la cual “aprendían

cosas”, sobre todo de sus diferentes lugares de residencia, y a la que cual también se les “enseña cosas y se les da información sobre el lugar donde vivimos” (Nota de campo, 19/4/2014). Más aún, la calle fue el lugar donde conocieron a personas que fueron claves para su trabajo futuro. Como sucedió con Ricardo, quien actualmente es vendedor de paseos en lancha en el Río Iguazú (Puerto Iguazú) gracias a que conoció al dueño de ese emprendimiento mientras él estaba en la calle vendiendo. La “caradurez” y la “simpatía” ayudaron a que esto sea posible así como también fueron estas características personales, sobre todo de David, las que hicieron posible que ellos vendieran más piedras en relación con otros niños menos extrovertidos.

En este sentido, más allá de pensar estos atributos en términos de personalidad, esas formas “caraduras” de interactuar con ciertos turistas constituyen a la vez habilidades que se despliegan situacionalmente. Ingold (2002; 2015) entiende a las habilidades íntimamente relacionadas al ambiente en que tienen lugar en tanto involucran una coordinación de percepción y acción, no la aplicación de un conocimiento adquirido previamente. Este enfoque resulta muy preciso para explicar las minucias de las interacciones mencionadas porque a partir de ciertas percepciones sobre los turistas (“te das cuenta por la cara que no va a comprar”) se accionan determinadas prácticas (hablar con más simpatía, rebajar el precio, entre otras) tendientes a concretar la venta o sostener una conversación. Analizarlo en estos términos evita el reduccionismo de pensar a la simpatía como mera estrategia de venta, tal como sostienen Sinervo y Hill (2011) para el caso de niños vendedores cusqueños. Según los autores, la tendencia de ver a los niños vendedores como niños pobres que emplean la simpatía se explica más por las expectativas de los turistas sobre la infancia moderna o las percepciones de Perú como un país subdesarrollado que por los niños en sí y sus estrategias de venta.

Por otro lado, otra de las cuestiones mencionadas en términos de lo que les “enseñó” la venta de piedras es la valoración de lo que ellos mismos ganaban como un fruto de su trabajo. Con ese dinero, pudieron comprarse cosas para sí mismos, como zapatillas y útiles escolares. Del mismo modo que fue descrito en el capítulo precedente, el dinero era centralizado por la madre, quien también lo usaba para comprar ropa para sus hijos y alimentos especiales, como milanesas o algún corte de carne vacuna. Así, la circulación monetaria y el destino del dinero ganado por los niños no presentan mayores cambios a lo largo del tiempo, si se comparan los casos actuales con éste de hace once años atrás.

### 3. “Ya no da”: La vergüenza como pasaje etario y generizado

Desde la perspectiva de los niños que vendían piedras hace una década, estar en la calle vendiendo es divertido hasta que “ya no da”, “te miran raro”, “da vergüenza”. Alrededor de los trece años esta actividad se deja de realizar, tanto por parte de varones como por mujeres. En este momento de transición se produce una marcada diferenciación del trabajo, así como de espacios por los que se circula, según los géneros.

Diego (17 años), quien fue presentado en el capítulo anterior, ofrece un interesante ejemplo de este proceso. Desde los 11 años vendió piedras y *arbolitos*, a raíz del accidente que tuvo su padre, hasta que decidió dejar de hacerlo y en ese mismo momento dejó la escuela. Para ese entonces, tenía 15 años y estaba cursando primer año del nivel secundario en un establecimiento público. Cuando le pregunté el por qué de esa decisión mencionó por un lado que “ya no quería”. Le resultaba *sufrido* cargar las piedras -que él mismo extraía- desde el *pedral* a su casa y cortarse las manos cuando sacaba las piedras de los pozos. Además del *sufrimiento* propio, Diego señaló que ver a su mamá “sufrir mucho porque no se llegaba con todo” lo condujo a dejar de vender y “empezar a trabajar”. Comenzó como ayudante de albañil, con un vecino que le iba explicando cómo era el oficio, luego “probó con la *tarefa*”, convencido por su hermano mayor quien aún hoy trabaja como *tarefero*, pero dejó al poco tiempo pues “no rinde”<sup>142</sup> (demasiado esfuerzo físico, muchas horas y poco dinero el que se gana) y cuando lo conocí había renunciado hacía un mes atrás a un empleo “esclavo”, según su madre. Se trataba de un trabajo en una de las empresas mineras de la zona que incluía múltiples tareas, tenía una duración de doce horas diarias y “no tenía ni un franco”. Actualmente está trabajando como pintor, cosa que aprendió a hacer desde muy pequeño porque cuando le llevaba el almuerzo a su padre (que en ese momento trabajaba como pintor de viviendas particulares), “miraba cómo lo hacía él”. Además, si bien dice que prefiere “trabajar a vender arbolitos”, “ayuda” a su madre y a su hermano a hacerlos, para que los venda su hermano menor, Francisco, en Puerto Iguazú o bien para venderlos por encargo a una de las empresas mineras de la zona. Isabela, su madre, comentó que abastecer de artesanías a estas empresas es “bastante fijo” porque los pedidos no oscilan como el turismo sino que se mantienen durante todo el año. Sin embargo se quejó por cómo les pagan: “yo cuando hago la cuenta de lo que vendí y lo que

---

<sup>142</sup> Esta caracterización sobre la *tarefa* se inscribe en una representación colectiva sobre dicha actividad. Si bien la yerba mate es frecuentemente asociada a la identidad misionera, la *tarefa* es considerada como “la peor ocupación que se pueda tener, como una ‘actividad de negros’ cercana a la esclavitud” (Roa, 2013:337).

recibo me doy cuenta que me pagan menos, o algunas veces no me dan todo completo y me pagan en dos veces” (Entrevista, 15/8/2016). Resulta importante subrayar este hecho: los mismos dueños de las empresas mineras de la zona, quienes les piden a los turistas que visitan sus explotaciones que no les compren piedras a los niños que venden en las calles, promueven el trabajo de unidades domésticas en las que es sabido que hay participación infantil en la confección de artesanías hechas con piedras. En este caso, como se trata de un arreglo fijo que consta de la entrega de al menos cien *arbolitos* por semana (a veces se entrega por quincena), es habitual que “ayuden” quienes ya habían dejado de hacerlo para poder cumplir con el pedido, como sucede con Diego. A través de este ejemplo es posible advertir cómo hay otros circuitos que involucran al “trabajo infantil minero” sobre los cuales las políticas públicas locales no buscan incidir: niñas y niños no están solamente vendiendo en la calle sino también en el *pedral* y trabajando en su casa para terceros, que revenden lo que ellos producen al doble de precio del que lo compraron. En este punto se observa cómo el sesgo social y penal que caracterizó históricamente las intervenciones estatales sobre niños de sectores populares que se encuentran en espacios públicos se reactualiza en las políticas actuales de erradicación del trabajo infantil.

Retomando la distinción que establece Diego entre vender arbolitos y trabajar me interesa destacar por un lado que se trata de una distinción que aparece recurrentemente en varios relatos cuando se narran trayectorias laborales. Es decir, quienes pertenecen a la generación de Diego consideran esta práctica como un trabajo porque cuando se les pregunta cuándo comenzaron a trabajar la incluyen en el racconto. No obstante hay un momento determinado, cuando se deja de ser niño, en que deja de ser concebida así e incluso se la contraponen a un trabajo, como hizo Diego. Y este es el segundo punto que quiero destacar, recuperando los aportes de Maynes (2008). Es en el proceso de contar una historia de vida que se habilita el espacio para la auto-reflexión sobre temas del pasado que no sólo son enumerados sino que son significados con categorías emergentes de esa narrativa retrospectiva.

En este sentido, estar en la calle vendiendo suele ser asociado localmente a una etapa de la vida, la niñez, y dejar de hacerlo marca el pasaje hacia otra etapa, esté vinculada o no al trabajo remunerado. Pues, como se verá, las niñas que dejaron de vender y no tuvieron ni tienen empleo igualmente son consideradas, y se autoperciben, “mujeres”. Es decir, dejar de ser niño o niña no se reduce a vender/no vender sino que se relaciona a otras prácticas que también marcan el pasaje de una edad a otra.

La historia de Paola (24 años)<sup>143</sup> da cuenta de ello en la medida en que no solamente asocia el hecho de dejar de vender en la calle con el pasaje a otra etapa de la vida sino además al *acompañarse*. Es decir, cuando se fue a vivir con su novio a los 16 años quien también “se crió vendiendo”, como ella y sus hermanos. Hasta ese momento vivía con su madre, su padre y sus hermanos, y a contraturno escolar (iba a la escuela primaria pública) salía a vender con ellos y algunos vecinos, cosa que le resultaba “muy divertida”. Leo, hermano de Paola presentado en el capítulo anterior, fue el primero de la familia que empezó a vender y al poco tiempo “se fueron enganando” sus hermanos, su madre y padre.

Así, todos los integrantes de la unidad doméstica participaron de uno u otro modo de esta actividad económica. Ya habían tenido una experiencia previa de trabajo en la cual todos hacían lo mismo, en ese caso *tarefear*. Trabajaban todos menos los más pequeños que igualmente estaban allí porque no tenían posibilidad de dejarlos al cuidado de alguien mientras estuvieran en los campamentos de los yerbales. Pero no duraron mucho tiempo allí porque Irene (la madre de Paola) estaba embarazada, y ya no podía hacer más esfuerzo, y además los *patrones* “no querían que el yerbal ande lleno de chicos”. Luego de esta experiencia y de una trayectoria familiar migrante (por la provincia e incluso por el sur de Brasil) en busca de trabajos y/o vivienda, se instalaron definitivamente en el Puerto Wanda porque “el intendente de ese entonces nos dio una casa”. A Irene le ofreció trabajo como cocinera de un comedor municipal y al poco tiempo, menos de dos años, lo dejó y empezó a vender piedras.

Cuando conversamos con Paola sobre esa etapa, en particular sobre el momento en que dejó de vender (a principios de la década del 2000) se refirió a un hecho puntual que destacó en su relato y lo utilizó como ejemplo de ya no ser más una niña:

Me acuerdo que una vez lo enfrente a mi papá. Yo tenía 16 años, él me quiso pegar y yo le dije: vení si querés, cuando vivía con vos lo hacías pero ahora ya no porque estoy *acompañada*, ya no soy más una nena” (Entrevista, 12/8/2016).

En este caso, como anticipé, el pasaje de una edad a otra está conectado con otros acontecimientos. *Acompañarse*, trabajar y ser autosuficiente económicamente están vinculados localmente con “hacerse hombre”. Mientras que lo que se espera de para que una niña deje de ser considerada así es acompañarse y ser madre. Por lo que la edad cronológica por sí sola no es considerada como

---

<sup>143</sup> Ver esquema de parentesco en el Capítulo 2.

punto de referencia importante para distinguir entre etapas de la vida o para atribuir estatus diferenciales a las personas. Por el contrario, se mencionan diversas aptitudes que, a medida que los individuos crecen y maduran, los habilitan a ser denominados de una manera diferente (Remorini, 2008:20).

A modo de ejemplo autorreferencial, en casi todas las entrevistas que hice durante el trabajo de campo me han hecho diversos comentarios, acompañados con caras de sorpresa e incredulidad, acerca de cómo era posible que no tuviera hijos teniendo la edad que tenía (en ese entonces 28 años) y estando conviviendo en pareja, *acompañada*. La trayectoria de Paola da cuenta de ello y no es un caso excepcional sino que sintetiza la vida de muchas mujeres de su generación. Cuando se fue de su casa a vivir con su marido, dejó la escuela (estaba cursando nivel secundario en una escuela pública) y a los dos años tuvo a su primera hija, cuando ella tenía 18. En ese momento su marido “trabajó de todo: de albañil, de pintor, en el *volteo* de pino”. Como sintetizó ella misma: “Él tiene mucha experiencia laboral, sólo que acá no hay trabajo. Si estudia como vos igual él no va a conseguir trabajo” (Entrevista, 12/8/2016).

Efectivamente, así es el mercado de trabajo actual en Wanda y más generalmente en la zona del Alto Paraná. Y la frase de Paola muestra específicamente las consecuencias del proceso de avance y consolidación del agronegocio forestal que ya ha sido caracterizado en el Capítulo 1. Además, evidencia las limitaciones que plantea “estudiar para conseguir trabajo” en un contexto como el que vive. De hecho, para ninguno de los empleos que tuvo el marido fue condición necesaria tener siquiera el nivel primario completo. No reiteraré dicho proceso pero sí retomo los siguientes datos para comprender por qué la falta de oportunidades laborales es un fenómeno persistente y cada vez más agudo. Los cambios en la estructura agraria y en el uso del suelo que se produjeron en Argentina durante la década de 1990 corroyeron las capacidades de producción de pequeños y medianos agricultores en muchos casos forzaron a abandonar la producción (Ramírez, 2017). Considerando el lugar preponderante de Misiones en este proceso por haberse convertido en “una de las principales provincias forestales del país, por el peso relativo de las plantaciones” (p. 40) y, más aún, teniendo en cuenta que los departamentos que tienen los porcentajes más elevados (más del 60%) de plantaciones forestales son los que están sobre el río Paraná, caso de Wanda, se entiende más cabalmente por qué los pobladores tienen pocas opciones de subsistencia: o viven de *changas* o se convierten en asalariados de las empresas forestales. Justamente el marido de Paola (así como Leo, Diego y muchos otros jóvenes) oscila entre ambas alternativas. Actualmente trabaja como

peón forestal tercerizado por una empresa de servicios forestales en plantaciones de la fábrica de celulosa y tableros, Arauco S.A., bajo la modalidad de turno semanal<sup>144</sup>.

Por su parte, ella cuida a sus hijos y ocasionalmente (sólo en temporada alta, los días que el marido no va al monte) sale a vender con Florencia, su cuñada. Si bien en un momento dejó de hacerlo porque “ya no da” y produce “vergüenza”, hace un par de años retomó la práctica de ir a vender y entre los efectos que eso genera destacó: “acá si te ven vender piedras hacen unos gestos de: Ay, ¿cómo se anima?, ¿no tiene vergüenza!” (Entrevista, 12/8/2016). Aunque ella no le de mayor importancia ahora a ese tipo de comentarios y gestos, a punto tal de haber retomado esa práctica, en cierto momento fueron incorporados (tanto por ella como por otros de su generación) a modo de prescripciones sobre lo que se debe y no se debe hacer a cierta edad, según las expectativas construidas socialmente en el contexto de estudio.

En este sentido, resulta oportuno recuperar algunos estudios que se han enfocado en las emociones, si bien aquí se tendrá en cuenta la vergüenza en particular (Perelman, 2014; Vergara, 2009), entendiéndolas por un lado como construcciones sociales (Le Breton, 2012; Crapanzano, 1994; Lutz y White, 1986) y asimismo han señalado su carácter regulador (Elias, 1993, 1995; Simmel, 1938 *apud* Vergara, 2009) y moral. Se entiende que las emociones no son meramente sustancias y tampoco se poseen (Le Breton, 2012:71) sino que son experiencias afectivas comunes cargadas de significación cultural y condicionadas por las normas sociales (Lutz y White, 1986). Es decir que no se reducen al ámbito de lo privado (Spivak L'Hoste, 2010), aunque se encarnan en los sujetos e incluso pueden corporizarse (Crapanzano, 1994) produciendo efectos a través de prácticas no discursivas que las manifiestan.

Justamente, la mera presencia de esos cuerpos que ya no son considerados niños, en un espacio público y haciendo una actividad que se asocia a esa etapa de la vida es un aspecto del sujeto que atrapa la atención del resto y allí comienza el “recorrido de la vergüenza” (Vergara, 2009:38). La mirada en exceso por parte de los otros y la percepción

---

<sup>144</sup> El trabajo en el monte para este tipo de empresas tiene dos modalidades: se organiza en turnos diarios y semanales. “Quienes están trabajando en turno diario salen de su casa a las 3, 4 o 5 hs. de la mañana (según cuán alejados vivan del punto de encuentro con el transportista), y pueden viajar entre una y tres horas hasta el pinal. Trabajo, almuerzo y, a las 18 hs., el camión comienza el viaje de regreso. Los deja en el mismo lugar donde los recogió de madrugada. (...) Los peones de turno semanal, entran en la madrugada del lunes y vuelven el sábado por la tarde. Salen en los mismos transportes y permanecen en los campamentos, donde deben llevar colchón y abrigo. En los campamentos hay cocineros y baños químicos. El trabajo diario comienza a las 6 o 7 hs. de la mañana. Se descansa una hora al mediodía para almuerzo o siesta, y siguen trabajando hasta las 18 o 19 hs., según la empresa y productividad. A las 21 hs. se apagan las luces del campamento.” (Mastrangelo, 2012:25)

como tal por parte del sujeto genera la sensación de exposición extrema, de visibilidad total, que deviene en sanción, pues es “esa vergüenza que, como espontáneo castigo, acomete al que ha querido salirse del tono general en que todos pueden mantenerse” (Simmel, 1938 *apud* Vergara, 2009:39).

Ahora bien, como oportunamente señala Vergara (2009) no hay un solo tipo de vergüenza. En el análisis que hace sobre las prácticas de recuperación de residuos y el lugar particular de la condición corporal de los sujetos en las “tramas de interdependencias sociales” (p. 35) muestra, a partir de una serie de estudios que se enfocaron en el problema del cartoneo y cirujeo, que una hay una vergüenza que se desplaza o reduce y otra que se acrecienta y estimula a salir. Si bien esas vergüenzas fueron analizadas poniendo el foco en las prácticas de recuperación de residuos, la distinción establecida resulta potente para mostrar que además de la vergüenza asociada al fin de una etapa de la vida, hay otra que se relaciona específicamente con el género.

A través de la observación participante y de entrevistas sobre experiencias pasadas se advierte el mismo patrón: para las niñas estar en la calle es desalentado o incluso prohibido por sus madres. En el capítulo precedente se recuperó una nota de campo que describe cómo los dos hijos varones de Florencia participan de la situación de venta, lo cual incluye a Abel quien tenía 3 años, pero su hija no participa. Está ausente de esa descripción porque está siempre ausente de las escenas de correr autos y vender piedras, aunque físicamente siempre esté ahí cerca y aunque sea mayor que su hermano Abel. O sea que no es la edad lo que marca la segregación de ese espacio sino el género. Análogamente a lo que ocurrió con la hija de Patricia y Rubén, Nancy (20 años), quien aunque haya ido a vender junto con su madre y sus hermanos en alguna oportunidad, no salía con la misma frecuencia que ellos porque su madre “no quería”. Nunca fueron explicitados los motivos por los cuales estaba especialmente restringida la calle para las niñas, ni siquiera cuando lo pregunté directamente. Pero al menos en ese caso las entonces niñas y/o sus madres manifestaron algunas cuestiones que brindan elementos para pensar el por qué de esa exclusión: “es que me quedaba ayudando en la casa”, “yo no quiero que a ella le pase algo como a mí”, “yo no dejaba sola a mi *waynita*, la cuidaba”.

De este modo, si bien la calle fue un lugar de socialización infantil (entre otros) para quienes vendieron piedras hace una década, las expresiones citadas dan cuenta de una socialización diferencial (Heilborn, 2000; Ferrand, 2004 *apud* Gentile, 2005) ejercida sobre niños y niñas. Por un lado, esto bien podría interpretarse en términos de una división sexual del trabajo que asigna tipos de tareas y espacios adecuados o inadecuados según se



trate de niñas o niños. De hecho, diversos estudios sobre trabajo infantil (tanto del ámbito urbano como el rural) han resaltado este aspecto (Schiavoni, 2003; Gentile, 2005; Allemandi, 2015; Rausky, 2015; Padawer, 2018), el cual también ha sido observado en las unidades domésticas que componen la muestra de esta tesis. Sin embargo, las citas recuperadas están apuntando no sólo a la reproducción del trabajo femenino ligado a la esfera privada o doméstica sino más bien a la protección de la sexualidad de las niñas por el potencial riesgo que implica la calle para ellas en términos de abuso sexual o bien por el miedo a las redes de prostitución infantil<sup>145</sup>.

De todas maneras, ambas dimensiones se encuentran anudadas en la representación hegemónica sobre lo que se espera de las mujeres en ámbitos rurales, sobre todo, y que se encarna como vergüenza en los propios cuerpos si no es cumplido. Esto es, ser castas y estar dentro del hogar (Stølen, 2004). Este ideal continúa permeando las formas de crianza rural contemporánea (caso de Florencia con su hija, por ejemplo) hacia las niñas pero también es desafiado por algunas mujeres jóvenes que aunque sean blanco de comentarios (“¡no le da vergüenza!”) han vuelto a la calle a vender, al menos “en temporada”.

#### 4. Trayectorias juveniles

Por su parte, de los jóvenes entrevistados que se han referido la venta de piedras durante su niñez como algo “divertido” solamente tres continúan haciéndolo de manera permanente. El resto, es decir la mayoría, no solamente que dejaron de hacerlo sino que han migrado a otras ciudades (sobre todo a Buenos Aires) en busca de mejores empleos.

Colocar las trayectorias de estos jóvenes como una dimensión del problema de investigación de la tesis permite, por un lado, comprender las experiencias infantiles en el marco de una historia de vida que es asimismo una experiencia de clase particular. La perpetuación de círculo vicioso de pobreza y exclusión asociada al trabajo infantil (Cutri et. al, 2012) vista desde una perspectiva diacrónica que incluya otras etapas de la vida, además de la infancia, permite ver que no es el trabajo infantil o la inasistencia a la escuela

---

<sup>145</sup> Este tema ha sido objeto de observación y análisis en Argentina desde principios del siglo XX. Carolina Muzzilli, inspectora del Departamento Nacional de Higiene y Trabajo y miembro del Partido Socialista, advirtió cómo las niñas que trabajaban en talleres de planchado y entregaban ropa a domicilio o bien las niñas vendedoras en la Ciudad de Buenos Aires se “degradaban” y tenían contacto con casas de “dudosa moralidad” (Recalde, 1988 *apud* Macri, 2005:45). Por otro lado, investigaciones contemporáneas en la zona de estudio (Zsögön, 2013) focalizan en la particularidad que imprime la triple frontera (por el tráfico de personas, frecuencia de actividades, entre otras) sobre la “explotación sexual comercial infantil”, sobre todo en “condiciones de exclusión social”.

lo que “excluye” sino el fenómeno de desempleo rural. Propiciado, sobre todo, por la concentración de tierras y la tecnificación de la producción. Así, es posible advertir las especificidades vinculadas a etapas de la vida así como también las continuidades y transformaciones del ambiente que condicionan la vida de no sólo de los niños sino también de jóvenes y adultos.

En segundo lugar, prestar atención a la juventud rural como actor social específico intenta no reproducir la continuidad de su “no reconocimiento y olvido” (Caputo, 2006:3), que aún persiste pese a la consolidación del campo de estudios sobre juventudes<sup>146</sup>. En busca de visibilizar cuestiones que atañen específicamente a estos jóvenes resulta relevante preguntarse, por ejemplo, cómo impacta en sus trayectorias laborales y de vida el incremento exponencial de plantaciones forestales monocultivo en el territorio del Alto Paraná misionero (Mastrangelo, 2012). Principalmente, los conduce a migrar. En el marco de un fenómeno de alcance regional que es la migración juvenil rural persistente (Kessler y Núñez, 2017), los jóvenes entrevistados del Alto Paraná están trabajando actualmente en aserraderos del conurbano bonaerense, como empleados de seguridad de barrios cerrados o bien evaluando ingresar en Gendarmería Nacional<sup>147</sup>, como tantos amigos suyos oriundos Wanda ya lo han hecho. De hecho, los vecinos y amigos que se conocieron vendiendo piedras años atrás y hoy están en Buenos Aires comparten lugares de trabajo y/o vivienda, reforzando esas redes sociales. En el transcurso de los años que duró el trabajo de campo y la escritura de esta tesis, algunos “no se hallaron”<sup>148</sup> en Buenos Aires y volvieron temporalmente a Misiones a trabajar como empleados de la empresa Arauco S.A., en

---

<sup>146</sup> Diversos estudios latinoamericanos enfatizan que aún hay un marcado sesgo urbano dentro del campo de estudios consolidado sobre juventudes (Chaves, 2009; Unda y Munñóz, 2011 *apud* Kessler y Núñez, 2017; Caputo, 2006).

<sup>147</sup> La Gendarmería Nacional Argentina es una fuerza de seguridad con características de Fuerza Intermedia que cumple su misión y sus funciones en el marco de la Seguridad Interior, Defensa Nacional y apoyo a la Política Exterior. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/gendarmeria>. Acceso: Enero, 2019. Desde su creación tuvo como propósito afianzar la soberanía nacional del territorio, custodiando el límite internacional, y el personal requería de una instrucción militar y policial para llevar a cabo su misión. Los requisitos para incorporarse a esta fuerza en calidad de Gendarmes (la opción a la que aluden los jóvenes de Wanda a los que me refiero, entre otras dos que son Oficiales y Profesionales) son: Ser argentino nativo o por opción, tener DNI actualizado, Edad entre 17 y 25 años, Estudios secundarios: cursando el último año o completo, Certificado nacional de antecedentes penales, Certificado provincial de antecedentes policiales y Aprobar los exámenes de admisión. Según la Resolución 1024/2018, el haber mensual de un Gendarme es \$17.739.

<sup>148</sup> “En el litoral argentino y Paraguay la noción de “hallarse” refiere al sentirse cómodo, estar a gusto, a “sus anchas” en un espacio o ámbito que se siente como propio. A diferencia del barrio, en donde los vecinos se conocen entre sí, donde la cotidianeidad de la existencia es desde un estar en familia y con el vecino (...); quienes migran sienten el mayor de los desarraigos en la gran ciudad: allí se vive en soledad, alejado de la familia extensa, no se conocen a los vecinos, “hay que andar atento todo el tiempo” por las mayores posibilidades de hechos de inseguridad, no se puede estar en la calle, la gente es desconfiada y son parados por la policía reiteradamente. Esta dificultad de “hallarse” es uno de los principales motivos por los que las familias o los jóvenes retornan a los barrios” (Roa, 2017:430).

lavaderos de autos o en empleos municipales que finalizaron junto con el cambio de intendente.

Con relación a la asistencia a la escuela, también en sintonía con lo que sucede con el fenómeno de migración juvenil en América Latina, la posibilidad de continuar estudiando en el nivel medio se ve dificultada pues “compite” (Kessler y Núñez, 2017:6) con la migración. Aunque algunos de esos jóvenes ya habían dejado de asistir a la escuela secundaria en Wanda, previamente a instalarse en Buenos Aires. El único caso de una joven que continuó estudiando, luego de haber terminado la secundaria, una tecnicatura en Administración de Recursos Humanos fue resumido por ella misma de la siguiente manera: “Dejé mi Curriculum Vitae en todas las empresas que hay acá, dejé también en la Municipalidad, pero nada” (Entrevista, 27/4/2016).

#### **4.1 Ser *pedrero***

Dentro del escaso abanico de oportunidades de trabajo disponible en la zona de estudio, algunos de estos jóvenes han continuado con la trayectoria de “vivir de las piedras y *arbolitos*”. Es decir que esa actividad económica sea su único o principal medio de subsistencia. Ahora bien, esto tiene distintas formas para llevarse a cabo: hay quienes van al *pedral* y venden esas piedras luego; hay quienes, luego de extraerlas, se las venden por cantidad, en “cajones de verdura”, a terceros (vecinos que también realizan esta actividad económica) que luego las revenden a los turistas o bien las usan para hacer *arbolitos* que les compran las empresas mineras de la zona; y hay quienes compran<sup>149</sup> por kilo un tipo de piedras oriundas de Rio Grande do Sul (Brasil) totalmente diferentes a las que se extraen del *pedral* de Wanda, debido a que están pulidas y teñidas de colores fuertes (azul, fucsia, violeta). Generalmente no se compran sólo las piedras sino otro tipo de productos que vienen hechos a base de ellas<sup>150</sup> tales como “llamadores de ángeles”<sup>151</sup>, llaveros y dijes. Por último, hay quienes directamente ya no utilizan piedras para hacer *arbolitos* sino vidrio molido. Este método, bastante reciente pues no hace más de 5 años que es usado por muy pocas unidades domésticas, consiste en romper manualmente o moler (con un molino) botellas de vidrio.

---

<sup>149</sup> O van a comprarlas a Foz de Iguazú (donde se encuentran los comerciantes de estas piedras) o, eventualmente, algún vendedor de Foz de Iguazú viaja a Puerto Iguazú y Wanda y las vende allí.

<sup>150</sup> Las formas varían. Generalmente son fragmentos de piedras en forma de lámina pero también vienen cortadas en forma de luna, estrella, corazón, etc.

<sup>151</sup> Son colgantes, o móviles, hechos con hilo de tanza y piedras que suenan al chocarse entre sí cuando hay viento.

A partir de estas distintas modalidades de adquirir piedras y/o vidrios se hacen los *arbolitos* con un procedimiento similar en todos los casos: se utiliza alambre para darle forma, porcelana fría para pegarlo a una piedra que lo sostiene, pegamento adhesivo para pegar las piedras o vidrio y, en caso que se utilice vidrio molido, acrílico de colores para pintarlo.



Foto n° 9 Molino



Foto° 10: Vidrio molido y pintado secándose al sol.

Quienes se dedican a esto de manera sostenida en el tiempo son *pedreros*. Así se autoidentificaron tres jóvenes (con edades oscilan entre los 22 y 28 años) cuyo principal ingreso proviene de la venta de esos objetos. Conviene recordar que, como se anticipó en el capítulo I, son cada vez menos las unidades domésticas *pedreras*. Por un lado, debido al carácter no renovable del recurso natural (las piedras) que disminuyó en gran medida su disponibilidad. Como señaló Leo y reforzaron varios: “lo que antes sacabas de la superficie de la costa del Río Paraná, al tiempo tenías que hacer un pozo de 1 metro, después de 2 metros y después cada vez más profundo” (Entrevista, 24/7/2015). Por otro lado, por la estacionalidad y variabilidad del turismo que no permiten prever cuánto ingreso monetario habrá en la economía doméstica. Aún así, es una práctica que persiste, aunque transformada. Desde el aspecto material, a través de la reciente incorporación del vidrio (de botellas sobre todo pero también de platos o vasos que se rompen pues “todo sirve”) hasta nuevas prácticas como redes de cooperación e intercambio que se arman entre vecinos para usar el molino eléctrico de la única unidad doméstica que tiene uno desde el año 2013 (quienes lo usan deben aportar dinero para el pago de servicio de electricidad del hogar). Simultáneamente, como señaló una vendedora, se “armó un nuevo negocio” porque los basureros ahora empezaron a cobrar las botellas de vidrio a \$1 cada una a quienes las usan para hacer artesanías.

Redes que, por otra parte, también son dotadas de sentido, más precisamente de “ayuda” hacia quienes “más lo necesitan”. Por ejemplo, aquellos que venden “sólo para temporada” le compran *arbolitos* a quienes viven de eso durante todo el año sabiendo que su principal ingreso de dinero proviene de allí. Ofelia, una de las pocas vendedoras que tiene un puesto armado (con maderas y techo de chapa) sobre la avenida, me contó que ella le compra especialmente al “chico que inventó ese nuevo método del molino” porque sabe que su familia lo necesita y además siente afecto por ellos. “Yo se los compro a \$8 y los vendo a \$10. Y yo sé que no tengo ganancia con eso, a mí me dicen que por qué lo hago pero yo sé bien por qué. Con las geoditas que compra mi marido en Brasil yo hago ganancia, esas las vendo más caras” (Nota de campo, 25/7/2015).

Ese chico se llama Wilson (24 años), comenzó vendiendo junto a sus hermanos, madre y padre hace una década atrás y luego de *acompañarse* y tener un hijo (de 1 año) continuó haciéndolo como medio de subsistencia. Suele ir a vender a Iguazú porque allí cobra un poco más caro lo que vende en Wanda y así le “rinde”. A la vez refirió que cada vez hay más problemas con la policía porque los corre de las esquinas, sobre todo a la *gurisada*, y los pone en una situación sin salida: “entonces uno no puede hacer nada porque si vos robás vas preso pero si querés trabajar honesto como nosotros también, te quieren sacar” (Entrevista, 19/7/2015).

Una tarde lo acompañé al *pedral*, que hasta entonces yo no conocía, y en ese trayecto él me explicó cómo es “ser *pedrero*”, un término que no había escuchado nunca en el trabajo de campo: “Ser *pedrero* es como ser un doctor. El doctor sabe tocar donde a uno le duele y nosotros ya sabemos si hay piedras o no hay antes de hacer el pozo, y ya apenas cuando clavamos la barreta por el ruido mismo te das cuenta si es cuarzo” (Nota de campo, 19/7/2015).

Esa percepción particular del ambiente que se articula a habilidades prácticas (Ingold, 2001:52) tales como reconocer dónde puede haber una piedra y de qué tipo será con “apenas” clavar un palo o la rama de un árbol, entre otras cosas, son atributos distintivos de los *pedreros*. Asimismo, ser *pedrero* brinda la posibilidad organizar el trabajo de un modo que “conviene”, aunque también está muy sujeto al momento del año en el que hay turismo, y a la capacidad de saber “administrarlo”:

Nosotros le vendemos a la dueña de la mina que no es que paga demasiado pero igual se vive porque hay épocas del año en que ellos compran mucho porque hay turismo, ahí conviene. Pero a veces compran poco y hay que hacer otras cosas porque escasea y hay que tener un poco más de plata. Y ahí hay que hacer alguna *carpida* o ayudante de albañil, lo que se pueda. Porque asegurado también te pagan poco y ahí no te conviene porque vos en la calle a veces ganas un poco más de la miseria que te pagan ellos. Vos venís con plata en

tu bolsillo de Iguazú aunque pagues comida y colectivo o remis. Y además te levantás a la hora que querés, no tenés jefe. Por ejemplo, hoy me desperté a las 4 de la madrugada y me puse a hacer arbolitos porque no podía dormir, pero si quiero me quedo en la cama como hasta las 10, 11 de la mañana con mi hijo viendo tele. El tema está en saber administrar el trabajo, ¿viste? Porque si uno deja de trabajar y de armar arbolitos ¿cómo pagás después tus gastos?, ¿cómo comprás mercadería? Uno tiene que ir haciendo por si vende y no quedarse sin nada. (Entrevista, 19/7/2015)

Carmen (22 años), una de sus hermanas, también trabaja “a pedido” para la dueña de una de las empresas mineras y durante épocas de más turismo vende *arbolitos* baratos a vecinos que solamente se dedican a eso en vacaciones o feriados. Luego de haber dejado de vender alrededor de los 13 años porque “había que ayudar en la casa, ya éramos muchos”, volvió a hacerlo con su marido cuando se *acompañó*. “Es como dijo mamá, ninguno terminó sus estudios pero algo van a tener para defenderse y la verdad que sí porque todos sabemos hacer arbolitos, hasta los 3 más grandes vivimos de eso hoy” (Entrevista, 22/4/2016). En el caso de Wilson y Carmen no se trata solamente de “vivir de eso” sino que además tienen proyectos como poner locales de venta en el centro o bien vender sus artesanías a otras provincias.

Me gustaría tener una venta, una exposición, un localcito chiquito, ¿viste? Si toda la vida vivimos de esto es imposible que no de resultado. Ahora por ejemplo algo que nos dimos cuenta recién este año es la importancia de los carteles. Pusimos algunos y vos ya escuchás que los turistas pasan y dicen entre ellos: ¡Mirá, 4 x 50 pesos! Y ahí se bajan y compran, o no, porque algunos son bien amarretes y compran poco. También queremos hacer artesanías con madera, tenemos esa idea. No está en marcha todavía pero despacito pero seguros tenemos estos planes para el futuro (Entrevista, 22/4/2016).





Foto n°11. Puesto en el frente de la casa de Carmen

Por último, otra de las experiencias de “vuelta” a la venta de piedras es la de Leo (ya presentado en el capítulo II). En su caso fue después de 15 años durante los cuales trabajó como *tarefero* y haciendo raleo<sup>152</sup> en la empresa Alto Paraná<sup>153</sup>.

Varios volvimos a esto cuando empezó a caer toda la maquinaria y quedamos sin trabajo, éramos miles de personas, hace ponele unos 5 años. Acá había ponele casi 60 contratistas y todos tenían 3 o 4 grupos de gente. Después, cuando Alto Paraná puso las máquinas, la empresa daba cursos a los motosierristas y ahí iban eligiendo quién se quedaba, y el resto afuera, contratistas, todo, todos afuera. Fijate que ahora mismo ya casi no hay motosierristas” (Entrevista, 24/7/2015)

Efectivamente, este “cambio cualitativo en las empresas forestales relacionado con la mecanización de la actividad sobre todo en la etapa de la cosecha” (Ramírez, 2017:42)

<sup>152</sup> Refiere a “extraer, cortar o eliminar los árboles de un sector que compiten en el crecimiento y desarrollo de aquellos árboles seleccionados para su cosecha final y/o para eliminar árboles con crecimientos deficientes o formas defectuosas, según el objetivo de producción de productos finales de la plantación efectuada. Según el objetivo de los productos a obtener, se identifican raleos a desecho y productivos o comerciales. Raleo a desecho: Corta de árboles delgados y jóvenes sin posibilidad de obtención de productos madereros, por su bajo volumen por hectárea. Eventualmente puede obtenerse productos para la producción de energía o bien para ser incorporados al suelo. Raleo comercial o productivo: Corta de árboles con mayores dimensiones y que reúnen las características de volumen suficientes para su comercialización.” (Guía Básica de buenas prácticas para plantaciones forestales de pequeños y medianos propietarios, CONAF, 2013:55)

<sup>153</sup> Se refiere a la anterior empresa forestal, Alto Paraná Sociedad Anónima, propiedad de la familia Pérez Companc, que fue comprada por la multinacional Arauco S.A. en el año 1996. No obstante el cambio de dueños y de nombre de la empresa, localmente se la sigue llamando “Alto Paraná”, incluso por quienes son empleados actualmente.



producido entre los años 2008 y 2010 repercutió drásticamente en el mercado laboral altoparanaense. Migraciones internas, hacia otras provincias, *changas*, trabajos “esclavos” y “vuelta” a la *tarefa* y la venta de piedras fueron algunas de las consecuencias de dicho cambio. Dentro de estas alternativas disponibles, la última le resultó más conveniente a Leo por una serie de razones que manifestó y porque, interpreto, supone una identificación con el ser *pedrero*. Es decir, con un modo de vida ya experimentado (durante su niñez) que le dio un conocimiento práctico especialmente valioso en ese contexto. Por un lado fue definido contrastivamente con la *tarefa*: “Esto es lo que más deja ahora porque en la *tarefa* hay temporada, no es un trabajo al año entero. Son 5 meses, se para y siempre quedás colgado para las fiestas, sin trabajo, sin plata. Y si tenés familia no rinde. Por eso son pocos los que van” (Entrevista, 24/7/2015). Además, su experiencia como tarefero implicó dejar de ir a la escuela, en 5° grado del nivel primario, y “no resultó” porque su hermano y él no sabían bien cómo hacerlo y por eso mismo no llegaban a hacer una cantidad significativa (ni en kilos ni en dinero, consecuentemente).

Por otro lado, la elección de vender piedras se inscribe en haber vivido ya esa experiencia que, usando sus términos, sí resultó en distintos sentidos. Primero, porque a través del dinero que obtuvieron al poco tiempo de venderlas, pudieron acceder a instalarse luz eléctrica, conectarse a la red de agua potable y pagar esos servicios (que no tenían) de manera continua<sup>154</sup>. Nótese que los pagos de esos servicios se hacen actualmente con el dinero de la AUH o de pensiones no contributivas como la de Madre de 7 hijos. Asimismo pudieron comprar varias cosas para la casa, como camas, colchones, muebles, entre otras. En otro sentido, porque Leo ya tenía conocimiento acerca de cómo es ser *pedrero*:

Con la barreta vos le hincás y tocás, y ya conocés cuándo es piedra preciosa porque hace un ruido como de vidrio molido. Y si movés y no hace nada, es otra cosa entonces. A veces hay tierra floja tipo nido de hormiga y si lo seguís también algo va a haber. Tenés que saber estas cosas porque sino además te corta todos los dedos como los vidrios. Si vos no sabés, le das a los dientes de la piedra y rompés todo. Hay que mover y despegar sin romper. Hay muchas cosas que influyen, ponele si vos estás sacando piedra y otro viene y mira con mala influencia se queda todo feo, queda la piedra sin dientes o se desmigaja todito, no tiene base, nada. Mucho arruiné por no saber pero vas aprendiendo despacito. Me emocionaba ir al *pedral* y sacar lindas piedras (Entrevista, 24/7/2015).

Ser *pedrero*, así, es una forma de auto identificarse que supone una habilidad práctica, un tipo de trabajo que cada uno se regula y por ello es una forma subsistencia material pero también una manera de vivir que es preferible a otras disponibles. Una “vuelta” de la vergüenza que alguna vez dio. Tanto para las mujeres como para los varones

---

<sup>154</sup> De acuerdo a lo que fue expuesto en el Capítulo 2, este es un ejemplo de hogar con NBI.

volver a vender tiene que ver con trabajar de modo “honesto” así como con una “enseñanza” que dejaron sus madres y padres: “Nosotros fuimos siempre de agarrar y trabajar, por eso yo se me toditos los trabajos de este lugar, *carpir*, machetear, sacar las piedras. Bueno, así nos enseñaron y así crecimos, trabajando” (Entrevista, 24/7/2015).

## 5. 2° generación: En aquellos tiempos todo era monte

¿Cómo fue la infancia de las madres y padres que “así enseñaron”, trabajando, a sus hijos?  
¿Cómo era la relación entre infancia y trabajo en ese contexto, en ese tiempo y ambiente?  
Estas preguntas, y su rastreo a través de las memorias de sus infancias, se orientan a dar cuenta de los cambios, y continuidades, en las formas de crianza y en los vínculos intergeneracionales. En suma, se orientan a historizar la infancia, en el sentido otorgado por Carli (2011):

La idea de historizar la infancia es entender que la misma no es una categoría con un sentido unívoco. Digamos que hay una dimensión de espacio y tiempo que la atraviesa. Entonces, la idea de historizar implica un poco imitar al relato, reconstruir las condiciones de la experiencia infantil, no solo cómo fueron vividas, sino las condiciones epocales en que se desarrollan. Como esa experiencia histórica del crecimiento de un niño y de tránsito por un tiempo se producen, en qué condiciones materiales, simbólicas, afectivas, imaginarias. (Entrevista a Sandra Carli, Observatorio APCI, 2011)

Durante el trabajo de campo, conocí a dos *antiguos*<sup>155</sup> de Wanda y conversé con ellos sobre su experiencia infantil, la de sus hijos y sobre las condiciones epocales, al decir de Carli, en que éstas tuvieron lugar. Uno de ellos se llama José (76 años), vive a la vera del Río Paraná en una casa de madera (como casi todas las de la zona) con piso de tierra. Suele pasar gran parte del día sentado en la entrada de la casa, en la parte descubierta del terreno. Nunca está solo, es un *antiguo* muy conocido y querido de la zona. Todos los vecinos pasan a saludarlo (adultos, jóvenes, niños), a pagarle algún trabajo que hizo (generalmente muebles de madera), a preguntarle cómo está, si necesita algo, a compartir un rato con él.

La infancia de José transcurrió en la Isla Paranambú (Paraguay). Se instalaron allí, en una chacra, luego de que su padre quedara imposibilitado de seguir trabajando en obrajes madereros porque combatió en la Guerra del Chaco<sup>156</sup> y “quedó todo baleado y golpeado”. A fines del siglo XIX y principios del siglo XX, período en el cual el padre de José fue obrajero, las tareas de un obraje típico requerían un uso de fuerza de trabajo

---

<sup>155</sup> Se refiere a quienes residen en Wanda desde hace al menos 35 años, precisamente cuando “todo era monte”, y sus edades superan los 65 años.

<sup>156</sup> La Guerra del Chaco, confrontación militar entre Bolivia y Paraguay por el control del territorio del Chaco Boreal, se extendió desde el año 1932 a 1935.

humano (que implicaba a la vez uso de tecnologías como sierras, hachas y machetes) que no estaba en condiciones de hacer. Estas tareas eran realizadas por *volteadores*, *labradores* y *mensualeros*<sup>157</sup> (Alsina, 1905; Nikilson, 1914 *apud* Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa, 2011).

Por lo tanto, se mudaron desde Encarnación (donde vivían antes) hacia la isla, un espacio y un tiempo de su infancia que José recordó así:

Me crié en el monte. En ese tiempo todo era abundancia: teníamos una chacra con mandioca, maní, banana, hasta cebolla de verdeo, de todo, chanchos... Yo a los 8 años ya trabajaba con mi papá: si él macheteaba, yo macheteaba con él. Si *carpía*, yo *carpía* con él. Ahora se prohíbe todo, como que las criaturas trabajen, y bueno por eso hay mucho chorro también. Yo era pobre, trabajaba por necesidad. No tenía auto, no tenía bote. Era pobre. Y encontré alguna chica que tenía guita y que me quería pero a lo mejor usted escuchó eso que dicen: Mirá, fulano no tenía nada y se casó con esa chica. Y yo no quería que digan eso de mí, por eso recién a los 28 años me casé (Entrevista, 23/4/2016).

La memoria de la infancia de José, como puede verse, es a la vez la memoria del monte. No entendido meramente como telón de fondo o como si fuera siempre el mismo, sino como un monte de abundancia. De recursos y de trabajo, porque aunque eran pobres “se vivía bien, a diferencia de ahora que no hay más de esos trabajos y la plata no vale” (Entrevista, 23/4/2016). Vivir en el monte a la vez supuso no poder ir nunca a la escuela por la distancia que había con la más cercana, a 9 kilómetros.

A los 14 años tuvo su primer “trabajo ajeno” (es decir para un tercero, por fuera de la chacra donde trabajaba con su padre) en un obraje. Como era menor de edad, un patrón dijo que se haría cargo de él y así tuvo su primera experiencia laboral como jangadero<sup>158</sup>. En una frase contó esta experiencia personal que sintetiza un proceso histórico clave en el transporte de madera misionera, el fin de la jangada:

En tiempos de Colonizadora del Norte entré a la jangada, cargábamos el barco. Y después, cuando se terminó todo<sup>159</sup>, en el año 1968 empecé a hacer botes de madera, yo hice muchísimos botes que pasaban de un lado al otro entre Paraguay y Misiones, hice más de

---

<sup>157</sup> Los *volteadores* derribaban árboles, o cimientos, que una vez derribados eran entregados a los *labradores*. Estos trabajadores, por su parte, quitaban la corteza, y dejaban la cerne o corazón de la madera, “a golpes de hacha y guiándose por la línea de un hilo tallando cada una de las cuatro caras de la viga, dejándolas paralelas” (Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa, 2011:85). Por último, la tarea de los peones de puerto *mensú* consistía en mover los rollos de planchada a la orilla del río, donde se armaba la jangada (vigas de madera amarradas a una balsa).

<sup>158</sup> Los jangaderos eran trabajadores que acomodan con sus pies los rollos de madera en el agua (de los Ríos Paraná y Uruguay) y armaban las balsas que transportaban madera por vía fluvial río abajo.

<sup>159</sup> El transporte en jangadas se vio limitado por un lado frente a la escasez de cedro, madera de menor peso específico (por lo que podía mantenerse a flote una jangada que tuviera al menos 80% de cedro) y de mayor valor comercial (Mastrangelo, 2012) mayor valor comercial, y por el otro la apertura de la Ruta Nacional n°12 que posibilitó el transporte en camiones. Los últimos registros de jangadas datan de finales de la década de 1960 (De la Peña, 2016)

1000, también hice lanchas. Hasta hice un arpa y guitarras con la carpintería (Entrevista, 23/4/2016).

Migró a Wanda en el año 1987. O, como dice él, “cruzó”, porque en ese momento estaba viviendo en Itá Verá, una localidad paraguaya a la que se llega cruzando el Río Paraná. Desde ese año vive en el mismo terreno, propio, pero que en ese momento tenía un dueño para quien José trabajaba sin percibir ningún pago en dinero. Él tenía que “cuidar el terreno, podía plantar y tenía una casa para vivir”, me contó mientras señalaba a su alrededor y me explicaba lo diferente que era todo: “acá antes todo era monte, había tigres acá” (Nota de campo, 23/4/2016).

Jerónimo (64 años), padre de Leo y Paola, también hizo un relato espacializado de la memoria de su infancia destacando las virtudes de transitarla en el monte pero a la vez la forma de crianza *dura* que eso conllevó. Se fue a vivir con su abuelo y su abuela a Colonia Lanusse<sup>160</sup> a los 9 años de edad, al poco tiempo que mataran a su padre (quien tuvo “líos” vinculados a su principal actividad económica, contrabando de animales entre Brasil y Argentina).

Lo poco que me quedó de mi infancia estuvo en Iguazú. Yo era retobado, era medio indio, no me querían mucho en la escuela. Y ahí mi abuelito habló con mi madre y le dijo que si yo no quería estudiar no iba a hacerlo, que iba a hacer locuras, así que él me llevaba al monte. Y mi abuelito me explicó: acá vas a tener tus herramientas de trabajo. A la mañanita se desayuna y nos vamos a trabajar. Y aunque vos no lo creas yo me fui hasta 3° pero le doy una vuelta a alguien que hoy tiene 7°. Yo me se ubicar, me acuerdo nombres de calles, leo carteles. Mi abuelo me enseñó diámetros, me enseñó a medir, multiplicar y vos sabías cuántos metros cúbicos de madera había. Lo mismo una *carpida*, una macheteada: yo medía, multiplicaba y te daba los metros cuadrados, lo calé. Cuando vos no tenés un maestro la necesidad te obliga, si o si tenía que saber lo que estaba haciendo. Y ahí lo único que queda es poner empeño, esfuerzo y sacar. Y así me fui haciendo hombre... Antes los viejos eran *duros*. Yo te lo digo una vez y no vengas a joder, era. Y si o si tenías que sacar y decir sí señor. Si te decía subí al caballo tenías que subir, vos sabías que te iba a voltear, que te iba a llevar de acá para allá pero no había otra. En aquel tiempo no había moto, no había colectivo (algunos nomas), ni bicicleta. Wanda era un pueblito miserable: había que salir de aquellos lugares caminando a la 1 de la mañana para llegar a las 6 a lo que hoy es el centro. En aquellos tiempos Misiones era salvaje. Yo siempre digo a los *gurises* que por un sentido quiero que esto vuelva atrás: era tranquilo, la naturaleza era linda. Aunque vos no creas, el monte a la tarde era lindo. En aquel tiempo la heladera era el arroyito, bien frío, cosa más linda. A veces a la tarde mi abuelo con sólo mirar los pájaros y la luna me decía que iba a llover, qué iba a pasar. Él sabía todo y tenía razón siempre (Entrevista, 16/8/2016).

Lo que Jerónimo reconoce como tiempo de su infancia fue poco y lo ubica antes de ir al monte, el lugar en el que tuvo que trabajar bajo esa crianza *dura*. Allí se fue haciendo hombre: entender sí o sí lo que le explicaban una sola vez, manipular herramientas de

---

<sup>160</sup> Situada a 40 km. al oeste de Wanda, fue una de las dos colonias cuyos miembros acordaron un contrato con la Compañía Colonizadora del Norte (Krautstoftl, 2005). En el capítulo I se profundiza sobre el proceso de colonización altoparanaense.

trabajo desde los 9 años y ya desde los 12 años voltear madera, “con hacha y azada a fuerza de pulmón, llueva o no llueva hasta que llegó el pino, la motosierra y cambió todo, y pensar que ahora eso está terminando” (Entrevista, 16/8/2016). A través de la mención de usos, auges y decadencias de estas tecnologías, él da cuenta desde su propia experiencia de un proceso histórico más general de aprovechamiento de recursos forestales de la selva altoparanaense. Un proceso que no sólo constituye parte del contexto en que las infancias de esta generación tuvieron lugar sino que, fundamentalmente, modificó la experiencia de la clase trabajadora rural, es decir la de los interlocutores de esta tesis. Esto es, produjo cambios en las relaciones sociales, medios de producción, territorios y, así, en las “trayectorias de las familias y de unidades domésticas de trabajadores, su migración interna e internacional, y los procesos de campesinización/urbanización en base a los cuales tratan de garantizarse la reproducción social” (Mastrangelo, 2009:60).

El paso del hacha y la azada para volteo de madera nativa hacia la motosierra y el pino implantado se corresponde con las etapas<sup>161</sup> que Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa (2011) llamaron extractivista con elaboración mecánica (1930-1960) y reforestación con transformación mecánica y química (1970-presente), respectivamente. La infancia de Jerónimo, como la del resto de madres y padres de los integrantes de la generación del apartado anterior, transcurrió en la primera etapa mencionada, que se caracterizó por la comercialización nacional de madera y la persistencia de su transporte por vía fluvial. La trayectoria de Rubén (padre de David, Ricardo y Nancy<sup>162</sup>) permite profundizar en la comprensión de las infancias de aquel momento añadiendo en particular el componente étnico. A modo aclaratorio, a continuación hablaré en términos de nacionalidad pues, como sostiene Bartolomé (2000) en su análisis sobre los colonos de Apóstoles (Misiones), la nacionalidad opera como una categoría étnica (Barth, 1976) en tanto define fronteras entre grupos sociales que incluso ocupan una misma clase social. Esta forma particular de trazar fronteras no se limita al pasado sino que sigue operando en el presente incluso desde instituciones locales importantes como la escuela a la que asisten la mayoría de los niños que viven en Puerto Wanda. Una de las integrantes del equipo directivo mencionó como uno de los principales problemas de la zona la “cultura paraguaya y los planes malditos” que se mezcló con la cultura de los polacos. Desde su punto de vista, mientras que los paraguayos se compran celulares último modelo y no ponen un peso en arreglar su casa o vestir bien a sus hijos, los inmigrantes polacos y ucranianos que llegaron a Wanda y

---

<sup>161</sup> Ya caracterizadas con mayor detalle en el Capítulo 1.

<sup>162</sup> Ver apartados 1 generación y trayectorias juveniles de este capítulo.

Apóstoles, respectivamente, con una mano adelante y otra atrás siempre se esforzaron y trabajaron la tierra (Nota de campo, 30/7/2015).

La familia de Rubén migró a Wanda exiliada de la dictadura militar paraguaya (1954-1989) presidida por Alfredo Stroessner. Su padre, Mateo (88 años), era del Partido Liberal y debido a persecuciones, amenazas, agravios físicos y usurpación de su chacra por parte de “los colorados”<sup>163</sup> tuvieron que irse del país al poco tiempo de iniciado el gobierno de facto. Teniendo en cuenta esta situación particular de Paraguay y considerando la aclaración anterior sobre nacionalidad y etnia, la composición étnica de los trabajadores de obrajes y laminadoras estuvo estrechamente vinculada con el clima político de cada uno de los países del territorio forestal, tal como sostienen Mastrangelo, Scalerandi y Figueroa (2011).

La infancia de Rubén y sus hermanos y hermanas (en total 15) estuvo marcada por el exilio. Cuando vivían en la chacra (Paraguay) “desde los 5 años cada uno tuvo su azadita para *carpir*, ahí sí que no había hijo mimado” (Entrevista, 24/7/2015). En el marco de una entrevista grupal que mantuve con Rubén, dos hermanos suyos y Mateo, fueron recomponiendo ese momento entre todos. Señalaron el contexto en el que crecieron como un momento de abundancia en el que tenían “de todo” para cultivar: batata, maíz, poroto, mandioca, caña dulce.

Si bien lo que Mateo les enseñó a sus hijos posibilitó, desde la perspectiva de ellos mismos, que pudieran tener varios trabajos en el futuro gracias a saber cómo *carpir*, machetear y cuidar la tierra con “remedios caseros, sin usar nada de químicos como ahora”, reconocen que fue bajo una crianza “estricta”<sup>164</sup>, “él no decía las cosas dos veces”.

Papá nos guiaba ya desde muy chiquitos, teníamos que decirle señor papá y señora mamá, con el respeto que se merecen. Y pensar que hoy en día mi *gurí* dice cada cosa... Gracias a papá sino íbamos a ser indios, él nos enseñó a trabajar la tierra y como él nunca fue a la escuela también nos hacía estudiar. Si papá no nos enseñaba a trabajar íbamos a ser vagos, rebeldes. Y pensar que todo lo que uno hoy compra en el supermercado sale de la tierra, todo lo que comemos sale de ahí. (Entrevista, 24/7/2015).

La llegada a Wanda fue caracterizada por Rubén como el momento más crítico de su infancia “En ese momento vinimos sin nada, desnudos. No teníamos donde dormir, no teníamos cama señorita, quedábamos en el suelo, sobre en la tierra. Si uno habla de

---

<sup>163</sup> Integrantes del Partido Colorado, del cual era miembro el dictador Stroessner.

<sup>164</sup> Especialmente con su hijo Domingo quien desde sus 6 años mostró especial interés por la música y más particularmente por tocar la guitarra. En esa entrevista me contó que Mateo le decía que eso era “cosa para vagos”, que “vaya y trabaje”.

pobre... esto era menos” (Entrevista, 20/7/2015). En este contexto, a sus 13 años<sup>165</sup> Rubén entró a trabajar a la empresa Pérez Companc S.A. haciendo raleo junto con su padre, quien consiguió ese empleo por intermedio de un familiar que conocía al gerente. “Y así crecimos”, sintetizó Rubén cuando hizo un repaso por su infancia, destacando que “aunque antes ganara moneditas se sobrevivía porque para comer no faltaba pero ahora con \$10 no se puede hacer nada” (Entrevista, 20/7/2015).

Su esposa, Patricia, también hizo referencia a una infancia ligada estrechamente al monte pero sin enfatizar tanto su abundancia sino más bien destacando que “era una niña que hacía trabajos que ya no hay: juntaba tung, carpía, macheteaba” (Entrevista, 20/7/2015). En su relato sobre infancia y su vida *sufrida* hay un constante contrapunto con el presente y futuro.

## 6. La memoria como horizonte de expectativas

Precisamente porque la memoria no es un registro del pasado sino que implica un proceso activo de creación de significados (Portelli, 1991) desde el presente, en este apartado se agrupan los fragmentos de entrevistas que permiten echar luz sobre tal proceso. Como fue señalado en un apartado anterior<sup>166</sup>, la memoria supone un sentido en el presente y un horizonte de expectativa hacia el futuro (Vezzetti, 2007). Desde este marco es posible comprender el ejercicio comparativo y valorativo de quienes cuando hablan de su propia infancia lo hacen con relación a las infancias de sus hijos.

Así, volviendo a Patricia, cuando habla del trabajo de sus hijos durante la niñez (a través de la venta de piedras preciosas) lo diferencia del trabajo *duro* que tuvo que hacer ella. Y, más generalmente, de las condiciones de vida en las que transcurrió cada infancia:

Ese no era un trabajo *duro* como hacíamos nosotros. En aquel tiempo nosotros ni teníamos luz eléctrica, ni lavarropas, ni heladera. Les contamos a nuestros hijos y a veces no nos creen lo que pasamos. Descalzos íbamos a la escuela, es triste. Ellos comen lo que quieren, milanesas... Y nosotros no podíamos. Yo conocí de grande muchas comidas, cuando mi ex marido falleció trabajé en casa ajena en casa de una maestra y ella me enseñaba a hacer comidas, ahí aprendí. Por eso digo si mis hijos se quejan se van a quejar de gordos. Ellos tienen donde dormir, tienen su ropa limpia, su cama limpia. Antes la gente era muy pobre, nosotros vivíamos en el monte, en una casa de lámina con piso de tierra y éramos 12 hermanos (Entrevista, 20/7/2015).

---

<sup>165</sup> Según la legislación nacional estaba prohibido que un niño de 13 años trabaje en empresas de lucro. Recuperado de <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/190000-194999/194070/norma.htm>

<sup>166</sup> Memorias de experiencias infantiles, en este mismo capítulo.

Desde esta perspectiva considera que es un “orgullo” que sus hijos trabajen (aunque no en algo *sufrido* como le tocó a ella) así entienden que las cosas se logran con esfuerzo propio. Así, contrapone el orgullo del trabajo que llevaron a cabo sus hijos cuando eran niños de la deshonra de robar. Mirta (madre de Wilson) incluso motivó a sus hijos a trabajar desde pequeños no sólo por el valor moral que le atribuye a ganar dinero con esfuerzo propio sino también para transmitirles una herramienta, para “enseñarles a hacer algo para que se defiendan el día de mañana”, quizás aludiendo implícitamente al momento en el que ella no esté (sobre este punto me detendré en el próximo capítulo). Luego de haber migrado por el interior de Misiones y el conurbano bonaerense, último lugar en el que vivió con su familia previo a regresar a Wanda tras la crisis del año 2001, la venta de piedras y *arbolitos* constituyó para esa familia el único ingreso. Por eso Mirta se siente “agradecida” de las piedras y también por eso les enseñó a sus hijos, desde que tienen 8 años porque “después no te dan bola”, a hacer *arbolitos*. En este punto discute cómo se entiende al trabajo infantil en la actualidad porque se prohíbe y después “no saben hacer nada”.

Acercas de las “enseñanzas” que madres y padres dan a sus hijos (que en este capítulo básicamente se refieren a enseñanzas sobre cómo trabajar la tierra, cómo manejarse en el piedral y cómo hacer arbolitos, en suma a distintas actividades productivas) Domingo aporta una mirada que coloca el contexto actual en el centro. Aunque él entiende que gracias a lo que su padre les enseñó a él y sus hermanos pudieron cultivar en su propia chacra cuando fueron mayores, entre otras cosas, no cree que sea importante que “la generación actual” sepa hacerlo. Sí considera que en tiempos donde “hay tecnología” es mucho más útil que aprendan computación, inglés y que estudien porque “Hoy por hoy hay que estar informado y no en la chacra, ese es un pasatiempo nomás, y más acá que mucho laburo no hay” (Entrevista, 24/7/2015). Por su parte, Paola tampoco quisiera que sus hijos trabajen, a pesar de que para ella fue “divertido” hacerlo, por cuestiones vinculadas a los intereses de la infancia contemporánea pero también por una crítica que hace desde el presente sobre su propia infancia.

Paola: -A mi me pareció divertido vender piedras pero si vos me preguntás yo no quiero eso para mis hijos. Para mí no está mal lo que yo viví pero yo quiero que tengan una vida más de niño. Quiero que su niñez sea niñez y su juventud su juventud.

Laura: -¿Y cómo sería eso?

Paola: -Que vayan a la plaza, a la escuela, que tengan sus juguetes. Ponele, yo para el día del niño no tuve nada y tampoco me interesa porque yo no lo de daba interés y si tenía no le daba bola pero a ellos sí les llama la atención. O hacerles su cumpleaños, cosa que tengan de recuerdo eso, no se si les va a gustar pero es lo que quiero. Yo no quiero que vendan porque no le veo la necesidad de que trabajen porque cuando ellos tengan 15 años



ponele yo voy a seguir siendo joven y mi marido también, entonces vamos a poder seguir trabajando nosotros. Y yo siempre les voy a aconsejar y les voy a decir si vos querés hacer lo que yo hacía hacerlo nomás pero vas a cosechar eso. Cuando te acompañes vas a ver que no es solamente dormir con el chico que te gusta sino tomar tus decisiones, no es sólo tener a quien amas a tu lado. No, ahí ya no te queda ni el amor, ahí te viene la preocupación. Antes me mantenía mi mamá y mi papá y yo ahora me tengo que mantener a mí y a otro, es así. Les voy a aconsejar así. Les voy a decir no vas a ver a tu novia todos los días, vas a tener que trabajar para verla. (Entrevista 12/8/2016).

Cabe resaltar que cuando Paola se refiere al futuro que quiere para sus hijos vuelve a dotar a su pasado, concretamente a su infancia, de un sentido diferente al que le había dado cuando sólo hizo mención al período en el cual vendía piedras. Asimismo, la escuela también aparece en otra posición en el fragmento de esta entrevista con relación a la que fue otorgada por Paola cuando habló de los pocos trabajos disponibles en la zona. En mayor o menor medida, el deseo de que los hijos vayan a la escuela es una constante en madres y padres entrevistados/as aunque a continuación señalen que, de acuerdo a sus experiencias, eso no garantiza conseguir un mejor empleo. Dicho en otros términos, la percepción que tienen sobre la escuela no está acompañada de indicadores de ascenso social en el área de estudio. Tal como plantea Kessler (2014), en su análisis sobre tendencias contrapuestas en el campo de la educación argentina, la escuela cambió y al mismo tiempo cambió lo que pedimos de ella, modificando expectativas. La “disyunción entre escuela y trabajo” explica por un lado que el “diploma” no sea visto como una vía de ascenso seguro y estable pero, aún así, no alcanzar la estabilidad “no sería vivido como una frustración que erosionaría el interés por la educación” (Kessler, 2014:143).

## **7. Palabras finales**

El análisis de experiencias de infancia en distintas generaciones ha permitido profundizar en la comprensión de las condiciones epocales en que acontecieron desde la perspectiva de quienes la vivieron, así como también sobre la dimensión cotidiana de las infancias rurales, un tema históricamente invisibilizado. Pero, más aún, a lo largo del capítulo emerge un punto que resulta central en los distintos relatos de quienes son madres y padres: no hay memoria de su infancia sin comparación y, más precisamente, expectativas y valoraciones sobre las infancias de sus hijos. A través de este acto reflexivo de sopesar momentos históricos y en particular infancias, no solamente aparece la idea de garantizar a los hijos el mejor bienestar posible (sea a través de enseñarles cómo trabajar la tierra, cómo hacer *arbolitos*, incentivando que vayan a la escuela, promoviendo tiempo de juego y consumo de comidas o juguetes) sino también que se marca cuándo es válido quejarse y cuándo no.

“Se quejan de gordos”, en este sentido, es casi un oxímoron que da cuenta de lo absurdo la queja de sus hijos para quien la comida no abundó durante su niñez.

Las narrativas sobre historias de vida han permitido recuperar el contexto (ambiental y social, con las múltiples divisiones que caben en cada uno) desde su dimensión cotidiana y subjetiva así como también han “sacudido la autoconciencia” (Maynes, 2008) de quienes contaban su historia. En este sentido, han revelado cambios en el significado de categorías que usaban para describir distintas etapas de la vida y en particular su relación con el trabajo. Por ejemplo, al decir, mientras se narra la propia infancia, que estar en la calle con amigos y vecinos era divertido, que jugaban entre ellos y hasta competían a ver quién vendía más como parte de un juego y al hablar de la infancia de sus hijos señalar que prefiere que ellos no lo hagan porque quiere que tengan una “vida más de niño” (Paola). Esto es, desde su perspectiva, jugar (pero con juguetes o en la plaza) e ir a la escuela (a la cual, por cierto, Paola también fue).

O bien nombrar como trabajo a la venta de piedras durante la niñez y a continuación decir que se dejó de hacer porque había que “empezar a trabajar” (Diego) da cuenta de ello. Pero, más aún, muestra la lectura que ese niño hizo de una situación familiar muy crítica que desde su perspectiva requería de su “ayuda”. El concepto de trabajo relacional resulta esclarecedor en este punto en tanto coloca el foco en las relaciones sociales que marcan qué es asumido como trabajo y qué no, considerando especialmente la dimensión etaria de las prácticas sociales (Kropff, 2010) en este caso. Pues en este contexto dejar de vender es dejar de ser niño. La vergüenza, en este sentido, iluminó este pasaje etario así como también permitió caracterizar un tipo de vergüenza ligada a la exposición particular de las mujeres en el espacio público.

Asimismo, a través del análisis de estas memorias en diferentes generaciones es posible ver cómo se pone en juego el carácter histórico y socialmente construido de la agencia infantil y su vinculación con las diferentes experiencias. La historia de Domingo y su gusto por tocar la guitarra desde pequeño en un contexto en el cual era desalentado e incluso subvalorado por su padre en relación con el trabajo en la chacra, muestra por un lado el poco margen que había para el tiempo de ocio pero a la vez da pistas sobre cómo desde muy temprana edad se producen identificaciones “arraigadas en el pasado lejano” (Maynes, 2008). Sobre todo considerando que Domingo es actualmente guitarrista y cantante de una banda de música popular.

Ese tiempo de ocio que no aparece en ningún relato sobre las infancias *duras* explica por qué para muchos de quienes fueron criados bajo condiciones “estrictas” el

tiempo de la infancia fue muy breve. “Lo poco que quedó de la infancia” de Jerónimo fue especializado en la ciudad en la cual vivía con su madre, previo a ir al monte a trabajar desde la madrugada hasta la noche. Por contraste, desde la perspectiva de Carmen ir a trabajar vendiendo piedras era divertido justamente porque nadie te decía qué hacer, nadie te gritaba, nadie te mandaba a barrer. Es decir, en las generaciones que fueron agrupadas bajo la expresión común “era divertido” se advierte una mirada más explícitamente crítica de los niños hacia a los adultos que daban órdenes de limpiar pero ya no de trabajar tan *duro*.

Para los protagonistas de las infancias *duras* “no había otra”, “sí o sí había que entender o trabajar” en un contexto en el cual si bien había abundancia de recursos naturales y la plata valía más que ahora, la pobreza (o menos que eso, como señaló Rubén) no daba opciones. Aunque con particularidades según trayectorias familiares específicas, esas infancias fueron de trabajar la tierra en el monte, de no poder ir a la escuela<sup>167</sup> por falta de caminos, distancias, migraciones en busca de mejores trabajos, entre otras razones.

Visto retrospectivamente, todo eso que aprendieron a hacer desde niños les facilitó su trabajo futuro, el que a la vez se vio condicionado por procesos económico sociales que ya no requerían de ciertas habilidades vinculadas al monte. En este marco la posibilidad de vender piedras y *arbolitos* emerge como una experiencia de trabajo por parte de todos los miembros de las unidades domésticas. Ahora bien, siguiendo de cerca lo que los interlocutores señalan, este trabajo no debe ser visto como una mera respuesta al desempleo o un último recurso (Gorbán, 2014) para sobrevivir. A pesar del estigma que supone ser *pedrero* en la zona de estudio, integrantes de distintas generaciones han marcado las ventajas de este trabajo en tanto modo de vida particular. Un modo que permite organizarse los tiempos con un criterio propio, generar relaciones de cooperación entre vecinos compartiendo recursos (como el molino) o comprándole a quien más lo necesita y que es también una elección entre otros trabajos que se les presentan como posibles (Perelman, 2014) pero que son considerados por ellos mismos como *esclavos*. En este marco se desarrolla la inserción al trabajo de los niños vendedores, incluso motivada por ellos mismos en algunos casos. Precisamente porque, a diferencia de la experiencia de

---

<sup>167</sup> No fue posible hacer una comparación entre la cantidad de establecimientos educativos existentes en la provincial de Misiones durante el período en el cual los adultos refieren haber dejado la escuela y compararlo con la cantidad que había mientras que sus hijos fueron niños, procurando mostrar las transformaciones sobre acceso a la educación debido a la modificación de criterios oficiales que no permiten contar con estos datos. En la página del Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología hay registro sobre cantidad de escuelas a partir del año 1996 (tal como me fue confirmado mediante una comunicación telefónica), es decir mucho después de que los adultos hayan dejado la escuela, por lo que el dato no resulta relevante para el propósito mencionado.

infancia y trabajo de sus madres y padres, al vender se compartía tiempo y juegos con amigos y vecinos.

Si bien esta actividad económica “miserable” (Rubén) produjo cierta vergüenza entre los adultos, peor era la “deshonra” de no trabajar. En este sentido, tanto la vergüenza de los adultos como la de los jóvenes que “volvieron a las piedras” habla de una característica de clase que atraviesa a las generaciones. Esto es, la “vergüenza a la pobreza, al desempleo, al estigma de la vagancia” (Vergara, 2009:37), en suma, una vergüenza que estimula a salir. Por tanto, “el salir a trabajar [aún a costa de comentarios estigmatizadores y chismes] para ganarse la vida sigue permeando los imaginarios” (Perelman, 2014:62).

De este modo, el análisis de distintas generaciones ha permitido ver, además de las diferencias en torno a la relación entre procesos económicos-sociales y formas de producción de infancias particulares, la persistencia de imaginarios que continúan siendo articuladores de sentidos y prácticas, en este caso el trabajo. Si bien la generación no es un grupo homogéneo, hay posiciones compartidas (Remorini, 2006): “Así nos enseñaron y así crecimos, trabajando” expresa en parte la transmisión de esa experiencia de clase así como también supone una enseñanza vinculada a garantizar el bienestar de sus hijos. Como ha sido mostrado a través de los distintos casos analizados, los valores y prácticas no son meramente reproducidos entre las generaciones sino que pueden transmitirse, transmitirse con modificaciones o directamente no transmitirse pues los sujetos realizan una apropiación diferencial de dichos valores (Dias Duarte, 2011). Esto es particularmente manifiesto en las generaciones de jóvenes que han trabajado durante su niñez y no colocan al trabajo de sus hijos en un lugar central sino más bien a la escuela y a otros espacios de socialización. Aún así, siempre está el deseo de promover algo que les sirva en su futuro. Como sostuvo Mirta, enseñarles para que “sepan hacer algo el día de mañana” fue un modo de garantizar el bienestar de sus entonces hijos niños que de hecho son *piedreros* hoy. Es decir, fue un modo de cuidarlos. Sobre este aspecto tratará el próximo capítulo.

## Capítulo 4 Cuidar a la *gurisada*

En el capítulo anterior Mirta señala una tensión sustantiva a la discusión sobre trabajo infantil. Su posición, construida sobre la base de memorias intergeneracionales, experiencias pasadas, formas de crianza aprendidas, permite iluminar la enorme dificultad que se plantea a quienes, en aras de analizar la incorporación de niños y niñas a las actividades productivas, sólo iluminan un conjunto de relaciones, opacando otras dinámicas que están presentes en la construcción del fenómeno. En este capítulo planteo entonces que la incorporación de niños y niñas a actividades productivas constituye una forma de cuidado infantil desde la perspectiva de sus madres (fundamentalmente) y sus padres. En diálogo con los aportes de estudios feministas que proponen analizar al cuidado desde su organización social y política (Faur, 2014; Esquivel, 2012; Razavi, 2007) así como con aproximaciones de tipo etnográfico que se preguntan qué es lo que los sujetos entienden como buen cuidado poniendo el foco en las prácticas (Mol; Moser; Pols, 2010; Epele, 2012; Llobet y Milanich, 2014), propongo una lectura del trabajo infantil desde estas dos perspectivas. Por un lado, la primera vertiente permite poner de relieve las intersecciones entre trabajo infantil y cuidado infantil que se vinculan a la clase social y se ven condicionadas por las características del mercado de trabajo remunerado que, como se mostró en capítulos anteriores, está caracterizado por la informalidad laboral y por su impronta masculina. Por otro lado, y teniendo en cuenta esos aspectos estructurales, basándome en la aproximación metodológica de la segunda vertiente indago cuáles son las prácticas de cuidado que despliegan madres y niños, fundamentalmente, y cómo a través de ellas las mujeres se posicionan como buenas madres.

En este sentido, propongo reexaminar la idea de cuidado materno como mera reproducción de desigualdad entre géneros, que sin dudas la implica, para colocar además su potencia en tanto refuerza relaciones de reciprocidad que involucran afecto, obligaciones, economía y moral. A la vez se verá cómo niños y niñas participan activamente de dichas relaciones e incluso cuidan a otros miembros de las unidades domésticas tanto dentro como fuera de sus hogares haciendo permeables, así, los límites entre lo público y lo privado, y entre aquello que se considera propio de la adultez y de la infancia según parámetros hegemónicos.

Por último, analizo las formas en que dichos cuidados y prácticas de crianza son leídos por parte de instituciones locales, fundamentalmente del CAPS, y al hacerlo muestro los sentidos disputados en torno al cuidado, la maternidad, la infancia y la familia.

## 1. El trabajo infantil como forma de cuidado

El cuidado ha sido considerado históricamente una actividad femenina, maternal y ligada al ámbito privado del hogar. La división en esferas, profundizada por el proceso de industrialización en las sociedades llamadas occidentales, “disoció de manera tajante” (Faur, 2014:27) el ámbito público del privado, la función productiva y reproductiva y en este marco propició la domesticación y maternalización de las mujeres (Badinter, 1981) al delimitar quiénes debían quedarse en la casa cuidando y quiénes debían salir a trabajar. Más aún, estas esferas fueron valoradas diferencialmente y jerarquizadas en un orden social que privilegiaba fundamentalmente la esfera pública y, consecuentemente, a quienes actuaban en ella: los varones. Esta configuración social y familiar basada en la división sexual del trabajo, y en su distribución desigual del poder entre géneros, fue sustentada además por el mito del amor maternal (Badinter, 1981) anclado en la naturaleza, más precisamente, en la capacidad reproductiva de las mujeres. Así, la maternalización de las mujeres configuró uno de los nudos críticos en la construcción social del género que les otorgó un estatus moralmente superior para cuidar de sus hijos y garantizar su reproducción.

Si bien este orden social y familiar estereotipado se transformó por la entrada masiva de las mujeres al mercado de trabajo, lo cual a la vez supuso una modificación sobre su tradicional figura de cuidadora a tiempo completo -pues el cuidado infantil comenzó a ser delegado en instituciones estatales, del mercado y/o comunitarias-, el cuidado continúa recayendo “desproporcionadamente” sobre las mujeres (Batthyáni, 2015) reforzando la desigualdad entre géneros. Ahora bien, esta desigualdad adquiere modalidades específicas según la clase social, la inserción laboral de quienes cuidan, la disponibilidad de servicios e instituciones de cuidado, etc. Las regulaciones vinculadas al empleo formal (licencias por maternidad y paternidad, transferencias de ingresos para el cuidado infantil, servicios e instituciones de cuidado) se orientaron a desfamiliarizar el cuidado por medio de dispositivos que permitan la conciliación entre las responsabilidades familiares y la inserción de las mujeres al mundo del trabajo. Sin embargo, en contextos de desigualdad social persistente, alta informalidad laboral y falta de empleo la posibilidad de desfamiliarizar el cuidado mediante regulaciones vinculadas al empleo formal o, más aún, por vía del mercado se ve aún más restringida.

Estos aspectos resultan ineludibles para comprender los condicionamientos de la clase social y de las características del mercado de trabajo para el cuidado infantil. De hecho, como mostré en el capítulo anterior y como sostienen diversos estudios llevados a cabo en Misiones (Roa, 2013; Traglia, 2014; Re, 2015) en espacios de trabajo como los yerbales solía haber muchos niños porque sus madres y padres *tareferos* no contaban con soportes sociales o institucionales para gestionar su cuidado mientras cosechaban y estaban en el campamento. No obstante, mirar solamente las carencias que dichos condicionamientos suponen sería analíticamente aplastante pues no permitiría iluminar las “tácticas populares de resolución de la vida” (Gago, 2014:18) vinculadas al cuidado que se dan en ese marco de profundas desigualdades sociales. Entender a la informalidad como fuente instituyente o principio de creación de realidad, es decir, “no de manera negativa por su relación con la normativa que define lo legal/ilegal, sino de modo positivo por su carácter de innovación y, por tanto, por su dimensión de praxis que busca nuevas formas” (Gago, 2014:21) productivas, comerciales, relacionales, entre otras, me permite ver el sentido positivo de prácticas de cuidado por fuera de instituciones formales. Es decir, constituye una lente adecuada para caracterizar las formas en que las mujeres entrevistadas entienden al cuidado más allá de su dimensión instrumental.

Teniendo en cuenta las características de la dinámica social del empleo en la zona de estudio y en particular los efectos que tiene sobre el cuidado de los hijos propongo analizar el enunciado reiterado por distintas mujeres acerca del no querer dejar solos a sus hijos y llevarlos a trabajar con ellas no como mero resultado de una elección libre (Mol, 2008), pues esta estrategia expresa también el desigual acceso a los recursos, sino más bien destacando el sentido positivo que tiene para ellas en este contexto de pobreza estructural.

## **1.2. Actos performativos de buenas madres**

En el capítulo anterior esboqué el significado que tiene para las madres el hecho de que sus hijos pequeños hayan trabajado y señalé cómo las expectativas que construyeron sobre las modalidades específicas de dicho trabajo estaban marcadas por una revisión de su propia infancia. En los comentarios finales del capítulo cité una frase que propongo analizar aquí en términos de cuidado. Mirta, quien trabajó desde pequeña en la cosecha de yerba mate junto a sus hermanos, madre y padre, señaló a través de la frase que retomaré el valor moral y de transmisión que supone incorporar a sus hijos en tareas productivas. “Enseñarles a que sepan hacer algo el día de mañana”, refiriéndose en particular a cómo hacer artesanías con piedras preciosas y/o vidrio, tiene que ver con una posibilidad de

generar ingresos monetarios gracias al recurso natural de la zona que atrae turismo y a la vez con una preocupación y responsabilidad por la vida de los otros, en este caso sus hijos. Ella entiende que enseñarles a trabajar, en una etapa de la vida que considera especialmente adecuada para que la escuchen y le presten atención sobre cómo hacerlo, es una inversión para el futuro, una forma de garantizarles un bienestar, y, tal vez, su única herencia. Desde su perspectiva, las “leyes contra el trabajo infantil” terminarán perjudicándolos en el futuro porque impiden ese aprendizaje por fuera del ámbito escolar, al que no sólo no se opone sino que promueve y que a su vez será clave para permitirles subsistir en ese medio. Dicho en otros términos, si esas leyes y programas rezan condenar al trabajo infantil, para Mirta la condena es impedírsele. Que haya expresado al mismo tiempo lo que según ella es mejor para sus hijos y lo que dicen las leyes no es un detalle menor porque, como he señalado en el Capítulo 2, desde esa mirada normativa se estigmatiza a las familias criollas en las que hay niños que venden piedras preciosas. Esa mirada normativa (que no se restringe a políticas sobre trabajo infantil) supone una forma hegemónica de cuidado materno que deslegitima prácticas de crianza como las que Mirta y otras madres llevan a cabo. Incluso en otros contextos latinoamericanos se produce sistemáticamente una noción de mala madre debido a sentidos y prácticas locales que no se ajustan a los parámetros dominantes de maternidad y crianza que “pasan por alto la opresión estructural, la injusticia económica y las tradiciones culturales (Fonseca, 2005; Goldstein, 1998; Hecht, 1998; Leinaweaver 2008; Scheper-Hughes, 1992<sup>168</sup>)” (Campoamor, 2016:153. Mi traducción).

Dicho de manera esquemática, lo que a Mirta la convierte en una madre irresponsable, negligente o incluso explotadora (por propiciar que sus hijos trabajen) desde esa óptica normativa, es contrastado por ella misma con una lógica de cuidado que la posiciona como una buena madre, preocupada por el bienestar de sus hijos. En este punto, queda en evidencia cómo cuando se habla de la infancia se construyen a la vez sentidos sobre lo que sus cuidadores, fundamentalmente las madres, deberían hacer. Ahora bien, ¿qué debe hacer una buena madre en este contexto? y ¿de qué manera se constituyen mutuamente el trabajo infantil y el cuidado?

De la experiencia de Mirta y sus hijos, así como otras que se verán a continuación, se desprenden varios aspectos que a la vez se corresponden con las definiciones de cuidado

---

<sup>168</sup> Cabe mencionar que el libro citado por Campoamor (2016), *La muerte sin llanto* de Nancy Scheper-Hughes (1992) ha sido objeto de múltiples críticas y controversias. Ver Romero Noguera (2004), artículo en el cual se sintetizan las principales.



apuntadas en la introducción. Evidentemente, el cuidado de los hijos trasciende la dimensión material y productiva, y no comprende solamente el tiempo presente. Porque además de ocuparse de lavar su ropa, cocinarles, despertarlos para ir a la escuela, llevarlos a controles de salud, entre otras tareas cotidianas que permiten la producción<sup>169</sup> de la unidad doméstica, implica acciones que están vinculadas al futuro. Más precisamente, a hacer lo que esas madres consideran que supondrá un buen futuro para ellos. En el caso de Mirta, hay una referencia implícita a un futuro en el que ella no está: cuando enfatiza la importancia de darles “alguna herramienta para el día de mañana”, a través de enseñarles a trabajar desde pequeños, coloca una dimensión ética, moral y afectiva del cuidado como una manera de brindarles lo que considera mejor. Análogamente, Campoamor (2016) señaló en su análisis sobre niños vendedores en las calles de Lima que las madres promueven el trabajo infantil para que tengan una posibilidad de sobrevivir si ellas se mueren. Es decir, responde más a un deber ético de las madres de inversión en el futuro de los hijos, previendo que la muerte de esas mujeres es una posibilidad y quedarán solos eventualmente, que a la obtención de un beneficio material inmediato para ellas (forma en la cual son interpeladas las madres pobres por discursos que las consideran como las principales explotadoras de sus hijos) (Campoamor, 2016).

Por otra parte, hay una dimensión de poder implicada en el cuidado en lo que cuenta Mirta. En este caso se trata de una relación de poder basada en la edad, entre quien cuida y quienes son cuidados. Darles herramientas para el futuro venía acompañado de desestimar otras actividades que los niños podrían haber desarrollado en el momento en que vendían o pegaban el vidrio en los *arbolitos*. Lo que a Mirta le parecía lo mejor insumía tiempo: tiempo de trabajo y no de estar en la casa de un vecino jugando o de estar mirando la tele, andar en bicicleta, etc. No obstante, el hecho de que sus hijos trabajen tal como espera su madre no ha estado exento de apropiaciones particulares de cada uno de ellos según su edad y subjetividad, como mostraré a continuación.

Casi todas las personas que conocí en el marco del trabajo de campo hablaban bastante sobre su vida, la de sus hijos, su historia y lo que fuera surgiendo en el diálogo de las entrevistas. Mirta no era una de ellas, por eso es que fue recién luego de algunas visitas a su casa que un día me dijo aquello que cité en párrafos anteriores. Ese día estaba sola con sus tres hijos, los que aún viven en su casa, Mariano (15 años), Lucas (14 años) y Felipe (9 años). Su marido, Roberto (40 años aproximadamente) se había ido al *pedral*.

---

<sup>169</sup> Ver discusión planteada sobre la distinción entre reproducción y producción doméstica en la Introducción.

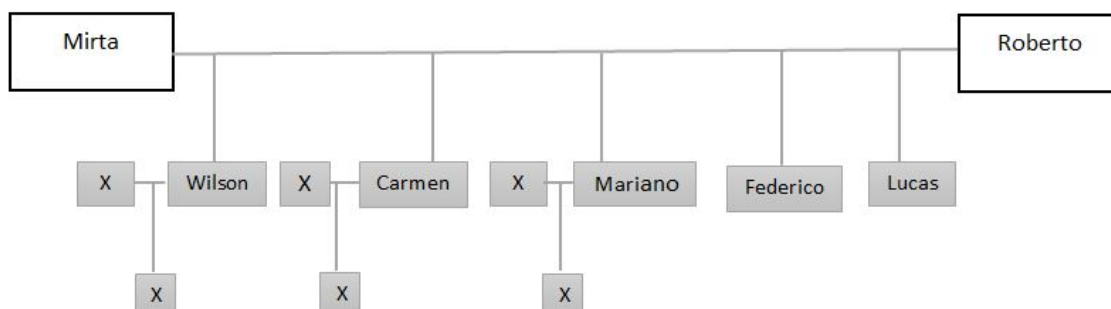


Gráfico n° 9. Esquema de parentesco de la unidad doméstica de Mirta y Roberto.

A las pocas horas llegó en su moto (siempre que puede va en moto porque la vuelta se hace demasiado cansadora por el peso de las piedras) y se sumó a la casi finalizada conversación. Mirta estaba sentada en la galería de su casa con Felipe a upa de ella y sus otros dos hijos al lado suyo. Debido a la cercanía que hay entre su casa y una de las minas de la zona, apenas a unos metros y justo enfrente, no se ven forzados a salir (como sí tienen que hacerlo quienes viven lejos de las avenidas por las que transitan los turistas) porque los autos pasan literalmente por la puerta. Con el mismo material con el que está hecha su vivienda, paredes de madera, piso de cemento alisado y techo de chapa, construyeron un monoambiente de  $2 \times 2 \text{m}^2$  aproximadamente a la vera de la calle, donde tienen guardadas las piedras y los *arbolitos* que hacen. Generalmente, y sobre todo cuando hay mucho turismo, ponen unas sillas y se quedan allí sentados varias horas para no perderse la posibilidad de vender sus artesanías cuando pasan los autos.

Durante el trabajo de campo, un día los visité en el puesto de ventas. El primero que me habló fue Mariano. Contó que de todas las tareas que implican el trabajo que hacen, lo más “copado” le parece vender, “porque te juntás a tomar un tereré y vendés”. Esto (y en correspondencia con lo planteado en el Capítulo 2) nos alerta sobre los límites de pensar una categoría de trabajo infantil que excluya otras dinámicas concurrentes (por ejemplo, que no se pueda jugar o que no haya recreación, entre otras cosas, mientras se trabaja). Si bien algunas veces acompañó a su padre a sacar piedras, dejó de hacerlo porque no le gusta o, como dijo él mismo: “yo ya me aburrí de ir al *pedral*, es muy lejos, hay que caminar mucho y además no me gusta porque transpirás, hay muchos mosquitos”. En cambio, prefiere “torcer el alambre”, pintar el vidrio roto con témpera, y en caso de usar piedras lavarlas (todas estas tareas las lleva a cabo junto con Mirta y su hermano Lucas) y vender. Mientras conversaba con Mariano, Felipe corría a los autos que pasaban y volvía con los billetes en la mano a gritarles a sus hermanos: “mirá, mirá lo que hice, vos no hiciste nada”. Como me dijo Mirta mientras se reía de cómo el más pequeño provocaba a sus

hermanos mayores, “a él le encanta vender”. De hecho, el único momento en el que Felipe participó de la charla fue cuando salió el tema de la venta y dijo que a él también le gustaba. Él no va al *pedral* ni lo dejan estar cerca del molino cuando está encendido porque “es muy chiquitito todavía”, dijo Mariano.

Es posible ver la agencia de estos niños en el sentido de que una apropiación particular de la actividad económica que realizan en familia. Más precisamente, hacen lo que les gusta, les divierte (incluyendo competencias entre ellos por quién gana más dinero que muchas veces causan peleas) y lo que aburre, por ejemplo, es dejado de lado y realizado por su padre. No repiten el discurso materno acerca de la importancia del trabajo sino que significan sus prácticas desde lo que resulta “copado” hacer. Esto no significa que deciden en completa libertad pues la agencia, tal como la entiendo siguiendo a Ortner (2006), no se da en un vacío social y las personas no son agentes totalmente libres que pueden controlar completamente las relaciones para lograr sus objetivos. Desde este marco, cuando destaco los modos singulares en que participan y cómo lo significan, no omito su posición desigual en la estructura social, en este caso familiar, basada en la edad. Mirta da cuenta de su posición de autoridad pero también del espacio que ella misma brinda para que sus hijos trabajen a su manera.

Yo se que la ley dice que no hay que poner a trabajar a los chicos pero decime vos: si a un chico después de los 14 o 15 años lo mandás a hacer algo, ¿te va a hacer caso? No. Después no te dan bola, es más difícil. Yo pienso de esa forma y no me van a hacer cambiar de opinión. Es importante que aprendan a valorar lo que ganan. Si él [dice, señalando a su hijo mayor] quiere jugar a la pelota que juegue, yo no tengo problema en eso. Pero que haga algo para tenerla. Así va a cuidar las cosas, si le costó tenerlo. En cambio, yo tenía que trabajar si o si en la chacra, si queríamos o no, todos por igual. (Entrevista, 26/7/2015)

Por otro lado, una de las cuestiones que también aparece articulada a la figura de una buena madre es “no dejar solos” a los hijos mientras venden piedras en la calle. Considero que tanto “enseñarles” a trabajar como “no dejarlos solos” son actos performativos que se identifican localmente con una buena madre. Tomo la acepción de actos performativos que usa Butler (1998) para discutir la idea de que el género es una identidad estable. Siguiendo la célebre cita de Simone de Beauvoir “mujer no se nace, se hace”, Butler argumenta que el género no es un hecho y no hay una esencia que exprese o exteriorice. Más bien, se trata de una “identidad instituida por una repetición estilizada de actos en el tiempo”, es decir, es un “resultado performativo que la sanción moral y el tabú compelen a dar” (p. 297). Es desde esta perspectiva, según la cual son los “diversos actos de género [los que] crean la idea del género” (p. 301), que propongo analizar cómo se

construye o crea la idea de una buena madre a partir de ciertos actos repetidos. Uno de ellos es ir a trabajar con los hijos para no dejarlos solos, aspecto que ha emergido reiteradamente en las entrevistas realizadas así como también ha sido puesto en juego en situaciones en las que estuve presente. Una de esas situaciones tuvo lugar durante una de las tardes que compartí con Teresa (55 años)<sup>170</sup>, una mujer que vende piedras y artesanías varias que le compra a terceros hace ya más de una década, en un puesto que tiene sobre la avenida. Era feriado (Semana Santa) por lo que había bastantes turistas y también vendedores, entre los que se encontraban dos pequeños grupos de niños cuyas edades oscilaban entre los 8 y 13 años de edad. En un momento pasó una camioneta del municipio (tenía pintado el escudo de Colonia Wanda y decía “Tránsito”), frenó donde estaban esos dos grupos y se bajó un policía a decirles a los niños que no podían estar haciendo eso sin compañía de algún adulto, que se vayan a su casa. Mientras los niños agarraban las piedras que tenían para vender y se retiraban de la avenida hacia sus casas, Teresa comentaba con otra vendedora que estaba cerca: “-pobrecitos, miralos”, “pero ¿cómo van a estar solos, cómo los van a dejar solos sus padres”, “yo salía con la *gurisada* siempre, nunca los dejé solos” (Nota de campo, 17/4/2014). En esta breve conversación se puede ver por un lado cómo las mujeres

performan la maternidad enfatizando la “visibilidad maternal”, esto es, estar en los lugares apropiados en los momentos indicados. [Y] (...) cómo esta habilidad de actuar visiblemente una performance de “buena madre” es movilizadora más generalmente por las mujeres para establecer fronteras y distinciones, reforzar jerarquías, y construir solidaridades. (Llobet y Milanich, 2014:67)

Estar en lugares apropiados y en momentos indicados, siguiendo a las autoras, es para estas madres estar junto a sus hijos mientras trabajan. Desde esa lógica Teresa enfatiza haberlo hecho con la *gurisada* y a la vez se diferencia moralmente de quienes no lo hacen, en este caso las madres de esos niños que os habían dejado solos vendiendo en la calle. Por otro lado, no dejarlos solos implica a la vez una manera de propiciar un tipo de trabajo de infantil más cuidado que otros (Frasco Zuker, 2016d). Dicho en otros términos, se trata de una práctica de cuidado en tanto se performa lo que es considerado bueno (Mol; Moser; Pols, 2010) para sus hijos. Ahora bien, ¿qué efectos supone dejar a los hijos solos como para que sea algo tan reiterado y sancionado? En los relatos de estas mujeres la *mala junta*<sup>171</sup> lo explica: juntarse con gente que anda robando o en *el vicio* emerge como una

---

<sup>170</sup> En el apartado Salir del encierro me detendré en su trayectoria.

<sup>171</sup> Expresión nativa utilizada para aludir a personas que no trabajan y son por ello consideradas *vagas*, que tienen adicción al alcohol y/o drogas así como también a quienes roban.

posibilidad si están solos o, como señaló Romina, si están “sin hacer nada”, por lo que ella es prefiere que la *gurisada* trabaje y no ande robando. Ese tiempo de soledad y/o de no estar haciendo nada es visto como una exposición, un riesgo, como algo *malo*.

En suma, es de buena madre enseñar a trabajar, estar junto a los hijos, no dejarlos solos mientras venden piedras y esto redundo en que ellos ganen las cosas con su propio esfuerzo. Por el contrario, no cuidarlos y dejarlos solos significa para estas madres la posibilidad de la “mala junta” y la “vagancia”. Es decir, no solamente las mujeres performan la maternidad al estar en lugares y momentos adecuados sino que a la vez se producen tipos de hijos según sigan o no ciertos parámetros esperados vinculados a su cuidado: hijos cuidadosos, trabajadores o hijos que roben o sean “vagos”. En el contexto de precariedad extrema donde transcurren sus vidas, ello no sólo tiene valor moral en tanto producción de un sujeto trabajador, sino que permite conjurar los riesgos a los que se exponen niños y jóvenes -varones- abocados a la “vagancia”: caer en tramas criminales que transformen al “hijo” en “pibe chorro” y, al hacerlo, lo condenen a la cárcel o una muerte temprana.

La moral de ser trabajador como subjetivación de clase y los peligros asociados a la vagancia fueron también estudiados por Sherry Ortner (2006) y Mariano Perelman (2014). En el análisis que realiza Ortner (2006) sobre el “haragán” permite esclarecer mejor lo que plantean estas madres de Wanda. En el marco de una investigación sobre clase social y cultura en Estados Unidos, realizada con integrantes de la llamada Generación X (quienes nacieron entre los años 1961 y 1981<sup>172</sup>), la autora toma la “figura clásica” (p. 121) del haragán para hablar tanto de las preocupaciones de los padres como las de sus hijos jóvenes y cómo éstas se relacionan, a su vez, con la clase social. Si bien el referente empírico de Ortner (integrantes de una generación de clase media alta) es muy diferente al de esta tesis, la autora brinda algunas definiciones y preguntas que, no obstante, resultan buenas para pensar el propio caso. Concretamente, el haragán es aquel chico de clase media alta que ha caído en la escala social, que no trabaja por tiempo prolongado, consume drogas, fracasa en la escuela, etc.

El haragán es la imagen de esos chicos que descienden (o que tienen la posibilidad de descender) en la escala social sin que eso les importe siquiera. Más que marcadores de un tipo social, los haraganes son modelos de la angustia de los padres, retratos de los temores más profundos de los padres de clase media alta. Más aún, para esos padres, los haraganes son contradicciones que todavía no se han materializado: ¿Cuándo (si alguna vez ocurre) se acaba el respaldo de los padres? ¿Cuándo se debe dejar de ayudar económicamente a los

---

<sup>172</sup> Entre otras variables que definen el grupo de estudio, como por ejemplo criterios económicos. Ver Ortner, 2006.

hijos? Después de todo, el propósito de la ayuda era dar impulso a los hijos para facilitar su movilidad ascendente y concederles el tiempo necesario para el gran salto. Cuando ese período se prolonga demasiado, los padres se dan cuenta de que, en realidad, han financiado la movilidad descendente de los hijos (Ortner, 2006:123).

Como puede verse, la figura del haragán incluye variadas características y fundamentalmente es definida por los sentimientos y dilemas que produce en sus padres. La *mala junta* y la *vagancia* pueden ser leídas en esta clave en tanto que también suponen una relación entre madres, padres e hijos y en tanto que implican valores morales, deseos y sentimientos vinculados a la clase social, en este caso la clase trabajadora. De hecho, la vergüenza que produce “no hacer nada” o robar, entendido en oposición al trabajo - remunerado o no, doméstico o no-, refuerza este punto de vista.

Por otra parte, a raíz de un estudio en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Perelman (2014) encontró que este tipo de contraposiciones discursivas entre trabajar versus robar o ser vago, no deben pensarse por fuera de valores individualistas que el neoliberalismo contribuyó a construir a propósito del trabajo entendido como problema meramente individual. Desde este marco sostiene que si bien el cirujeo (práctica que analiza el autor) es producto de la caída de miles de personas en la desocupación es también consecuencia de una serie de “procesos disciplinadores que hacen del hombre un trabajador, y de la incentivación del trabajo a cualquier costo como modo de producir ‘dignidad fetichizada’<sup>173</sup>” (Perelman, 2014:58). En este mismo sentido, para las familias del Puerto Wanda el orgullo por trabajar se opone con salir a robar, una conducta moralmente inadmisible aún en la situación de pobreza estructural en la que se encuentran.

### **1.3 Más allá del amor maternal**

El cuidado comprende diferentes dimensiones, tipos de actividades, instituciones y relaciones interpersonales que se orientan al sostenimiento de necesidades físicas y emocionales de otros para vivir de la mejor manera posible (Fisher y Tronto, 1990). Tal como he mostrado en los casos recientemente analizados, esas dimensiones involucran aspectos materiales, emocionales y morales. Lo que para estas mujeres es considerado como lo mejor para sus hijos no está exento de las condiciones materiales de existencia en las que esa moral se despliega.

---

<sup>173</sup> El autor se basa en la noción del fetichismo de la mercancía de Marx y alude desde ese marco a la dignidad fetichizada “en tanto es la idea de trabajo la que parece conferir dignidad ocultando los procesos de producción, la construcción hegemónica en torno a la idea de trabajo y las desigualdades que se generan en relación a los tipos de integración social y de distribución de la riqueza a partir del empleo” (Perelman, 2014:58-59).

A medida que fui profundizando el vínculo con ellas fueron apareciendo cuestiones más pragmáticas que me permitieron advertir la insuficiencia de explicar al trabajo infantil como una cuestión de socialización de los niños basada en la abnegación y el sentido del esfuerzo propio. La expresión “yo no iba a dejarlos solos” empezó a ser acompañada por otras tales como “no tenía con quién dejarlos”, “a mí nadie me decía, -dejá, andá a trabajar que yo te los cuido”. Advertir tal modificación fue clave para incluir en el análisis una dimensión diferente del cuidado, al tiempo que da cuenta de la transformación del vínculo que establecí con mis interlocutoras. Considero que esas primeras respuestas respondían a una imagen que tenían de mí (me han dicho desde periodista, asistente social hasta “ella te escucha y después analiza todo”) y lo que esperaban que yo difundiera o analizara luego. Es decir, una imagen de esfuerzo y amor materno, de preocupación por el bienestar de los hijos, de valía moral de sus propias identidades. La inclusión de aspectos más pragmáticos vinculados al trabajo infantil responde a un afianzamiento de nuestro vínculo y también a una transformación propia: la apertura del tema de investigación (proceso detallado en el Capítulo 1) fue a la vez una apertura en las preguntas y en mi modo de posicionarme frente a esas mujeres. En otras palabras, fue también el pasaje de una mirada con cierto moralismo y centrada en el discurso de las interlocutoras a una más abierta e interesada por las formas prácticas de resolver el trabajo de cuidado cotidiano. Justamente, prestar atención a esta arista del cuidado permite comprender con mayor precisión por qué los niños participan de actividades laborales en el lugar de estudio, sobre todo si se adopta una visión multidimensional, no fragmentada y transversal de los cuidados (Daly y Lewis, 1998; 2000 *apud* Palomo, 2008). Es decir, una visión de los cuidados como organización social que no naturalice las dicotomías a través de las cuales ha sido pensado históricamente este tema y saque de la esfera privada, femenina y atribuible al amor maternal a una actividad en la que se cruzan instituciones, actores sociales, sentidos y prácticas y por lo tanto “pone de manifiesto la dinámica de interdependencia entre factores estructurales, tendencias políticas e ideológicas y ‘cierto estado de cultura’” (Faur, 2014:50). Así, el cuidado infantil se produce en la relación entre distintos “pilares del bienestar” (Esping Andersen, 1990) -Estado, familia, mercado y comunidad (Razavi, 2007)- y responde a supuestos culturales y políticos sobre deberes y derechos atribuidos a grupos sociales específicos (lo cual puede implicar un afianzamiento o transformación de la división sexual del trabajo según la cual los varones son proveedores y las mujeres cuidadoras).

En contextos caracterizados por la precariedad laboral, el análisis de la organización social del cuidado permite mostrar cómo y por qué se refuerza la desigualdad entre clases sociales y entre géneros. Teniendo en cuenta las características de Wanda relativas al mercado laboral, las condiciones de vida en barrios periurbanos y el desempleo creciente, ni la mercantilización del cuidado infantil ni los servicios de cuidado provistos por empleos formales constituyen pilares que permitan conciliar familia y trabajo a las unidades domésticas.

Además, considerando que la principal actividad económica de la zona, la forestación, es realizada por varones y que las mujeres trabajan de manera informal en la venta de piedras o como personal doméstico, se restringe aún más la posibilidad de contar con cuidado infantil vía protección de la madre trabajadora en el régimen laboral. En este escenario, la única posibilidad de desfamiliarizar (Faur, 2014) el cuidado infantil a través del Estado está dada por la obligatoriedad de la educación básica que en Argentina comienza a los 4 años de edad. Según la Ley 27.045, sancionada en el año 2015, la educación inicial es un derecho a partir de los 45 días hasta los 5 años de edad para niños y niñas que residan en el país. Aunque desde el punto de vista normativo constituya un derecho universal (Marzonetto y Enríquez, 2017), la oferta de escuelas públicas varía según la edad: mientras que tiene alta presencia en la sala de 5 años disminuye fuertemente en las salas de menor edad (Zibechi, 2013). Y estas salas están, además, distribuidas de forma fuertemente desigual según regiones y estratos socioeconómicos: en sala de 3 años (que es un derecho pero no es obligatoria) “la cobertura en la región Centro es del 56,4%, mientras que en el NEA es del 15,2%” (CIPPEC, 2015:44). Esto se corresponde con la situación de Wanda: la escuela pública de la zona del puerto que cuenta con nivel inicial tiene sala a partir de los 4 años de edad. Asimismo hay otra institución de cuidado infantil en la zona, una guardería-jardín llamada “Niño Jesús”<sup>174</sup> destinada al cuidado de niños de 3 y 4 años de edad.

Teniendo en cuenta que la “lente” (Esquivel, 2012) de la organización social y política del cuidado implica una mirada simultánea al mercado de trabajo remunerado, cabe destacar la implementación de dos políticas sociales nacionales que han tenido incidencia sobre las condiciones laborales en general y que de manera más o menos

---

<sup>174</sup> Debido a los altos índices de desnutrición (48%) y las condiciones de vida precarias de los barrios del Puerto Wanda, dos monjas pertenecientes a la orden española Obreras del Corazón de Jesús fundaron en el año 2002 la guardería-jardín. Si bien durante los primeros años había salas de 0 a 4 de edad que funcionaban en una franja horaria de 8:30 a 12, en la actualidad solamente hay salas de 3 y 4 años por dos horas (en dos turnos, mañana y tarde). La matrícula del año 2016 era de 80 niñas y niños. Estos datos fueron proporcionados por una de las monjas a cargo de la institución (Entrevista Abril, 2016).



explícita incluyen medidas en torno al trabajo y cuidado infantil. Por un lado, la reforma en el Régimen de Trabajo Agrario a partir de la creación del Nuevo Estatuto del Peón Rural en el año 2011 (Ley 26.727) y por el otro la implementación de la AUH en el año 2009, produjeron algunas mejoras en las condiciones laborales, con relación a legislaciones anteriores<sup>175</sup>, e impactaron en que se acentúe la masculinización de los asalariados rurales. En la cosecha de yerba mate, que constituye una de las principales y pocas alternativas laborales en la zona de estudio, la implementación de la AUH trajo aparejada una disminución del trabajo femenino e infantil por dos motivos. Por un lado, considerando que uno de los requisitos para su cobro es la escolarización de los hijos, las madres y los padres se ven obligados a respetar el calendario escolar de los niños. Por otro lado, como sostiene Roa (2015), el ingreso monetario de la asignación

suele ser equivalente al aporte de las cónyuges e hijos en la ayuda en la cosecha, por lo que las mujeres prefieren quedarse en el hogar con sus hijos (en el cálculo costo-beneficio de las familias resulta igual de redituable que lo obtenido por la ayuda familiar). (p. 121).

Por su parte, el Nuevo Estatuto del Peón Rural “plantea una clara postura de cuidado y control en torno a la salud y las integridades físicas de niños niñas y jóvenes” (Re, 2017:405). En el marco de una serie de mejoras en torno a la duración de la jornada laboral, las formas de remuneración, condiciones de vivienda, salud, alimentación y licencias de las y los trabajadores<sup>176</sup> (incluso temporarios), exige a los empleadores la creación de espacios de

contención y cuidado para los hijos e hijas de asalariados/as, pero no especifica el tipo de establecimientos donde se deben presentar estos servicios, ni el mínimo de trabajadores que deben poseer, así como la edad de los niños y niñas a partir de la cual deben habilitarse las salas de cuidado, lo que ha dificultado su implementación (Re, 2017:405).

Dichos espacios se encuentran orientados a la prevención del trabajo infantil por parte de hijos e hijas de los trabajadores agrarios, tal como sostiene específicamente el

---

<sup>175</sup> Previo a esta Ley, las relaciones laborales en el agro eran reguladas por la Ley de Trabajo Agrícola de 1980 (N° 22.248). Su aplicabilidad fue históricamente escasa, fundamentalmente la regularización de la situación de los trabajadores no permanentes o temporarios, quienes no estaban cubierto por la legislación laboral, ni la seguridad social, carecían de cobertura médico asistencial para sí mismos y sus familias, no tenían derecho al cobro de salario familiar, ni seguro de desempleo, ni seguro por accidentes de trabajo. En 1999 se sanciona el sistema de Libreta de Trabajo destinado a los trabajadores rurales permanentes y transitorios. Se trató de un documento personal del trabajador en el cual el empleador debía consignar su acreditación en el sistema de previsión social. Sin embargo, en la práctica los niveles de empleo en negro continuaron (75 % por ciento) y los trabajadores temporarios -en su mayor parte no registrados- se mantuvieron al margen de cualquier tipo de derecho laboral (Aparicio, 2005; Fomento y Ferrazzino, 2001; Página 12, 2008 *apud* Roa, 2015).

<sup>176</sup> Iguala estos derechos con la Ley de Contrato de Trabajo 20.744/74 que regula las relaciones laborales en los sectores urbanos (Re, 2017).

Artículo 64 de la Ley 26.727<sup>177</sup>. No obstante, de acuerdo a mi propio trabajo de campo y según investigaciones recientes del sector yerbatero en Misiones (Traglia, 2014; Roa, 2015; Re, 2017) aún no están en funcionamiento esos espacios de contención y cuidado. En parte por ello es aún frecuente observar niñas y niños menores de 5 años junto a sus madres y padres en diversos espacios y actividades laborales.

Aunque sería muy simplista -y de algún modo contradictorio con los hallazgos de esta tesis- proponer que el trabajo infantil se vería totalmente erradicado si hubiera más espacios de cuidado infantil, la carencia de éstos ha sido señalada por las madres como una de las razones para llevar con ellas al trabajo a sus hijos e hijas. Nótese en este punto la diferencia entre enseñar a trabajar y llevar a niños menores de 5 años a trabajar: aunque en ambos casos hay presencia de niños en contextos laborales en uno se limita a compartir un espacio tiempo de trabajo y cuidado frente a una falta de instituciones, redes de parentesco, etc., y en el otro se trata de una práctica que comporta en primer lugar un valor moral y material. Pero en un caso y otro se trata de niños junto a sus madres realizando una de las pocas actividades económicas feminizadas fuera del hogar y cuidándolos al mismo tiempo en ámbitos públicos y en el marco de un mercado de trabajo asalariado cada vez más masculinizado. Es decir, son las mujeres quienes quedan a cargo de la crianza de los hijos y las que intentan resolver todas las actividades y tensiones que ello implica. En otras palabras, esta es la forma en que en Misiones declina la relación entre lo femenino y el cuidado: son las mujeres las sujetas de conciliación entre familia y trabajo y bajo este supuesto se articulan, por convicción u omisión (Faur, 2005), las políticas públicas y la regulación del trabajo. Así, la concentración en las mujeres de las responsabilidades de cuidado y su “peor participación en el mercado laboral” (Enríquez y Marzonetto, 2016:106) reproducen la desigualdad entre géneros en distintos escenarios de la vida social.

### **1.3.1 El deber femenino de cuidar**

En efecto, en capítulos anteriores (2 y 3) mostré cómo se producen estas diferenciaciones y desigualdades en las relaciones de género a medida que niñas y niños se van socializando. Y, en particular, cómo el pasaje de la niñez al *hacerse hombre* y *hacerse mujer* está

---

<sup>177</sup> El Programa Buena Cosecha se dirige precisamente a esos fines al promover la creación de Centros Socio-Educativos Rurales (CSER), destinados a contener a los hijos menores de 16 años de los trabajadores rurales de temporada migrantes durante los meses de la cosecha de la vid y otros frutales, mediante la gestión asociada del Estado (Gobierno nacional, provincial y municipal), sindicatos y empresas a fin de erradicar el trabajo infantil.

marcado por una diferenciación de tipos de trabajo y espacios, tal como sucede en otros contextos de estudio (Schiavoni, 2003; Waisgrais, 2007; Aparicio, Aguilera y Re, 2012; Halperín, 2012; Rausky, 2015; Allemandi, 2015; Campoamor, 2016): de la venta de piedras en la calle los varones pasan a tomar empleos vinculados al monte o a hacer diversas *changas* afuera de su casa mientras que las mujeres realizan todo tipo de actividades que permiten la producción de la vida cotidiana de los integrantes de las unidades domésticas en el ámbito de sus hogares. En este apartado analizaré las formas en que la ideología maternalista, que siguiendo a Faur (2014) es aquella heredera del modelo de provisión masculina/cuidado femenino que define a la madre como mejor cuidadora de la familia o como cuidadora ideal, se presenta en la trayectoria de mujeres que salieron a vender piedras con sus hijos y las formas heterogéneas que adquiere. Luego, me detendré en la manera que dicha ideología se pone en juego en el CAPS, que junto con la escuela<sup>178</sup> es otra de las instituciones locales públicas vinculadas al cuidado infantil. Asimismo, la elección del CAPS se funda en la particular focalización de sus intervenciones socio-sanitarias en la población materno-infantil, resultando por ello un ámbito privilegiado para observar cómo se refuerza la maternalización de las mujeres (Nari, 2004) desde instituciones estatales así como también las formas en que se legitiman o deslegitiman ciertas prácticas de crianza llevadas a cabo por las madres, considerándolas adecuadas o inadecuadas desde la perspectiva del saber médico (Colangelo, 2012).

### **1.3.1.1 Salir del encierro**

Las trayectorias de las mujeres que presentaré a continuación dan cuenta de formas de organización doméstica del cuidado legitimadas por una ideología maternalista pero también plantean ciertos desafíos a la idea de retradicionalización de los roles de género (Llobet y Milanich, 2014). Para poder visibilizar esto es clave una aproximación teórico metodológica que no subsuma las prácticas e interacciones cotidianas en las que se “hace” el género en una mirada que solamente se focalice en aspectos estructurales que oprimen a las mujeres sin captar heterogeneidades y trayectorias que dan cuenta también de agencia (Ortner, 2006). En términos de Faur,

El concepto de “hacer género” nos permite adoptar una perspectiva dinámica según la cual sería a partir de la práctica cotidiana que se construyen, reproducen y legitiman ciertos

---

<sup>178</sup> Durante el proceso de análisis de datos de campo y escritura de esta tesis se sumó una nueva escuela pública a la zona de estudio debido a la gran demanda que había sobre la única escuela pública que cuenta con nivel inicial y primario. Se inauguró en el 2017 y se trató de una relocalización de una escuela no de la creación de una nueva, y en el año 2018 se desdobló la “plurisala” de 4 y 5 años de nivel inicial.

estereotipos, modelos y relaciones sociales que tienen asiento en cada cultura (West y Zimmerman, 1990), pero también donde se los puede cuestionar y transformar, en tanto no se trata de estándares biológicos invariables sino de dimensiones sociales y dinámicas, aun cuando el ritmo de cambio no sea igual para distintas mujeres, familias, comunidades y sociedades. Tampoco para los distintos varones. Es en el juego de interacciones y relaciones familiares donde se establecen las negociaciones dentro de la pareja, la aceptación o no de las mujeres de estos mandatos, su evaluación frente a otros parámetros. (Faur, 2012:119-120).

Teresa es una de las pocas mujeres de su generación que continúa vendiendo en la calle, hace ya más de diez años. Es una de las vendedoras que primero llega a la avenida, alrededor de las 10 hs. empieza a sacar de sus dos bolsos negros los *arbolitos* y las piedras, los acomoda en una mesa y se queda ahí durante todo el día, casi todos los días. Por eso todas las conversaciones que mantuvimos fueron ahí. La mayoría de los días va sola, o bien junto con un sobrino con el que vive (de 22 años de edad). La última vez que conversé con ella estaba vendiendo junto con un niño de 12 años y su hermana de 8, a quienes no había visto antes en ninguno de los viajes que hice a Wanda. Le pregunté quiénes eran y me contó que eran hijos de un matrimonio de vecinos que eran alcohólicos y los maltrataban, por eso Teresa les pidió permiso para llevarlos un rato a estar con ella y “sacarlos de ahí”, es decir de su casa. “Les encanta ayudarme a pegar las piedritas y además como los turistas en general les dan una propina y con eso ellos se compran zapatillas al menos porque con los padres que tienen, pobrecitos...” (Nota de campo 21/7/2015).

La historia de Teresa es fundamentalmente una historia de cuidado de otros. Ahora como vecina, pero también como tía, madre, esposa e hija. Comenzó cuidando a su padre luego de que tuviera hemiplejía a partir de una mordedura de víbora cuando cosechaba yerba en el monte. En ese momento ella tenía 13 años y, dada la gravedad del estado de salud de su padre, dejó la escuela en 7° grado para estar permanentemente con él. Si bien no era única hija, ella tuvo que asumir la responsabilidad de cuidarlo porque su madre “se fue de la casa” (Nota de campo, 16/4/2014) un par de años antes y sus hermanos debieron continuar *tarefeando* para (además de la reproducir la subsistencia de la unidad doméstica) pagar los costosos medicamentos que el padre necesitaba pues, pese a que el accidente se produjo en el espacio de trabajo y en el marco de una relación laboral, los patrones no cubrieron siquiera el costo de la medicación<sup>179</sup>.

---

<sup>179</sup> En varias oportunidades se ha señalado el carácter extremadamente informal de la contratación de tareferos en los relatos de quienes son adultos actualmente, lo que implica -entre otras cosas- que las normativas de salud laboral no sean cumplidas y que la equiparación en las condiciones de negociación que resulta de la normativa laboral no sea

Laura: Me comentaste que vos trabajaste desde niña, ¿no?

Teresa: Sí, tuve que cuidar a mi papá desde que le picó una víbora, le agarró un derrame ¿viste? Y mi papá quedó en la cama

Laura: ¿Y hasta qué edad cuidaste a tu papá?

Teresa: Hasta que me casé con 36, 37 años<sup>180</sup>, antes mantenía a mi papá, también lavaba ropa ajena, hacía pan casero... Cuando mi papá se fue recién ahí salí. Yo estuve muchos años encerrada con él, lo que no me gustaba era no tener tiempo para integrarme. Los vecinos me decían: pasate a tomar un tereré, y yo no podía. Cuando falleció le dije a los chicos: vamos a salir. Le dije a la *gurisada*: vamos a ir a probar vender piedras que acá hay muchas. Y todos ellos vinieron conmigo, y no había otra porque a la gente que le lavaba la ropa se fueron todos y quedé sin trabajo. Y, ¿cómo vamos a vivir? Y bueno, vamos a salir a vender piedras porque robar no vamos a robar. Y mi sobrino con el que me tocaba vivir, ése juntaba las piedras y se iba en la escuela. Y así yo salí del pozo, yo sentía que salía del pozo. Estuve muy encerrada en mi casa.

Laura: Vos con la *gurisada*

Teresa: Sí, ellos desayunaban bien y salíamos. Después a la escuela y cuando llegaban, se alistaban, comían cosas, yo hacía cosas bien fuertes porque pasamos casi toda la tarde. Y ya cuando estaban bien cenados y bien dormidos yo a la noche lavaba la ropa hacía pan casero para ellos, tenía vacas, tenía huevos, hacía dulce, manteca casera, todo. Y así, toda la vida trabajando. Yo vivía feliz en ese tiempo de estar ocupada, el trabajo es para vivir mejor, que no te falte nada, no pasar necesidad. Cualquier trabajo no es vergüenza, porque este es un trabajo muy sucio, nosotros cuando era el fin de semana íbamos al monte a sacar las piedritas, se hacía un pozo y ya uno encontraba... Después, cuando mi sobrino ya era grandecito, me decía: tía vos quedate a vender y yo me voy a buscar piedras. Se juntaban dos tres, y se iban con mi hijo... [Gerardo] Él de chiquito me ayudaba pobrecito. Yo le decía: ¿cómo no te vas a bañar vos? Y él me decía: si mami pero voy a descansar un ratito, pobrecito. A veces él venía y se tiraba un ratito en la cama, y me decía: haceme masaje me decía, aunque sea diez minutos. Y yo le hacía masajes diez minutos y le ponía una pomada. Y ahí me decía otros diez minutos haceme, le daba demasiado gusto. Y después decía diez minutos más y así se hacían 25 minutos, 30

Laura: ¿Cómo era un día común de la vida de Gerardo?

Teresa: Y él se levantaba a las 6 de la mañana, a veces se levantaba antes y ya estaba en la esquina, tomando mate. Él limpiaba todo y si faltaba algo, como antes había bici, agarraba la bici y subía al centro a hacer los mandados, y estudiaba de

---

lograda en este caso, aumentando la vulnerabilidad de los trabajadores. En el trabajo de campo, escuché numerosos relatos de accidentes laborales de peones forestales u otros trabajadores que no denunciaron por miedo a quedarse sin trabajo luego porque “ahí se conocen todos y después no te llaman más”.

<sup>180</sup> Nótese la edad avanzada a la que se acompañó Teresa en función del contexto. Como mostré a lo largo de los capítulos, entre los 18 y 22 años (aproximadamente, a modo de promedio) es esperable que los jóvenes se acompañen.

noche allá en el otro barrio [Señala en dirección Sur]. Apenas él venía se bañaba y se alistaba todo. (Entrevista, 16/4/2014)

Cabe aclarar que la *gurisada* a la que se refiere Teresa eran su único hijo biológico (Gerardo fallecido a los 16 años en un accidente automovilístico) y sus cinco sobrinos (todos ellos hijos de uno de sus hermanos varones con distintas parejas) a quienes crió sola, luego de que los padres de los niños “se fueran”. La pareja de Teresa “se fue” apenas unas semanas antes de que naciera su hijo “diciendo que iba a ver a su madre a Posadas y no volvió más”. En este contexto, el de una mujer a cargo de seis niños cuyas edades iban desde los 8 a 13 años aproximadamente y sin un ingreso económico estable que le permitiera mantenerlos, llevarlos consigo a “probar vender piedras” fue una manera de tenerlos cerca, a la vista, en el momento en que no iban a la escuela, esto es, una conjunción que permitía resolver las dos necesidades prioritarias: la producción de un ingreso y la gestión del cuidado -con sus dimensiones de relación afectiva. Como se desprende de su relato, no eran excluyentes ambas actividades y por otra parte Teresa incentivó siempre que continúen yendo a la escuela porque no quería que repitan su historia.

La historia de Teresa permite analizar diferentes aspectos relevantes para el universo social de las familias del Puerto. Por un lado muestra aquello que caracteriza la historia de muchas otras mujeres, es decir, el confinamiento al hogar y al desarrollo de una economía agraria de subsistencia, tareas domésticas, de cuidado. Es decir, lo que se espera de una mujer, lo que le otorga respetabilidad se vincula a la maternidad y a lo doméstico. Tal como sostiene Da Matta (1987), quien hace un análisis sobre dos espacios centrales para esta tesis, la calle y la casa no son meramente espacios físicos sino esferas de significación social que normalizan y moralizan los comportamientos. En este sentido, las constantes referencias acerca de las mujeres que salieron con sus hijos a la calle a vender piedras sobre de la honra de trabajar y el hecho de nunca dejarlos solos

ponen de manifiesto la vigencia de un universo simbólico en donde el prestigio de la mujer sigue estando vinculado al cumplimiento de las obligaciones como madre y esposa, representadas por la mujer que se queda y donde la mujer que sale amenaza la moralidad del resto y de sí misma (Gorbán, 2014:93).

Ahora bien, como anticipé al comienzo de este apartado, para las familias de los barrios periurbanos de Wanda tiene una cierta legitimación social que las mujeres salgan a vender con sus hijos porque allí se combina la honra femenina y la honra del trabajo. En este sentido, la calle y la casa no deben pensarse como dominios dicotómicos en el contexto de estudio sino más bien con fronteras permeables pues aún fuera de casa y en el

marco de una actividad económica y lúdica, estas mujeres siguen cumpliendo el deber socialmente asignado de proteger a los hijos. Dicho en otros términos, reproducen la honra femenina<sup>181</sup> (Fonseca, 2004) pero también la disputan por estar en un espacio no “decente”<sup>182</sup>, siguiendo a Stølen (2004), y en este mismo acto de circular por la calle, encontrarse con otras mujeres y cuidar a los niños, hacen de la calle una continuidad del espacio doméstico, la domestican. O, al decir de Da Matta (1987), la “humanizan” porque despliegan relaciones personales y afectivas en un ámbito que fue y es asociado con la masculinidad, el peligro, las relaciones impersonales y deshumanizadas. Rausky, en el marco de una investigación sobre trabajo infantil en la Ciudad de La Plata, también advirtió este movimiento bidireccional que se produce entre el espacio callejero y quienes trabajan allí: “éste los moldea y da forma, pero ellos también lo hacen” (Rausky, 2011:341).

Asimismo, el relato de Teresa permite reflexionar sobre una característica presente en las familias de la zona que es comparable a la de grupos populares de otros contextos sociales (Fonseca, 1999c). Esto es, la crianza de niños por parte de familiares que no son los progenitores. Si bien en el caso de Teresa no se debió estrictamente a lo que Fonseca denomina circulación de niños, pues esta práctica involucra algún tipo de criterio (práctico, afectivo, simbólico) de los familiares que deciden llevar a cabo la transferencia de un niño o niña de una familia a otra sea a modo temporario o como una adopción propiamente dicha (Fonseca, 2006). En el caso que relato se trató de dos varones que unilateralmente abandonaron su hogar y familiares, sin embargo considero que tal concepto circulación de niños (Fonseca, 2006) permite echar luz sobre los efectos relacionales que ese abandono generó. Esto es, la formación de una red extensa de parientes que permitió crear lazos duraderos gracias a la crianza de esos niños por parte de Teresa. Actualmente, sus sobrinos la cuidan, la ayudan económicamente, van a visitarla en cuanto pueden quienes viven en otras localidades u otras provincias y el que aún vive con ella le lleva el almuerzo o el mate cuando va a vender a la calle. Otro ejemplo de un abandono que redundó en afianzamiento de vínculos es el de Patricia (ver Capítulo 2) y su nieto-hijo. Apenas unos meses después de que naciera Pablo, la hija mayor de Patricia (Myriam) se fue a trabajar a Buenos Aires y dejó a su bebé en la casa de Patricia, quien había tenido un hijo casi al mismo tiempo.

---

<sup>181</sup> Fonseca (2004) observa que la honra femenina está vinculada principalmente a ser una mujer devota y ama de casa eficiente.

<sup>182</sup> Según Stølen (2004) la decencia está dada por la idealización del amor, el matrimonio, la maternidad y la restricción de las mujeres a la esfera doméstica. La autora sostiene que a través de su alta valoración, las mujeres producen su propia subordinación.

Hace algunos años atrás Myriam comenzó a hablarle más seguido a su hijo, con quien se mantenía en contacto esporádicamente por teléfono, y le propuso ir a vivir con ella. Patricia me lo contó así: “Yo le di la teta. Le daba de una teta a él y de la otra a mi hijo recién nacido, como mellizos. Ella no le dio la teta ni lo crió, hasta dejó de mandar plata, así que no se lo lleva, yo no se lo quise dar. Acá el sacrificio lo hicimos mi marido y yo” (Nota de campo, 19/4/2014). El hecho de haber criado a su nieto como un hijo es accionado por Patricia para justificar su demanda de apoyo material y afectivo hacia el niño criado, Pablo, así como para disputarle a Myriam su lugar de madre. Según la lógica del don y la obligatoriedad que implica la reciprocidad (Mauss, 1979) se entiende más cabalmente por qué Pablo (19 años) sigue viviendo con quienes “dieron” (vivienda, alimentación, afecto, cuidados), Patricia y Rubén, y los llamara a ellos para contarles que “iban a ser abuelos” cuando se enteró que su novia estaba embarazada. Ello permite considerar cómo el cuidado y las tareas productivas en el ámbito del hogar constituyen unas dimensiones sustantivas en la creación de relaciones de linaje y reciprocidad. Esto es, lejos de limitarse a resolver problemas eminentemente prácticos, el cuidado reorganiza los vínculos familiares y construye modalidades de reciprocidad que exceden el vínculo filial.

Por último, retomando el caso de Teresa, quiero colocar una reflexión sobre la felicidad que ella menciona pues, aunque pueda tratarse de un sentimiento individual muy ligado a una experiencia subjetiva, permite pensar en cuestiones generales acerca del lugar que tienen los niños en la producción del bienestar familiar. Esto es, cómo su presencia puede representar (además de la sobrecarga de trabajo de cuidado en la figura materna) una fuente de capital material, social y afectivo que incluso pueden movilizar a las madres “salir del encierro”. La trayectoria de Isabela<sup>183</sup> permite profundizar en la comprensión de este aspecto. A sus 9 años, cuando su madre enviudó y “tuvo que salir a trabajar”, empezó a *tarefeare* junto con sus hermanos. Luego de un par de años (no recuerda si a los 11 o 12) dejó de hacerlo para encargarse de cuidar a sus hermanos menores, a los 13 *se acompañó* con Raúl y a los 15 años tuvieron su primer hijo. Las características del trabajo de Raúl fueron determinantes en el modo de vida de la unidad doméstica en su conjunto así como en los efectos que tuvo su accidente automovilístico (una paraplejía) para la dinámica familiar.

Isabela: Fue muy difícil todo, yo no sabía nada. Mi deber era cuidar mis hijos, la casa, esperarlo cuando llegaba de trabajar. Yo no salía, no iba al centro, no iba a un banco... Cuando tuve que ir a cobrar la pensión de mi marido no sabía lo que era un banco. Yo siempre dependí de él. Al principio salí a limpiar casas ajenas pero después de irme con la

---

<sup>183</sup> En el Capítulo 2 anticipé que retomaría su trayectoria en el presente capítulo.



*gurisada* a vender y ver que en un día gané más con los arbolitos no volví a más a limpiar. Yo ahora tengo ganancia, me quedo tranquila en mi casa, estoy con mis hijos. Antes me pagaban una miseria por lavar ropa ajena, trabajaba por migajas y llegaba muy cansada, no descansaba ni para comer.

Raúl: A mí los únicos que me cuidaron fueron mi esposa y mis hijos, mis parientes y todos me abandonaron. Mis hijos y mi señora no me abandonaron hasta ahora que estoy así como me ves, de pie de vuelta. (Entrevista, 21/4/2016).

Moraes (s.f. *apud* Flores, 2008) sostiene que la modernización de la producción coexiste con formas de trabajo que se consideraban eliminadas. Más aún, afirma que persisten condiciones de trabajo esclavo<sup>184</sup> pues constata que los trabajadores son inmovilizados a través del endeudamiento y quedan retenidos por la incapacidad de saldar sus deudas debido los bajos salarios “en calidad de prisioneros” (p. 28). De esa manera vivían Raúl y su familia pero con la particularidad de ni siquiera poder endeudarse porque no le pagaban en dinero por el trabajo realizado sino que le garantizaban vivienda y comida.

Tanto como para Teresa, los hijos de Isabela fueron partícipes claves en su proceso de “salir” y construir formas de autonomía. En la primera etapa, cuando Raúl no podía caminar e Isabela limpiaba casas ajenas, la *waynita* principalmente pero también el resto de sus hijos varones fueron quienes cuidaron a su padre mientras ella no estaba. Luego, cuando comenzaron a salir a vender *arbolitos* los niños tuvieron un papel central en la intermediación con el espacio exterior de la calle y con las interacciones que se producen allí con otros. Como se ha visto a lo largo de los capítulos, si la calle no es un ámbito considerado apropiado para las mujeres (aunque algunas de ellas legitimen su presencia recurriendo al trabajo y al cuidado de sus hijos) y a muchas mujeres como Isabela les produce vergüenza y en su caso extrañeza pues no salía nunca, para los niños es un ámbito cotidiano de socialización y juego. Etnografías realizadas en otros grupos sociales también evidencian cómo el carácter normativamente diferenciado de los niños respecto a los adultos los vuelve actores centrales para la reproducción del hogar dado el carácter de mediadores. A partir de un análisis sobre roles productivos según género y edad en la sociedad Hausa, Schildkrout (2002) observa que hay una serie de importantes tareas reproductivas realizadas exclusivamente por niños y niñas dada la marcada diferenciación de espacios y actividades entre varones y mujeres adultos que no permite que sean llevadas

---

<sup>184</sup> Moraes realizó una investigación sobre este tema en fábricas de procesamiento de caña de azúcar en San Pablo.

a cabo por los mayores. Así, como sostiene la autora, la niñez Hausa es cualitativamente diferente del mundo adulto porque no siguen las reglas estrictas de división por género.

Desde esta perspectiva se entiende la competencia específica de los hijos de Isabela como mediadores, quienes se movían con mayor libertad en un espacio más propio de la niñez que del mundo adulto y cómo en ese ámbito producían dinero vendiendo (incluso más que su madre) por el “gusto” que les daba estar allí e interactuar con turistas. En relación con este aspecto particular que la trayectoria de Isabela permite visibilizar, Zelizer (2015) también señala, en otro contexto de estudio, el valor de las mediaciones. Advierte cómo en el caso de inmigrantes chinos dueños de negocios en Estados Unidos, las mediaciones lingüísticas (entre sus familiares que no hablaban ni escribían en inglés y los clientes y autoridades locales) realizadas por sus hijos contribuyen a la producción y acumulación de capital individual y familiar. Es decir, permiten la reproducción del negocio y desafían, así, la división que se establece habitualmente entre la producción inmediata de bienes y servicios y la producción de valor y capital familiar.

Por otro lado, cabe destacar cómo la vuelta de Isabela a trabajar a su casa no implica una retraditionalización de su rol de género (Llobet y Milanich, 2014) sino una elección fundada en la preferencia de un modo de vida que le otorga más dinero, tiempo y cercanía de sus familiares que “salir” a limpiar casas ajenas “por migajas” o a vender en un ámbito en el que *no se halla*, la calle. Si bien desde una lectura feminista el confinamiento de las mujeres al espacio privado debe ser discutido en tanto constituye una fuente de opresión y desigualdad respecto de los varones pues supone una sobrecarga de trabajo doméstico no remunerado, no debería perderse de vista cómo en ciertos contextos puede haber capacidad de agencia incluso en esas condiciones. Sostengo esto basándome en una de las formas en que Ortner (2006) entiende a la agencia pues me permite dar cuenta de lo que refieren Isabela y otras mujeres que eligen *ser piedreras* por sobre otras (pocas) opciones disponibles de ingreso monetario. Ortner distingue dos campos de significado de la noción de agencia: uno de ellos la vincula con la intencionalidad y la prosecución de proyectos definidos culturalmente y el otro la vincula al poder<sup>185</sup>, a la capacidad de actuar en un marco de relaciones de desigualdad social, asimetría y poder. La primera acepción dialoga con la trayectoria de Isabela en tanto que supone una reflexión sobre circunstancias en las que se encuentra (de profunda desigualdad social) y en torno a las cuales acciona un proyecto propio enraizado en construcciones culturales sobre lo deseable. Esto es, un tipo

---

<sup>185</sup> Esta acepción de la agencia es la más difundida y muchas veces suele ser usada como equivalente a la resistencia al poder. Sin embargo, para Ortner se trata de una de las formas de agencia.

de trabajo que (entre otras cosas ya señaladas) le permite estar más tiempo con sus hijos, más cerca de ellos y sobre todo de la *wayna*, de quien siempre fue “cuidadosa especialmente de no dejarla sola” (Entrevista, 27/4/2016). Vinculado a ello, Florencia me contó que unos meses antes de que yo viaje ella estuvo trabajando como niñera de una bebé (uno de los escasos trabajos remunerados realizados por mujeres) pero como le pagan muy poco y se le complicaba con sus hijos, dejó de hacerlo. “Tampoco estamos tan mal como para que haga cualquier cosa por una miseria”.

### **1.3.1.2 La centralidad del *trabajo simple* y afectivo en la producción familiar**

A mí no me gustó nunca que mis hijos estén solos. Cuando yo salí a vender después del accidente, Denise se quedaba en casa con Nicolás cuidando al papá. Pero no me fue fácil, me daba miedo dejarlos también, podía pasar algo: que entre una mala persona o algo en la casa, por ejemplo con el gas de la cocina o la electricidad. Me acuerdo que uno de esos días que yo me fui con él a vender [señala a Francisco] Denise quedó pegada al ventilador y por suerte Nicolás, que era muy chiquito, fue vivo y le pegó con un mango de madera. Hasta ahora, que no me duermo hasta que Francisco vuelve de vender. Se me cruzan tantas cosas por la cabeza... Que le hagan cualquier cosa para sacarle la plata de la venta, porque acá todos saben que él vende bien. O que haya un accidente en el cole, que se quede en algún lado con desconocidos porque hay tantas cosas que pasan... Tengo muchas formas de miedo. Cuando se va a Iguazú yo estoy pendiente de la hora a la que vuelve siempre. Hasta que no llega a casa no me duermo. Y si se hace la hora y no llega me voy a la ruta a esperarlo. (Entrevista a Isabela, 27/4/2016)

Después de almorzar, se largó a llover torrencialmente así que me quedé en la casa de Patricia hasta que paró un poco. Hicimos unos mates, nos acostamos en la cama y ella puso un programa de televisión mexicano que ve siempre: Laura. Me hizo acordar al programa “Entre Moria y vos” por la estética de la escenografía, la manera de conducirlo y abordar los temas pero en el caso de Laura se hablaba de cosas más heavys creo, como femicidios. Patricia me fue haciendo comentarios mientras miramos la tele. Luego del relato de la madre de una chica asesinada por su ex pareja me dijo: -“Qué terrible, yo por eso cada vez que mis hijos salen a bailar tengo miedo”. Luego, habló una mujer sobre tareas domésticas y me comentó: -“Lo que pasa es que los hombres hacen solo una cosa, un solo trabajo. Las mujeres hacemos cosas más simples pero muchas más: darle de comer a mis animalitos, lavar, cocinar, planchar” (Nota de campo, 20/7/2015)

Luego de más de una hora de conversación con Diego y sus hermanos sobre su infancia en Paraguay y Misiones, el trabajo en la chacra con su padre y los “aprendizajes” que eso les dejó, pregunté por su madre: dónde estaba ella, qué hacía. Y Diego contestó: -“También gracias a la finada mamá aprendimos porque estaba muy pendiente de sus hijos, de mantenernos bien. Recién ahora me doy cuenta que mamá era una trabajadora. Si algo le parecía que no estaba bien limpio de nuestra ropa, lo volvía a lavar. Recién ahora me doy cuenta de todo el trabajo que tenía, éramos muchos, y ella nos cocinaba, limpiaba, nos llevaba a la escuela, estaba pendiente de todos” (Nota de campo, 24/7/2015).

Estos tres fragmentos de notas de campo dan cuenta que son las mujeres, incluso de distintas generaciones, quienes cuidan a otros y que en los actos de cuidar desarrollan variadas tareas que en estos casos están estrechamente ligadas a vínculos afectivos. Por un

lado, esas tareas son entendidas como un trabajo desde la perspectiva de los actores pero a su vez son también valoradas como algo distinto a un trabajo, como “estar pendiente” de otros, que en estos casos son familiares. El propio concepto de cuidado supone distintas dimensiones y posibilita abordajes desde variadas escalas de análisis. Debido a ello, si por un lado permite articular varias dimensiones simultáneamente y así iluminar distintos tipos de relaciones, actores y prácticas, por otro lado es un concepto demasiado abarcativo e inespecífico en sí mismo. Teniendo en cuenta este señalamiento, resulta necesario aclarar que aludiré al cuidado desde dos perspectivas que permiten comprender y analizar lo que expresan Patricia, Isabela y Diego. Apoyándome en la crítica a la división entre actividades productivas y reproductivas que realizó el feminismo académico desde la década de 1960 (Faur, 2014) entiendo que en el ámbito doméstico también se produce. Mientras que históricamente tal división supuso una jerarquización entre ambas esferas y consideró como no trabajo a todo aquello que sucediera al interior del hogar, los estudios feministas cuestionaron que no sea trabajo lo que hacen, fundamentalmente, las mujeres para producir las condiciones de vida cotidiana de las personas, y en este caso en particular la de sus familiares. En este sentido, el propio concepto hegemónico de trabajo (economicista, androcéntrico y público) fue ampliado: la introducción de términos como trabajo reproductivo, trabajo no remunerado o economía del cuidado (Rodríguez Enríquez, 2007) buscaron visibilizar las tareas esenciales para el bienestar de los miembros de la familia que, si son ponderadas en función del tiempo, las competencias y la utilidad social que implican, constituyen un trabajo. Patricia y Diego explicitan este aspecto cuando mencionan el trabajo cotidiano que supone la realización de variadas actividades vinculadas a la producción familiar. Aunque en distintos sentidos, que son precisamente los que me permiten introducir la segunda dimensión del cuidado: si cuidar a otros, en este caso a los hijos, implica la realización de múltiples actividades materiales -vestir, limpiar, procurar dinero para mantener la vivienda, etc. (Zelizer, 2009)- para el sostenimiento de las unidades domésticas también comporta un trabajo emocional (Hochschild, 1983, 1989. *apud* Soares, 2012) que permea las relaciones de la esfera íntima, familiar. Es decir, una vez más, que el cuidado así entendido permite desestabilizar los supuestos mundos hostiles de lo económico y afectivo (Zelizer, 2009). Cuando Diego dice que su madre estaba muy pendiente de sus hijos, de mantenerlos bien, coloca el aspecto inmaterial del cuidado -brindar afecto, proteger, enseñar, controlar las propias emociones, etc.- como un componente central del trabajo que ella hacía cotidianamente. En este sentido, dialoga con la forma en que Molinier (2012) define al cuidado, como el arte de ajustarse a situaciones

particulares, de dar una atención adecuada a las necesidades del otro, que puede ser un gesto de cercanía o incluso desapego.

Estos tres casos muestran cómo el cuidado adquiere sentidos y prácticas ajustadas a la dinámica de cada una de las familias y también permiten ver cómo las madres, al hacer trabajos simples pero múltiples, al estar pendientes de que sus hijos no estén solos o que lleguen a la casa (postergando incluso su propio descanso), producen su propio lugar de buena madre al interior de estas unidades domésticas y en particular hacia sus hijos. Esas formas de cuidado están estrechamente ligadas a la edad y al género: Isabela deja que su hijo vaya a vender solo a Puerto Iguazú pero lo va a esperar en la ruta si no llega, mientras que a su hija, mayor que él, no la deja salir de la casa (o al menos le limita las salidas) y el cuidado especial hacia ella es que no esté sola. Con relación al “cuidado especial”, retomando la expresión que usó Isabela para referirse a su hija, hacia las *waynitas*, Florencia reforzó este aspecto. No solamente que nunca deja sola a su hija (5 años) ni la lleva a la calle a vender con ella (a diferencia de lo que hace con los hijos varones) sino que extiende ese “cuidado especial” aún cuando está en su casa junto a ella.

Cuando terminamos de almorzar, los chicos se fueron a jugar y Leo y su amigo “el chino” se fueron a arreglar la moto, Florencia me contó que su cuñada (hermana menor de Leo) estaba embarazada. Me lo dijo de manera muy seria, con cara de preocupada. “Ella va a tener el bebé pero no *se acompañó*, la dejaban mucho tiempo sola en la chacra mis suegros... Y bueno, el tipo es alguien de ahí, de la chacra. Mientras me decía esto se acercó Natalia a pedirle jugo y Florencia la miró, le levantó la pollera y se dio cuenta que no tenía puesta la bombacha, por lo que empezó a gritar desesperada preguntándole dónde estaba la bombacha, por qué no la tenía puesta y se la llevó unos minutos a su cuarto mientras Natalia lloraba. Al ratito volvió Florencia y me dijo: “No me gusta ‘el chino’. Me contaron que una amiga suya de la chacra [donde vive él] lo vio poniéndose a una nena a upa y la tocaba. A mí no me gusta que cada vez que viene a casa le compre cosas sólo a Natalia y al resto de mis hijos no. Yo le hablo a ella pero es chiquita, es muy inocente y no entiende todavía... Anoche él se quedó a dormir y yo le tiré un colchón en el piso del comedor y cerré la puerta del cuarto de los chicos.” (Nota de campo, Julio 2015)

Estos casos explicitan que lo “especial” del cuidado de una niña radica en cuidarlas de una posible situación de abuso sexual. Además, ponen en evidencia que el potencial riesgo que esto ocurra no se restringe al espacio callejero sino que puede suceder en el propio hogar, ámbito catalogado por antonomasia como el más adecuado para el cuidado infantil. Las permanentes menciones al no dejar solas a las niñas dan cuenta que en el contexto de estudio la construcción social del riesgo (Menéndez, 2005; Suárez, Beltrán y Sánchez, 2006; Douglas, 2007[1966]; Sy, 2009) está generizada y supone una serie de prácticas tendientes a preservarlas. En este sentido, así como sostuve que el cuidado produce familia, también produce género y edad.

La variable temporal involucrada en los sentidos y prácticas que los sujetos valoran como cuidado (Epele, 2012) resulta esclarecedora sobre este punto, en tanto que muestra cómo fueron variando según el crecimiento y género de los hijos. Mientras que Isabela no dejaba que Francisco fuera a la calle a vender cuando tenía menos de 8 años y el cuidado pasaba por no dejarlo solo, ahora (que tiene 14 años) le da permiso incluso para viajar solo a Puerto Iguazú aunque le pone cierta hora de la noche como límite para llegar a su casa y en caso de no llegar lo va a esperar a la parada del colectivo en la ruta. Del mismo modo, el valor de cuidado se pone en juego en la exclusión de alguna práctica o espacio. Isabela le tiene miedo al uso de la garrafa de gas que hay en la cocina de su casa y por ese motivo no le pedía a su hija que le prepare la comida a su padre, a quien cuidaba.

Incluso en el ámbito extra doméstico y en el marco de actividades económicas de las que participan los niños las prácticas de cuidado se vinculan a la exclusión de ciertas tareas. Si más arriba sostuve que el trabajo infantil analizado constituye una forma de cuidado no obsta a que las madres y padres prohíban a sus hijos realizar tareas que consideran *peligrosas* y doten a tal prohibición de un sentido de cuidado.

Por un lado me gusta que mi hijo venga al *pedral* conmigo porque así aprende pero por otro no porque es muy peligroso, así que si viene yo lo tengo bien vigilado, no lo dejo que se meta en los pozos. Las veces que él viene conmigo yo le doy una botellita para que vaya poniendo ahí el *granel*. (Entrevista a Leo, 24/7/2015)

Rubén también menciona al cuidado brindado por su padre ligado a la exclusión de una tarea con la particularidad de que en su caso no estaba haciendo un trabajo en el marco de una relación familiar, como Leo y su hijo, sino que estaba en el contexto de un empleo formal, en la empresa Pérez Companc.

Cuando papá empezó a trabajar en la empresa el patrón le ofreció trabajo para nosotros en electricidad, para ser mecánicos. Pero papá no quería, le daba miedo que tengamos un accidente, nosotros queríamos aprender, nos encantaba todo eso pero no sabíamos lo que era el peligro y papá sí, nos decía que era muy peligroso (Entrevista a Rubén, 20/7/2015)

Destaco que esta situación se da en el marco de una relación laboral asalariada, en la cual el padre de Rubén (Mateo) era empleado de la empresa, porque aún siendo el patrón quien propuso que sus hijos menores de edad realicen una actividad que incluso a ellos les parecía tentadora, Mateo se opuso en virtud del cuidado de la salud de los niños poniendo en riesgo, quizás, su propio empleo.

## 2. Niñas y niños que cuidan

Ahora bien, las niñas y los niños no sólo son destinatarios del cuidado de adultos sino también partícipes claves del cuidado de otros. A lo largo de los capítulos hay menciones permanentes a situaciones presentes o pasadas en las cuales hay niños participando de actividades productivas de diferentes formas, una de ellas a través del cuidado. Sin embargo, su reconocimiento y valoración en tanto actividad productiva es aún más difícil que en el caso de las mujeres adultas porque “se supone que los niños no deberían brindar cuidados sino más bien recibirlos” (Zelizer, 2009:278).

En esa suposición hay una idea de infancia hegemónica según la cual los niños son concebidos como objetos (de educación, cuidado, protección, disciplinamiento, abandono, explotación) más que como sujetos (Szulc, 2006). Desde dicha concepción, son ciertos espacios los que resultan adecuados, como la escuela y la familia nuclear (Jenks, 1996; Rabello de Castro, 2001), para garantizar el cuidado y crianza correcta (Colangelo, 2012) de los niños. Como señalé en la introducción, se trata de una concepción con aspiración de normalidad (Berlant, 2014) que no contribuye a comprender otras formas de infancia al excluir del análisis la diversidad y desigualdad social. En este sentido cabe destacar la investigación realizada por Hecht (1998) sobre niños que viven en las calles de Recife (Brasil), porque acierta al articular ambas dimensiones para diferenciar dos tipos de infancia que observa. Una de clases altas, que entre otras se caracteriza por un período prolongado de dependencia de los adultos y está eximida de la responsabilidad de contribuir a la reproducción familiar y otra de grupos populares, caracterizada por una independencia más temprana y una participación activa de los niños pobres en la reproducción familiar.

A partir de algunas situaciones etnográficas seleccionadas por la presencia de niños que cuidan de otros, generalmente hermanos menores o vecinos menores que ellos, veremos las formas en que contribuyen a la producción cotidiana de la familia y cómo despliegan criterios propios para hacerlo o bien ponen en práctica recursos utilizados por adultos. En función de los espacios por los que circulan habitualmente los niños, que son a la vez los ámbitos en los que cuidan de otros, agrupé las prácticas de cuidado según la dimensión espacial. Aunque se trata de un *continuum* pues, como se puede ver en la tesis, la vida cotidiana implica una permanente circulación por diversos espacios.

## 2.1 Fuera del hogar

Así como las madres y padres de los niños desarrollan prácticas de cuidado en distintos espacios que no se restringen a la esfera privada, los niños tampoco las circunscriben a dicha esfera pues su vida cotidiana se caracteriza por una circulación entre espacios tales como el hogar, la calle, el *pedral*, la escuela, Puerto Iguazú. más que por estar en el interior del hogar. Esto puede verse, por ejemplo, en los cuidados brindados por Juan (10 años) a su hermano menor, Fidel (1 año y medio), dos de los once hijos de Romina<sup>186</sup> (ver Capítulo II). Durante varias oportunidades lo llevó a Fidel a la calle vender con él. Una tarde soleada en la que Juan estaba en la calle con su plato plástico lleno de piedras, pasaron unos vecinos con sus bicicletas y se quedaron jugando con él. En el transcurso de esa tarde llegaron Carlos, uno de los hermanos mayores (13 años), y Fidel de la mano, y desde ese momento Juan se dedicó completamente a atender a su pequeño hermano. Desde preguntarle cómo estaba, hablarle, explicarle cada cosa que hacían él o sus amigos, ofrecerle agua para tomar porque hacía mucho calor, hasta enseñarle a andar en bicicleta o procurar que no se acerque demasiado a la calle. Como me dijo una vez Romina, en relación con el vínculo que tienen ellos dos: “él [Juan] es muy celoso y cuidadoso de su hermanito, se ocupa mucho de él”. En este sentido es posible advertir cómo la autonomía infantil observada en este contexto es parte de configuraciones familiares en las cuales resulta adecuado que esto suceda a tal punto que las madres no emergen exclusivamente como las mejores cuidadoras posibles de los niños, sino que hay una red de cuidados de la cuál ellos son parte integrante. Aún más, la red también se extiende al cuidado de vecinos y no sólo de parientes consanguíneos, como se verá en el siguiente ejemplo.

En las distintas conversaciones que mantuve con Romina y sus hijos hice preguntas específicas sobre el *pedral*, quiénes iban, qué hacían, cómo lo hacían. Buscaba conocer si había diferenciación por edades y géneros para circular por ese espacio en particular. En una oportunidad le pedí a Romina si podría avisarme cuando fueran, que quería acompañarlos y ver cómo era ese lugar. Una mañana que yo estaba en la casa de Florencia (a tres cuadras de la casa de Romina) Juan me vio, pues estábamos en la parte de afuera tomando unos mates, y luego de unos minutos volvió corriendo a decirme que iban al *pedral*, que si yo quería conocerlo fuera con él. Abel (3 años), el hijo menor de Florencia me agarró de las piernas y empezó a gritarle a su mamá: “¡-quiero con la tía [así me decían los hijos de Florencia], quiero ir, quiero ir!”. Dada la insistencia, Florencia intervino:

---

<sup>186</sup> Ver gráfico de parentesco en el Capítulo 2.



“Bueno está bien vas pero te cuidan Julio y la tía y te portás bien, ¿me entendiste?”. Así que nos fuimos a lo de Romina a buscar una mochila para guardar las piedras que encontremos, tal como me indicó Julio, y una botella de agua fresca que nos tenía preparada ella porque hacía mucho calor. A último momento se sumaron también Carlos y Ximena (5 años), Felipe quiso ir pero su mamá no lo dejó y se quedó llorando.

Cuando llegamos, Julio se hizo cargo instantáneamente de Abel y su hermana. Por momentos Carlos también estaba pendiente de los niños menores, pero casi todo el tiempo estuvo trepando árboles.



Foto n°12: Carlos trepado a un árbol en el *pedral*.

Si bien el trayecto de la casa de Romina al *pedral* Abel fue agarrado de mi mano, en el *pedral* (un lugar desconocido para mí) Julio y Carlos nos guiaban por dónde caminar, por dónde no y en especial a los menores cuando se alejaban para buscar piedras y regalármelas. “Ustedes dos no se meten a los pozos, ¿eh?”, “¡Hasta ahí!”, “Cuidado por dónde van” y expresiones similares fueron parte de una de las mañanas más divertidas que pasé durante el trabajo de campo y en la cual observé prácticas de cuidado realizadas por niños hacia otros niños en un espacio extra doméstico. La siguiente foto corresponde a esa



mañana y en ella se ve que Juan está en la zona de los pozos (ya cavados por otros) sacando restos de piedras y Ximena y Abel están retirados de esa zona por orden de él.

Cabe destacar que, a diferencia de otras situaciones que mencionaré a continuación, en la situación relatada se trata de prácticas de cuidado realizadas por niños que no son requeridas por adultos, como por ejemplo cuando madres o padres les piden que se queden a cargo de sus hermanos menores porque ellos deben salir, o que vayan a buscarlos a la escuela. Si bien todas constituyen casos de niños que cuidan, pueden ser diferenciadas (entre otras cosas) por los espacios en los que transcurren, si son una indicación de algún adulto o no, así como por los sentidos y efectos que implican.



Foto n° 13: Juan, Ximena y Abel en el *pedral*.

Por otra parte, es una práctica frecuente que los niños (a partir de los 10 años generalmente) vayan a buscar a sus hermanos menores a la escuela mientras la madre prepara la comida o bien que se encarguen de ir a comprar algún ingrediente o productos varios, esto sucede sobre todo cuando las madres se dan cuenta que les falta alguna de estas cosas para cocinar. Como observé en varias ocasiones, cuando llega alguien de visita a la casa (algún vecino, pariente o cuando llegaba yo) y no hay jugo para el tereré (por

ejemplo), los niños son quienes salen a comprar mientras los adultos se ocupan de recibir las visitas. O bien van en busca de algún medicamento a la casa de alguna vecina, tal como ocurrió una tarde en la que estaba en la casa de Romina, Ximena estaba con fiebre y no tenía nada para darle así que le pidió a Juan “Andá a la casa de Claudia a pedirle prestado un jarabe para tu hermana que está calentita”.

## 2.2 En el hogar

A diferencia de lo que sucede con las prácticas de cuidado por fuera del hogar, que representan más diversión para los niños pues no están bajo la mirada y las directivas de sus madres y padres (como sucede en la situación etnográfica del *pedral* en el apartado anterior), los cuidados desplegados en el ámbito doméstico están más ligados a pedidos de adultos. Acomodar la ropa, ordenar el cuarto, barrer la casa, colgar la ropa después de un lavado, entre otras, son acciones que niñas y niños realizan cotidianamente y responden a órdenes de sus madres.

También es habitual que los niños cuiden a sus hermanos menores mientras que el padre y la madre se ausentan por algún motivo en particular, si bien siempre se procura que no se queden solos en la casa. Como sintetizó Romina sobre su propia trayectoria, “Rita crió a sus hermanos. Ella siempre los cuidaba cuando yo tenía que irme al yerbal a trabajar después de separarme y quedar sola a cargo de mis hijos”. Rita tenía 13 años en ese período al que hace referencia aunque hasta la actualidad sigue ocupándose de cocinarles, lavar su ropa e incluso ponerles límites cuando se portan mal.

Me detendré en una situación de cuidado que observé un día que Julio<sup>187</sup> (7 años) estaba cuidando a sus hermanos menores, Ximena y Abel, porque sus padres habían ido a la chacra<sup>188</sup>. Apenas llegué comenzaron las peleas entre los tres. Todo empezó por una burla de Julio hacia Ximena, él se reía de cómo bailaba su hermana frente al espejo. Luego, siguió con una pelea entre Abel y Julio por el control remoto de la tele. Tanto Ximena como Abel se pusieron a llorar y a gritar luego de pelearse con el hermano y Julio los amenazó con pegarles. Los miraba fijo, desafiante, y les decía: “Te voy a dar, ¿eh? ¿Vos querés que yo le cuente a papá cuando venga lo que hiciste?, Voy a agarrar el lazo ¿eh?”. Intervine en la situación proponiendo una actividad que sabía que les gustaría porque ya

---

<sup>187</sup> Ver gráfico parentesco en el Capítulo 2.

<sup>188</sup> Cuando vi a Florencia y Leo unos días después de la situación relatada me comentaron que tuvieron que salir de improvisa a la chacra de los padres de Leo porque les habían robado los chanchos que tenían y fueron a ayudar a ordenar y limpiar “el desastre que dejaron”.

los había visto hacerlo (mirar un video de “caídas graciosas”) porque me resultó una situación completamente violenta y cuando las cosas se calmaron me fui.

Dejando de lado lo anecdótico y habitual de una pelea entre hermanos esta situación muestra cómo cuando un niño ocupa una posición de cuidador de otros asume un lugar de autoridad y, en este caso, lo hace valiéndose de recursos conocidos, en este caso aquellos empleados por su madre y su padre, sobre todo. El recurso de la amenaza (de contarle al padre o bien de pegarles) era activado por Julio como parte de su tarea de cuidado y como un modo específico de ejercer su autoridad sobre los más pequeños. Como señalé, pegarle a los hijos era una práctica habitual en ese hogar (como en otros) y explicitada por Florencia y Leo. La primera vez que emergió este tema fue a raíz de una pregunta que me hizo Florencia un año antes de este episodio: “¿Qué es una psicopedagoga?”, cuando le respondí me dijo que le había llegado una nota de la escuela al cuaderno de comunicaciones de Julio y estaba preocupada que fuera por unas marcas que le había dejado su papá luego de pegarle. “Es que se anda portando muy mal, yo le digo a Leo que no le pegue, que va a parecer que lo maltratamos, pero también él se porta muy mal”. Y a su vez Leo me dijo, en el marco de una conversación en la que estaban presentes sus hijos, que a él le da “pena” pegarles pero “es la única forma de que aprendan algunas cosas”. Y mencionó que su padre, Jerónimo, a veces le dice que se arrepiente de haberles pegado, que tendría que haberles hablado más pero se dio cuenta tarde. “A veces nos portábamos mal pero otras nomás hacíamos algo que no le gustaba y yo ya me daba cuenta si nos iba a pegar por la forma de mirarnos nomás”.

A propósito de la relación entre cuidado infantil y castigos físicos, explicitada en el relato de Leo, algunas investigaciones han mostrado cómo en determinados contextos no solamente no resultan esferas excluyentes sino que los castigos físicos son entendidos como una forma legitimada de crianza de los hijos<sup>189</sup>. Castilla (2017), a raíz de una investigación sobre cuidados y castigos en contextos de vulnerabilidad y pobreza en Buenos Aires, muestra que los castigos, golpes, gritos -entre otros- “son aceptados como parte de las acciones de cuidado que realizan las madres con los hijos y no ponen en entredicho las nociones de buena maternidad” (p. 39). En este sentido, en el cuidado cotidiano “conviven el amor y la violencia en asociación” (p. 48) replanteando la propia noción de cuidado. Si bien no es el foco de la tesis, la situación etnográfica relatada

---

<sup>189</sup> En un extremo pueden ubicarse los estudios antropológicos que analizan la exposición de los niños a modos de violencia que conducen a la muerte, por parte de sus madres y padres, o incluso los matan (Korbin, 1983; Scheper-Hughes, 1989; Isla, 2006; Kalinsky y Cañete, 2010. En: Castilla, 2017).

imprime el desafío de pensar en la historicidad de las prácticas de crianza aprendidas en familias patriarcales y su apropiación singular y puesta en acto por parte de niñas y niños.

Analizando esta escena a la luz de estos aportes, puede verse cómo se desestabiliza la idea de infancia hegemónica según la cual la infancia es vulnerabilidad y dependencia de adultos -entre otras características<sup>190</sup>- porque muestra el papel activo de los niños en la vida social y desafía la idea de infancia como etapa de la vida marcada por la felicidad, el tiempo de juego y la diversión. Así, infancia y adultez no son etapas radicalmente discontinuas en este contexto en el sentido de que ninguna de ellas se caracteriza por el “estado libre de restricciones y responsabilidades” (Ibarra y Vergara del Solar, 2017:57). Más bien, tales categorías son más contextuales que rígidas: en el ejemplo analizado se advierte el carácter situacional del comportamiento adulto que presenta Julio, esto es, amenaza con pegar justamente cuando no hay adultos que lo supervisen a él. En ese marco activa recursos de los adultos apropiándose de la amenaza pero usándola de un modo diferente al de su padre: mientras que Leo lo hace cuando “se porta mal”, Julio la activa con sólo ver a su hermana bailando en el espejo. Por otra parte, el ejemplo da cuenta cómo las responsabilidades delegadas a los niños varían según las edades (definidas en este caso por año de nacimiento) en ciertos espacios. Esto es, en el espacio doméstico la diferencia de edades determina quién cuida y quién es cuidado: el hermano mayor debe cuidar a los hermanos menores en la casa. Sin embargo, esto también es situacional pues, como mostré en el apartado anterior, en otros espacios y actividades no es la edad la que articula el cuidado (Carlos es mayor que Juan y sin embargo era Juan quien cuidaba a sus hermanos menores).

### **3. Cuidado inapropiado: el estilo de vida como factor de riesgo**

Hasta aquí he analizado las diversas prácticas de cuidado llevadas a cabo en el marco de relaciones de parentesco y vecinales. Ahora mostraré cómo son evaluadas y moralizadas dichas prácticas por instituciones locales como el CAPS, ámbito privilegiado para dar cuenta de ello, sobre todo en las interacciones cotidianas que mantienen las promotoras de salud y la población paciente (fundamentalmente madres y niños).

---

<sup>190</sup> Ver la Introducción de esta tesis.

Dichas interacciones forman parte de la estrategia de Atención Primaria de la Salud (APS)<sup>191</sup>, cuya realización requiere de la participación comunitaria y del trabajo intersectorial a través de una figura central: el agente sanitario, promotor de actividades de promoción y prevención de la salud. La APS procura proveer una atención permanente e integral de las personas, aún cuando no haya presencia de una enfermedad. En ese marco, una de las tareas que llevan a cabo las promotoras de salud es “censar”<sup>192</sup> a la población de los distintos barrios que están en el Puerto Wanda (área programática<sup>193</sup> de la Zona Sanitaria V<sup>194</sup>). Es por ello que, como anticipé en el Capítulo 1, son ellas quienes cuentan con los datos más actualizados (en realidad los únicos) de las condiciones de vida y estadísticas de salud correspondientes a esos barrios. Los estos censos que hacen las agentes sanitarias son para contabilizar y hacer un seguimiento sobre tipos de enfermedades, cantidad de embarazos, puérperas, registrar qué tipo de cobertura de salud tienen las familias, si se hacen controles de salud periódicamente, etc., las promotoras también acceden a un conocimiento más profundo sobre dinámicas familiares. Como me dijo una de ellas en una entrevista grupal: “nosotras sabemos todo... de situaciones de violencia, de abuso, quién trabaja, quién no, todo lo que pasa en los barrios” (Entrevista, 23/7/2015). En efecto, ese conocimiento de cifras sobre el cual indagué en un principio era acompañado de un “saber” que no figuraba en ninguno de los cuadernos en los cuales van anotando todo lo que relevan.

---

<sup>191</sup> La APS es la asistencia sanitaria esencial accesible a todos los individuos y familias de la comunidad a través de medios aceptables para ellos, con su plena participación y a un costo asequible para la comunidad y el país. En la Conferencia internacional de atención primaria de salud, reunida en Alma-Ata en el año 1978, se declaró a la salud como un derecho universal y expresó la necesidad de una acción urgente por partes de todos los gobiernos, profesionales sanitarios e implicados en el desarrollo y por parte de la comunidad mundial para proteger y promover la salud para todas las personas del mundo. Recuperado de [https://www.who.int/topics/primary\\_health\\_care/es/](https://www.who.int/topics/primary_health_care/es/) Acceso Marzo 2018.

<sup>192</sup> Uno de los pilares fundamentales del trabajo de los Promotores de Salud es la visita a las familias. No son visitas al azar sino que se trata de la asistencia programada, ordenada y periódica (repetida, por rondas, etc.) que el Promotor hace a cada hogar dentro de su área de trabajo. Se denomina rondas a los recorridos que organizan la actividad del promotor en el barrio. Si están bien diseñadas permiten visitar regularmente grupos de hogares que enfrentan condiciones y problemas similares. La primera ronda servirá de “censo” para conocer a las familias y, a grandes rasgos, su situación y problemas de salud ambiental. Una vez que hayan llegado a un resultado que parezca adecuado, tendrán que organizar la información obtenida. Recuperado de <http://www.msal.gob.ar/images/stories/bes/graficos/0000000272cnt-s13-manual-capacitador-promotores-sai-1.pdf> Acceso Marzo 2019.

<sup>193</sup> Unidad funcional de programación, administración, ejecución y evaluación de las acciones de salud en un territorio geográfico determinado y con una población definida. El Área Programática dentro de la que se incluye Colonia Wanda (la cual comprende también a los municipios de Puerto Esperanza y Puerto Libertad) es la n° XVI.

<sup>194</sup> Las zonas sanitarias son el marco geográfico en donde se presta la atención primaria de la salud. Misiones tiene 6 Zonas Sanitarias y 19 Áreas Programáticas, en la cual funcionan 42 hospitales y 340 Centros de Atención Primaria de la Salud en 75 municipios. Recuperado de: <https://salud.misiones.gob.ar/zonas-sanitarias/> Acceso Marzo 2019



Total Características		
Hambre	0	4
Embarazadas	⊕	21
Puerperas	8	
Discapacitados	33	
Hipertensos	28	
Diabéticos	4	
Epilépticos	7	
Cardíacos	9	
Cáncer	2	
Anianos A	37	
niños 11 años	19	
Plan hogar	269	
Habitantes	2070	
Familias	363	críticos R 14
- 1 año	29	
1 a 2 años	65	
2 a 6 años	244	

Foto n° 14: Cuaderno de una de las promotoras con cifras resultantes del censo de un barrio, Año 2015.

Se trata de un saber que por un lado les permitía una comprensión no fragmentada de la salud de la población local, pues aparecía siempre articulada a determinantes sociales y políticos (Breihl, 2007), pero a la vez de un saber que no estaba exento de valoraciones morales sobre los comportamientos de las familias, interpeladas en términos de “descuidar” a sus hijos y a sí mismas. Desde esta óptica son caracterizadas, en especial pero no solamente, las familias en las cuales hay niños que venden piedras preciosas. En los discursos de las promotoras de salud y también de las maestras, médicos, agentes estatales y habitantes de otros barrios, el estilo de vida “nómada” es leído en términos de anormalidad, desorden y dificultad para sostener en el tiempo intervenciones sanitarias, políticas públicas y lograr que los niños asistan a la escuela y adquieran contenidos mínimos. Pero más específicamente, las prácticas de crianza son comprendidas en términos de explotación, irresponsabilidad, descuido y atribuidas genéricamente a “su” cultura o, en palabras de una promotora, a “una forma de vida con la que es muy difícil de lidiar” (Entrevista, 23/7/2015). Gracias a haber presenciado la ejecución del Programa La Municipalidad va a tu barrio<sup>195</sup>, el cual supone el trabajo compartido durante un día entero por parte de trabajadores estatales de distintas áreas del municipio, pude advertir cómo

<sup>195</sup> Dicho programa supone la asistencia simultánea de agentes estatales de diversas áreas de la municipalidad en un barrio durante una jornada completa en la que se realizan distintos tipos de actividades. En el sector salud, charlas de prevención de la salud, consultorio móvil con los profesionales médicos y que realizan consultas y promotoras que vacunan; en obras públicas se arreglan las calles vecinales y se trabajan en espacios de usos comunitarios, limpieza en los baldíos y espacios verdes, desmalezamientos, descacharriamientos, levantamiento de residuos; en el área de Acción social se asiste y orienta sobre trámites de pensiones, planes nacionales y provinciales, documentaciones entre otros. Asimismo se dan charlas y talleres de Educación Vial, recuperación de tendidos eléctricos y alumbrados. Recuperado de: <https://misionesonline.net/2014/04/29/el-programa-la-municipalidad-va-a-tu-barrio-comenz-su-recorrido-en-wanda/> Acceso Septiembre 2018.

estas prácticas son motivo de críticas generales que no se limitan al sector sanitario. Aunque, por las propias características de la labor específica realizada desde el CAPS y Acción Social, sobre todo, los comentarios provengan sobre todo de esas esferas.



Foto n° 15: Consultorio móvil, Programa La Municipalidad va a tu barrio

Resulta necesario contextualizar la labor de las promotoras de salud (y su particular mirada sobre las madres que, como ya señalé, es también la de otros actores sociales) como parte de políticas públicas de salud que fomentan la maternidad como identidad legítima de las mujeres y maternalizan (Nari, 2004) a la población destinataria o “bajo programa”<sup>196</sup> (Pozzio, 2011). Si bien señalé que la APS constituye una estrategia tendiente a garantizar salud para todos los individuos, los programas y políticas de salud son focalizados en quienes deben ser atendidos de modo prioritario debido a su mayor vulnerabilidad con respecto a otros grupos sociales: madres (embarazadas, puérperas) y niños o, en términos de la categoría estatal, la población materno-infantil<sup>197</sup>. En este sentido, la maternidad emerge como un atributo central para acceder a ciertos recursos o ser objetivo de programas focalizados convirtiéndola en un “mérito” (Pozzio, 2011:26).

Ahora bien, ser madres *per se* no las convertía en las mejores cuidadoras posibles de sus hijos, siguiendo la lógica de la ideología maternalista, ni tampoco garantizaba el

---

<sup>196</sup> Pozzio (2011) hace referencia a los múltiples programas que se aplican desde el CAPS en el que desarrolla su investigación etnográfica (ubicado en un barrio del Gran La Plata), todos ellos orientados hacia madres y niños.

<sup>197</sup> Nari (2004) analizó específicamente el enfoque maternalista de las políticas de salud articulándolo al proceso de medicalización de la crianza infantil a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Este último aspecto fue desarrollado también por Colangelo (2012).



acceso a recursos que según las políticas focalizadas debían obtener primordialmente. Este último aspecto se agudizó durante el año 2016, cuando los CAPS dejaron de recibir leche y ciertas dosis de medicamentos<sup>198</sup> suministrados por el Programa Remediar + Redes<sup>199</sup>. En ese año se estaban haciendo reformas en el edificio donde funcionaba el CAPS por lo que había sido trasladado provisoriamente. Considero que estos datos no son meramente contextuales porque forman parte de las condiciones de trabajo cotidianas en las cuales médicos, promotoras de salud, enfermeras, trabajadoras de limpieza llevan a cabo sus tareas y de las condiciones materiales en las cuales la población paciente es atendida. Fue también debido a esta mudanza que no pude acceder a estadísticas sobre enfermedades prevalentes de niñas y niños pues todo se encontraba en cajas apiladas en un monoambiente en el que los consultorios eran separados por cortinas. Incluso en esas condiciones la enfermera buscó y separó algunas planillas de consulta de años anteriores



Fotos n°16 y 17: CAPS provisorio. Las cortinas y cajas de cartón dividen el espacio de consultorio del de sala de espera (banco de madera y sillas) y admisión.

para que yo pudiera revisar.

Con relación al primer punto, sostengo que la maternidad no las volvía las mejores cuidadoras de sus hijos *per se* pues como ya han señalado otros estudios que han abordado

---

<sup>198</sup> Durante el 2016 hubo falta sistemática de medicación antiparasitaria. Cabe señalar que si bien los parásitos afectan a individuos de todas las edades, las mujeres embarazadas y los niños son quienes más padecen los síntomas clínicos y por ello representan grupos de riesgo. Asimismo, dentro de las dos áreas endémicas de parasitosis intestinales en Argentina, Noroeste y Noreste, Misiones es una de las provincias con mayor prevalencia (Navone, 2006).

<sup>199</sup> El Programa Remediar inició sus acciones en el mes de octubre de 2002, con el objetivo central de garantizar el acceso a medicamentos esenciales de la población cuya cobertura médica es exclusivamente pública y llegó de manera directa a 6.956 CAPS del territorio nacional. A partir del año 2004, diversas acciones se fueron sumando a la política impulsada por el Programa, en especial la Formación de Recursos Humanos, la atención de problemas de salud prevalentes que requieren intervenciones específicas, como el Programa Nacional de Desparasitación Masiva, y el impulso de procesos de participación comunitaria a través de los Proyectos Locales Participativos. Desde el año 2009, el Programa Remediar + Redes amplió su desarrollo contribuyendo al fortalecimiento de la Estrategia de Atención Primaria de la Salud a través de la incorporación del financiamiento de Proyectos Provinciales cuyo objetivo es impulsar y fortalecer Redes de Salud de las Provincias.

interacciones entre diversas instituciones estatales y familias de sectores populares en el contexto latinoamericano (Fonseca, 2005; Santillán, 2009; Villalta, 2010; Colangelo, 2012; Lorenzetti, 2012; Grinberg, 2010), las prácticas de crianza llevadas a cabo por parte de mujeres madres, sobre todo, pero también de quienes estén a cargo del cuidado de los niños, son leídas en términos de descuido e irresponsabilidad. Las madres, así, emergen como sujetos bajo sospecha (Epele, 2010).

Las interacciones cotidianas (Pozzio, 2011; Colangelo, 2012) constituyen un valioso terreno para dar cuenta de ello pues allí se ponen en juego sentidos sobre cuerpo, salud, familia, maternidad, niñez, cuidado, etc. Todas ellas nociones básicas vinculadas a la promoción y prevención de la salud, tarea específica de las promotoras. A continuación, haré referencia a una de las recorridas periódicas que realizan habitualmente por barrios, en la cual estuve presente.

-Ahora preparate, vamos a ir a la casa de una señora que es un tiro al aire, me dijeron Zulema y Valentina [las dos promotoras de salud]. Sin que mediara una pregunta mía indagando por los motivos por los cuales afirmaban eso, detallaron:

-Es alcohólica, deja solos a los hijos, andan por cualquier lado, por la calle, algunos venden. No sabés lo que es la casa, tiene todo sucio.

Me llamó la atención que lo dijeran en un tono de voz para nada bajo y más aún teniendo en cuenta que ya estábamos en la puerta de su casa cuando transcurría esta conversación.

Al llegar al domicilio de esta mujer, las promotoras aplaudieron [en ninguna de las casas hay timbre, por lo que el aviso de que llegó alguien es el aplauso] y comenzaron a hacerle preguntas muy directas y comentarios sobre el orden y limpieza de la casa: -¿Llevaste a tus hijos a control como habíamos quedado? ¿Hiciste los papeles para tu casa? Acordate que tenés que llevar el documento de todos los que viven con vos a Acción Social. Es importante mami que tengas todo bien limpito y ordenadito por los chicos, ¿viste?

La mujer se limitó a responder que no a las dos preguntas que le hicieron, las promotoras registraron en su cuaderno que pasaron por ese domicilio y se despidieron diciéndole que vaya a la salita. (Nota de campo, 28/7/2015)

En primer lugar, al anticiparme que iríamos a la casa de una mujer tiro al aire, las promotoras marcan un aspecto distintivo de su labor que es el de identificar grupos de riesgo. Evidentemente, la familia de esta mujer ya había sido censada, por lo cual esta visita se correspondía con el objetivo de las sucesivas visitas que se realizan luego de detectar un grupo de riesgo. Esto es, promover hábitos de higiene, inculcar la importancia del vínculo familiar, distribuir la leche a las familias con niños desnutridos y también articular con el área de acción social local la implementación de programas sociales, entre otras.

En segundo lugar, considerando la situación particular de esa familia, la operacionalización del riesgo sanitario implica en la práctica “construir un fichero de comportamientos inapropiados dirigido a intervenir en los ‘estilos de vida’ según

determinadas normas sociales y valores de referencia” (Lorenzetti, 2012:70). Pues, en este caso, no había ni leche que entregar ni vacuna que dar (casos de riesgo alto en los cuales están comprometidos una serie de recursos materiales que entregar) sino más bien comportamientos maternos que ordenar. La falta de higiene, la calle, la venta por parte de algunos de sus hijos y el desorden emergen en este caso como riesgos seleccionados para clasificar y moralizar el comportamiento materno en tanto descuido. Ahora bien, esta mirada sobre el desempeño de ciertas madres no se restringía a agentes estatales sino que era compartida por otras madres del barrio también. De hecho, el comportamiento de esa mujer “tiro al aire” fue motivo de conversación y crítica por parte de las promotoras y la dueña de la próxima casa que visitamos el día de la recorrida.

En otras instancias que presencié, como una reunión entre promotoras de salud del CAPS y una agente estatal del Área de Acción social con la cual trabajan conjuntamente en la ejecución del Programa Hambre Cero destinado a familias con casos de niños desnutridos, la falta de higiene, el “aspecto” de los niños y el desorden de las viviendas emergían incluso como falta de méritos necesarios para contar con ciertos beneficios materiales contemplados en dicho Programa, tales como la obtención de una “tarjeta” para comprar alimentos. Es decir, los efectos de esa moralización de comportamientos pueden comportar incluso una barrera de acceso a derechos básicos.

En un nivel más abarcativo, la cultura y el estilo de vida (de las familias en general, no sólo de aquellas en las que hay niños que venden) son considerados un problema para la crianza correcta (Colangelo, 2008) de los niños. Esto es, la definición por parte de la medicina (pediatría y puericultura sobre todo) y de saberes “psi” de “formas socialmente adecuadas de cuidar a un niño, ligadas a la idea de normalidad -y, por contraste, aquellas que no lo son” (Colangelo, 2008:12). Desde esta perspectiva, que los niños estén en la calle vendiendo, exponiéndose al frío y a las enfermedades vinculadas a las bajas temperaturas o a la lluvia; que “anden descalzos siempre” (no solamente los niños que venden sino todos) en permanente contacto con la tierra, propensos a infectarse con parásitos; y que “anden abandonados, sin que les presten atención” son distintas formas de corrimiento de ese idea de normalidad, así como de exposición a riesgos sanitarios, vinculadas a “una forma de vida” que tiene como responsables principales a las madres.

Ahora bien, cuando se mencionan estas prácticas atribuidas a la cultura hay también una referencia a riesgos aún mayores, e incontrolables por medio de la labor cotidiana de un CAPS (e incontrolables para las propias madres, por más cuidadosas que sean) que inciden en la salud de los niños y el conjunto de familias de los barrios. Por

ejemplo, la relación entre infecciones parasitarias y letrinas (ya no sólo “andar descalzos”), las dermatitis y “sarpullidos raros” provocados por los “tóxicos que usan en Arauco”<sup>200</sup>, las alergias al polen en los momentos de floración de las plantaciones de pino. Así, hay un reconocimiento de la insuficiencia de comportamientos individuales asociados a la cultura y leídos como descuido materno para explicar el por qué de las enfermedades infantiles más frecuentes en la zona de estudio. Más aún, estas enfermedades aparecen vinculadas con condicionantes económicos sociales y ambientales, estrechamente relacionados al uso del suelo y al accionar de la principal empresa forestal provincial, que afectan la vida cotidiana de las poblaciones periurbanas. Es decir, el riesgo no está distribuido de modo homogéneo sino desigualmente (Beck, 2000), afectando a ciertos grupos sociales por sobre otros. Como sostienen Salomón y Mastrangelo (2010) dirigir la responsabilidad de un padecimiento al comportamiento o hábito riesgoso del individuo limita la explicación de la enfermedad al separarla discrecionalmente de procesos y determinantes sociales que requieren otro nivel de análisis.

Por último, un problema sanitario que vuelve a colocar la mirada en el descuido materno pero que a su vez lo trasciende es el embarazo adolescente<sup>201</sup>. Si bien por un lado es explicado como consecuencia de “una mentalidad”, es atribuido también a la “falta de educación” de las familias y asumido por ciertas agentes estatales como una “falla” de la propia labor llevada a cabo por el equipo de salud en su conjunto. La profunda frustración

---

<sup>200</sup> Si bien las promotoras prefirieron no ahondar en la relación entre la actividad de la empresa y los perjuicios a la salud infantil y al ambiente en general, este tema ha sido motivo de denuncias y análisis varios. Sobre los efectos del uso excesivo de agrotóxicos por parte de Arauco, que no se restringen a la salud de la población circundante sino que también están provocando un “efecto devastador en el medioambiente, lo que repercute de manera directa en la flora y la fauna y en las condiciones de vida en la chacra” Recuperado de <https://misionesonline.net/2015/03/10/responsabilizan-a-arauco-por-problemas-de-salud-en-ninos-del-alto-parana/>. Uno de los grupos emblemáticos que se ha movilizado en contra de los efectos sociales y ambientales de la producción forestal a gran escala en la provincia, es la organización de Productores Independientes de Piray (PIP). El proceso de conformación, lucha y logros obtenidos puede verse sintetizado en: Sosa Dutra, 2018. Sobre las denuncias al arrinconamiento territorial que sigue profundizándose y los efectos en la salud de la población en su conjunto que supone ver: <https://misionesonline.net/2017/03/22/intendente-piray-denuncia-arauco-alto-parana-aseguro-pone-peligro-la-paz-institucional-politica-la-localidad/>; Chifarelli, 2008.

<sup>201</sup> Los nacimientos de madres adolescentes representan en la actualidad el 15% del conjunto de nacimientos que se registran en el país y este valor se ha mantenido relativamente estable en las últimas décadas. “Se trata de unos 117.000 nacimientos anuales, unos 3.000 de éstos corresponden a madres menores de 15 años. Este número representa el 0,4% del total de nacimientos, y el 2,6 del total de nacidos vivos de madres adolescentes. Si bien este porcentaje es reducido, tiene una profunda gravedad no sólo desde la perspectiva de la propia “niña madre” y su hijo o hija, sino también desde la perspectiva sanitaria, social, legal y jurídica por las consecuencias e implicancias de un embarazo a tan temprana edad. Además, gran parte de estos casos se deben al abuso sexual contra las niñas. La situación empeora, en términos de brechas y desigualdades, si se analiza la información a nivel provincial: en 2014 el porcentaje de nacimientos de madres adolescentes entre 15 a 19 años en las provincias del Chaco, Formosa y Misiones llegó a casi el 25%; mientras que en CABA alcanza a menos del 8%” (Unicef, 2017:10).

y angustia que les genera “ver esas chicas embarazadas que vimos nacer nosotras” pone en evidencia que la moralización de los comportamientos también se imbrica con una propia reflexión y autoevaluación sobre su trabajo así como con las limitaciones estructurales del contexto desigual en el que habitan. Asimismo, da cuenta de las relaciones afectivas que se establecen entre el personal de salud y la población de los barrios, estrechamente vinculada a la cotidianeidad que van forjando las visitas asiduas (de las promotoras al barrio y de las madres al CAPS), facilitadas por la proximidad geográfica y la proximidad de clase (varias promotoras residen en los barrios que visitan). En ocasiones he advertido cómo aún cuando se cataloga como irresponsable alguna conducta materna, las promotoras también mencionan una preocupación general sobre la situación familiar e incluso proponen “ir a ver a esa familia”, sumándose trabajo extra del ya asignado según corresponde, motivadas por la preocupación y el afecto. Es decir, esto permite ver cómo la moralización negativa y el cuidado del otro pueden imbricarse.

Si bien no es el foco de este capítulo es preciso mencionar que el problema de la maternidad adolescente, construido por los adultos y por las instituciones aparece en nuestro país como preocupación de la salud pública en 1960, ligada a un discurso victimizador, homogeneizador y alarmista, ubicando al evento en un lugar negativo e inaugurando una trayectoria de infortunios (Adaszko, 2005). En estos discursos, el embarazo adolescente supone un riesgo para la díada madre-hijo, propiciado por conductas “inmaduras”, “irresponsables” e “irreflexivas” de las jóvenes que contribuyen a la reproducción de la pobreza (Ortale, 2010).

Para concluir, si se compara la forma de entender el embarazo adolescente, el trabajo infantil de venta de piedras preciosas y las diversas formas de cuidado llevadas a cabo en el contexto de estudio emergen calificativos que podrían intercambiarse entre un caso y otro porque son los mismos. En este sentido, las distintas prácticas que están bajo sospecha (Epele, 2010) no pueden comprenderse cabalmente si no se tiene en cuenta que lo que está bajo sospecha más genéricamente es un sector de la sociedad, en particular su capacidad para “cuidar la vida” (Segato, 2013:118).

#### **4. Conclusiones**

A lo largo del capítulo analicé distintas prácticas de cuidado infantil considerando los sentidos, dimensiones, espacios y personas involucrados. Partiendo de una caracterización

del mercado de trabajo remunerado local y de políticas orientadas a garantizar el cuidado de los niños como una forma de disminuir el trabajo infantil mostré que debido a la precariedad laboral y al continuo subempleo en que permanecen las mujeres, el cuidado infantil continúa siendo desplegado sobre todo por las familias y en particular por las madres, sobre hijos biológicos o bien por crianza. En este marco, la ausencia de servicios estatales de cuidado infantil ligados a empleos formales se explica por el carácter instituyente de la informalidad laboral (Gago, 2014) que, entre otras cosas, determina la dificultad para desfamiliarizar el cuidado. Pues la opción de mercantilizarlo, sea vía jardines maternos privados o bien pagar a una niñera, resulta imposible para las familias de este contexto, a diferencia de las clases medias y altas argentinas (Zibecchi, 2013). De hecho, este desigual acceso al cuidado infantil según la clase social puede verse en la trayectoria de algunas de las mujeres presentadas en este capítulo, quienes viajaban al centro de Wanda (donde reside principalmente la clase media o al menos las familias de mayor ingreso económico de la localidad) a cuidar a los niños de familias mejor posicionadas económicamente. Cabe recordar que quienes trabajaron de niñeras dejaron de hacerlo al poco tiempo debido a la escasa cantidad de dinero que ganaban, lo cual concuerda con lo que vienen señalando varios estudios acerca de la precarización del trabajo del cuidado (Pautassi, 2006; Esquivel, 2010; Faur, 2014; Esteban, 2017) y permite comprender mejor las decisiones tomadas por estas mujeres que buscan obtener ingresos económicos de otras formas (como por ejemplo, vendiendo piedras preciosas en su propio barrio y cerca de sus hijos).

En Puerto Wanda, la escuela pública y la guardería católica (en menor medida debido a las restricciones horarias señaladas, la matrícula limitada y las edades que admite) son las únicas instituciones de cuidado infantil accesibles (y obligatoria en el caso de la escuela, naturalmente) para las familias que viven allí. Ahora bien, aunque señalar estos aspectos vinculados al mercado de trabajo y servicios de cuidado resulta insoslayable si se adopta una mirada que incorpore la dimensión social, política y relacional del cuidado que no presuponga al ámbito doméstico/privado como el espacio por antonomasia para llevarlo a cabo, no agota la explicación de las preferencias y prácticas llevadas a cabo por las madres de los niños. Pues si bien la dimensión instrumental del cuidado infantil aparece ligada a la incorporación de niños a actividades productivas, de allí que varios niños hayan comenzado a trabajar porque sus madres “no tenían con quién dejarlos”, no se reduce a ella.

La práctica de “enseñar a trabajar” desde la niñez permite dar cuenta de ello porque es también una forma de cuidado pero más ligada a una ética y una preocupación por garantizar el mejor futuro posible para sus hijos. No se trata sólo de tenerlos cerca porque no hay pariente o guardería para dejarlos mientras la madre trabaja. Brindar una “herramienta” a los hijos, en este caso el saber hacer artesanías con piedras y/o vidrio, aparece articulado a una particular comprensión de las edades y del trabajo como identidad y honra. Con relación a la diferenciación de edades, como señaló Mirta, mientras que son niños es posible enseñar a hacer cosas pero después de cierta edad ya no prestan atención. Con respecto al valor del trabajo, mostré cómo éste es sistemáticamente opuesto a la *mala junta* y en este punto resulta diferenciador de tipos de personas: hijos honestos, trabajadores o hijos *vagos* y/o ladrones. Desde esta lógica, quien obtenga “lo propio” como resultado del esfuerzo y el trabajo cuidará más lo que gane que quien no se esfuerza.

Asimismo, son consideradas buenas madres quienes cuidan a sus hijos, incluso en la calle, y trabajan junto con ellos a diferencia de otras que los dejan solos. En este punto si bien hay una fuerte impronta maternalista en las formas de crianza infantil, pues son fundamentalmente las madres quienes se ocupan de garantizarla, tampoco se reproduce de modo autómatas. Las experiencias de las mujeres madres dan cuenta de ello: cuidan a sus hijos pero al hacerlo desafían ciertas fronteras y supuestos que la ideología maternalista implica. El cuidado no aparece restringido al ámbito doméstico, no siempre comporta amor maternal sino responsabilidad y deber, no supone a la niñez en un pasivo e indefenso sino que incluso se propicia su participación activa en tareas productivas, entre ellas el cuidado de otros. En este sentido, las prácticas descritas a su vez desafían la figura de mujer oprimida por la sobrecarga de cuidados y la de niño sujeto de cuidados, aunque en ambos casos habiten una posición desigual en la estructura social, basada en el género y la edad respectivamente. En ambos casos se observan acciones pasibles de ser catalogadas como agencia (Ortner, 2006) en tanto que suponen formas singulares de habitar dichas posiciones.

Si bien las prácticas de cuidado, y entre ellas aludo aquí al trabajo infantil, mencionadas en el capítulo son muy variadas y por eso mismo analizables desde diferentes dimensiones e incluso marcos teóricos (en parte por ello la elección de las dos vertientes sistematizadas en la presentación de este capítulo), tienen en común su capacidad de producir cotidianamente la familia, entendiéndola como proceso dinámico (Fonseca, 2005; Zelizer, 2009) y no como una cosa. Dar la teta a un nieto biológico y criarlo como un hijo, enseñar a trabajar para garantizar el mejor futuro posible para los hijos, propiciar la

autonomía infantil y a la vez excluir a los niños de determinadas tareas o espacios que se consideran peligrosos son maneras de cuidar de las madres (sobre todo) que las erigen en un lugar de autoridad y respeto hacia sus hijos. Estas diversas formas de cuidar tienen una continuidad analítica en el sentido de forjar lazos familiares duraderos que implican el retorno del cuidado -material e inmaterial- de quienes fueron criados hacia las madres, abuelas, tías -según los casos señalados.

En este sentido, considerando la producción de lazos familiares mediados y propiciados por niños, enfatizar solamente la importancia de que haya jardines maternales para que las madres puedan desfamiliarizar el cuidado de sus hijos y salir de su casa a trabajar no capta adecuadamente el sentido positivo que tiene criarlos y trabajar junto con ellos en este contexto. Desde este marco se comprende también cómo *salir del encierro* del hogar tiene que ver con relaciones sociales mediadas por niños. No obstante, el cuidado de un niño no está exento de relaciones de poder y conflicto. Como mostré a través del caso de Patricia, haber cuidado a su nieto a la par de su hijo la habilitó a no permitir que se fuera a vivir con su madre a Buenos Aires. En este punto se advierte cómo el cuidado permite ver las relaciones de poder entre miembros de la red familiar. Si bien, como mencionara en el Capítulo 2, en los casos analizados los vínculos familiares conforman una unidad cooperativa, en ellas existen relaciones desiguales entre sus integrantes, propiciadas aquí por el poder que otorga cuidar de un niño.

Como anticipé, el cuidado no se limita a la generación de adultos sino que los niños también cuidan. En las situaciones etnográficas puede advertirse cómo utilizan recursos conocidos para llevarlo a cabo pero también cómo los resignifican y se posicionan como adultos en ciertas situaciones, desestabilizando la frontera que divide la adultez de la niñez (Ibarra y Vergara del Solar, 2017). Estos niños cuidan tanto fuera como dentro del hogar, al igual que sus madres, modifican el espacio público domesticándolo. Pero más aún, modificando sus relaciones con otros niños cuando no hay presencia de adultos, sea en el espacio público o en el ámbito doméstico. Las dos escenas presentadas dan cuenta de ello y, aún siendo muy diferentes, permiten advertir las formas singulares de resolver el cuidado de hermanos menores. Y, de modo más general, permiten advertir cómo se produce la infancia, y las relaciones familiares entre pares, cuando no hay adultos. En suma, estos casos muestran que los niños “no hacen su trabajo como autómatas, sino que construyen y reformulan sus relaciones entre sí, con sus padres y con otros adultos mientras realizan sus quehaceres” (Zelizer, 2009:278).



Cabe señalar que si bien las investigaciones sobre trabajo infantil en el ámbito doméstico y en particular el cuidado de otros es asociado al género femenino (Halperín, 2012), durante el trabajo de campo se ha observado que tanto niños como niñas cuidan. Análogamente a lo que sucede con la venta de piedras en la calle, la diferenciación por género se hace más pronunciada a partir de los 13 años aproximadamente. Sobre este señalamiento me detendré en las conclusiones.

Por último, mostré cómo este conjunto variado de prácticas de cuidado es evaluado y sometido a juicios morales por parte de agentes estatales del ámbito sanitario. Propuse no entender esto como cuestión de personalidad de las agentes sino como parte de una estrategia de salud que promueve y sostiene “una determinada matriz de responsabilidades de provisión y cuidado según género” (Faur, 2006, p. 129) en la cual las mujeres son interpeladas como madres que no llevan a cabo una crianza correcta (Colangelo, 2008). Haber presenciado “recorridos” que realizan las promotoras de salud por los barrios, reuniones del equipo de salud del CAPS e instancias como la ejecución del Programa “La Municipalidad va a tu barrio”, constituyó una estrategia metodológica acertada en tanto que permitió ver las formas en que se produce el ideal de buena madre en interacciones concretas e imbuidas de categorías estatales. En este marco, este ideal de buena madre se ve reforzado por el maternalismo político (Nari, 2004) y por la categorización de ciertas prácticas que se consideran riesgosas para la salud de los niños. En otras palabras, el comportamiento individual de las madres es visto como un factor de riesgo sobre el cual se busca incidir a través del control (sobre el orden de la casa, la higiene, la actividad que realizan sus hijos, la lactancia, la asistencia a controles de salud, etc.) pero resulta fragmentado de otros factores de riesgo que inciden en la calidad de vida y la salud de la población en su conjunto, que resulta omitida frente al valor moral de “salvar niños” (Fassin, 2016).

## Conclusiones

“Según el propio Berni, ‘Juanito es un chico pobre, no un pobre chico’: la pobreza del personaje infantil se presenta como una cualidad, no como una condición esencial. El origen social de un niño no borra, para el pintor, la singularidad de su infancia” (Carli, 2011:65-66).

Esta tesis procuró aportar a la comprensión de un fenómeno social que constituye un intolerable contemporáneo y global (Fassin y Bourdelais, 2005), el trabajo realizado por niñas y niños. Específicamente, a través de la realización de una etnografía (instrumentada en su triple acepción de teoría, método y texto) sobre experiencias de trabajo durante la infancia en una localidad del Alto Paraná misionero, el Puerto de Colonia Wanda.

La condena moral hacia el trabajo infantil, reforzada por su carácter ilegal, constituye un obstáculo epistemológico (Bachelard, 1987) que impide explicar algunas de sus dimensiones sustanciales. Las políticas públicas abolicionistas se orientan, a nivel global, a su prevención y erradicación pues entienden que el trabajo infantil vulnera derechos básicos como la salud, educación, recreación y, más aún, priva a los niños de su niñez. Asimismo, es equiparado a la explotación y descuido de sus madres y padres sobre todo si se produce en el marco de economías domésticas. Esta mirada, que denominé normativa, supone una idea de infancia (y ligado de ello de familia y cuidado) universal y descontextualizada que poco dialoga con las experiencias de infancia de niñas y niños que venden piedras preciosas en las calles de Wanda y Puerto Iguazú.

Para inscribir estas experiencias en las configuraciones sociales en que tienen y tuvieron lugar, pues no son solamente contemporáneas sino que aluden a distintas generaciones, tomé la decisión de no hacer un capítulo sobre el “contexto”. Precisamente porque la propia categoría de experiencia, usada a modo de articulador teórico metodológico en la tesis, permite captar la permanente relación dinámica y dialéctica entre las vivencias de las personas y grupos sociales y las estructuras de la sociedad, cultura e historia -o aquello que suele englobarse bajo la palabra contexto-. Fue sólo en el transcurso de la escritura que gracias a esa decisión de no escindir en capítulos distintos aquellas dimensiones articuladas que la experiencia supone, advertí una característica específica del trabajo infantil bajo estudio ligada a la dinámica social y productiva de la zona donde hice trabajo de campo. Me refiero a su carácter híbrido, pues combina actividades y lugares tradicionalmente nombrados como rurales con interacciones y espacios catalogados como urbanos: la extracción de piedras preciosas del *pedral* y su posterior venta a turistas en calles urbanas. Este descubrimiento tiene implicancias concretas pues plantea desafíos al modo en que son pensadas e instrumentadas las políticas públicas en torno al problema

social del trabajo infantil así como también a la forma en que se organiza la producción académica sobre el tema. Por un lado, desde las políticas locales de erradicación del “trabajo infantil minero” se atribuye la persistencia del fenómeno a la tradición campesina de trabajar desde temprana edad y orientando las acciones estatales a “direccionar” y sensibilizar sobre los riesgos que implica y sobre lo innecesario de hacerlo. Se equipara, así, lo rural con lo atrasado y/o salvaje y se justifica la “misión civilizadora del Estado” (Das, 2008). Por otro lado, es abordado desde una lógica contravencional a través de controles de fuerzas de seguridad (sobre todo cuando hay turistas), tal como sucede con el tratamiento del trabajo infantil en calles urbanas de otras ciudades. Tal división entre rural y urbano se sigue encontrando en las formas en que se agrupa la producción académica sobre el tema (Halperín, 2012). Pensar en la hibridez del trabajo infantil refuerza y plantea desafíos específicos a los estudios que ya han señalado las limitaciones heurísticas de categorías fijas como rural y urbano. Niñas y niños circulan y conectan espacios y, al hacerlo, producen una dinámica urbana en un espacio catalogado como rural (donde habitan) y ese mismo espacio moldea asimismo sus experiencias, como las de sus familias.

La circulación y las conexiones entre esferas (Williams, 1980) o mundos hostiles (Zelizer, 2009) no se reducen al eje espacial sino que involucran también otros aspectos sistemáticamente opacados por miradas moralistas sobre el cruce entre infancia y trabajo. El enfoque y método etnográfico permitió mostrar que la participación de niñas y niños en actividades productivas en el marco de las unidades domésticas no es consecuencia de la explotación de sus madres y padres que “los mandan a mendigar” para obtener un retorno material en forma de dinero o bien donaciones de ropa o comida. El análisis detallado sobre las trayectorias de distintas familias para las cuales la venta de piedras emergió como una posibilidad se relaciona con el desempleo rural y con una coyuntura nacional de crisis económica, social y política pero es más que una respuesta a tales circunstancias. La contraposición entre vender piedras y tener un trabajo formal pero *esclavo* explica por qué este trabajo estigmatizado, catalogado incluso por los propios protagonistas como *miserable* y *sufrido*, no es una mera respuesta al desempleo o un último recurso para sobrevivir. Las constantes menciones a las ventajas que tiene -organizarse los tiempos, estar más tiempo en la casa, estar cerca de los hijos, compartir recursos y viajes con otros vecinos que también se dedican a vender piedras preciosas- muestran que se trata de una actividad económica que además de proveer dinero es generadora de tramas de sociabilidad. Y es además una elección frente a otros (muy escasos) trabajos que se les presentan como posibles pero *esclavos*. En las condiciones de precariedad laboral, de vida

y de borde (geográfico, productivo y social) en que habitan las familias, vender piedras es una forma de sobrevivir preferible a otras.

Desde la perspectiva de niñas y niños, les resulta divertido vender piedras preciosas en la calle y encontrarse con pares, interactuar con turistas y aprender cosas de sus respectivos lugares de origen y también relacionase con ellos a través de su presentación de sí mismos como víctimas, sea para acceder a algún bien (material o simbólico) o bien como parte de un juego con otros niños. Asimismo, estar en la calle junto a otros fue referido como estar al margen de los adultos y “que nadie te diga qué hacer”. Así pues, esta actividad económica imbrica socialización, juego, dinero, trabajo y diversión en las calles de sus propios barrios, que no son las calles peligrosas y violentas de las grandes ciudades, como buena parte de la literatura sobre trabajo infantil callejero sostiene, sino que en el contexto de estudio es un espacio cotidiano que resulta un *continuum* de la propia casa, desafiando la frontera público-privado.

La participación de niñas y niños en actividades productivas conecta diversas esferas y muestra diferentes formas de agencia que la sensibilidad moderna sobre la infancia invisibiliza y, por tanto, no permite explicar. Los casos analizados muestran por un lado que, lejos de tratarse de imposiciones de adultos para conseguir más dinero a través del trabajo de sus hijas e hijos, hay una motivación propia para hacerlo y cuando sí es impuesto hay incluso una apropiación singular aún desde su posición social subordinada en términos etarios. Para dar cuenta de ello fue central la observación participante, en términos metodológicos, porque permitió ver modos de agencia que no se reducen al plano discursivo, como suele suceder con enfoques que privilegian “la voz” de los niños. Por otro lado, la realización de actividades productivas no puede escindirse de lógicas familiares caracterizadas por lazos recíprocos en las cuales es moralmente valorado “hacer algo” para el sostenimiento de la unidad doméstica. En este sentido se entiende más cabalmente por qué no se termina de conformar una identidad de “niño vendedor”, figura utilizada por el discurso estatal: en parte porque cuando se está en la calle vendiendo se está también jugando con otros niños o el mismo acto de la venta es un juego con los turistas, pero también porque el capital moral que acumulan los niños en sus familias por “hacer algo” no se limita a vender y obtener dinero. Por ello sostengo que en el contexto de estudio estas formas de trabajo infantil producen (y sostienen) vínculos familiares.

Por otra parte, la venta de piedras preciosas en la calle se asocia a una etapa de la vida y dejar de hacerlo marca un pasaje etario. A través de los relatos de jóvenes que vendieron piedras cuando eran niños encontré, de modo recurrente, que en un determinado

momento produjo vergüenza estar en la calle. Aún cuando esos jóvenes incluían como parte de sus trabajos pasados a la venta de piedras preciosas, cuando contaban que dejaron de hacerlo (entre los 13 y 16 años) se refirieron a que había que empezar a trabajar. Así, al relatar su propia historia de vida produjeron nuevas categorizaciones que muestran cómo aquello que se define como trabajo y ayuda es situacional y en este caso son marcadores etarios. Más aún, esta actividad productiva arma jerarquías etarias y de género: hay tareas específicas prohibidas y/o esperadas, así como espacios por los que se puede circular y por los que no, según la edad de los niños y según se trate de niños o niñas. El *pedral* y la calle son paradigmáticos en este punto.

Propuse entender este modo de trabajo infantil como una estrategia de cuidado por parte de las madres, fundamentalmente, y padres basándome en el concepto de perspectiva del actor (Guber, 2001) y en las propias características del Puerto Wanda en términos de constituir un núcleo de exclusión estructural (Kessler, 2004). Para las madres de los niños que vendieron piedras preciosas junto con ellas, llevarlos a trabajar era preferible a dejarlos solos pues “no había con quién dejarlos”. Interpreté este enunciado nativo recurrente articulándolo a la dinámica social del empleo y al contexto de precariedad y arrinconamiento, rodeados de plantaciones de pino, en que viven las familias. Por un lado, la actividad económica principal de la región del Alto Paraná, la foresto industria, se caracteriza por la masculinización del escaso empleo que ofrece a los pobladores de Wanda. Aún en la vanguardia tecnológica del capitalismo agrario, la modernización productiva mantiene una relación sostenida con la precarización de condiciones laborales que, entre otras cosas, supone la ausencia de servicios de cuidado infantil para los hijos de los asalariados. Por su parte, la oferta de trabajo remunerado para las mujeres se limita a hacer tareas de limpieza, planchar o cuidar a algún niño de manera informal y por escaso dinero, por lo cual la posibilidad de desfamiliarizar el cuidado de los hijos es casi nula. Así, la desigualdad de género y de clase se ve reforzada y la opción de salir a trabajar junto a los hijos, en parte, se explica por ello. No obstante, esta particular concepción del cuidado que moldeó mi mirada sobre el fenómeno, influida por mi propia posición de mujer de clase media universitaria y crítica del sistema patriarcal que confina a las mujeres al ámbito doméstico y las hace más responsables que a los padres del cuidado de sus hijos, no resultó suficiente para iluminar otras aristas observadas en esta particular articulación entre trabajo infantil y cuidado. Esto es, su valor afectivo, moral y relacional. Por un lado, las madres enseñan a los hijos a trabajar como una manera de darles una herramienta que pueda garantizar el mejor futuro posible para ellos. Contrapuesto a la *mala junta*, el valor

del trabajo para tener lo propio como fruto del esfuerzo emerge como *honra*. Son consideradas buenas madres quienes cuidan a sus hijos aún en el marco de una actividad económica, aún en la calle. En este sentido, sostuve que cuidado y trabajo infantil tienen una continuidad analítica: producen buenas madres y producen buenos hijos, honestos y trabajadores. Si bien hay una impronta maternalista en las formas de crianza infantil, pues son las mujeres quienes cuidan a sus hijos, no se reproduce de modo autómatas. De hecho, la honra femenina cobra un matiz singular: al cuidar a sus hijos en un mundo hostil para ellos, el trabajo, desafían la idea de que el cuidado se produce en el ámbito doméstico y al propiciar la autonomía de sus hijos desde pequeños desafían asimismo el lugar pasivo en el cual la idea hegemónica de infancia coloca a niñas y niños. Sostengo, así, que la incorporación de niños a actividades productivas y el cuidado no son mundos hostiles (Zelizer, 2009) en el marco de las relaciones sociales en que tienen lugar. El cuidado es llevado a cabo desde la infancia y, del mismo modo que fue expuesto para el caso de los adultos, no sólo desde una lógica instrumental (por ejemplo cuidar de hermanos menores mientras no están madre y padre en la casa, o bien cuidar de un familiar enfermo) sino también desde una lógica afectiva. La frontera que divide adultez de niñez, entonces, se ve desnaturalizada y resulta relacional entre generaciones y contextual a situaciones sociales particulares.

Dicha frontera adquiere, no obstante, matices según las generaciones. Indagar sobre las experiencias de infancia, trabajo y cuidado a integrantes de distintas generaciones de las unidades domésticas ha permitido mostrar la historicidad de tales categorías y su contextualización en ambientes sustancialmente diferentes al actual. En tal sentido resulta imprescindible revisar críticamente la idea racializada y cristalizada de cultura que aún permea discursos estatales (globales y locales) para caracterizar comportamientos de sectores subalternos. Las memorias de experiencias pasadas, las formas de crianza aprendidas y las expectativas construidas en torno a lo que es mejor para los hijos dan cuenta cómo la historicidad permite discutir la idea del “son así”, aún tratándose en todos los casos de infancias de sectores subalternos. Resulta más apropiado pensar la cultura como “decantación del proceso histórico, sedimento de la experiencia histórica acumulada y en un proceso que no se detiene” (Segato, 2014:49). Como tampoco se detiene la reproducción de la desigualdad y el reforzamiento de la precariedad en la zona de estudio.

En un contexto de ajuste generalizado a nivel nacional y con un 48% de niñas y niños pobres (UNICEF, 2018), cabe preguntarse qué efectos está generando sobre las formas de cuidado infantil y sobre todo en la inserción de niños a actividades productivas

que generen dinero. ¿Cómo se reconfigura el trabajo relacional de las unidades domésticas cuando el valor económico del trabajo realizado por niñas y niños quizás empieza a ser un aporte cada vez más necesario, además del valor moral que tiene? ¿Aumentará la cantidad de niñas y niños que van a vender piedras preciosas a las calles de Puerto Iguazú? Las políticas sociales sobre infancia y en particular aquellas destinadas a erradicar el trabajo infantil callejero, ¿seguirán actuando desde una lógica contravencional cuando no pueden garantizarse derechos básicos de la niñez ni de la población en su conjunto? ¿Se forzará a las empresas forestales y yerbateras a garantizar el cumplimiento de leyes que garantizan derechos a sus trabajadores y a no encubrir trabajo infantil como sucede actualmente? ¿Es la informalidad instituyente una categoría teórica que permite explicar el contexto wandense o bien sería más adecuado llamarla precariedad instituyente? ¿Seguirá horrorizando más la imagen de un niño trabajando junto a un hermano o su madre que la reproducción de la precariedad de la vida de su familia? Si enseñar a trabajar es una forma de cuidado para las madres, sobre todo tendiente al bienestar futuro, inscrita en un contexto signado por el desplazamiento de las familias por los pinos ¿qué estará pasando ahora, en un contexto de ajuste que se profundiza día a día? Siendo que el cuidado es bidireccional y varios niños han empezado a trabajar para ayudar a sus padres en contextos de crisis familiares y económicas, ¿aumentará el trabajo infantil? ¿Habrán margen de maniobra para elegir vender piedras antes que emplearse en un trabajo *esclavo*?

Los sentidos, efectos y prácticas ligadas al trabajo infantil sólo pueden comprenderse en el contexto en que tienen lugar pues éste “no consiste en un esfuerzo solitario sino en una interacción social vital” (Zelizer, 2005 *apud* Llobet 2012:323). Partiendo de esta consideración, la alusión al contexto actual resulta insoslayable si se entiende también a la infancia desde una perspectiva relacional y situada. No obstante, niñas y niños que trabajan son aún interpelados como víctimas de madres y padres negligentes y explotadores. Pero, como sostiene Fassin (2016) se trata de un problema “estrictamente sociológico”, sobre las condiciones de una relación social cada vez más desigual que no solamente no se modifica sino que se profundiza.

Frente a estas circunstancias y en el marco de discursos civilizatorios que habilitan acciones estatales correctoras, las familias del Puerto Wanda han desplegado y despliegan cotidianamente su capacidad de agencia. Aún en el marco de profundas desigualdades de clase, de género y etarias la mirada etnográfica permitió describir y explicar la singularidad del contexto, la singularidad de la infancia.

## Referencias citadas

- ACOSTA, Félix. (2003). La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación. *Papeles de población*, 9 (37) (pp. 9-50).
- ADASZKO, Ariel. (2005). Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el embarazo. *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Buenos Aires: UNICEF/CEDES.
- ALLEMANDI, Cecilia. (2017). *Niños sirvientes y “criados”: el trabajo infantil en el servicio doméstico (Ciudad de Buenos Aires, fines del siglo XIX-principios del XX)*. Buenos Aires: Teseo-Universidad de San Andrés.
- APARICIO, Susana. (2007). El trabajo infantil en el agro. En Aparicio, S. et al. (eds.). *El Trabajo Infantil en la Argentina: Análisis y Desafíos para la Política Pública* (pp. 205-240). Buenos Aires: Organización Internacional del Trabajo.
- APARICIO, Susana. (2009). Niños trabajadores en el agro argentino. Familias campesinas y de asalariados rurales. Mitos y creencias en torno al trabajo infantil rural. En *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*.
- ARFUCH, Leonor. (2013). Memoria y autobiografía. *Buenos Aires: FCE*.
- AUYERO, Javier y KILANSKI, Kristine. (2015). From “making toast” to “splitting apples”: dissecting “care” in the midst of chronic violence. *Theory and Society*, 44(5), 393-414.
- BACHELARD, Gaston. (1987) *La formación del espíritu científico*. Siglo Veintiuno,
- BALBI, Fernando Alberto. (2012). La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica. *Intersecciones en Antropología* (pp. 485-499).
- BARANGER, Denis. (2008). La construcción del campesinado en Misiones: de las Ligas Agrarias a los “sin tierra”. En Schiavon, G. *Campesinos y agricultores familiares: la cuestión agraria en Misiones a fines del siglo XX* (pp. 33-70). Buenos Aires: Ciccus.
- BARNA, Agustín. (2015). Desentrañar sucesos, evaluar sujetos y producir verdades para ‘restituir derechos de niños’. Un abordaje desde las prácticas cotidianas de intervención en un dispositivo estatal de protección de la niñez del conurbano bonaerense. *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 36(1) (pp. 73-89).
- BARROS, Claudia. (2005). Identidades entre lo urbano y lo rural. *X Encuentro de Geógrafos de América Latina, San Pablo, Brasil*.
- BARTH, Fredrik. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.



- BARTOLOMÉ, Leopoldo J. (1975). Colonos, plantadores y agroindustrias. La explotación agrícola familiar en el sudeste de Misiones. *Desarrollo económico* 15, 58 (pp. 239-264).
- BARTOLOMÉ, Leopoldo J. (2000). *Los colonos de Apóstoles: estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia esclava en Misiones*. Posadas: Universidad Nacional de Misiones.
- BECK, Ulrich. (2000). Retorno a la teoría de la sociedad del riesgo. *BAGE*, (30).
- BENEDETTI, Alejandro. (2018). Claves para pensar las fronteras desde una perspectiva geográfica. *GEOUSP: Espaço e Tempo (Online)*, 22(2) (pp. 309-328).
- BERLANT, Lauren. (2012) *El corazón de la nación*. Fondo de Cultura Económica,
- BLOCK, Fred. (2012). Relational work in market economies: Introduction. *Politics & Society*, 40(2), (pp. 135-144).
- BOURDELAIS, Patrice. (2005). L'Intolérable du travail des enfants. *Les Constructions de l'intolérable, Etudes d'anthropologie et d'histoire sur les frontières de l'espace moral*. Paris: La Découverte.
- BUTLER, Judith y LOURTIÉS, Marie. (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate feminista*, 18, (pp. 296-314).
- CAMPOAMOR, Leigh. (2016). "Who Are You Calling Exploitative?" Defensive Motherhood, Child Labor, and Urban Poverty in Lima, Peru. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 21(1), 151-172.
- CAPUTO, Luis. (2006). Estudios sobre juventud rural en América Latina. Limitaciones y desafíos para una agenda de investigación sobre juventud rural. *Seminario Internacional: Investigación sobre Juventud y Políticas Públicas de Juventud. FLACSO sede Argentina/CELAJU/UNESCO. PANEL: Estudios regionales sobre juventud ¿integraciones o fragmentaciones?* (pp. 20-24).
- CASTILLA, María Victoria. (2017). Maternidad, cuidados y castigos en barrios marginales y vulnerables de Buenos Aires. *RUNA, archivo para las ciencias del hombre*, 38(2), 37-51.
- CASTRO, Hortensia y REBORATTI, Carlos E. (2007). *Revisión del concepto de ruralidad en la Argentina y alternativas posibles para su redefinición*. Buenos Aires: PROINDER, Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios.
- CHIFARELLI, Diego. (2008). El Modelo de Monocultivos de Coníferas a Gran Escala. Análisis de Sustentabilidad en el Alto Paraná Misionero. In *IX Congreso Argentino de Antropología Social*.

- COLANGELO, María Adelaida. (2006). La crianza en disputa. Un análisis del saber médico sobre el cuidado infantil. In *Simposio* (No. 22).
- COLANGELO, María Adelaida. (2012). Evaluando la crianza: modos de intervención sobre niños y familias en el espacio del control pediátrico de la salud infantil. In *Actas del Tercer Congreso Latinoamericano de Antropología*. Santiago de Chile: ALA.
- COOPER, Frederick & BRUBAKER, Rogers. (2000). Beyond "Identity". En *Theory and Society* vol. 29 (pp. 1-49). Kluwer Academic Publishers.
- CRAPANZANO, Vincent. (1994) "Réflexions sur une anthropologie des émotions", *Terrain*, Vol. 22 pp. 109-117.
- CRIVOS, Marta, TEVES, Laura y SY, Anahí. (2003). El análisis de redes en la consideración de las parasitosis humanas. In *Sección Textos/Contribuciones iberoamericanas a la Conferencia Internacional de ARS*.
- DA MATTA, Roberto. (1985). *A casa e a rua*. São Paulo: Brasiliense.
- DA SILVA, Mauricio Roberto. (2003). *Trama doce-amarga:(exploração do) trabalho infantil e cultura lúdica* (Vol. 8). Hucitec.
- DARRÉ, S. (2013) *Maternidad y tecnologías de género*. Buenos Aires: Katz.
- DAS, Veena (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Lecturas CES.
- DE LA GARZA TOLEDO, Enrique. (2009). Hacia un concepto ampliado de trabajo. *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales. Vol. I.* (pp. 111-140). Buenos Aires: CAyCIT/CLACSO.
- DOUGLAS, Mary. (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DIAS DUARTE, Luiz Fernando. (2011). A Geração, fratria e gênero: um estudo de mandato transgeracional e subjetivação diferencial. *Trivium*, vol.3, no.1, p.1-19.
- ENRIZ, Noelia (2018) Turismo internacional de gran escala e identidad étnica en la Triple Frontera misionera. *Etnografías Contemporáneas* 81-88
- EPELE, María. (2010). Sujetar por la herida: una etnografía sobre drogas, pobreza y salud. In *Sujetar por la herida: una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*. Buenos Aires: Paidós.
- EPELE, María. (2012). Sobre o cuidado de outros em contextos de pobreza, uso de drogas e marginalização. *Mana*, 18(2), 247-268.
- ESQUIVEL, Valeria. (2010). Trabajadores del cuidado en la Argentina. En el cruce entre el orden laboral y los servicios de cuidado. *Revista Internacional del Trabajo*, 129(4), 529-547.

- ESQUIVEL, Valeria. (2011). La economía del cuidado en América Latina: Poniendo a los cuidados en el centro de la agenda. *Atando Cabos, deshaciendo nudos*. Panamá: PNUD.
- FADEN, Ruth, & BEAUCHAMP, Tom. (1982). El concepto de consentimiento informado. En: Beauchamp, T. & Walters, L., *Contemporary Issues in Bioethics*. Encino, CA & Belmont, CA: Dickenson Publishing Company.
- FASANO, Patricia. (2014). Enredada. Dilemas sobre el proceso etnográfico de investigación de un chisme y su publicación. En Guber, R. *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo*. (pp. 156-182). IDES: Miño y Dávila.
- FASSIN, Didier. (2016). *La razón humanitaria: una historia moral del tiempo presente*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- FASSIN, Didier & BOURDELAIS, Patrice. (2005). Introduction Les frontières de l'espace moral. En: Fassin, D., Bourdelais, P., & Dozon, J. P. *Les constructions de l'intolérable: études d'anthropologie et d'histoire sur les frontières de l'espace moral*. Paris: La Découverte "Recherches", (pp. 7-15).
- FAUR, Eleonor. (2018). Género, diversidad sexual y conciliación familia-trabajo: contrapuntos entre el derecho de familia y el derecho laboral. *Derecho y Ciencias Sociales Nro. 19*. (pp. 45-62).
- FEDERICI, Silvia. (2004). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños
- FERRERO, Brian y PYKE, Luz Irene. (2015). Naturaleza y Frontera. El Parque Nacional Iguazú y el proceso de consolidación del Estado argentino en la frontera argentino-brasileña (1880-1934). *Sociedad y Discurso*, (28). (pp. 135-167).
- FISHER, Berenice & TRONTO, Joan. (1990). Toward a feminist theory of caring. En E. Abel, y Nelson, M. (Eds.) *Circles of care: Work and identity in women's lives* (pp. 35-62). Albany, NY: SUNY Press.
- FONSECA, Claudia. (1999). O abandono da razão: discursos colonizados sobre a família. En Souza, E. A. L. *Psicanálise e colonização: leituras do sintoma social no Brasil*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- FONSECA, Claudia. (1999). Quando cada caso não é um caso. *Revista Brasileira de educação*, 10(1) (pp. 58-78).
- FONSECA, Claudia. (2000). *Família, fofoca e honra. Etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.
- FONSECA, Claudia. (2005). Concepções de família e práticas de intervenção: uma contribuição antropológica. En *Saúde e sociedade*, 14, (pp. 50-59).

- FONSECA, Claudia y CARDARELLO, Andrea. (2005). Derechos de los más y menos humanos. *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil. Estudios de antropología jurídica*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- FONSECA, Claudia. (2005) “La clase social y su recusación etnográfica”, *Etnografías Contemporáneas N° 1*, (pp. 117-138). Buenos Aires: Escuela de Humanidades, UNSAM.
- FRASCO ZUKER, Laura. (2016). Cuidado y trabajo infantil. Revisión de estudios y articulación de enfoques. *Impensar las Ciencias Sociales: Feminismo(s) para un Pensamiento Crítico*. Tandil.
- FRASCO ZUKER, Laura. (2016). El valor social del trabajo infantil. Reflexiones a partir de una etnografía en Misiones. In *IX Jornadas de Sociología de la UNLP 5 al 7 de diciembre de 2016 Ensenada, Argentina*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología.
- FRASCO ZUKER, Laura. (2016). Investigación etnográfica sobre experiencias de trabajo infantil en el noreste argentino. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Vol. 14. N° 2 (pp. 1205-1216).
- FRASCO ZUKER, Laura. (2016). Organización social del cuidado y trabajo infantil. Apuntes para su vinculación y comprensión. In *VIII Congreso Latinoamericano de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires: CABA.
- FRASCO ZUKER, Laura y RAUSKY, María Eugenia. (2017). Los matices del trabajo infantil: discursos hegemónicos y debates a partir de diferentes experiencias de investigación en argentina. *Seminário Internacional Infâncias Sul-Americanas: crianças nas cidades, políticas e participação*. São Paulo.
- FRASCO ZUKER, Laura. (2018). Trabajo infantil y salud: Revisión de literatura argentina y exploración de enfoques alternativos. *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, 18(2) (pp. 397-410).
- FRASER, Nancy. (1991). La lucha por las necesidades: esbozo de una teoría crítica socialista-feminista de la cultura política del capitalismo tardío. *Debate feminista*, 2(3), 3-40.
- GAGO, Verónica. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- GALLERO, María C. y KRAUTSTOFL, Elena M. (2010). Proceso de poblamiento y migraciones en la Provincia de Misiones, Argentina: 1881-1970. *Avá. Revista de Antropología*, vol 16. (pp. 245-264).

- GARCÍA MÉNDEZ, Emilio. (1993) *Infancia y ciudadanía en América Latina*. Córdoba: Marcos Lerner Editor.
- GENTILE, María Florencia. (2005). Garçons et filles en situation de rue. Pertinence analytique des notions de genre et de rapports sociaux de sexe. In *GIS Réseau Amérique latine. Actes du 1er Congrès du GIS Amérique latine: Discours et pratiques de pouvoir en Amérique latine, de la période précolombienne à nos jours, 3-4 novembre 2005*, Université de La Rochelle.
- GESTEIRA, Soledad. (2015) Secretos, mentiras y estigmas. La búsqueda del origen biológico como un tránsito del como sí al cómo fue. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, no 21.
- GIARRACCA, Norma. (2001) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires, CLACSO
- GLASER, Barney G. & STRAUSS, Anselm L. (1967). *The Discovery of Grounded Theory*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- GLOCKNER, Valentina. (2018). Infancia y políticas de lucha contra la pobreza en México: un vistazo a los últimos 50 años. *Problemes d'Amérique Latine 1(108)*. (pp. 109-122).
- GODELIER, Maurice. (1996). *El enigma del don*. Paidós: España
- GÓMEZ, Zandra Pedraza (2007). El trabajo infantil en clave colonial: consideraciones histórico-antropológicas. *Nómadas*, (26), 80-90.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. (1994). *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*. Oxford: Basil Blackwell.
- GRAS, Carla y HERNÁNDEZ, Valeria. (2014). Agribusiness and large-scale farming: capitalist globalisation in Argentine agriculture. *Canadian Journal of Development Studies/Revue canadienne d'études du développement*, 35(3), 339-357.
- GRIMSON, Alejandro. (2011). *Los límites de la cultura: crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- GRINBERG, Julieta. (2013). La recepción de "los derechos del niño" en Argentina: Trayectorias de activistas y conformación de una nueva causa en torno a la infancia. *Antropología y Sociología: Virajes*, 15(1). (pp. 299-325).
- GUBER, Rosana. (2000). *Prácticas etnográficas: Ejercicios de reflexividad de antropólogos de campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- GUBER, Rosana. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Vol. 11). Buenos Aires: Norma.

- GUBER, Rosana. (2004). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- HACKING, Ian (2013) Construyendo tipos: o caso de abusos contra crianças. *Cadernos pagu* (40):7-66
- HALPERIN, Verónica. (2012). Trabajo infantil e infancia: un estado del arte de la investigación en Argentina (2009-2011). En: Mariela Macri (comp.). *Trabajos infantiles e infancias. Investigaciones en territorio (Argentina, 2005-2010)* (pp. 39-83). Buenos Aires: Editorial Stella.
- HANEY Lynne. (2002). *Inventing the Needy: The Gendered Transition from Socialist Welfare to Welfare Capitalism in Hungary*. Berkeley, CA: Univ. Calif. Press. Forthcoming.
- HANEY, Lynne. (2010). *Offending Women. Power, Punishment, and the Regulation of Desire*. University of California Press: California.
- HECHT, Tobias. (1998). *At home in the street: Street children of Northeast Brazil*. Cambridge University Press.
- HERNÁNDEZ, Valeria A. (2007) El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresariado innovador. *Desarrollo económico*, p. 331-365.
- INGOLD, Tim. (2002). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres: Routledge.
- INGOLD, Tim. (2012). *Ambientes para la vida*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- INGOLD, Tim & PÁLSSON, Gísli. (2001). *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*. Mexico: Siglo XXI.
- JELIN, Elizabeth. (1998). Pan y afectos. En *La transformación de las familias*. Buenos Aires: FCE.
- JELIN, Elizabeth. (2012). La familia en Argentina: Trayectorias históricas y realidades contemporáneas. En Esquivel V. et al. *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES.
- JENKS, Chris. (1996). *Childhood*. London: Routledge
- KAY, Cristóbal. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?. *Revista mexicana de sociología*, 71(4), (pp. 607-645).
- KESSLER, Gabriel. (2015). *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KESSLER, Gabriel, NÚÑEZ, Pedro, & LABARTHE, Sunniva. (2017). La jeunesse rurale en Amérique latine. *Problemes d'Amérique latine*, (2), (pp. 43-56).

- KRAUTSTOFL, Elena M. (2014). Territorio de fronteras y espacio de cuerpo/mujer. Peregrinación transnacional de las paseras entre Posadas (Argentina) y Encarnación (Paraguay). En: *La Rivada*, V. 2, n° 3. (pp. 1-16).
- L'HOSTE, Ana Spivak. (2010). Emoción, tradición y comunidad o narrativas que también son emoción. *El Balseiro: Memoria y emotividad en una institución científica argentina*. Buenos Aires: Ediciones Al Margen.
- LE BRETON, David. (2012). Por una antropología de las emociones. *Revista latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 3(10), 69-79.
- LEYRA FATOU, Begoña. (2012). Las Niñas Trabajadoras: El Caso de México, Madrid. Los Libros de la Catarata.
- LIEBEL, Manfred (2013). Niñez y justicia social. Repensando sus derechos. Santiago, Chile: Pehuén.
- LIEBEL, Manfred. (2016) ¿Niños sin Niñez? Contra la conquista poscolonial de las infancias del Sur glob. En *Millcayac-Revista Digital de Ciencias Sociales*, 3(5), (pp. 245-272).
- LINARES, Angela, KRAUTSTOFL, Elena, SPRANDEL, M. A., & UNICEF. (2005). Situação das crianças e dos adolescentes na tríplice fronteira entre Argentina, Brasil e Paraguay: Desafios e Recomendações. In *Situação das crianças e dos adolescentes na tríplice fronteira entre Argentina, Brasil e Paraguay: Desafios e Recomendações*. UNICEF.
- LLOBET, Valeria. (2011). Un mapeo preliminar de investigaciones sobre infancia y adolescencia en las ciencias sociales en Argentina desde mediados de la década de 1990. *Kairos, Revista de Temas Sociales*. San Luis.
- LLOBET, Valeria. (2012). Una lectura sobre el trabajo infantil como objeto de estudio. A propósito del aporte de Viviana Zelizer. En *Desarrollo Económico vol. 52*. Buenos Aires (pp. 311-328).
- LLOBET, Valeria. (2015). La infancia y su gobierno: una aproximación desde las trayectorias investigativas de Argentina. En *Politica E Trabalho* (pp. 37-48).
- LLOBET, Valeria. (2016). "Eso era lo normal". Ser niño en la dictadura: un debate sobre la subjetividad y la política. En *Entramados y Perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología vol. 6* (pp. 90-119). Buenos Aires.
- LLOBET, Valeria. (2017). Francisca el 11 de Setiembre: acerca de la producción de la experiencia infantil en el Chile del golpe militar. *Castalia Revista de Psicología vol. 29* (pp. 6-15). Buenos Aires.

- LUNA, Florencia y SALLES, Arlene. (2008). *Bioética: nuevas reflexiones sobre debates clásicos*. Buenos Aires, FCE.
- LUTZ, Catherine & WHITE, Geoffrey M. (1986). The anthropology of emotions. *Annual review of anthropology*, 15(1), (pp. 405-436).
- MACRI, Mariela. (2005). *El trabajo infantil no es juego: investigaciones sobre trabajo infanto-adolescente en Argentina (1900-2003)*. Buenos Aires: La Crujia.
- MACRI, Mariela. (2012). Trabajo infantil e infancia. En *Mariela Macri (comp.). Trabajos infantiles e infancias. Investigaciones en territorio (Argentina, 2005-2010)* (pp. 21-37). Buenos Aires: Editorial Stella.
- MAGISTRIS, Gabriela Paula. (2014). *El magnetismo de los derechos: desplazamientos y debates en torno a los derechos de niñas, niños y adolescentes*. Buenos Aires: CLACSO.
- MALINOWSKI, Bronislaw. (1975). *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Península.
- MALLIMACI, Fortunato y GIMÉNEZ Béliveau, Verónica. (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En Vasilachis de Gialdino, I. *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 175-209). Barcelona, Gedisa.
- MANZANAL, Mabel, ARZENO, Mariana y PONCE, Mariana. (2011). Desarrollo, territorio y conflicto en el nordeste de Misiones. *Avá. Revista de Antropología*, (19).
- MARZONETTO, Gabriela L. y ENRÍQUEZ, Corina R. (2017). La coordinación institucional de políticas de cuidado infantil en la Argentina: desafío necesario para el abordaje de las desigualdades. *Cuadernos de Economía Crítica*, (7) (pp. 43-69).
- MASTRANGELO, Andrea. (2001). Las "hijas de la abuela". Una reflexión sobre el uso social de la nomenclatura del parentesco en dos zonas cordilleranas de Argentina. *IV Congreso Chileno de Antropología*. Santiago de Chile: Colegio de Antropólogos de Chile.
- MASTRANGELO, Andrea. (2006). Miserias preciosas: Trabajo infantil y género en la minería artesanal. Misiones, Argentina. En Z. Castilhos, M. Lima & N. Castro (eds.) *A questão de gênero e trabalho infantil na pequena mineração sul-america Brasil, Perú, Argentina, Bolívia*, (pp. 135-151). Rio de Janeiro: Cetem, CNPQ.
- MASTRANGELO, Andrea. (2009). Exploraciones etnográficas sobre trabajo infantil y minería en Argentina. *Revista Virtual REDESMA vol. 3*. (pp. 55-65) La Paz.
- MASTRANGELO, Andrea, SCALERANDI, Verónica y FIGUEROA, Marianela. (2011). Del recurso natural a la plantación: condiciones de trabajo en la producción forestal del Norte de Misiones. En Mastrangelo, A. y Trpin, V. (Comps.). *Entre chacras y*



*plantaciones: trabajo rural y territorio en producciones que Argentina exporta* (pp. 59-146). Buenos Aires: CICCUS.

MASTRANGELO, Andrea y SALOMON, Oscar (2010) Contribución de la antropología a la comprensión de un brote de Leishmaniasis Tegumentaria Americana en las " 2.000 hectáreas", Puerto Iguazú, Argentina. *Revista Argentina de Salud Pública*, vol. 1, no 4.

MATIJASEVIC, María T., & SILVA, Alexander. R. (2013). La construcción social de lo rural. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, (5), (pp. 24-41).

MAUSS, Marcel. (1979). *Ensayo sobre los dones. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Tecnos.

MCNAY, Lois. (2004). Agency and experience: Gender as a lived relation. *The Sociological Review*, 52(2\_suppl), (pp 175-190).

MEDAETS, Chantal. (2018). Crianças na economia familiar do Baixo-Tapajós (Pará): Ajudar, aprender, "se acostumar". *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, 18(2), 411-430.

MENENDEZ, Eduardo L. (2005). El modelo médico y la salud de los trabajadores. *Salud colectiva*, 1, 9-32.

MILSTEIN, Diana. (2006). Y los niños, ¿por qué no?: algunas reflexiones sobre un trabajo de campo con niños. *Avá. Revista de Antropología*, (9). (pp. 49-60).

MOL, Annemarie. (2008). *The logic of care: Health and the problem of patient choice*. Londres: Routledge.

MOL, Annemarie, POLS, Jeanette & MOSER, Ingunn. (2010). *Care in practice*. Transcript Verlag.

MOLINIER, Pascale. (2012). Ética e trabalho do care. En Hirata, H. y Araujo Guimaraes, N. *Cuidado e cuidadoras. As várias faces do trabalho do care* (pp. 29-43). San Pablo: Editorial Atlas.

NARI, Marcela. (2004). *Políticas de maternidad y maternalismo político*. Buenos Aires: Biblos

NAVONE, G. T., GAMBOA, M. I., OYHENART, E. E., & ORDEN, A. B. (2006). Parasitosis intestinales en poblaciones Mbyá-Guaraní de la Provincia de Misiones, Argentina: aspectos epidemiológicos y nutricionales. *Cadernos de Saúde Pública*, 22, 1089-1100.

NEFFA, Julio César. (2001). Presentación del debate reciente sobre el fin del trabajo. En De la Garza Toledo, E. y J. Neffa, *El futuro del trabajo. El trabajo del futuro*. (pp. 51-98). Buenos Aires: CLACSO.

- NIEMBRO, A. (2013). Brechas de desarrollo regional y provincial en Argentina: Hacia una nueva forma de medición y un análisis de su evolución en los años 2000. *Anales de las XLVIII Jornadas de la AAEP*, Rosario, Santa Fe.
- NIEUWENHUYS, Olga. (2005) The wealth of children: reconsidering the child labour debate. En *Studies in modern childhood*. Palgrave Macmillan, London, 2005. p. 167-183.
- NOCETI, María Belén. (2011). “Trabajo infantil rural” y “explotación infantil rural”. Aportes antropológicos a la diferenciación de conceptos para el diseño de políticas de protección de derechos del niño en el sudoeste bonaerense. En *Revista Papeles de trabajo* – Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural, (22) (pp. 58–73).
- NOVICK, Marta y CAMPOS, Martín. (2007). El trabajo infantil en perspectiva. Sus factores determinantes y los desafíos para una política orientada a su erradicación. En Aparicio, S. et al (eds). *El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública* (pp. 19-52). Buenos Aires: Organización Internacional del Trabajo.
- NUÑEZ, Ana Carolina. (2009). En Puerto Iguazú, Misiones (Arg.). Ordenamiento territorial y políticas hegemónicas. Una visión crítica. En *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Sociología.
- OIT. (2013). *Medir los progresos en la lucha contra el trabajo infantil. Estimaciones y tendencias mundiales entre 2000 y 2012*. Oficina Internacional del Trabajo, Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC) – Ginebra.
- ORTALE, Susana. (2009). Programas de salud sexual y reproductiva y maternidad adolescente en La Plata (Buenos Aires, Argentina). *Avá. Revista de Antropología*, (15).
- PADAWER, Ana. (2010). Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. *Horizontes Antropológicos*, 16(34) (pp. 349-375).
- PADAWER, Ana. (2014). Mis hijos caen cualquier día en una chacra y no van a pasar hambre, porque ellos saben: Oportunidades formativas y trabajo predial de los jóvenes en el sudoeste de Misiones-Argentina. *Trabajo y sociedad: Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, (22), (pp. 87-101).
- PADAWER, Ana. (2016). Infancia y trabajo a través de las generaciones: la transmisión de conocimientos vinculados a la reproducción social en contextos rurales en transformación. *Revista De Ciências Sociais-política & Trabalho*, 1(43) (pp. 113-132).

- PADAWER, Ana. (2018). Girls' Work in a Rural Intercultural Setting: Formative Experiences and Identity in Peasant Childhood. En *Girlhood Studies*, 11(2) (pp. 95-110).
- PALOMO, Martín y TERESA, María. (2008). "Domesticar" el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. En Cuadernos de Relaciones Laborales 26-2 (pp. 13-44).
- PALOMO, María Terensa Martín; TERRÓN, José María Muñoz. (2015) Interdependencias. Una aproximación al mundo familiar del cuidado. *Argumentos. Revista de Critica Social*, no 17.
- PAUTASSI, Laura. (2006). El empleo en salud en la Argentina. La sinergia entre calidad del empleo y calidad de la atención. *Mujer y empleo. La reforma de la salud y la salud de la reforma en Argentina*. Buenos Aires: CEPAL, Siglo XXI Editores.
- PEIRANO, Marisa (1992). O encontro etnográfico e o diálogo teórico. *Uma antropologia no plural*, Brasília, UnB
- PEÑA, Carlos de la. (2017). *Entre jangadas, naranjas y eucaliptos*. Tesis doctoral, Universidad de Entre Ríos, Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales.
- PERELMAN, Mariano. (2014). Viviendo el trabajo. Transformaciones sociales, cirujeo y venta ambulante. *Trabajo y Sociedad vol. 23* (pp. 45-65). Santiago del Estero.
- PIRES, Flávia. (2010). O que as crianças podem fazer pela antropologia?. *Horizontes Antropológicos*, 16(34), (pp. 137-157).
- PITA, María Victoria. (2010). *Formas de morir y formas de vivir: el activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Editores del Puerto.
- PORTELLI, Alessandro. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En Moss W. y otros, *La historia oral* (pp. 36-51). Buenos Aires: CEAL.
- POZZIO, María. (2011). *Madres, mujeres y amantes*. Buenos Aires: Antropofagia.
- QUIRÓS, Julieta. (2006). *Cruzando la Sarmiento: Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- QUIRÓS, Julieta. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. En *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales* Nro. 17.
- RABELLO DE CASTRO, Lucia. (2002). A infância e seus destinos no contemporâneo. *Psicologia em Revista*, 8(11), 47-58.
- RAMÍREZ, Delia. (2017). Un abordaje histórico de la actividad forestal en Misiones: del frente extractivo al agronegocio forestal. *Folia Histórica del Nordeste*. (pp. 29-51). Resistencia.

- RAU, Víctor. (2005). *Los cosecheros de yerba mate: mercado de trabajo agrario y lucha social en Misiones* (Tesis doctoral no publicada para optar al Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina).
- RAUSKY, María Eugenia. (2011). ¿Infancia sin trabajo o infancia trabajadora? Perspectivas sobre el trabajo infantil. En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* vol. 7(2).
- RAUSKY, María Eugenia. (2011). La calle y los niños: estrategias laborales en espacios públicos. *Revista Ava 19* (pp. 319-346).
- RAUSKY, María Eugenia. (2015). Los niños y niñas que trabajan: relaciones generacionales y de género. En Eguía, A.; Ortale, M. S.; Piovani, J. I. (comps.). *Género, trabajo y políticas sociales* (pp. 111-133). Buenos Aires: Clacso.
- REMORINI, Carolina. (2010). Crecer en movimiento. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 8 (2) (pp. 961-980).
- REMORINI, Carolina. (2013). Los estudios etnográficos sobre el desarrollo infantil en comunidades indígenas de América Latina: contribuciones, omisiones y desafíos. *Perspectiva vol. 31*. (pp. 311-340). Santa Catarina.
- RENOLDI, Brígida. (2014). El secreto, el informante y la información: indagaciones reflexivas sobre la etnografía y la investigación policial. *R. Guber (Comp.). Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo* (pp. 158-183). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- RENOLDI, Brígida. (2014). Los problemas de las soluciones: Una lectura antropológica de la política en las drogas ilegales. *Apuntes de investigación del CECYP*, 24(1), (pp. 120-143).
- RESTREPO, Eduardo. (2014). Interculturalidad en cuestión: cerramientos y potencialidades. *Ámbito de encuentros*. (1) (pp.9-30)
- RIBEIRO, Fernanda Bittencourt. (2015). Os cabelos de Jennifer: Notas sobre participação e etnografia em contextos da 'proteção à infância'. *Política & Trabalho Revista de Ciências Sociais*, (43), 49-64.
- RIDGE, Tess. (2002). *Childhood poverty and social exclusion: From a child's perspective*. Bristol: Policy press.
- RINGUELET, Roberto, SCHIAVONI, Gabriela y JAUME, Fernando. (2014). La problemática rural y étnica en la obra de Leopoldo Bartolomé. *Avá. Revista de Antropología*, (25) (pp. 147-170).

- RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina. (2007). La organización del cuidado de niños y niñas en Argentina y Uruguay. En *El cuidado en acción: entre el derecho y el trabajo*. (pp. 15-142). Santiago de Chile: CEPAL.
- ROCKWELL, Elsie. (1980) La relación entre etnografía y teoría en la investigación educativa. *México, Departamento de Investigaciones Educativas*,
- ROCKWELL, Elsie. (2009) La experiencia etnográfica. *Historia y cultura en los procesos educativos*, 2009, p. 171-184.
- RODRÍGUEZ ENRIQUEZ, Corina M. y MARZONETTO, Gabriela L. (2016). Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina. *Revista Perspectiva de Políticas Públicas. Vol 4 (8)*. (pp. 103-134).
- ROIG, Alexandre. (2009). Separar de sí, separar para sí: aproximaciones a las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos. En *Congreso Latin American Sociological Association (LASA), Río de Janeiro, del* (Vol. 11).
- ROMERO NOGUERAS, Pablo (2004). ¿Muerte sin llanto? Reflexiones y comentarios críticos en torno de las investigaciones de Nancy Scheper-Hugues sobre la pobreza y la muerte infantil en el Nordeste brasileño. *Gazeta de antropología*. (20)
- ROSE, Nikolas. (1999). *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*. New York: Free Association Books
- ROSE, Nikolas. (2007). La muerte de lo social? Re-configuración del territorio de gobierno. *Revista argentina de sociología*, 5(8).
- SALLES, Vania. (1999). El trabajo, el no trabajo: Un ejercicio teórico-analítico preliminar desde la sociología de la cultura. En De La Garza, E. *Los retos teóricos de los estudios del trabajo hacia el siglo XXI*. (pp. 97-113). Buenos Aires: CLACSO.
- SANTILLÁN, Laura. (2009). Antropología de la crianza: la producción social de “un padre responsable” en barrios populares del Gran Buenos Aires. *Etnográfica. Revista do Centro em Rede de Investigaçao em Antropologia*, 13(2)), 265-289.
- SCHEPER-HUGHES, Nancy. (1992). *Muerte sin llanto*. Barcelona: Ariel
- SCHIAVONI, Gabriela. (1991). *Agricultura familiar y diferenciación social en la frontera de Misiones. Documento de trabajo PISPAD N° 10*.
- SCHIAVONI, Gabriela. (2001). Economía del don y obligaciones familiares: los ocupantes agrícolas de Misiones y el debate farmer-campesino. En *Desarrollo económico*, vol 41 (163) (pp. 445-466).

- SCHIAVONI, Gabriela y GALLERO, María C. (2017). Colonización y Ocupación no planificada: La mercantilización de la tierra agrícola en Misiones (1920-2000). En *Travesía* vol. 19(1) (pp. 77-106).
- SCHIAVONI, Lidia. (2003). Aportes de hijas e hijos a las estrategias de vida familiar. Familias pobres urbanas y rurales en la provincia de Misiones. En Wainerman, C. (comp.). *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* (pp. 153-198). México: Fondo de Cultura Económica.
- SCHILDKROUT, Enid. (2002). Recommended Readings: Age and Gender in Hausa Society Socio-Economic Roles of Children in Urban Kano. *Childhood*, 9(3), (pp. 342-368).
- SCOTT, Joan W. (1991). The evidence of experience. En *Critical inquiry*, 17(4) (pp. 773-797).
- SEGATO, Rita (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: y una antropología por demanda*. Prometeo Libros.
- SEGURA, Ramiro. (2010). *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS)/Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).
- SEGURA, Ramiro. (2013). Los pliegues en la experiencia urbana de la segregación socioespacial. Análisis comparativo de dos etnografías urbanas. En Carman, M.; Vieira da Cunha, N. y Segura, R. (Coords.) *Segregación y diferencia en la ciudad* (pp. 143-169). Quito: FLACSO, Sede Ecuador/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)/Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda.
- SILVA, María Alejandra. (2011). *Trabajo infantil y salud: aportes a la construcción del conocimiento*. Saarbrücken, Germany: Editorial Académica Española.
- SINERVO, Aviva, & HILL, Michael D. (2011). The visual economy of Andean childhood poverty: Interpreting postcards in Cusco, Peru. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 16(1), 114-142.
- SIROTA, Régine. (2001). Emergência de uma sociologia da infância: evolução do objeto e do olhar. *Cadernos de pesquisa*, (112), (pp. 7-31).
- SOARES, Angelo. (2012). As emoções do care. En Hirata, H. y Araujo Guimaraes, N. (org.). *Cuidado e cuidadoras: As várias faces do trabalho do care* (pp. 44-59). San Pablo: Atlas.

- SOSA DUTRA, María Florencia. (2018). *"Sembrando Lucha Cosechamos 600 Hectáreas": el caso de la Cooperativa de Productores Independientes de Piray y su Lucha contra el Agronegocio Florestal* (Tesis de Licenciatura).
- STOLEN, Kristi Anne. (2004). *La decencia de la desigualdad: género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.
- SUÁREZ, Roberto, BELTRÁN, Elsa María, & SÁNCHEZ, Tatiana. (2006). El sentido del riesgo desde la antropología médica: consonancias y disonancias con la salud pública en dos enfermedades transmisibles. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (3), 123-154.
- SURIANO, Juan. (1990). Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos del siglo. En Armus, Diego (comp.) *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- SURIANO, J. (2015). El trabajo infantil en la historiografía y ciencias sociales argentinas. *El trabajo doméstico*, 39-43.
- SY, Anahí. (2009). Una revisión de los estudios en torno a enfermedades gastrointestinales: en busca de nuevas alternativas para el análisis de los procesos de salud-enfermedad. *Salud colectiva*, 5, 49-62.
- SZULC, Andrea. (2002). Entre el trabajo y la escuela. Una aproximación antropológica al porqué del trabajo infantil. Ponencia presentada en Segundas Jornadas de la Cuenca del Plata, Rosario, Argentina.
- SZULC, Andrea. (2006). Antropología y Niñez: de la omisión a las "culturas infantiles". En Wilde, G. y Shamber P. (comps.). *Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos* (pp. 25-50). Buenos Aires: SB.
- SZULC, Andrea. (2011). "Esas no son cosas de chicos". Disputas en torno a la niñez mapuche en el Neuquén, Argentina. En Jociles; D. Poveda Y A. Franzé (coords.). *Etnografías de la infancia: discursos, prácticas y campos de acción* (pp. 79-109). Madrid: Los libros de La Catarata
- SZULC, Andrea, & ENRIZ, Noelia. (2016). La política, las calles y la niñez indígena en Argentina. *Cadernos de Campo (São Paulo, 1991)*, 25(25), 200-221.
- THOMPSON, Edward P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing
- THOMPSON, Edward P. (2010). *Los Orígenes de la Ley Negra: Un Episodio de la Historia Criminal Inglesa*. México: Siglo XXI Editores.

- TRPIN, Verónica. (2004). *Aprender a ser chilenos: identidad, trabajo y residencia de migrantes en el Alto Valle de Río negro*. Buenos Aires: Antropofagia.
- TRPIN, Verónica; MASTRÁNGELO, Andrea. (2016) Análisis comparativo sobre trabajo rural en la forestoindustria, las semilleras y la fruticultura (Argentina 2008-2011). *Mundo agrario*, vol. 17, no 34, p. e004-e004.
- VERGARA, Gabriela. (2009). Conflicto y emociones. Un retrato de la vergüenza en Simmel, Elías y Giddens como excusa para interpretar prácticas en contextos de expulsión. En Figari, C. y Scribano, A. (comps), *Cuerpo (s), Subjetividad (es) y Conflicto (s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica*. (pp. 35-52). Buenos Aires: Ciccus-Clacso.
- VEZZETTI, Hugo. (2007). Conflictos de la memoria en la Argentina. Un estudio histórico de la memoria social. en Pérotin-Dumon, A. (dir.). *Historizar el pasado vivo en América Latina* (pp. 3-44).
- VIANNA, Adriana. (2010). Derechos, moralidades y desigualdades. Consideraciones acerca de procesos de guarda de niños. *Infancia, justicia y derechos humanos*, 21-72.
- VILLALTA, Carla. (2010). *Infancia, justicia y derechos humanos*. Berna: Universidad Nacional de Quilmes.
- VILLALTA, Carla y LLOBET, Valeria. (2015). Resignificando la protección. Los sistemas de protección de derechos de niños/as en Argentina. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud vol. 13* (pp. 167-180).
- VITOLA, Verónica (2016). El uso del concepto de Sectores Populares en las ciencias sociales. *Conflicto Social*, 9(15), 158-187
- WELLBACH, Evelin. (2010), *El Paraguay exiliado. Memorias de la resistencia 1970-1989*. Misiones: Ediciones del autor.
- WHERRY, Frederik. F. (2006). The social sources of authenticity in global handicraft markets: Evidence from northern Thailand. En *Journal of Consumer Culture*, 6(1), (pp. 5-32).
- WHERRY, Frederik F. (2012). Performance circuits in the marketplace. En *Politics & Society*, 40(2) (pp. 203-221).
- WILKIS, Ariel. (2014). Sobre el capital moral. En *Papeles de Trabajo*, 8(13) (pp. 164-186).
- WILKIS, Ariel. (2015). Sociología moral del dinero en el mundo popular. En *Estudios sociológicos*, 33(99) (pp. 553-578).



- WILKIS, Ariel y PARTENIO, Florencia. (2010). Dinero y obligaciones generizadas: las mujeres de sectores populares frente a las circulaciones monetarias de redes políticas y familiares. En *La ventana. Revista de estudios de género*, 4(32) (pp. 177-213).
- WILLIAMS, Raymond. (1980). *Teoría cultural, en marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- ZAPIOLA, María Carolina (2009). Los niños entre la escuela, el taller y la calle (o los límites de la obligatoriedad escolar). Buenos Aires, 1884-1915. *Cadernos de Pesquisa*. 39:136, 69-81.
- ZELIZER, Viviana. (2006). Circuits in economic life. En *Economic sociology\_the european electronic newsletter*, Max Planck Institute for the Study of Societies (MPIfG), Cologne, Vol. 8 (1). (pp. 30-35).
- ZELIZER, Viviana. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ZELIZER, Viviana. (1994). *Pricing the priceless child: The changing social value of children*. Princeton: Princeton University Press.
- ZELIZER, Viviana. (2015). *Vidas económicas: cómo la cultura da forma a la economía* (Vol. 15). Madrid: CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas.
- ZELIZER, Viviana y VERA, Héctor. (2013). El significado social del dinero. En *Estudios sociológicos*, 31 (pp. 191-197).
- ZSÖGÖN, María Cecilia. (2013). Explotación sexual comercial infantil en la triple frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay. *Ideação*, 15(2), 110-128.

### **Notas periodísticas**

SIN FIRMA (2009), Wanda, un paraíso de piedras preciosas, en *el territorio*, disponible en:

<http://www.eltterritorio.com.ar/wanda-un-paraiso-de-piedras-preciosas-7132295115250769-et>

SIN FIRMA (2010), El otro valor de las piedras preciosas de Wanda, en *el territorio*, disponible en:

<http://www.eltterritorio.com.ar/el-otro-valor-de-las-piedras-preciosas-de-wanda-3006580908473120-et>

SIN FIRMA (2010), En Wanda preocupa el trabajo minero infantil que involucra a 30 familias, en *el territorio*, disponible en:

<https://www.eltterritorio.com.ar/en-wanda-preocupa-el-trabajo-minero-infantil-que-involucra-a-30-familias-0404606211984803-et>

SIN FIRMA (2013), El caso de Alto Paraná en Misiones, en *Indymedia*, disponible en:

<http://archivo.argentina.indymedia.org/mail.php?id=833086>

SIN FIRMA (2014). Lanusse y Wanda, con un origen común pero con destinos muy distintos, en *el territorio*, disponible en: <https://www.eltterritorio.com.ar/lanusse-y-wanda-con-un-origen-comun-pero-con-destinos-muy-distintos-9204578218762453-et>

SIN FIRMA (2017) El 12,3% de los niños argentinos trabaja, en *El Economista*, disponible en:

<https://www.eleconomista.com.ar/2017-06-123-los-ninos-argentinos-trabaja/>

## Documentos

ADMINISTRACIÓN DE PARQUES NACIONALES (2017) Plan de gestión Parque Nacional Iguazú 2017 - 2023

CONAF (2013) - *Guía Básica de buenas practicas para plantaciones forestales de pequeños y medianos propietarios*. Ministeriode Agricultura de Chile

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (2018). *Encuesta de actividades de niños, niñas y adolescentes 2016-2017*.

MINISTERIO DE AGROINDUSTRIA, PRESIDENCIA DE LA NACIÓN (2018). *Informe del relevamiento censal en la provincia de Misiones*

MINISTERIO DE TURISMO DE LA PROVINCIA DE MISIONES (2017). *Anuario estadístico de Turismo - Misiones 2016*.

MINISTERIO DE ECONOMÍA Y PRODUCCIÓN DE LA NACIÓN (2009). *Plan de ordenamiento urbano del Municipio de Puerto Esperanza*.

MTEySS y OIT (2010). *Explora. Trabajo Infantil*. Programa de capacitación multimedial

OIT. (1998) *Trabajo Infantil en los países del MERCOSUR: Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay*. Lima: OIT

OIT. (2007) *El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública*. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. Buenos Aires: OIT.

OIT. (2013) *Informe mundial sobre el trabajo infantil*. Ginebra: OIT.

OIT. (2016) *América Latina y El Caribe: Hacia la primera generación libre de trabajo infantil*. Lima: OIT.

OIT (2016) Hoja de ruta para lograr la eliminación de las peores formas de trabajo infantil. Disponible en: [www.ilo.org/ipecinfo/product/download.do](http://www.ilo.org/ipecinfo/product/download.do)

UNICEF (2017). *Estado de situación de la niñez y la adolescencia en Argentina - Resumen ejecutivo*

## **Páginas web consultadas**

InfoLeg - Resolución 9/2018.

<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/310000-314999/314404/norma.htm>

Observatorio nacional del audiovisual para la infancia y la adolescencia - Entrevista con Sandra Carli: <http://www.observatorioapci.com.ar/?sec=post&id=346>

Portal de Anuarios estadísticos del Ministerio de Educación de la Nación:

<https://www.argentina.gob.ar/educacion/planeamiento/info-estadistica/anuarios>

Portal del Ministerio de Educación de la Provincia de Misiones:

<https://edu.misiones.gob.ar>

Portal de empresa minera de Wanda: <http://www.ciaminerawanda.com.ar/>

Portal de la OIT - Campaña contra el trabajo infantil:

<https://www.ilo.org/ipec/Campaignandadvocacy/wdacl/lang--es/index.htm> Acceso Enero 2019

UNICEF - Comunicado sobre pobreza monetaria y privaciones no monetarias en

Argentina: <https://www.unicef.org/argentina/comunicados-prensa/el-48-de-los-ni%C3%B1os-ni%C3%B1as-y-adolescentes-en-argentina-es-pobre>